

Luis Oyarzún

EPISTOLARIO FAMILIAR

Selección

Thomas Harris E., Claudia Tapia Roi,

Pedro Pablo Zegers B.

Prólogo

Alfonso Calderón S.

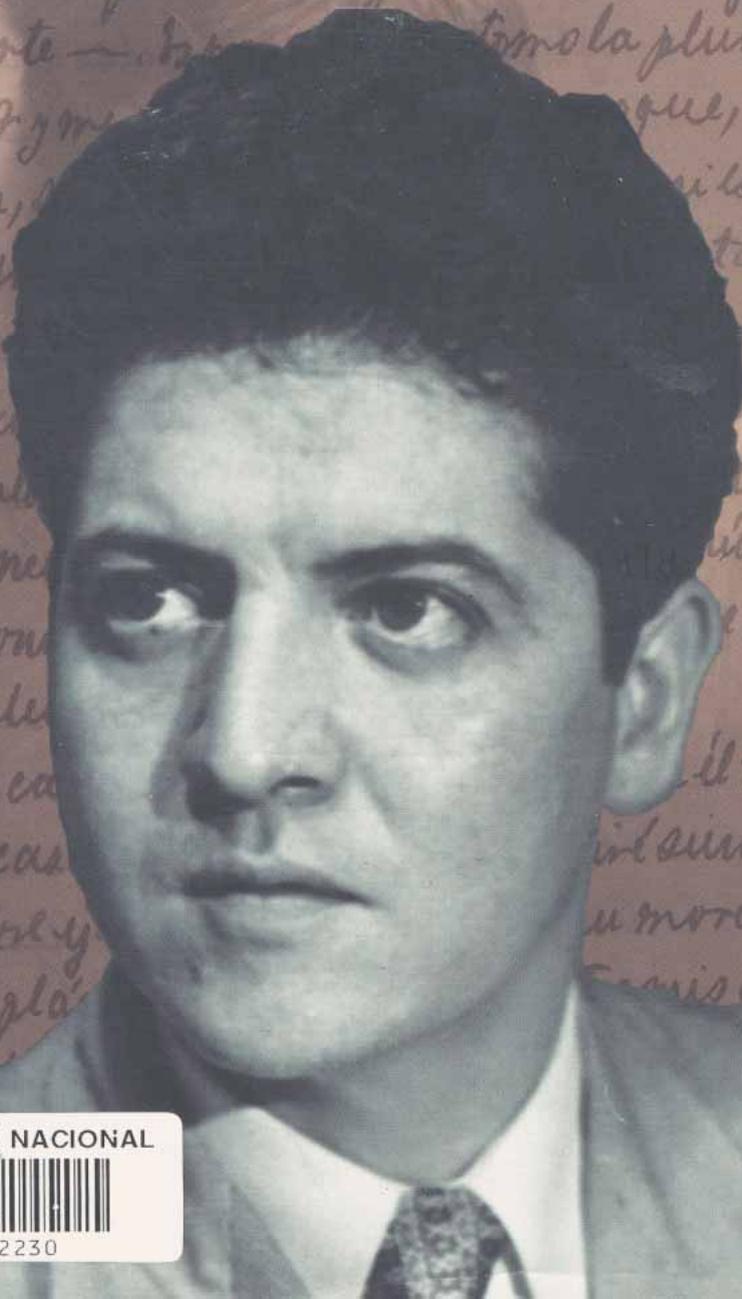


DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

BIBLIOTECA NACIONAL



00802230



LUIS OYARZÚN

Epistolario Familiar

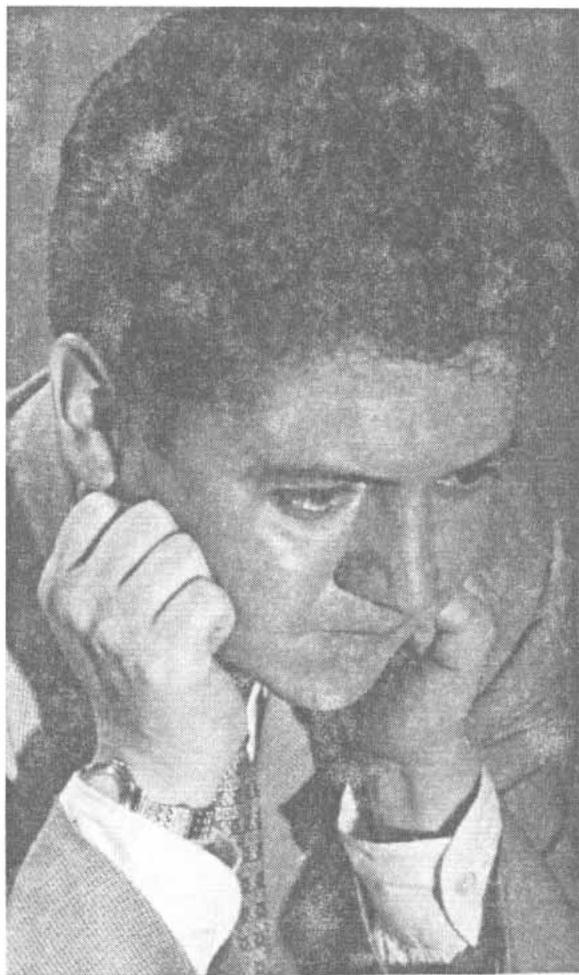
SELECCIÓN: THOMAS HARRIS E., CLAUDIA TAPIA ROI,
PEDRO PABLO ZEGERS B.
PRÓLOGO: ALFONSO CALDERÓN S.

COLECCIÓN JOYAS BIBLIOGRÁFICAS

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR



Luis Oyarzún

Prólogo

Le oí a Jorge Millas relatar el fin de Luis Oyarzún. Lo llevaban casi en volandas al hospital de Valdivia. Miró a Jorge, le sonrió tristemente y le dijo, en *slang*, algo así como «es el paseo de la muerte». Se venía preparando para tomar este desvío. En su *Diario*, el 14 de noviembre de 1971, a la 1:30 de la mañana, y en Valdivia, escribió: «Desvelado, a pesar de la clorpromazina, celebro la entrada a mis 51 años. Sin brindis, sin vino, rebanado de mi Jerusalén, más solo que al nacer, en la Clínica Alemana de Valdivia. Pero no se piensa en los cumpleaños hasta que rompe el día».

¡Qué joven prodigio fue! A los 19 años ya se concede el derecho a apoyarse en Nietzsche y en el obispo Berkeley para mirar el mundo. Lo contempla y entiende que él es «consecuencia de mis sentidos» y, cuando éstos hayan muerto -cree- «las cosas que ahora veo dejarán de existir para mis ojos o, al menos, sólo podré encontrarlas más tarde

bajo luces diversas, lejos de lo que yo amaba en ellas», anota en enero de 1939 (*Mudanzas del tiempo*).

La idea de una existencia más bella, con algo del espíritu que otorga Huizinga a la Edad Media, y la mirada nietzscheana le hacen interrogarse acerca del esplendor espiritual que concede la plenitud de una vida más digna. Si no se cumplen ciertas condiciones mínimas de bienestar material, dado que la miseria es «un hecho antiestético y tiránico y deshumaniza al hombre en sentido deprimente» y mientras no se suprima ella y la opresión que la acompaña, «no podrá fructificar en su reino de pura libertad esa vocación a la cual debemos obedecer como a una voz imperiosa e íntima».

Se sabe que algunos cuadernos que componían el *Diario* de Luis se han extraviado y Leonidas Morales, en prólogo de la obra, así lo dice. Oí que aquél lamentaba la pérdida de una parte de su texto en donde había

recogido imágenes de Inglaterra y de otro que contenía cincuenta o sesenta páginas relativas a los Estados Unidos. Por lo que yo recuerdo de una sesión de lectura, poseía un tono y un temple de ánimo muy parecido al de Jean Baudrillard en su libro *América y*, si mal no recuerdo, se apoyaba en algunas líneas de Jacques Maritain acerca del gigantesco y extraño país en trance de desespiritualización.

El «máximo desorden», al que alude Morales, le quitó fuerzas, demoliéndolo con el empeño de un dinamitero que se arroba ante una caserna o una casamata. Me mostró más de una vez sus manuscritos y aun me los hizo oír. Escribía con letra menuda y prefería engrosar los trazos a medida de la emotividad de cuanto narraba. Todo era allí muy ordenado y *a punto*. Se trataba de una escritura que revelaba maestría, rigor y una especie de aleteo embriagador que recaía sobre los temas, posándose en ellos como al pasar. Era algo así como si tratase de alinear sus sueños, instalándolos en un techo japonés en la línea de los que gustaban a Van Gogh.

Su drama personal fue acentuándose con los años. Sentía, una a una, las heridas, perdía fe en la Universidad; observaba la crueldad del hombre que ponía en peligro la existencia del hombre mismo, sin olvidar que él veía decaer el juego libre de las ideas, la ausencia de continuidad en el quehacer de la *doxa*, la pérdida del amor por el arte y la ausencia de admiración y de respeto por los

espacios naturales. Le fastidiaban la pobreza de las reflexiones, la inexactitud en el pensar, los alardes de las formas de dominación, sufriendo en exceso al notar que el mundo pertenecía a los audaces.

Me conmueve una página del *Diario* en la cual no lisonjea a la desesperanza: «He llegado a los límites del abismo. Ángel mío de salvación, pérdida absoluta, háblame hoy. La belleza del mundo no es una belleza. ¿Qué hacer? Un hacer a la medida del espíritu humano. Todo sucumbe, todo se agrieta. Quisiera reconocer un astro nuevo». (1 de abril, 1965). Ha venido notando cómo «la madeja laberíntica del yo» se enreda cada vez más. Elige bracear sin fuerzas y se aferra a veces a la oración, ese modo directo de proceder un peticionario que puede ser oído. Se aferra a la amada naturaleza para admitir el orden: «Aquí vuelan, Señor, tus mariposas. Vuelan en mí y yo vuelo en ellas. Yo soy también esta abeja que liba la flor que la colma y la rama que se expresa en mi alabanza». Sabido es que la mariposa suele ser un símbolo de muerte.

En un bello párrafo de *Mudanzas del tiempo*, restos de otro diario paralelo, en abril de 1962, ve a los picaflores -o eufemitas-, vertiginosos y sutiles en la larga vida, trabajando gozosamente en los abutilones floridos de marzo, en la costa de San Antonio. «En ese mismo instante -escribe-, en un pequeño paraíso, me pasman las ancianas

eufemitas que exprimen -es primero de abril y ¡oh gozo! es éste también abril florido- el néctar de los abutilones, farolillos venenosos y abundantes de sí. Desde que aclaran, se estremecen, danzantes, uniendo para mí estas dos cosas siempre despreciadas: la necesidad y el gozo. Sopla la brisa del mar y este abril de otoño en la costa podría ser también el abril florido del norte. ¿Deberemos a Humboldt tamaña beatitud? Loados sean los sabios que dan nombre a lo que existe, pero aún más loado sea Dios que creó a lo que existe y a quienes son capaces de nombrarlo. Las hortensias rosadas se balancean en pausados giros, grandes damas ansiosas de sombra, silenciosas en su falta de aromas».

De pronto, el salto que es excepción en lo que nos concede la naturaleza. El paisaje y su corte se agrupa en un ceremonial que corresponde a la visión de la pintura. La naturaleza pasa del éxtasis, de las vueltas por el interior, a la conquista del espacio del color de la pintura. El ámbito se expone como un absoluto, abriendo el espacio al otro modo de mirar: «Dalias, rojas como ajíes, amarillas, malvas, rosadas, inclinan sus cabezas, damas isabelinas cortesanas al paso de la reina. Opulencia extrema de las hojas del caqui, ocres, lacas, pizarras, cadmios en armonías en sordina, pintadas por Braque o salidas del brocato de alguna figura del Tintoretto. ¡Ah!, la embriaguez del otoño, con episcopales buganvillas caídas en la sombra del huerto,

con membrillos abandonados en el suelo, con el golpe de la brisa en las cortezas sueltas de los eucaliptos, mirando un zapallo italiano amarillo y cebrado de verde -¡Morandi, Chirico, Tosi!- apoyado en la horcaja de las ramas de un ciruelo gris perla».

¿Qué hizo para buscar la perfecta alegría? ¿Cómo y dónde se acercó Luis a la plenitud de un instante, el de aquellas viejas rosas de Ronsard? Sabía, como lector de infinitos libros, admitir el milagro de la línea del texto mayor, el de la naturaleza. Así podrá decir: «En este crepúsculo tibio, escuché y vi después el salto de una lisa en el agua como la encarnación del Todo, en la Perfecta Paz. Casi el *Satori*, sin juicio, sin conflicto, sin tiempo. Yo era ahí el tiempo y lo que a la vez lo consuma. El río, la lisa, el cielo, tan fuera de mí que al fin podría reconocermé y poseermé. Estaba entrando sin movimiento en mí, saliendo. Mas no era todavía el momento» (Constitución, 14 de enero de 1964).

Recuerdo un cuaderno suyo, tal vez perdido. Me parece verlo forrado con papel de envolver, basto, plomo, lleno de anfractuosidades. En él, a partir de unas observaciones acerca de un libro de André Malraux, se refería al poder de las máscaras (aún no conocíamos el hermoso ensayo de Lévi-Strauss, *La vía de las máscaras*). La letra se volvía redonda como una nota de pauta cuando hablaba de los signos de carácter ceremonial. De ahí saltaba a la vorágine del

tema del *Doble*, ése que se siente a sus anchas en los períodos en los cuales el mundo parece a punto de saltar. Había pegado en sus páginas una reproducción de un autorretrato de Kokoschka y seis o siete máscaras africanas, una copia de esculturas de rostros de Picasso y uno que otro conjunto de maderas a modo de rostro usadas por los yaganes. En la escritura, además, se refería a los pasillos de las obras de Kafka, a las escaleras de Praga, activando, las «correspondencias» proustianas.

Dicen que solía, en duermevela, sentir que ya iba a saltar el párrafo perfecto y se arrojaba como un trampero de las historias de James Fenimore Cooper, sin dilación, sobre algo en donde pudiera anotar lo que pensaba. A veces, no había nada a mano y la lucha era velocísima. Registraba, en ocasiones, un fragmento infinitesimal de lo que soñaba en la página final de un libro, en un sobre, en un envase de remedios, en la curva mínima de la hoja de un diario. En una ocasión anota, tras hacer vanamente de perdiguero en procura de papel: «Sólo encuentro cerca una postal del Templo del Buda de Esmeralda de Bangkok que sale de un volumen de Ezra Pound».

¡Ayúdame memoria! Me leyó, tal vez en 1958, unos párrafos muy bellos y dolorosos acerca de un personaje a quien llamaba *Peregrino*. Lo relacionaba con las *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, a quien

alababa constantemente por la finura espléndida de sus construcciones y el rigor de su conocimiento del dolor sutil, artero, del amor muerto, del acabamiento, de las formas de desapego. Ahí mismo, en esas páginas, hablaba de J.B.Priestley, a quien había presentado en Chile, durante una conferencia que el autor de *La visita del inspector* dio en la Universidad Santa María. Luego, en aguas muy profundas, se metía en la intrincada maraña del sentido del tiempo y recuperaba un diálogo con Jorge Millas, quien, en ese momento, aprendía alemán y repasaba su griego para leer bien a Heidegger, desentrañando lo que el traductor al español, Gaos, me parece, no había puesto en claro.

Amaba Luis Oyarzún la belleza como si fuese un tardío discípulo favorito de Platón, venido a una Grecia sin fecha, algún tiempo después del ajuste hecho por Critón del gallo debido a Esculapio. A la hora de pedir cuentas por el feísmo, no sabía quedarse atrás, sobre todo cuando veía en ello un atropello a la verdad fundamental de la naturaleza, como lo prueba ese notable libro suyo, póstumo, *Defensa de la tierra*. En las páginas del *Diario* afirma que el chileno «proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. Él no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva, que exige una condición mental superior, la facultad de desprendimiento estético y moral. Los montes, las selvas, las

cascadas impresionan y no por su belleza, tal como podrían deslumbrarlo un portaaviones o un terremoto» (lago Panguipulli, 24 de enero, 1961).

La destrucción de la naturaleza, el cielo que tiene color de humo, la angustia, la angustia de los pájaros en el fin del verano, sin horizonte de árboles en los cuales posarse. Tal vez todo ello se trasluce en el párrafo del Evangelio: «¿Por qué se hacen esas cosas con un árbol verde, qué harán con uno seco?». La naturaleza, dice Morales en la introducción del *Diario* -con deleite spinoziano-, es la protagonista de esta obra. «Para poseerse hay que poseerla», continúa observando sagazmente, y dice que «se es en ella, o no se es, pero no fuera de ella», viendo aún en todo esto «un eco del *amor cortés* de los trovadores provenzales». A veces puede tratarse de un espacio social en donde cabe lo absurdo, en el zigzaguo del sin-sentido, o de un tópico lírico en el que se ha puesto un trozo del propio ser. El ultraje o la perversidad pueden mancillar el sitio en donde no había antes oscuridad, y ésta, desde lo remoto, cae como un ave de rapiña sobre su presa.

Siempre Luis Oyarzún se da cuenta de que no merecemos esta tierra, pues solícitamente nos atenemos al afán de la depredación. Se pregunta más de una vez ante quién habrá que dar cuenta del daño, de los cerros horadados sin compasión, de los *roces*

de tantas tierras convertidas en páramos, rojeando sin árboles ni pájaros, en la gran pena del muñón ennegrecido, en las quebradas secas, parte de una ilustración dantesca de la condición humana, de los alerces perdidos, de las araucarias abatidas para siempre. Cayeron sin un ¡ay!, batiendo en el aire a la población de alas que brotaba de allí, en procura de la salvación.

Ve, entonces, la reconvencción que surge en el Tribunal de Dios, en la hora del lloro y el crujir de dientes. Dios dirá: «Te di un pedazo de la tierra bien plantado de árboles y ahora me lo devuelves yermo. Ahora sabe, te lo di para probarte. Te lo di lleno de flores y de cantos. Mira lo que me entregas. No me importa tanto la tierra como lo que hiciste con ella. Yo puedo crear donde quiera, otra tierra, otras tierras. No me cuesta reparar lo que destruyes. Pero tu propia destrucción me importa y me cuesta. Cada tierra que te dé, aquí en los confines del Cosmos, será tu retrato. Mírate, en estos cerros secos, agrietados, satánicos. Aquí no brotan semillas. Ni siquiera malezas. ¿No es éste, hijo mío, tu rostro?» (21 de noviembre, 1961).

El cazador lo saca de su centro. Una red de pescador, un anzuelo, una escopeta, un cuchillo de monte bastaban para quitarle la paz, en medio del lugar más apacible. ¡Qué modo de tomar imágenes al vuelo! En el lago Calafquén, contempla en lo alto de un tronco a un martín pescador, «vestido de almirante

con sombrero apuntado y ceremoniosa banda carmesí», en el instante en que «oteaba el horizonte con catalejo de oro». En otra ocasión (Ocoa, junio de 1956) se convierte en evangelista del movimiento. Es una puesta en escena perfecta, al modo del místico campestre de la Edad Media: «Los chincoles, pajarillos que cantan todo el año, celebran el sol, celebran la quietud del cielo. Una tenca ensalza gravemente, con garganta de contralto wagneriana, el reposo de la tierra. El musgo que crece en las tejas de las tapias brilla como una materia preciosa. Sucesivos gallos cantan en orden circular fijando el horizonte de este esponjado mediodía en el valle de Aconcagua, semejante a una Provenza sin mistral ni siroco. Son tan grandes las hojas que conservan los castaños que en cada una podría escribirse una égloga sobre la tez tostada del otoño. Este huerto medio abandonado, en un desorden de nogales, castaños, paltos, violetas, rosales viejos, es generoso con la tierra que lo nutre» (*Mudanzas del tiempo*).

Cerca de la desembocadura del Bío-Bío, en los bosques oscuros de Hualpén, entre los destellos rojos de la *mitraria cocctnea*, o «botellita parásita», el verano insiste en ocupar el sitio, sin dar cabida a dolores o a ausencias: «un moscardón bermejo, armado como Esplandián, cosecha néctares herméticos en las botellitas. Saltan carpas en la laguna, ansiosas de oxígeno y luz, más luz.

El zorzal canta, satisfecho, sin dignarse recordar el otoño que se acerca. ¿Para qué? Los hormigones, en cambio, vestidos de luto, viven para no morir de hambre en invierno y se mueven rápido, cabeza abajo y con paraguas, entre los guijarros que ocultan pepitas comestibles. Una hoja dura de quillay cae en espiral con fulgores de mariposa. El sol de mediodía atraviesa las hojas de los canelos llenándoles de liviandad. *A sense of wakening leaves that filled the air/ with boding of Elysian days to be...*, cantó Siegfried Sassoon («Una sensación de hojas despertando que llenaba el aire con presentimientos de días elíseos por venir...»). «¡Los grandes cielos de febrero tranquilos!».

El minúsculo grano, la hoja con sus nervaduras, la selva que cantaba son arruinados por los furores del hombre práctico, Ugolinos activos que sobresaltan a la creación. En estado de disponibilidad, casi como si se tratara de uno de los pretextos gideanos que atraían a Luis Oyarzún, él exclama: «Somos, cada uno, como una minúscula flauta de llareta que da luz y calor, sin perderse, una llareta inextinguible, en el diamante de caras infinitas. El pensamiento humano ha vivido tan encadenado a su función práctica, que no sabe todavía penetrar en su propia mansión. Vivimos y morimos con nuestros tesoros sellados y nunca los abrimos».

Una de sus constantes, la meditación sobre el arte, visible en su ensayo sobre Leonardo, en páginas muy notables de *Temas de la cultura chilena*, en miradas sagaces que deja caer sobre los hombres, el mundo y las cosas en *Diario de Oriente*, toman un rumbo específico al preguntarse si acaso el arte no va convirtiéndose en una imitación de la técnica. Observa: «Después de milenios de imitación de la naturaleza, con cielos, árboles, pájaros, flores, figuras humanas, la nueva imitación de los avisos luminosos, de las máquinas, de las anticipaciones tecnológicas. El hombre danzando al revés, en una sátira sin magia. En lugar del modelo vivo, los maniqués, los robots. O simplemente el tartamudeo de lo cotidiano. A quien ha perdido el apetito, una píldora le viene mejor que un caldillo de congrio. Hay que pensar en todas las cosas buenas que todavía nos presta la pobreza». La conclusión, a modo de coda, apela al testimonio: «este es el peor de los mundos posibles, y es el único», me dijo con severidad ese Anti-Leibnitz que encontré en un bar alemán de Bowery.

Las pinceladas tienen algo de los apuntes callejeros de algunos pintores expresionistas. Así, por ejemplo, el modo de ver a un cura viejo, de abrigo azul marino apollillado, «oliendo con fruición un puñado de langostinos en el Mercado Central» (1959), u otra nota en la que estima a los diarios como «boletines de la jungla», en tanto

observa con desprecio los filisteísmos críticos. «Nada más seco -apunta- que la erudición sobre el arte. Un poeta maldito se transforma rápidamente en tesis doctoral, como los cerdos en embutidos en los mataderos de Chicago».

Todos nosotros, los «hijos de la ceniza de los titanes», necesitamos sentir la alegría de participar «en una eterna tarea», en medio de la «conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas» o la «conciencia pura». No escatimarnos en busca de las formas de la belleza. Hay tiempo para mirarla y admirarla en cualquier lugar. En el lago Calafquén como en Praga; en las cercanías de la tumba de Lenin o en la Gran Muralla de China. El 8 de abril de 1958 anota Luis en su *Diario de Oriente* algo acerca de ésta: «Hasta los cerros pardos y terrosos parecen almenados. Alguien hace resonar un tambor chino a lo lejos. Los muchachos y muchachas que pasean por el filo de esta Gran Serpiente se llaman a la distancia con silbidos armoniosos, silbidos en caligrafía china. Parejas de amigos van de la mano. Es frecuente que los chinos canten solos en cualquier parte. Alentado por este día de sol, un joven baja la montaña cantando con voz de barítono, vestido de mezclilla azul y con un sombrero de mimbre. Hay en todas partes laderas cultivadas en terrazas, a pesar de la aparente aridez».

En Atenas, recuerda a una farmacéutica belga que, retrocediendo con el fin de

admirar mejor el Templo de la Victoria Aptera en la Acrópolis «se rompió la cabeza en la roca», muriendo «de admiración, de encantamiento». El descalabro de la era de los anuncios promete cambiar el mundo. Las profecías de la Pitia son desplazadas por el ruido paralizante y repetido. «Hay ranúnculos amarillos en los senderos de la Acrópolis y suena una radio ambulante -escribe-. Todo el secreto del mundo, todo el silencio está siendo conquistado por la radio. La radio interrumpirá la música de las esferas. En las aldeas egipcias, el muezzin llama ahora por radio a la oración. Pronto aparecerán los avisos. Hace diez años, en el Central Park de Nueva York, me espanté al ver y oír a un hombre que se paseaba con una radio portátil bajo la bruma. Lo creí un loco. Ahora los veo en todas partes, en todas las playas, en todos los bosques, en todos los templos, desde el Horcón en Chile hasta Hong Kong, Rangoon y Pentelis».

La conclusión de él, en esa Atenas frágil y maravillosa, le conduce a una meditación al modo de la oración clásica de Renán, modificada y puesta al día con afanes por entender lo que ocurre con los hombres. «¿Qué nos falta? ¿Qué nos sobra? Aquí me codeo ahora con los griegos, ayer con los egipcios, mañana con los romanos. Todos destructores, todos violentos, sin fraternidad, sin paz interior. El hombre es este monstruo gentil y misterioso que jamás está a la altura

de lo que él cree ser, y que crucifica a Cristo. Todo es demasiado mortal. Vienen los hombres a Atenas desde todas partes a admirarse a sí mismos en obras inmortales y se hallan con las ruinas de su propio intento. ¡Qué pudo ser preservado! Nada, sino aspiraciones estéticas, esperanzas fallidas, amores sin respuesta. No recogemos sino los despojos de la violencia humana. Pero, ¿quiénes son sensibles en Atenas a la belleza de Atenas? Ahora, casi nadie. El pasado está aquí sepulto, transformado en turismo. Vale la vida actual. Pero, ¿quién es de verdad sensible a lo actual? ¿Quién sabe lo que pasa en este mundo que arrasa con su impotencia a los tiempos pretéritos? Tan poco contacto de comprensión tiene el hombre de hoy con su presente como con su pasado. Por eso no es extraño, ni demasiado trágico bajo la mirada de los dioses olímpicos, que también este radiante turista desaparezca, si desaparecieron violentamente Sócrates y Cristo».

Hasta muy cerca del final, Luis Oyarzún quiso, como devoto rilkeano, amar, es decir, «irradiar una luz inextinguible». Él se consumió en la llama. Poco tiempo antes de morir, dejó algo que parece un epitafio, fechado en Valdivia, 1 de enero de 1972: «Oculto está la muerte. No se deja querer. No necesita sino paciencia, dura vida, para apagar al fin todas las lámparas». Budha enseñó que era preciso tener al yo por

lámpara. Veo a Luis, fuera de su *Diario*, vivo, torturado, de brazos en jarra; con los *Pretextos* o los *Alimentos terrestres*, de André Gide, en la mano, o en Isla Negra, un día de sol, mirando un vaso verde lleno de vino que le ofrece Pablo Neruda. Lo sigo, vestido de blanco, en un verano, asomándose a una sala del viejo Instituto Pedagógico de Cumming con Alameda. Hay doscientos alumnos que desean asistir, activamente, al mundo viviente. La sala les asfixia, pero Luis, como un griego en el ágora, levanta una mano y comienza a hablar de Nietzsche, de su oscuro asedio a la luz, compitiendo con ella. Lee una página del *Hiperión*, de Hölderlin. Continúa con la página de Heidegger en donde se menciona a los zuecos de Van Gogh. Humildemente supimos que ese hombre de veintiocho años nos concedía el saludo de la gracia y de la iluminación permanentes.

Así pasan los años: son éstas, las «Cartas» de Luis Oyarzún, astillas luminosas y paradisíacas. Hay en ellas guiños y gestos constantes en defensa de la vida. El dato menor se vuelve indispensable. Jamás peca

por omisión de referencias precisas, y no oculta su rasgo cardinal: la voluntad de estilo.

Alguien dijo que en sus ideas jamás se advertían arrugas ni el jadeo del aprendizaje. Luis nació sabiendo y, además, con menos fortuna intentó saber ser. La vida le hizo a menudo muy malas pasadas, pero él se las arregló a fin de sobrevivir.

Era cada una de sus líneas, los rasgos de la naturaleza en la que solía ensimismarse, la opacidad de las malas horas, la aventura de la gracia, el fervor de verlo todo, de sentirlo todo, de convertirlo en palabras.

Jamás se perdió Luis en el espesor o entre la maraña de las ideas recibidas. Pudo haber dicho con Orestes (*Las moscas*), el personaje sartreano: «¡No soy ni el amo, ni el esclavo, Júpiter! ¡Soy mi libertad!».

La recolección de «Cartas» de Luis Oyarzún, llevada a cabo por el Archivo del Escritor, constituye un rescate del gran sentidor que fue. Leerlo es, una vez más, reaprenderlo, experimentar el poder de su luminosidad.

Alfonso Calderón



Luis Oyarzún con su madre, Hortensia Peña

Agradecimientos

A nombre de la familia agradezco la posibilidad de perpetuar, de recobrar, de revelar a nuestro tío poeta y mago Luis Oyarzún Peña. Hemos procurado evitar su «otra muerte» -en palabras de quien fue su amigo y colega Jorge Millas-, la muerte del olvido.

Menciono brevemente las obras póstumas del tío Luis: *Tierra de Hojas* (poemas), *Meditaciones Estéticas*, *Diario*, *Diario íntimo* (Premio Municipal de Ensayo 1996).

Es cierto que para todos, familiares y amigos, fue un severo golpe su muerte, hace ya 26 años cuando nos dejó.

Pero, ¿nos dejó realmente? Al parecer los seres demasiado intensos, apasionados, sensibles, contemplativos, viajeros, son como esos astros que para seguir siendo parte vital de su entorno tienen que expandirse más allá de su frágil cuerpo, renaciendo en bosques,

lagos y lluvias, alerzales, coihues, robles y raulíes, multiplicándose en miles de rincones que fue descubriendo con sus amigos: Caleu, Lo Gallardo, Río Bueno, Budi, Mehuín, Corral, etc.

Re-naciendo en sus amigos del Parque Forestal, de Bellas Artes, sus alumnos y alumnas, discípulos y discípulas, compañeros escritores, pintores, en las Crónicas de Edwards, Calderón, Sánchez Latorre, y especialmente Lafourcade. La Profesora Patricia Bonzi y Pedro Miras, María Ester Donoso, y el Profesor Leonidas Morales.

Agradezco el interés y la preocupación de Claudia, Tomás y Pedro Pablo, ese valioso equipo del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, que con su perseverante y silenciosa labor recuperan la memoria literaria de nuestro país.

En esta obra se nos revelan por una parte el tío como buen artesano de la palabra a través de sus cartas, es primera vez que se editan cartas de él con su madre y su padre, y se nos revela también don Arturo Andraca, un gran humanista autodidacta que tuvo una decisiva influencia en la vocación literaria del tío Luis, pero más allá de la calidad literaria de este intercambio epistolar se reflejan dos almas gemelas en cuanto a sensibilidad y aguda observación del paisaje y de lo humano.

Se trata, en definitiva, de la revelación de un peregrinar poético y del retrato de una

parte de nuestro país que merece ser compartida y reconocida por otras generaciones.

No puedo dejar de traer a la memoria a nuestra abuela Hortensia y a su querido terruño de Santa Cruz, ambos elementos fundamentales en la vida de quien fue nuestro querido tío Luis.

Dedico este esfuerzo de rescate de la obra del tío, además del equipo del Archivo del Escritor, a mi compañera amada Jeannette, a Carmen Paz, mi hermana y figura muy querida del tío, a quien llamaba «pajarita de papel», y a mi sobrino Pablito Vallascianni.

Eugenio Oyarzún H.

Introducción

Parte importante de la obra del ensayista, profesor y poeta Luis Oyarzún (1920-1972) ha sido recogida fragmentariamente de revistas, apuntes íntimos, conferencias, notas de viaje, artículos, etcétera. Así han surgido libros póstumos tan valiosos como sus *Meditaciones estéticas*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1981), *Diario* (Ed. LAR, Concepción 1990) y su *Diario íntimo*, editado por el Departamento de Estudios Humanísticos de la facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, en enero de 1995. Y este mismo *Epistolario familiar* de Luis Oyarzún, que recoge correspondencia que va desde los años 1934 a 1966, y cuyos interlocutores son su amigo y padrino Arturo Andraca, su madre Hortensia Peña, su hermano Fernando Oyarzún y su padre Luis Oyarzún.

Como su título lo indica, es este un epistolario eminentemente familiar; en él se

puede seguir el surgimiento de la formación del joven Luis Oyarzún, desde su traslado de Santa Cruz a Santiago, y sus posteriores viajes por Latinoamérica y Europa, sobre todo su larga estada en Londres y su posterior regreso a Chile, a la Universidad Austral de Valdivia. En estas cartas, como en todo escrito íntimo, más aún que en un «Diario», cuyo riesgo o deseo consciente o inconsciente de publicación es más inminente, los temas que aparecen entramados en su escritura son heterogéneos y variados: desde la penetrante observación de la naturaleza, tan propia de Oyarzún, como la nostalgia del terruño, representada por Santa Cruz, las plásticas y lúcidas impresiones de los viajes y lugares visitados, así como preocupaciones más propias de los famosos y necesarios «alimentos terrestres». También, y en gran medida, se expresa y subyace en este epistolario «familiar», esa afinidad de

Oyarzún con Nicanor Parra, que consiste, según Leonidas Morales en su Prólogo al *Diario íntimo*, en el gesto generacional de la crítica de las ideologías como visiones distorsionantes.

Es sabido que a la muerte de Hortensia Peña, en 1985, se hace cargo del archivo personal de Luis Oyarzún, su sobrino, Eugenio Oyarzún, quien ofreció al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional la correspondencia familiar, de la cual publicamos una selección en este libro, y quien donó gran parte de cartas cuyos destinatarios eran intelectuales de la generación de Oyarzún, como Jorge Millas, Nemesio Antúnez, Mar-

ta Blanco y Nicanor Parra, entre otros. La selección de lo que llamamos «cartas familiares» del escritor, creemos, contribuirá, sin lugar a dudas, al conocimiento más profundo de la sensibilidad y la personalidad de Oyarzún, como a su penetrante condición de intelectual y lúcido observador de nuestro tiempo.

En esta edición, incluimos también una sección de cartas de los interlocutores de Luis Oyarzún, para complementar más fehacientemente el diálogo epistolar. Agradecemos a Eugenio Oyarzún, quien confió en nuestras manos este importante material patrimonial y cultural para su conservación y difusión.

Pedro Pablo Zegers Blachet
Thomas G. Harris Espinosa

Epistolario con Arturo Andraca
(1934-1957)



Arturo Andraca

Santiago, 6 de abril de 1934

Señor
Arturo de Andraca y Goicoa
Santa Cruz

Mi querido Arturo:

Hace días que estaba por escribirte pero no había podido hacerlo debido a que no he tenido un momento de reposo. Como tú ya sabrás estuve una semana enfermo de los oídos y tuve que faltar a clases por espacio de 10 días; así es que ahora he tenido que ponerme al día en los estudios lo que me ha acarreado una constante ocupación. Pero, ahora que estoy un poco más desocupado puedo darme el placer de escribirte. Tu carta la recibí en la enfermería, sumamente atrasada, por supuesto; traía fecha del 20 y me llegó el 27. Yo también tuve 7 días de aburrimiento, pero que valieron por 20. Tú tenías el consuelo de estar cuidado por miembros de tu familia, mientras que yo estuve todo el tiempo atendido por personas extrañas y recibía solo las periódicas visitas del tío Antonio. Pero, «no hay tempestad que no pase ni temporal que no amaine» y después de la enfermedad fui a ésa, mi tierra, y pasé 4 deliciosos días. Yo esperaba verte y recibí la noticia de que tú habías venido cuando ansiaba conversar contigo. Y pedirte disculpas por mi tardanza en escribirte. ¡Por qué el destino será tan injusto! Tú podías o debías vivir en Santiago y yo en Santa Cruz. ¿No es verdad?

Estoy empeñado en hacer mi archivo histórico y con este fin estoy comprando revistas y diarios.

En fin, no quiero latearte, y me despido de ti con un apretado abrazo. Tu ahijado
Luis Oyarzún Peña

Escríbeme largo porque tú escribes tan bien que no dan ganas de terminar. Disculpa mi letra.

Santiago, 22 de marzo de 1936

Señor don
Arturo de Andraca-Goicoa Molina
Santa Cruz

Mi querido Arturo:

Ante la perspectiva de no poder escribirte si no es esta hoja acaramelada, he de resignarme con adoptar esta cursi actitud de niño bien endomingado, que escribe y recibe azules y limpias misivas, y viste a la moda («derniere cri») con guantes color pato y sombrero marrón. (¡Qué charquicán éste!)

Desde que llegué de esos lugares, cuyos árboles son cúpulas de ensueño, estoy desesperado con un prosaico y vulgar resfriado. (¿Notas que me voy volviendo versificador de mala ley? ¡Qué atroz!) En cuanto a la voz, hace algunos días que estoy ronco, y, como no soy aficionado a los cacareos de los gallos con pepa, prefiero no hablar para no escuchar mis propios y abominables graznidos.

Apenas llegué, el vice Rector del Internado me encargó diera la bienvenida en el aula magna del Internado a los alumnos nuevos. ¡Muy bien, me dije, con unas cuantas gotas de valeriana la nerviosidad que pueda haber se pasa. Y -¡zas!- un día jueves por la noche, me voy a nuestro Coliseo y me siento en primera fila, en medio del Estado Mayor del Colegio. Habían comisionado a un chiquillo Tagle Vildósola, de 6° año, para que me anunciara. Va y principia a hablar. Mas es el caso de que se le ocurre entrar a la galería a un perro de quién sabe quién y -¡zas!- se pone a ladrar como un condenado a muerte. Ríen los 600 espectadores a mandíbula batiente -yo, a medias-. Todo alborotado, Tagle trata de hablar por segunda vez. -¡Guau, guau! (el perro). ¡Ja,ja,ja! (la gente) ¡ji, ji...ji...ji! (yo)

(sin ganas)

Total, Tagle baja más achunchado que un loro mudo y yo, con la vívida amenaza del histriónico y oportuno can, tengo que subir al proscenio. Gracias a Dios y quizá quién más, del perro no hay ni luz. Parece que divisó algo apetitoso y se fue. Muy tranquilamente pronuncié mi discurso y bajé. Parece que me aplaudieron algo.

Ayer sábado fui a la Librería Panamericana y hablé un buen rato con tu hermano. A pesar de conocerlo muy poco antes, nos hicimos muy amigos. Según pude ver, es una persona

muy simpática y a menudo conversaré con él en lo sucesivo. Me dijo que en tu casa están todos bien.

Me gustaría que no compraras más libros en Santa Cruz. Si quieres, juntas esa plata y me la mandas diciéndome qué libros quieres, y yo te los adquiero aquí en la Librería Don Quijote. La mayoría de las obras recién salidas -las mismas que vende en Santa Cruz la vieja sedentaria aquella- allí valen mucho menos.

Con este romadizo, con esta tos, con esta pluma abominable, con este block de Montecuculli -esta palabra es la primera que me viene a mientes- no puedo seguirte escribiendo una carta decente. Con la gran esperanza de que muy pronto te libres de esa crucifixión espiritual que es esa casa judaica, aburguesada a la fuerza, y maloliente a burda ambición económica, te abraza tu amigo eterno.

Luis Oyarzún Peña

Santa Cruz, 25 de marzo de 1936
Don Luis Oyarzún Peña, Stgo.

Mi querido Lucho,

Me ha hecho feliz tu carta del domingo: Fíjate qué coincidencia: el mismo día y quién sabe si en los mismos momentos, mutuamente, nos escribíamos. Me consuela pensar que a pesar de la lejanía, muy cerca han de haber estado nuestros corazones ese día.

Dejo para otro momento más grato el contestarte largamente, y ahora, desde mi oficina de vulgar mercader, te escribo sólo para advertirte algo que tengo interés esté en conocimiento tuyo.

He visto con alegría que has buscado a mi hermano, le has encontrado y me prometes que serás su amigo, como eres mío. Todo esto me produce una satisfacción verdadera y muy honda. Yo quiero a mi hermano entrañablemente. Procura tú no mezquinarle tu amistad, en homenaje a ésta nuestra, eterna. Y a este respecto quiero decirte que cuando hables con él y te refieras a mí, cuides de no dejarle entrever la tragedia que es mi vida en este ambiente y en esta casa. He mantenido ante los míos la farsa de que soy lo más feliz que se puede ser estando

lejos de ellos. Y quiero que sigan en esa creencia, porque si mi madre vislumbrara la realidad de mi vida, la mataría el dolor.

Te ruego, pues, falsifiques en torno a mi vida santacruzana, ante mi hermano, un paraíso semejante al que yo deseo para tus días que vendrán pronto: días de triunfos, días de glorias... Píntale, pues, mi vida agradabilísima, entretenida, regalona, descansada. -Abuelo muy simpático y gentil, hasta amante de las musas- si te da para tanto la desvergüenza. Los niños son angelicales. Todo me sonrío... No lo olvides. Ni me olvides.

Tuyo
Arturo

Santiago, 27 de marzo de 1936

Señor don
Arturo de Andraca-Goicoa Molina
Santa Cruz

Mi querido amigo:

Hoy he recibido una segunda carta tuya y no sabes con cuánto cariño la he leído. Te escribo con esta sencillez de expresión, rayana en el lugar común, porque sé que tú le reconocerás su sinceridad. No te miento al decirte que lo he hecho con cariño, porque es verdad que ella ha venido a llenar de ternura mi agitado corazón. Sé que tus letras son escritas con honda realidad. Sé tu tragedia, que he sentido a tu lado. Siento en el alma que tú sufras. Y al pensar en esto, me digo más que nunca, que el hombre es esclavo completo. ¡Pobre ser! Siempre sujeto a los vaivenes de un metal. Siempre llenando de monedas sus pupilas cerradas para todo otro afán. Pobres seres cansados de seguir toda una vida el brillo lastimero de unas piezas redonditas y brillantes.

Dejemos la sombra del mundo. Pensemos en cosas risueñas. Si todo el tiempo nos acordáramos de grises horizontes, el cielo y la nieve no debieran haber nacido.

Héme aquí de nuevo. A pesar de que anida, como en todas partes, esa ave desplumada, *ciega, coja y tuerta*, que se llama estupidez, tiene la dicha de vivir con las otras, brillantes y azules, del mérito. Es un consuelo que se encuentra en pocas partes. Miento. Si no podemos hallarlo en el mundo saltimbanquesco que danza constantemente a nuestro alrededor, lo encontramos, sin egoísmo ni bajas pasiones, en los libros predilectos. Y eso, aquí lo disfruto a profusión. Cuando voy a la Biblioteca, me mareo entre tanto volumen. Desde que llegué, he leído el «Amadís de Gaula», «Palmerín de Inglaterra» y «Las Mocedades del Cid» de Don Guillén de Castro. Las tres son obras bonitas. Las primeras adolecen, es claro, de falta de profundidad, como que son el reflejo de una época guerrera y caballeresca, que tenía por dios terrenal al honor. La humanidad se exalta en proezas, y, envuelta en el manto de la fuerza de las armas, se lanza, gallarda y estólida, a recorrer el mundo.

El estilo de «Amadís de Gaula» es muy atrayente y su lectura es por demás liviana. «Palmerín de Inglaterra», escrito, según se cree, por una mujer portuguesa, es de menos colorido; no tiene la viveza y facilidad de estilo de «Amadís», su prosa no brinca en las palabras sencillas y elegantes. Es más apagado. Sin embargo, su lectura es amena y su trama parecida a la del anterior.

«Las mocedades del Cid», es obra de D. Guillén de Castro, clásico, contemporáneo de Lope de Vega, y muy mal casado, por lo demás, como que dijo:

«¡Oh, matrimonio,
yugo pesado y violento,
si no fueras sacramento,
dijera que eres demonio!».

La obra a que me refiero es muy sobria, trazada a grandes rasgos, de una hermosura épica oratoria. Sus versos son sonoros, sin tener nada de poema, como yo lo concibo. Es bella...

También he leído la revista «Nosotros», de editorial argentina. Es algo parecido a nuestra «Atenea», aunque la considero inferior. Le falta más sentido de selección. A menudo he encontrado en sus páginas artículos insulsos, acerca de la técnica de tocar el violín, por ejemplo. Tú comprenderás que para los legos en el arte de manipular las tripas de cordero de un violín, eso no interesa en absoluto.

He leído tus cartitas a la Ledita y a la Marta. En realidad, me impresionaron bastante. Créeme que expresan tu honda, tu nostálgica ternura por ellas. Eres un hombre precozmente marchito en ciertas partes del espíritu. La emoción que ellas nos brindan, es un cariño, es una melancólica mirada que entonarían en las tristes y acariciantes pupilas de un anciano. Me imagino

a un viejo barbicano, de ojos azules. Está apoyado en un bastón mientras pasan a la escuela las niñas del lugar, todas vestidas de blanco y celeste, él las mira con sus ojos entreabiertos. Por sus labios de triste solitario, pasa un hondo deseo que acongoja:

¡Quién tuviera a esas niñas arreglando las cortinas de mi cuarto mudo y frío! ¡Qué bonito es ser abuelo de esos seres! ¡Que revuelvan y salpiquen de hermosura los estantes! Que me besen y me tiren de la barba encanecida!

Como tú ya sabes, se murió una amiguita de las chiquillas. Tenía cinco años. ¡Era tan linda! No era bonita, pero me gustaba. Cuando iba allá a la casa, a sabiendas preguntábale:

-«¿Usted es la Mary?»

Y por siempre, con sus ojos muy abiertos y admirados, me decía:

-Si...

No pongo acento a este sí. Lo decía con acento tan callado, movía su boquita tan bonita, tan tímida y callada que decía sin acento este

Si...

Y ha muerto. La quería con ternura de viejito compungido. Yo también tengo tintes de anciano. Será porque he sufrido desde niño.

No tengas cuidado que no diré de tu congoja a tu hermano. Yo también quisiera el paraíso para ella, que es mi madre dulce y suave ¡tan querida!

¡Cuánto diera por verla feliz! Moriría, daría mi vida que estimo y adoro. Es exageración este «adoro». Tanto no quiero a la vida. Soy un precoz pesimista. Dudo tanto. No creo en el triunfo mío. Por encima de mi ser, tengo conciencia de que valgo. Yo creo que es petulancia. ¡Mas por debajo dudo tanto! ¡Cómo he de triunfar si valgo tan poco, si es tan tonta la gente, tan injusta, tan burda!

¡Debían ser todos carreteros! Claro que menos tú y algunos otros. Si ves al tío Isaac dale un gran abrazo de mi parte. Dile que me acuerdo mucho de él, que le voy a escribir otra vez. ¡Pobre tío! Recibe el afecto inalterable de

Luis Oyarzún Peña

Santiago, 1 de mayo de 1936

Mi querido Arturo:

Hace ya varios días que recibí tu carta. ¿Con qué me he de disculpar? ¡He tenido tanto que estudiar! Estamos sólo en el primer bimestre y, sin embargo, tenemos un recargo espantoso de estudio y esto, tú comprenderás, quita tiempo y deja inhábil para hilvanar bellamente las ideas. Llegaba un momento en que me decía: «Tengo que escribirle a Arturo». Abría mi banco y no encontraba ni papel, ni sobre, ni estampillas, ni plata para comprarlas. Y junto con darme un pellizcón de impaciencia, me iba a llenarme de olvido la sangre. A estudiar cosas amables cuando no está obligado a hacerlo.

¿Cómo ha seguido el asunto de la herencia? El sábado pasado estuve en la librería Hispanoamericana y conversé con Choyo. Me dijo que aún no se sabía nada pues había que esperar los plazos judiciales o cosas así. ¿Ha habido alguna novedad? ¿Manifiesta ya el cordero crucificado la actitud que adopta frente a tu destino? Hay ocasiones en que pensamos que su rostro dulce, según la mano de Da Vinci o Rafael, se transforma en el duro y tosco semblante del Cristo de la Quintrala: Jesús nuestro, de corazón de espino. Quiera Dios que se transforme en sombra alada y virginal.

Pasando a temas políticos, supongo que habrás estado muy contento con el triunfo de Sáenz, experimentando una sensación inversa a la de ese capitalista alto y moreno que vive en tu mansión santacruzana. De seguro que al oír la noticia electoral de labios de esa radio vapuleada por muchachos infames, sentiría írsele una pulgada de terreno bajo el pie.

Deportivamente no puedo estar más contento de lo que estoy con Anita Lizana. Gozo viéndola convertida en una estrella mundial. ¿Por qué? Porque simpatizo con ella. Y tal vez porque es chilena, porque Chile, al fin y al cabo, significa algo para nosotros. Es el caso que no hay que ensalzar estúpidamente falsos valores. No, ni mucho menos. Pero hay que convencerse de que la casualidad que nos envió a esta tierra puso en el alma un germen de amor hacia ella. ¿Es o no una pura casualidad la que nos hizo nacer aquí? Quizá. Mas si lo fuera, también lo es el haber nacido y vivido en una casa. Lo que no impide el quererla, fundándose en motivos de verdad, belleza y sensaciones íntimas.

Estoy resfriado como pocas veces. Tengo sueño.

Adiós amigo mío. Tuyo.

Luis Oyarzún Peña.

P.D. Abrazos a mi papá y al tío Isaac.

Santiago, 2 de octubre de 1936

Mi querido Arturo:

Acabo de recibir tu carta y, sobreponiéndome a mi pereza habitual, te la contesto inmediatamente.

Héme aquí de nuevo, como tú, separado de los míos. Han partido a San Fernando y en adelante volveré a mirar la cruz del sur para enviarle un beso a mi madre. La distancia pule el cariño haciéndolo como una sola llama larga y suave que se entra por los ojos a posesionarse del alma toda. La certidumbre de que los seres más queridos están lejos envuelve la mirada, a veces, de una ternura desfallecida. Un sollozo interior paga la deuda de todas las lágrimas que debieron derramarse juntas.

Me reprochas mi correspondencia con la rubia ésa. No tienes por qué molestarte. Aparte de que no le escribo casi nunca -cuando lo llego a hacer le mando una tarjeta postal con dos o tres líneas-, nuestras relaciones no tendrán nunca ni el fuego ni la sinceridad de las amistades verdaderas. Para mí, ella es como una muchacha perdida en el infierno del maquinismo norteamericano. Creerás que Estados Unidos ha llegado a hacérseme tan odioso que no puedo pensar en él sin evocar las figuras sudorosas de algunos infortunados corredores de comercio. Me lo imagino como un país de cuento loco, lleno de bocinas, tranvías y telefonazos.

En una «Atenea» que he estado leyendo he encontrado un hermoso poema de Juana de Ibarbourou. Te lo copio a continuación:

(no le sé el título, pero le inventaremos uno)

Primavera breve
Juana de Ibarbourou

Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía

Ahora que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios respira la risa
como una campana sacudida aprisa

Después.... ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré.

Juana me gusta por su frescura y espontaneidad. Cuando recibas esta carta lee de nuevo ése, nuestro poema favorito: «Implacable».

No te escribo más porque se me terminó la inspiración. Siento no tener el temperamento maravilloso de Rabindranath Tagore que posee inspiración constante. Ahora me canso muy luego de todo lo que emprendo. Será la adolescencia...

Saluda cariñosamente a D. Alfredo Piola. Dile al tío Isaac que siempre pienso en él, que muy luego espero volverlo a ver...

Recibe el cariño de tu amigo

Luis Oyarzún Peña

P.S. Te escribiría más seguido si no fuera por el gasto de estampillas. Como siempre el dinero mete su cabeza afilada entre los espíritus. El día en que se terminen las limitaciones económicas será el primero de los grandes fastos de la humanidad.

San Fernando, 22 febrero de 1937

Mi querido Arturo:

Ayer llegué de Parral y, como veo que no va a ser muy fácil hablarte por teléfono, te escribo al momento, respondiendo al estímulo doloroso de tu carta y hablándote como siempre lo he hecho, con el corazón en los ojos y en la actitud, sumergiendo mi alma en la tuya, mi amigo. Y me dirás: ¿Por qué no puedes hablarme por teléfono? La razón es que para hacerlo tengo que ir donde Germán Soto, cosa que me disgusta; tengo que salir al pueblo, caminar por estas calles llenas de polvo, calurosas; quemantes por su desidia humana, porque estoy seguro de que en esta ciudad se encuentra el más detestable material humano, el menos sólido y el más presuntuoso.

Bueno, vamos hablando. ¿Por qué dices que en mí, conmigo, se van cumpliendo dolorosas profecías tuyas? ¿Es que he cambiado? Y ¿por qué había de cambiar? Para ti y para todos soy el mismo niño sencillo de siempre y la prueba es esta desordenada carta sin gusto ni envidia, dedicada tan sólo a hacerme entrar de nuevo en el imperio de tu corazón, si es que [he] salido. Y aquí, mientras llega la noche, sentado y febril, te hablo, te hablo a solas, como lo haríamos en el trebol armenio donde decía los mismos disparates de hoy, sin engreimiento ninguno. Y ¿por qué iba a hacerlo? ¿Porque tengo talento y unas cuantas cosas más? Ah, mi querido Arturo, tanto me lo han dicho, que llego a dudar.

Lo que quiero que me creas, y lo digo con todo el corazón, es que soy el mismo muchachito a quien prestaste «El viaje alrededor del mundo de un niño argelino». El mismo. Y me desesperaría si no lo fuera. Y, al fin y al cabo, es una magnífica estupidez la que tú cometes. ¿Por qué diablos he de cambiar? ¿No son el mismo espíritu y el mismo barro los que me constituyen? ¡Ay, Arturo, estás decididamente tonto!

Pero ya sé a qué se debe todo esto. Tú no estás ni con la poesía nueva ni conmigo*. He aquí pues un lado del cual no puedes pescarme. He aquí una faceta de mi personalidad que tú no captas. Ya aparece claro, pues, el motivo por el cual me sientes lejano. La poesía me aleja de ti. Y esto no es ningún cargo para ti ni para tu criterio poético. Estamos solamente en diversos climas poéticos. Tan valioso puede ser el tuyo como el mío. Lo único que pasa es que tú te pones un poquitín intransigente. Yo, junto con admirar a Neruda, a García Lorca, a Alberti, a Milosz, a Tzara, a Céspedes, respeto y admiro a Rubén Darío, a Gabriela Mistral, a Juana de Ibarbourou. Tú te colocas en un punto de mira bastante unilateral y sólo aceptas a este último grupo. Pero esto no tiene por qué separarnos. Si tú lo estimas como suficiente para un alejamiento y como para tratarme ni más ni menos que de farsante y engreído, yo te contesto que no hay más poesía más pura que la de la amistad y que nuestra amistad es un poema tan bello como «Los sonetos de la muerte».

Ahora otra cosa. Tomaste demasiado en serio mi carta que, por el contrario, no era sino un juego, un cinematógrafo de imágenes cómicas, digamos, un dibujo animado. Tengo muchas ganas de ir a Santa Cruz para verlos a todos, y especialmente al tío Isaac. No sé si habrá cambiado después de su enfermedad. Dime si se acuerda de mí, si todavía me quiere. Dale un abrazo de mi parte. Un abrazo con todo el corazón.

Me despido de ti, Arturito. Estoy cierto de que fue una mera discusión formal la nuestra. Presentimiento inmotivado de tu parte y que yo mismo te desmiento, de viva voz, de viva sangre, lo mismo que si me hubieran pegado una puñalada en el corazón y te hablara.

Iré cuando se venga Nano. Échalo luego. Que se venga con el tío Antonio.

Dispón de tu amigo inalterable.

Lucho

* En cuanto a sensibilidad poética se refiere.

San Fernando, 1 de marzo de 1937

Mi querido Arturo:

No comprendiste -o no quisiste comprender- mi pregunta. Quería saber si mi carta llegaba fielmente a su destino. Porque en cuanto a deseos de escribirte los tenía y no pocos. La cuestión es que no sabía si mis palabras irían a dar o no en tus manos.

Ahora mismo, tenía muchas ganas de escribirte, pero se me han pasado en parte. Hay momentos en que el alma se llena de una amargura iracunda que brota de cualquier cosa y no perdona a nadie. Me ha dado una cólera grande y contenida -y por esto mayor- al escuchar las eternas lamentaciones económicas de mi mamá. Algunas veces llega a llorar porque se va la plata, porque penetra un apacible pollo en el hall, porque a una inocente brizna de tierra se le ha ocurrido posar su talle delicado en un viejo sillón. Comprendo sus suspiros, pero no siempre mi alma rebosa de amor. Hay instantes en que sentimos un gran deseo de tranquilidad, de independencia. Será necesario formarse un concepto más ascético de la vida y soportarlo todo como una bendición.

Largos se han pasado mis días en esta ciudad que vive sumida en un largo sopor. El medio ambiente es antipático como pocos y ya tú habrás podido constatarlo más de una vez. Por esto tengo ganas de que llegue el Sábado y partir, aunque siempre las despedidas quiebran un fino resorte oculto que nos une con los seres que amamos y sentimos cerca.

En Santiago, siquiera, volveré a reunirme con muchos compañeros que quiero y estimo y que en cierto modo están unidos indisolublemente a mi pasado. En otras cartas -porque te escribiré muchas- te los iré presentando. Ello servirá también para desentrañar muchas ideas que acerca de ellos tengo y que aún no han venido a dar a mi conciencia en forma clara.

He principiado a leer por segunda vez el Quijote. Una vez más -y con más fuerza ahora- ha venido a mi entendimiento el ritmo incomparable de su estilo. La voz de Cervantes es como una música pausada, profunda y solemne. Aun en los momentos de humorismo, el tono es sereno como el de quien goza interiormente un fruto de acento amargo y escéptico. Ayer vi a tu patrón de lejos. Parecía un potentado entre los cojines de su coche. En su rostro parecía afirmarse un rasgo de seguridad triunfadora. En efecto, ya podía considerarse a salvo él con sus riquezas. Los descabellados que pensaban mejorar la situación del pueblo a costa del dorado bolsillo de los poderosos, habían debido esconder su mano plebeya entre los pliegues de la derrota. Fuera o no sincero su alarde de justicia social, significaban para su existencia la

amenaza de una espada de Damocles. Había que sacarla del medio con toda la fuerza de un democrático arranque impulsivo. Ante todo, el orden y la paz interior. No importa que el roto se muera de hambre, con tal que lo haga sistemáticamente, como un disciplinado regimiento que fuera a conquistar al territorio allende Estigia. Con saludo militar y todo.

Una vez más podemos decir con razón sobrada: Poderoso caballero es don dinero. Sobre todo cuando existe una turba inculta, miserable y degenerada. Ahora le doy toda la razón a Don Alfredo Piola con sus actitudes antipatriotas. Salúdalo en mi nombre.

Mal que mal, te he escrito algo ¿no? Recibe el afecto de tu amigo,
Luis Oyarzún Peña

¡Hágame el favor, señor don Víctor!
Como ponía la lentejuela.

Discurso incoherente

¿Resulta o no escribir así? Con ganas o sin ganas. Vengan o no los leones y las hienas. Mueran o no los cernícalos. Aló, aló. ¿Se oye? No corte, señorita. Diga, por favor. Le ruego se sirva decir a mi señora tía Esculapía que (¡ah, no importa de qué se trate!) Por favor, no me moleste. Sería bueno que en su viaje a la luna comprara «Insectol» para lavarse los dientes. Rece un «Credo» mientras se fríe el huevo. ¡¡¡¡No le vaya a quedar duro!!!!

¿Resulta o no resulta?

Use «chascomús», muy bueno para que le salgan pelos verdes al gato regalón de su casa.

¡Viva Polichinela! ¡Viva la vida práctica con sus frutos del país!

Santa Cruz, 8 de abril de 1937

Mi querido Lucho,

Como una brasa me ha estado quemando esta carta, que no ha podido salir, a pesar de todos mis deseos, hasta este día jueves, tan cercano al postrero de la semana. ¿Por qué?... Ya has de maliciarlo...: Tu discurso de salutación al Ministro de Educación del Uruguay, durante su visita al Internado -que constituye, por el hecho de haber sido designado tú entre tantos alumnos, un triunfo y un honor que he celebrado como míos propios-. Por supuesto que no ha sido la carta del amigo, la grata portadora de esta gratísima novedad; piadosas, las páginas de la prensa que más desprecio -el Diario Ilustrado y El Mercurio-, me procuraron de dármela el domingo pasado.- ¿Por qué ha sido así?... No sé! No te hago cargos; claro que un dolorcillo íntimo va, por adentro, hace días, cosquilleándome el alma, pero, ¿es tan indefinible de descifrarlo! Ternura tal vez. Recuerdo que Ortega y Gasset, en alguna parte, lo definía así: ¿No parece más bien la ternura una semilla de sonrisa que da el fruto de una lágrima? Ha de ser así, y espero que muy luego esto ha de diluirse, como se diluye una gota de amargo en un lago -el lago de nuestra imperturbable amistad-.

El domingo, de regreso de mi acostumbrado catecismo, cargado de cansancio y soledad de alma, pasé por tu casa; encontré a tu papá solo, pues don Isaac acababa de salir. Él creía que yo ya había leído los diarios, pues ignora que ya ha mucho tiempo que he dejado esa mala costumbre. Calcula tú la sorpresa que me ocasionó al comentarme la publicación que traía «El Mercurio», referida al acto de recepción del Ministro. Sobre todo el pedacito, tan elogioso, que precede en ese diario a tu discurso. Lo leí ansioso. Luego, para mejor gozarlo, me fui solo a la higuera; me encaramé en aquel gancho que tú tan bien conoces y pasé no sé cuánto tiempo, pensando y haciendo fantasías sobre el pasado y el futuro, las horas pasadas contigo y las que pasaremos, acaso, juntos, todavía, en la vida. Tengo, recortada, la publicación que hizo de tu discurso El Mercurio y el Ilustrado: dime tú si no las has visto para enviártelas, caso contrario quiero guardarlas yo; quiero iniciar con ellas el archivo de recortes de prensa, que referidos a ti, tendré cuando viejo en varios tomos, pues en uno solo no cabrían.

Bueno, debes saber que te escribo desde mi oficina, después de un día de mucho trajín mercantilizante; tengo, pues, la cabeza como un queso chanco, y sólo el afán imperioso de no dejar para mañana estos renglones que tanto he deseado escribir, me ha hecho sentarme a

teclear torpemente la máquina. Espero que después de recibida ésta, querrás escribirme y darme algunas noticias de tu vida, y en particular del acto que vengo de comentarte.

Querrás también decirme qué es de tu tío Manuel y de las chiquillas. Las niñas no se han acordado de escribirme... ¡Pobrecitas, preciosas, ellas! Yo no dejo de darme cuenta que con hacerlo se sobreponen a sí mismas, vencen la natural inclinación que hay en los humanos, a no escribir con frecuencias estas cartas que para algunos tienen tan poderoso balsámico influjo. Sabes bien tú, que, antes, cuando lo hacían, a ti mismo lo comentaba como cosa no común y muy preciada para mí. Comprendiendo esto es que me he abstenido de hacerlo yo, hasta después: no quisiera imponerles la odiosa obligación de contestarme, pero... me han hecho falta sus cartitas, pues las esperaba.

Bueno Lucho, ¡hasta luego! Quiera Dios te encuentres bien y pases felizmente los días que van corriendo. Invierno a grandes trancos se acerca a nosotros. No es la estación grata a los pobres. Pero en cambio, con sus rudezas e inclemencias, parece que ahoga tantos momentos en que pensar sencillamente, harían mayor el sufrir cotidiano.

Escríbeme. Tuyo, amigo afmo.

Arturo Andraca

Santiago, 14 de abril de 1937

Mi querido Arturo:

¡Cuánto tiempo hace que no te escribo! Al pedirte que me perdones, debo decirte que tú bien sabes que, llegando a Santiago, me pongo reacio a escribir cartas y cumplo mal con los lazos de amistad y parentesco. Lo que sucede es que muchas veces en que la inspiración epistolar me viene (pues estoy convencido de que para esto, como para todo, se necesita una bienhechora inspiración), cuando me bajan del cielo los deseos de escribir, no siempre dispongo del tiempo preciso para hacerlo. Ya sea porque tengo que hacer alguna malhadada tarea de matemáticas o una insulsa lección de química que estudiar, el hecho es que me veo obligado a levantarme y a sumir mis ojos en líneas evocadoras de nada.

Aún está María Elena aquí en Santiago. Pocas ocasiones tuve en mi última salida de

tener coloquios a solas con ella pues, además de Leonor que no la deja sola un momento, está aquí su novio, un señor Santiago Polanco, oficial de ejército. Parece muy buena persona, pero, en realidad (y esto sólo para nosotros dos), no me satisface completamente. No sé por qué me parece poco espiritual, y hasta poco inteligente (lo más probable es que me equivoque, como siempre que trato de esbozar la silueta psíquica de alguien); a pesar de todo, parece que a María Luz no le cayó mucho en gracia y le sorprendió desagradablemente el que tomara del brazo a su prometida, pues, asomando su cabecita por la puerta del escritorio, escondida detrás de una cortina, le gritaba: «¡Bigote! ¡Bigote!». Yo, para salvar la situación, hice como que me lo decía a mí, y simulé enojarme con ella.

A propósito de lo que me hablas acerca de mi discurso de bienvenida al Ministro de Educación uruguayo, sólo puedo contarte que estaba un poquito nervioso de encontrarme delante de unos señores como el Ministro de Educación chileno, el Director de la Biblioteca, don Gabriel Amunátegui; el Rector de la Universidad, don Juvenal Hernández; el Ministro del Uruguay en Chile, etc. A pesar de todo, según dicen, mi discurso resultó muy bueno y muy sobrio, lo mejor de la reunión, al decir de mi profesor de Castellano, pese a la brillante oratoria del señor Haedo. Después de terminado mi «speech», el Ministro uruguayo se levantó a felicitarme, pero yo, sin darme cuenta, volví la espalda y huí hacia abajo.

Después de almuerzo, el señor Haedo conversó muy cordialmente conmigo y se sacó una foto acompañado del Rector y de esta humilde personilla que te escribe, a la cual, además, hizo fotografiar solo. Prometió mandarme libros de Montevideo, entre otros, los «Motivos de Proteo», de Rodó.

Me estoy aprontando para ir el sábado a ver de nuevo a la Margarita Xirgú. Quisiera que tú estuvieras aquí y que fuéramos juntos. Seguramente quedarías amigo -y para siempre- de Federico García Lorca, pariente mío por su lado materno.

Bueno, Arturo, ya vino a apoderarse de mí la modorra de este día otoñal.

Te abraza tu amigo de siempre

Luis Oyarzún Peña

Mi querido Lucho:

Tu carta del 1° me llega en este día de tan triste memoria en nuestros días. Te escribo bajo la presión del gran desconcierto y pena que me ha producido el fallecimiento de tu tío Manuel. Aprieto los labios con fuerza porque temo a la blasfemia que, indiscutiblemente, ha de haber surgido incontenible en el corazón. ¡Oh, si no tenía derecho Dios a permitir esto! Si la Providencia suya rige los destinos del mundo; si las almas y los acontecimientos obedecen a sus designios, ¿qué razón justifica esta tremenda equivocación? El hombre bueno a carta cabal, que por doquier dejaba afectos, encendía esperanzas, regaba consuelos; el hombre que tanto escasea, necesítándolo tanto los muchos que tristemente vivimos, debió ser respetado por la guadaña que por algo se exprime a veces como castigo. Estoy desconcertado por la tremenda funesta nueva que nos ha venido a herir. Tú lloras con mil bien fundadas razones, al mejor de tus tíos; otros llorarán al mejor de los padres, al más cumplido de los esposos, al ejemplar hermano; pero, yo también justifico mis lágrimas y mi pena, aunque parezcan ridículas a los demás, o forzadas, o sentimentales, no más. Él era para mí el único hombre que en el mundo me ha acogido bien, con cariño, no esperando de mí nada, porque ¿qué entretenimiento, qué halago, pudo darle mi amistad? No habría -y tú lo sabes- otro igual para mí en el mundo. Su palabra de afecto, su palabra de esperanza y de aliento, nadie me la dará, en adelante, jamás como él me la dijo. Me sentía su amigo -salvando las distancias lógicas que debían separarnos-, con una sinceridad y una sencillez que ahora, que tan honda distancia me separa de él, ahora sólo la puedo apreciar en su justo valor. Me hubiera prosternado a sus pies como un perro fiel y humilde; sin que mi orgullo hubiese por ello sufrido ni un ápice; hubiera de él aguantado las mayores humillaciones y los peores desprecios (¡si hubiera sido capaz su noble alma, alguna vez, de hacerlo!) sin chistar siquiera: ¡Así lo quería!... Por eso, ahora, luego, siento en los párpados el escozor de las lágrimas, y en el corazón un vacío que ha de quedar para siempre. Este corazón mío, que nunca me engaña, desde la primera noticia que tuve de su enfermedad, me dijo que era la ida irreparable. Piola me inyectaba optimismo vanamente extendiéndose en eruditas explicaciones sobre las defensas del corazón, de los tratamientos modernos, etc.; pero... ¡nada! Me acompañaba en lo mismo, y así fue. Cuando esta mañana, por teléfono, me dijo don Simón lo que había acontecido a las 6 de la madrugada, no sé por qué raro mecanismo de la psique, quedé imperturbable. Como esos gritos fue, que dan los

amigos vanamente y que la víctima no los oye hasta que el peligro los ha cazado. Luego, el dolor salvaje de tu padre, el sereno dolor de tu tío Isaac, la visión de la galería donde tantas veces benévolamente me acogiera don Manuel, todo, lentamente, me ha ido despertando, hasta que en este momento en que te escribo poseído de un rabioso afán de contar mi pena, me parece que llego, por grados, al paroxismo del sentimiento por su ida. Todo esto, tú comprendes, no se lo puedo decir a nadie. Nadie lo creería. Son la mayoría incapaces de comprenderlo. Pero a ti sí, pues me conoces y sabes lo que tengo por alma y cómo juegan, llenos de pasión, mis sentimientos. Y sabes tú, además, cómo, llegado a un cierto grado de tensión, es necesario el desahogo. Te digo esto porque quiero justificar estas largas planas dedicadas a comentarte mi dolor por la muerte de tu tío, sin hacer caso de aquellos otros, mucho más grandes, dolores, que han de haber nacido de su muerte. Los comprendo bien hondamente y me duelen cuando los están sufriendo seres que, como tú, tus primas, tu padre y hermanos, me son hondamente queridos. A todos los tengo en mi alma. Quisiera gritarles la pena a cambio de años de mi vida, pero sé que, ciertamente, tampoco sería el recuerdo: es necesaria y deberán cultivarla, ellos como un filón de oro. Al menos, así me pasaría a mí. Diles a las chiquillas que me obsesiona la visión de sus caras llorosas, y que siento cómo han de apretarse, retorciéndose de dolor, sus corazoncitos, tan jóvenes, tan hechos para alegrías e ilusiones en cambio. Bueno, amigo mío, más unidos iremos por la vida aún. Se nos cercenan cariños; se nos roba amigos y protectores, se nos hiere en el alma, y todo ello nos mancomuna en la formidable hermandad del dolor. Escríbeme, dándome detalles; coge para mí, de boca de los que lo vieron, sus últimos momentos; palabra a palabra, que mucho te lo agradeceré. Yo, en cambio, estoy aquí dando mis cuidadas atenciones al pobre viejo de tu tío Isaac, que mucho los necesita.

Recibe un apretado abrazo de tu amigo de siempre.

Arturo

P.S. Fernandito, ¿por qué no me escribe? Salúdalo. Dile que mucho me acuerdo de él; que me escriba contándome cómo le va. Que mucho lo quiero.

Santiago, 13 de junio de 1937

Señor don
Arturo de Andraca-Goicoa Molina
Santa Cruz

Mi querido Arturo:

No se trata de cumplir una penosa obligación sino un agradable deber -el de escribirte-. Es por esto que tomo la pluma en este San Antonio de 1937 y me pongo a exhalar frases que, allá en esa tierra que es la mía, servirán para comunicar mi espíritu con el tuyo. El San Antonio de este año ha sido en esta casa la de mi buen señor tío -solitario y humilde como nunca-.

Todavía reina el duelo al lado adentro de la puerta y aún la pena no se disipa (y ojalá que nunca desaparezca del todo).

El tío Antonio anda en Melipilla, donde están Lily y María Luz, lo cual traslada su onomástico a otra mansión donde seguramente no habrá de celebrarse.

Hoy he pasado el día en casa del tío Manuel. Aunque él haya pasado a morar en la casa de Dios, sigo -y seguiré siempre- llamando por su nombre ejemplar a la que fue su morada.

El día ha transcurrido plácida y gentilmente entre mis adorables primas. Ellas guardan el luto verdadero y entrañable, cual es el del corazón. El dolor ha comunicado a su espíritu un noble matiz melancólico que las hace accesibles a cualquiera comprensión del alma y la vida ajenas. Juntos hemos ido al Cementerio. Como me pasa cada vez que voy a verlas, de allá he vuelto con el espíritu saturado de recuerdos. ¡Cuántas cosas, Arturo, que a cada paso evocan su figura! Una fotografía: su vista está perdida en el ramaje de los sauces que contemplan al estero. Hay en su rostro una paz de niño bueno porque sus ojos -sus pequeños ojos ¡cuán bondadosos, cuán inteligentes e infantiles!- están contemplando el paisaje querido de la niñez. Parece escuchar a lo lejos la voz campesina de la criada que cuenta raros cuentos de brujas y ahora está llamando al corral unos gansos andariegos; más allá se pierde el ingenuo mugido de un ternero; bien lejos, unos tiuques revolotean sobre el mostazal, donde la «meica» ña Catrileo dijo tué-tué y se perdió volando. De seguro que la madre está cosiendo en el comedor; a su lado está el padre con la mirada perdida en los cerrillos que ya principian a reverdecer.

En ese momento, hay un muchachito hermoso en los ojos del tío Manuel. Dan ganas de

abrazarlo y besarlo en sus ojitos bondadosos, con toda la tibieza de unas lágrimas cordiales en el pecho.

Al lado del estero legendario donde salía una niña con un peine de oro, el tío Manuel está soñando. Siente la nostalgia de su vida de niño. Era una vida hogareña, con noches silenciosas junto al fuego y al calor del mate que la abuela sorbe; era una vida aureolada por el ensueño de los higos secos y la dulce chancaca; de tarde en tarde, salir a cazar con el tío bonachón que de cuando en cuando es terrorífico. Cuando enseña a leer y los chicos no saben la lección, promete cosas atroces que nunca cumple, pero que hacen temblar de todos modos. ¡Ah, la caza! ¡Qué alegría cuando el tío joven y apuesto derriba una cata o un peuquén! No hay para qué pensar en ir a la escuela; los niños de 3 ó 4 años no deben ni pensar en eso. La escuela está lejos, en Santa Cruz, en la ciudad lejana, adonde no se llega sino después de varias horas de andar a caballo; los niños chicos han sido hechos para esconderse en los polizones de la abuela y nada más. Después, cuando crezcan, será otra cosa. Pero ¿para qué pensar en esto todavía? El tío Manuel se ha vuelto niño mirando los sauces del estero.

Prometiéndote una pronta carta más amena, te abraza tu amigo que te quiere muy de veras

Luis Oyarzún Peña

P.S. El tío Antonio -que acaba de llegar- te envía cariñosos saludos.

Santa Cruz, 21 de junio de 1937

Mi querido Lucho:

Mientras afuera cae, lenta, la ya esperada lluvia, sobre la tierra sedienta, yo tomo la pluma y rompo el silencio hondamente triste que hemos guardado hasta ahora, después de la muerte de tu tío -y lo hago en homenaje al santo patronímico tuyo-. Esa fecha que he puesto a estas letras me hacen recordarte con mayor intensidad que de costumbre. Pido a Dios por ti, por los tuyos queridos. Que alumbre y facilite tu tránsito por estos difíciles senderos de la vida. Que seas más, mucho más feliz que yo. ¿Querrá oírme?

Vivo un horrible cansancio. Y me apena grandemente pensar en este ilógico cansarse antes aún que el mediodía llegue; cuando la hora del reposo ni se divisa, prometedora, en lontananza.

Patente tengo todavía ante los ojos, la negra, fúnebre, plancha de mármol que oculta a nuestros ojos el féretro de don Manuel. Vivo aún la impresión de la fría visita que le hicimos. ¡No podré jamás olvidarlo!

Cariños a Fernando. Que me escriba. A las chiquillas también. Leonor me hizo una promesa que no ha cumplido. Cuando creas oportuno, recuérdasela. Saluda a don Antonio.

Tuyo afect. amigo de siempre

Arturo

Santiago, 11 de noviembre de 1937

Querido Arturo:

Al comenzar esta carta temo no encontrarte, tengo miedo de que me esté dirigiendo al puro silencio, abrigo la duda de que no seas ya el mismo cordial y noble Arturo de toda la vida, es decir, de todo el pasado. Estaba hasta hoy tan acostumbrado a recibir tus cartas que tu mutismo me extraña, me sobresalta, me pone un brazo de vaho azul en torno del cuello y me martiriza. Comienzo a creer que la prosperidad al entrar por tu puerta ha empujado hacia fuera de la alcoba -la desvencijada, luminosa, tibia alcoba- tu eterna bondad, tu comprensión, mi amistad tan lejana y tan grande. Tengo la comezón de creer que vas engordando y cada día te vas haciendo más rico, más burgués y menos Arturo.

¡Perdóname querido Arturo! Retiro todo lo dicho y recuerdo una bendita carta tuya en que codificabas las condiciones a que nuestra correspondencia debería ceñirse, haciéndola más y más fruto inmaculado del puro corazón que cada uno de nosotros lleva dentro del pecho, como un símbolo de lo que podría ser nuestra vida si eternamente lo auscultáramos y bajo su advocación viviéramos. Ahora caigo en la cuenta de que yo tampoco te he escrito y, sin embargo, estoy seguro de que no por eso, me vas a imaginar vanidoso, melenudo y despreocupado del qué dirán, cualidades que nunca he tenido y, que salvo la última no voy en camino de tener.

Santiago, la ciudad de Santiago, toda su área menos el Internado, ejerce sobre mí un poder de desorientación que me hace perder, o ganar el tiempo de una manera lamentable en los días de salida. El hecho es que, como podrás suponerlo, no he ido a tu casa, con la que me ligan los buenos recuerdos (porque ya parecen puros recuerdos) de tu amistad y el amor de los tuyos, porque tu cariño repercute en mi corazón y me hace también querer.

Cuéntame algo de tu vida, de tus lecturas, de tu mes de María con su ingenuidad encantadora de flores caídas al umbral de la Virgen Santísima. Ya presiento, a esta hora de la tarde quizá, cómo se vierten en el aire las campanas, mientras un murmullo de égloga se esparce por el camino viejo. Por frente a tu pieza pasan muchachos atolondrados y mujeres oscuras que en la tarde florecen como los murciélagos o los balidos de los terneros lejanos.

Tú, mi buen amigo, vas del correo a la inhospitalaria casa y de aquí a la iglesia. Tocan para acostarse. Recibe la visita de tu amigo

Luis Oyarzún Peña

Santa Cruz, 21 de noviembre de 1937

Mi querido Lucho Oyarzún:

Tu carta ha llegado a romper dulcemente el aislamiento, la soledad absoluta en que se ha deslizado mi vida estos últimos meses. Como se desgarran la quieta transparencia de un lago, al romper sus azuladas aguas la carne sonrosada de una ondina, así, con un voluptuoso dolorcillo, has rajado el mutismo de mi alma con tus letras de hace pocos días. ¡Y cómo las esperé, y cuántas conjeturas dolorosas me hice, desde aquel día en que «Ercilla» te consagró como «un poeta de 16 años»! Por eso he sonreído con toda la alegría de que puede hacer gala aún mi alma, al leer aquellas líneas que confiesan tu temor de no encontrarme ya; tu temor de que el bueno, infeliz y querido amigo tuyo, pudiera haberse trocado en un panzudo, feliz, sonriente burgués adinerado. ¡Cómo me consuela del dolor de lo tanto que he vivido, ver que aún guiamos nuestros pensamientos con la puerilidad ingenua con que pudo conducir sus blancos y motudos corderos, aquel pastorcillo, deliciosamente chiquillo, de tiempos ya perdidos en la bruma de los siglos! Porque, si tú achacabas mi silencio a causa tan ajena a la que lo

motivaba, yo debo confesarte a mi vez -ya que alguna vez he de decir la verdad- que también pensaba en que, engreído por tu triunfo, oliendo ya el éxito y la senda de la gloria, me olvidabas, suavemente te desembarazabas del fardo pesado de mi amistad, porque, a la postre, me argumentaba en mi soledad, poniéndome en tu lugar, ¿de qué sirve a un poeta, ser amigo de un comerciante vulgarote de aldehuela, y para más, ni rico siquiera?...

Y esta consideración de un momento vivido por los dos a la par, me hace ver que aún nos conducimos como tiernos infantes por el mundo de los sentimientos. Y aprovecho ahora para preguntarme y preguntarte, también, si es que alguna vez los hombres dejan de ser categóricamente chiquillos. Los vemos que atesoran años tras años, desengaño tras desengaño, y siempre la esperanza los alimenta con siempre mayor intensidad. Es mentiroso el escéptico; nos engaña el que dice que ya nada espera de la vida y del mañana. Nos moriremos esperando no morir, o cuando menos, seguir viviendo en el cielo cristiano, que es, a la postre, otra forma de no querer dejar la vida. Nos morimos de viejos, y sin abandonar mil y mil ilusiones y fantasías que sentarían más propiamente en la cabeza loca, aureolada de ensortijados bucles rubios, del muchachito aquel, que se columpia alegremente de la rama de un níspero, colgando. Y si los hombres ya de años, no se revuelcan en la tierra, brincando y gritando de alegría, es únicamente porque temen al formidable ridículo de sus movimientos entorpecidos, y aprecian demasiado el falso prestigio con que créense dotados en virtud de su forzada seriedad. El que en virtud de los años, vístese de taciturnidad, para mí, es un imbécil; sólo el dolor -sin acepción de edades- profundamente sentido, da investidura de taciturno, siempre que no sea aquel dolor de afuera para adentro, sino que aquel de [que] no aflora a la superficie visible, más que en el misterio de la íntima alcoba, o de la soledad absoluta.

Aquí me tienes, Luchito; con los brazos cruzados ante los días que corren y corren; bien cerrada el alma a toda emoción, para que así, en calma, cure de algunas heridillas que duelen todavía. Pasan los días, viene la risa loca del sol de verano; con sus mañanas que son toda una chiquilla de dieciocho años, alegre, recién lavada de cara, respirando toda ella una frescura y un calorillo, una lucidez de color y una inocencia de cosa que nace, que llega y satisface con plenitud mi alma ingenua de campesino. Para que la alegría no logre saciedad, y con ello merme mucho de su atraente poderío en mi alma, viene el trabajo de largas horas, de todo el día, que tú conoces; continuo, movido, con horizontes cerrados: trabajo de comerciante. De todas las formas de trabajo materiales, nada me gustaría más que la agricultura. Es ella el sacerdocio de la madre tierra. Al depositar en su seno el grano que ha de fecundar allí, yo iría poseído del sagrado respeto con que pudo acercarse un griego antiguo y mitológico, a las carnes abiertas y

sagradas de la Diosa que solicitó su semen humano para la procreación de un dios pequeño, egoísta y malo. Me viene a la mente la poesía aquella, en que no sé qué poeta, evoca el gesto magnífico y amplio de sembrador. Es verdad... parece un rey. Un rey al conjuro de cuyo hecho formáranse vidas innumerables. Un hombre inagotable sembrador de bondades; porque, ésa es otra, siembra trigo y sabe que el sabor del pan ha de ser Dios en la boca de algunos, y fuente de vida en los más; cultiva la vid, y desde ya puede saborear la alegría desbordante con que algunos seres beberán su caldo, o el maravilloso poder de olvido con que obrará en los desgraciados del mundo. En cambio, el comerciante, ¿qué fantasía puede hilvanar en torno a su tarea? ¿La angustia de hambre que su especulación producirá? ¿El desgraciado triunfo de haber engañado a alguno no muy al corriente de los mercados? -No veo otras-.

Luchito: he aserruchado por la mitad estas líneas. Las fuerzas, bien escasas, no me dieron para sacarla de un tirón, así como antes, con gusto, lo hacía. Qué extraño me siento. Semejo el caminar de un hombre que hubiese estado mil años en cama, y al levantarse por vez primera, después, ensayara angustiosamente su olvidado andar. A empujones, agarrándose de muebles y paredes, logró llegar hasta aquí no más, adonde antes dos zancadas lo conducían en un instante. Pero Dios lo hace todo para bueno, como dicen los pobres. Y así, aunque me duele considerarme sin ánimos, en cambio puedo decirte que ayer, en San Fernando, he estado unos instantes con tu mamá y con tu papá. En la revista de gimnasia de los Hermanos Maristas. Están bien. No así tu viejo tío Isaac; hace algunos días (desde el 15), guarda cama; ¿de qué? fácilmente no sabe ni él ni yo decírtelo... De puro viejito, tal vez. Pero, espero que luego dejará la cama; hoy estaba con mejor ánimo. Hace mucho tiempo que nada sé de las chiquillas, tus primas. No me han escrito. Ni las pequeñitas... Ley de la vida, ante la cual me inclino estoicamente. Espero que muy próxima... Aunque una prima mía, la Toyita de la Cuadra, vecina de las Pizarro en Rosario, me dijo el otro día que había encontrado a la Leonor muy flaca, y eso lo debía a la operación que le hicieron. Cuéntame. Salúdalas con afecto. También a los chiquillos Ibáñez. De nadie me olvido.

He leído mucho este último tiempo. Fruto del ocio y de mis afanes benedictinos, he anotado casi 60 obras leídas este año. Maeterlinck, Anatole France, Marquina, Ortega y Gasset, Gide, en prodigio de generosidad, han vertido sin cansarse en mi tosca cabeza de vasco, los encantos de sus pensamientos y de sus frases. Yo padezco viendo cómo resbalan y se pierden, sin que logre aprehenderlas plenamente, mi inteligencia. Dios no me ha dotado de ese poder de retentiva que tú, por ejemplo, posees, y tanto grato placer me causaría. Es mi pena ver, como te digo, que de mil cosas preciosas que leo, y que quisiera tener en la punta de la lengua,

por así decirlo, para siempre, dos o tres no más se me graban de la manera que quisiera que se grabaran todas. No sé si tendrá remedio este mal de mi facultad de aprehender lo que leo; aunque, mi padre con esa llaneza tan suya, siempre me decía, «que la tontera es cosa sin remedio».

Acabo de leer en mi diario de hoy día, que una nueva hoja de fresco laurel viene a engrosar la corona literaria que vas tejiendo apresuradamente. Me refiero a la mención honrosa que alcanzaste con tu cuento «Un poeta romántico» -aquel que me leíste en el Internado una tarde ya lejana-; mis felicitaciones humilditas pero bien sinceras. Yo estoy cierto que debió ser para ti el primer lugar en aquel concurso, pero seguramente han jugado allí intereses y por eso se lo dieron a otro. Mas, no importa; lo esencial es irse haciendo nombre, poco a poco, pero seguramente.

Bueno mi Lucho querido; he terminado. ¿Hasta cuándo? ¡Ah! nada más quisiera que decírtelo con exactitud. Será hasta que Dios quiera. Tuyo, afectísimo amigo tuyo de siempre
Arturo

Santiago, 27 de marzo de 1938

Mi querido Arturo:

Ahora, recién ahora, me decido a escribirte. Y al decir me decido, deberás suponer que mi laxitud de todos los momentos, no me había dejado hacerlo antes. Para la carta, sobre todo para la carta al amigo con quien se conversa como si en una inmensa jarra las almas se juntaran, se requiere un estado especial, así como el de la inspiración que los poetas actuales, en su mayor parte, rechazan, pero que yo sigo aceptando. Creo que a ti te habrá pasado lo mismo, de aquí tu silencio.

Pasaré a hablarte de mí, de mi nueva vida en el Internado, aunque la vida es siempre nueva y también siempre la misma, la vieja vida de la infancia. Y si no lo fuera, sería el derrumbe y la salida de nosotros mismos. Pues bien, simplemente te lo diré todo en dos palabras: he quedado en el colegio, este colegio de mi segunda infancia, como ayudante de mi antiguo profesor de castellano y amigo legítimo, y como ayudante en la biblioteca. Si fuera pez, diría

que en el agua. Y como desgraciadamente no lo soy, te diré que entre los libros. Tengo una pieza pequeña que en Semana Santa conocerás. Está al lado de aquel jardín con árboles añosos que tanto te gustó hace tiempo. En estas noches de otoño, siento un crepitar de ramajes y al viento deslizarse como un jinete de gasa en las encinas. Es una pieza desnuda, como de fraile cartujo. Yo le he puesto un retrato de Cervantes, pequeño, amarillento, de vieja estampa; otro de García Lorca, un poema de Garcilaso, otro de Cáceres, y algunos cuadros religiosos medievales.

Creo que el viernes principiarán mis clases de Leyes en la Universidad. Mis ocupaciones no me impiden asistir a todas ellas. Iré convirtiéndome a mi pesar en un leguleyo. Tú sabes que no voy con entusiasmo. Las leyes son tan áridas, tan secas, tan poco trascendentes y tan hinchadas, que no me pueden satisfacer. ¡Qué le vamos a hacer! No sólo mieles se paladean en la vida. Veremos qué rumbos se nos habrá de abrir. Esperemos, como descendientes de árabes que somos. Esperemos, mientras España cae en manos de los señoritos y de los alemanes. Mientras el fascismo y la fuerza van cundiendo.

Aquí en el Internado los inspectores tenemos un comedor aparte. Es en él donde trato con más frecuencia a las gentes que tengo por colegas. ¡Cuánta grosería y baja calidad humana hay en ellos! Afortunadamente, no faltan las gentes inquietas y delicadas. Nos sentamos en la misma mesa y han dado en llamarnos los alacranes. Y es el único rincón de pureza de todo el comedor. Jorge Millas, Héctor Casanova y Herman Niemeyer son mis compañeros. El primero estudiante de pedagogía y los dos últimos de medicina.

Fuera de ellos, mis mejores amigos de aquí son alumnos: Jorge Cáceres, Domingo Piga, a quien te presentaré cuando vengas, y Danko Brncic. De los tres prefiero a Piga, por su mayor bondad y comprensión humana. Admiro en Cáceres su maravilloso genio poético y lo quiero como un gran amigo. Es menos humilde e inquieto, cosa natural, la primera, en un muchacho como él que ya se siente elevado a uno de los más altos puestos de la poesía chilena y aun americana. El próximo mes publicará su primer libro que se llama «El Ángel de las trincheras». Producirá un revuelo enorme. Brncic es el más pequeño. Muy inteligente y sensitivo.

Seguimos siendo muy amigos de Neruda. Somos los preferidos de la casa. Parece que formaré parte del comité directivo de la Alianza de Intelectuales de Chile. Para la Defensa de la Cultura, en representación de los poetas más jóvenes. Estoy en varias comisiones de la Alianza. Una de ellas es la de organizar un homenaje a Freud para comienzos de abril, junto con el novelista Alberto Romero y el poeta Volodia Teitelboim. Pienso sacar un libro a mediados de año.

Espero ardientemente tu venida. Escríbeme.
Recibe el invariable afecto de tu amigo
Luis Oyarzún Peña

Sta. Cruz, 7 de abril de 1938
Sr. Luis Oyarzún P., Stgo.

Mi querido Luchín:

Hace ya algunos días que me fue dado el gusto de leer por primera vez tus líneas del 27 del pasado mes. No ha pasado día, desde entonces, sin que me acueste con el pesar de alma que significa no haber cumplido un deseo vehemente. Pero tú bien lo sabes: y cómo se oponen las cosas a que uno haga su voluntad, más todavía cuando la voluntad quiere satisfacer algo sano y noble. Mil cosas se cruzan en desusado afán de solicitarlo a uno. Y hasta éste mi gusto de hoy día, mi placer tan grande, de tener a mi padre conmigo por algunos días, me resta tiempo para hacerlo más extensamente, como quisiera y lo hago siempre que te escribo. No. Nada de laxitudes que me anonadaran, como te quejas tú, y disculpas tu tardío acordarte de mí. Nada. He vuelto a mi vida acostumbrada, tan atrocemente equilibrada en medio de la atmósfera hostil, que tendría suficiente para justificarme de una constante anormalidad cualquiera. Hervía en ganas de escribirte, pero -oh pena!- no disponía de un momento dado. Así es de tirano conmigo, todavía, el tiempo. Pero no importa, ya vendrá el invierno, prometedor y cumplidor seguro -de días de deliciosa holganza-. Y viene también, y ya me topan las narices, mis días de Semana Santa, deliciosos días, en los que estaré junto a los que quiero. No tardaremos, pues, mucho en vernos. Yo he de llegar a esa a más tardar el Jueves Santo a las once de la mañana. No pierdo la esperanza de pasar contigo unas dulces Horas de Pasión, el Viernes Santo, en tu piecezuka, que desde ya tengo in-mente imaginada. Veo el desorden ordenado de la pieza del soltero-poeta. Las estampas decidoras de tu buen gusto y de tus afecciones, claveteadas en los hoscas muros. Y, como no quiero quedar sin parte entre ellas, te envío esa, pobrecita y chica, que -como homenaje de amistad y cariño- te pido coloques en un rinconcito, por ahí. Pasaremos largos ratos, mirando el patio aquel, que no podré olvidar

nunca, y hablando de mil cosas que nos unen ya por toda la vida. Así espero, Luchín. Quiera Dios que así sea. Después, es decir, entonces te hablaré de todo, de la promesa dolorosa de tu primer libro, que me ha conmovido de veras, de tus amigos, de nuestros dolores y esperanzas.

Tuyo, amigo del alma,
Arturo

Santiago, 4 de junio de 1938

Mi querido Arturo:

Acabo de recibir tu carta, tan bella. Una cosa no me parece bien. Ese como servicio que me pides de que te escriba de cuando en cuando. Somos profundamente amigos y entre nosotros existe desde hace tiempo un pacto: el uno le escribirá al otro sólo cuando esté con especial disposición para ello. Podría decirte cuánto trabajo, cómo he entrado plenamente a enfrentarme con el muro del trabajo obligado que no es el que uno desea, el que da la sensación de que se está perdiendo, al ejecutarlo un tiempo precioso. Pero no te lo digo porque seguramente no me irás a creer porque muchas veces los que más profundamente se aman se creen menos. Y así, mi amigo, te escribo cortamente desde este invierno metálico de Santiago a tu invierno fluvial y rumoroso. Estoy al lado de las leyes, en medio de las leyes, pero ellas quedan fuera de mí, contra mí. Tú sabes que nunca me entusiasmó la carrera de abogado; pues bien, ahora estoy en ella dentro de su aridez protocolar, notarial, pero por la cual jamás ha corrido un hilillo de agua, un ojito de agua; en la cual jamás ha crecido una hierbezuela, de esas ingenuas del mes frío de mi tierra, cuando La Lajuela está candorosamente verde sin exuberancia, del aroma templado.

Antes que nada, debes saber que nunca te olvido como tú quisieras; eres no sólo un recuerdo sino un amigo muy querido, uno de los pocos amigos que tengo.

Se me anuncian hermosas publicaciones de cosas mías. Acaba de escribirme Luis David Cruz Ocampo, en respuesta a un cuento que le mandé, diciéndome que ha ordenado su publicación en la revista «Atenea». Algunos poemas míos saldrán publicados en la Argentina, La Plata, en la mejor revista de poesía de Sud-América, «Fábula». Después mandaré a «Atenea»

un trabajo que tengo sobre la adolescencia de Nietzsche. El lunes voy a llevar un poema para que lo publiquen pronto en Ercilla.

No he conocido a Gabriela Mistral, pero ella me conoce de nombre porque Pablo le habló muy bien de nosotros dos con Cáceres. Va a venir al Internado y en la fiesta se recitarán poemas nuestros, así que la conoceré.

Bueno, no te quiero hablar más de estas cosas que pueden parecer vanas y fatuas. Y realmente lo son. ¿Qué somos nosotros, aun los más grandes, al lado del Universo? Se me ocurre que somos hormigas embravecidas, soberbias. Lo principal es tratar de ser buenas hormigas.

Mi querido amigo, te abrazo con todo mi corazón.

L. Oyarzún P.

San Fernando, 7 de febrero de 1939

Señor don
Arturo de Andraca
Santa Cruz

Mi querido amigo:

Cuánto tiempo, cuánto silencio e indiferencia quizá entre nosotros dos, ha corrido con este último año, como un corazón que fuera desangrándose lentamente, como el corazón de un cataléptico. Pero no. Nuestra amistad, que nos reclama, no tiene nada de aspaviento teatral, y a veces -durante largo tiempo a menudo- no precisa de correspondencia. Porque este mutismo nuestro tiene la fatalidad del verano, la pesantez de este aire cálido de San Fernando, su quietud vacía, ardiente. Me muero de sopor en San Fernando. Te juro que es la primera vez que mis libros no me bastan. Acaso es la primera vez que tengo que estar cara a cara con ellos, en una permanencia obligada. Porque tú sabes. En Santa Cruz era distinto. Allí estabas tú. Estaba el tío Isaac. La naturaleza misma. El campo. Pero aquí -¡Gran Dios!-, sólo mis padres. Y es mucho, claro. Pero este contacto de segundo y segundo, este atropellarse de cada instante, no deja sino un corto espacio de inefable dicha. Porque en este pueblo no se puede salir. No hay adónde. El calor no lo

permite. La soledad forzosa -en momentos en que no la preciso, que cuando la necesito me aferro a ella amorosamente-, la soledad, como te digo, llega a impedirme gozar de las tardes del campo abierto, que en cualquier pueblo luego se encuentra. Es cierto que está Nano. Pero qué quieres tú. Luego peleamos. Nos queremos mucho, pero a lo más aguantamos una paz de diez minutos.

Y así, tú ves, pues, Arturito. Una condena. Mi mamá llega a cansarse de mi presencia de todo el día en la casa. Me dice que salga, que tenga amigos. Como si yo no hubiera huido siempre de las amistades fáciles y banales.

Tú me dirás que con la cercanía de mi madre me debe bastar. Bien. Yo pienso lo mismo. Eso sí que ella no conserva una actitud pacífica todo el día. De repente se interrumpe en retos, reclamaciones. Vocifera, gesticula. Lo comprendo. La quiero más entonces. Pero, no me digas, me pongo nervioso. Me desespero de estar encerrado.

Primer verano que paso en San Fernando. Me hace falta tu pieza, Arturo. Su silencio, las conversaciones de la noche, los paseos, los cigarrillos a escondidas. La posibilidad de intercambiar inquietudes. Sería feliz de poder ir.

Para tranquilidad tuya, mía y del tío Isaac te diré que he salido bien en mi primer año de leyes, con muy buenas notas. En marzo voy a dar Psicología, de un curso aparte que sigo en el Pedagógico.

Cuando nos veamos -que tenemos que vernos antes de marzo, me voy en los primeros días-, hablaremos de todos nuestros sucesos con más espacio.

Dale muchos saludos al tío Isaac, que luego le escribiré. Saludos en la casa, a las señoras y a las chiquillas.

Me gustaría mucho que vinieras el domingo. Ojalá que venga Nano Ibáñez. Se vuelven en la tarde. Dirección de la casa: Talcahuano 870.

Mira, si tú consiguieras con la señora Ester que me pusieran una cama en tu pieza, podría comer donde la tía Anita, y estaría unos 2 ó 3 días.

Te abraza

Luis Oyarzún Peña

El certificado de Nano llegó sin novedad. Muchas gracias de parte de mi papá.

Santa Cruz, 11 de febrero de 1939

Mi querido Luchín:

Después de haberme ya hecho el ánimo de no ver más tu letra -porque así lo habría, acaso, dispuesto el Destino-, me llega tu carta del 7, que es un clamor de cansancio y aburrimiento para ti, y un reconfortante muy consolador para mí, porque -y lo saben todos- es consuelo de necios el mal de muchos.

Me duele en el corazón de amigo, tu aburrido cansancio; pero no me sorprende ni lo encuentro raro. Más aún: siento que me dices una cosa lógica y esperada: recuerdo el alboroto con que un niño cuenta la cosa simple de que «le ha salido ya la muela del juicio».

Te desesperas en San Fernando, y crees que el sopor provinciano del verano, es la causa. Bien; pero yo no lo creo. Niño: llega un día -sin lugar a vueltas- en que ese bicho empieza a roerns el alma, cada vez con más frecuencia-; y no creas que quiere ambiente material alguno. Y si para las epidemias hay fórmulas de combate, y para los proyectiles de acero hay cubiertas defensivas, para este enemigo nuestro, tan viejo como los siglos, no creo ni espero, se descubra o invente antídoto alguno, jamás.

Y por otro lado, tampoco lo deseo. Si la vida fuera un continuo solaz, si no conociéramos la angustia suprema de los días llenos de nada, considerando este «nada», este «no ser» como el más tedioso, el más inseparable dolor que puede tomar un alma, ¿conoceríamos acaso la imponderable belleza de aquellas horas -¡ay!, si bien es cierto tan escasas-, en que vemos la sonrisa en todos los labios, la belleza en todas las cosas, y hasta «miramos sin asco, nuestro cuerpo y nuestro corazón?».

No, como no podemos apreciar lo que tenemos sino cuando es perdido. La salud, cuando estamos enfermos. Lo poco que tenemos, cuando tenemos menos aún.

En fin: creo que el exquisito buen gusto de Dios, hizo así la vida, para que tuviera algún sabor. No olvides que estas circunstancias son partes integrantes del Dolor, y que el dolor es precisamente, lo que da sazón a la existencia humana.

No creas por mis palabras anteriores que estoy haciendo escuela de ascetismo cristiano. ¡Lejos de eso! Como nunca paladeo y anhelo el goce. Día a día me toma más -oponiéndose a un espíritu religioso- un pagano deseo de gozar; de gozar con todos los sentidos, y hasta hay momentos de inconsciencia en que añoro sobre los cinco que habitualmente tenemos, otros tres o cuatro que Dios pudo habernos dado.

Y por este mismo afán es que he dicho lo que más arriba te he escrito. El secreto estará -a lo mejor- en expresar la esencia que todo contiene. ¿Por qué suponer que sólo las flores poseen néctar, y que sólo las abejas pueden exprimirlo? Y si logramos encontrarlo, y hacernos hábiles obreros de su laboreo, tendríamos solucionado el conflicto.

Querido Lucho: con qué alegría te vería. Cuando me llamaste por teléfono el otro día, hubieras visto tú, mi situación. Estaba tratando con Quelo y otros clientes un «delicioso asunto». Además, me carga el teléfono, es el Dios de la hipocresía; cuando no es el servidor oportuno y necesario. Una u otra cosa. Lo odio en el primer caso.

Espero alcanzar un domingo a verte. Pero, combate tu hastío, escribiéndome. ¡Tantas cosas quisiera que me dijese! Siéntate en un sillón, como si fueras a conversar conmigo. Escucha mi voz que te responde, y escribe el diálogo. Esas son -a mi parecer- las cartas. Tú nunca las has entendido así. Otros hay que no las toman así: monologan, no más. Tal mi caso. Pero entiendo más hermoso el otro caso.

Tu tío Isaac, hará una semana, partió de aquí, sin decir a nadie a dónde iba. -Feliz él-. Lo he envidiado con toda mi alma. Será la higuera estéril, con su gran dolor de soledad, pero tiene sus compensaciones. Referente a tu venida para acá, que me haría tan feliz, cuando tenga «mi casa» será tuya, bien lo sabes, y aun si mi querido Don Jorge hubiera estado aquí, podrías haber venido; pero así, como ahora, es imposible querido. Tú comprenderás.

Escríbeme «familiarmente». ¿Sabes? Bien detallado todo. Por sacrificio.

Mientras, yo puedo ir a abrazarte, saluda a todos los tuyos con mucho cariño y recibe el inalterable afecto de tu amigo

Arturo

Santiago, 4 de diciembre de 1939

Mi querido Arturo:

Es verdaderamente increíble que haga ya tanto tiempo que nuestra amistad se alimenta sólo de recuerdos; cuando los afectos han terminado, por su propio peso o por la muerte, es verosímil y es justo que los recuerdos los sustituyan, pero cuando sólo el espacio y el tiempo

son los que separan a dos amigos, puede perfectamente establecerse una correspondencia que aminore las distancias. Es cierto que tú, en una ocasión me decías en una carta que las nuestras no debían ser forzadas, sino necesarias. Y ahora que yo siento la necesidad de escribirte, aunque no te vaya a decir nada importante tal vez, pienso en que esa necesidad ha desaparecido seguramente de entre las que tú experimentas. Pero, a qué vienen esos reproches? Confío en que un imperioso mandato de sinceridad para con nuestros recuerdos te hace sacrificar lo de ahora a lo antiguo. Hemos conversado ya mucho para que nuevos recuerdos intensifiquen los pretéritos. Sin duda, debes interpretar mi silencio por el tuyo. Y, sin embargo, yo me sentía seguro, en aquellos días melancólicamente alegres de Santa Cruz, cuando tú estabas. Eras el amigo mayor que siempre comprendía lo que los demás no podían ver. Alternabas el buen humor con el espíritu y con el misticismo, y en el centro de todo aquello estabas tú, con tu bondadosa inteligencia que yo no podía dejar de querer. Recién ahora vengo a comprender que tú has sido el único amigo que yo tuve en ese pueblo que nunca dejará de ser el mío. Antes de que tú llegaras a Santa Cruz, había yo pasado por los campos de mi casa, demasiado pequeño, demasiado tímido y demasiado solo para poder sentirlos en su belleza melancólica. Por todas partes entonces, me asaeteaba el temor, el miedo que una vez, a la orilla del estero, te dije; sólo cuando mi casa se llenaba de visitas, cuando iba el tío Manuel, respiraba la dicha de los demás niños. Pero en estas circunstancias la alegría iba siempre mezclada con inquietud, con cierto vago y lejano sentimiento de humillación. Contigo todo era diferente. Yo sabía que me comprendías. Y quién sabe si la cosa más difícil para un joven es comprender a un muchacho. Se está todavía muy cerca de la niñez, y los recuerdos cercanos son huidizos, menos intensos y verdaderos. Pero tú me comprendías. La vida tomaba una entonación muy diversa, casi diría yo de libertad del espíritu. Nunca olvidaré un célebre paseo en cabra que hicimos una buena mañana, en busca de miel. La alegría que llevábamos no podía menos de crear a cada paso esos incidentes absurdos e infinitamente graciosos, como, por ejemplo, decirle «Señor Valdés» a un señor que se llamaba Valdés, y tantas otras cosas que nos iban sucediendo.

Siempre te aprestabas para que leyéramos juntos la «Imitación de Cristo», pero nunca la leímos, y yo hasta ahora me he quedado sin leerla, esperando que podamos cumplir aquel viejo deseo tuyo que ha pasado a ser también el mío, y algo así como el signo de nuestra reconciliación. Porque la verdad es que, sin sentirlo y sin desearlo, hemos estado en medio de una enemistad ficticia, que eso es el silencio que nos ha aquejado, como una enfermedad de olvido.

Escríbeme. Yo lo hago en medio del árido fragor de mis exámenes, tan duros y fatigosos, y tan intrascendentes. Estoy atormentado por las leyes. Las aborrezco.

Te abraza Luis Oyarzún Peña

Abraza al tío Isaac. ¿Recibiste una revista que te envié?

Santiago, 28 de marzo de 1940

Mi querido amigo:

Sé que ya estarás haciéndote el ánimo de quedar solo de nuevo, inaugurando la segunda fase de tu año íntimo, ésa de la voluptuosa melancolía y del desamparo fecundo. Yo también he experimentado en menor medida ese sentimiento, y para mí lo que tiene de ardiente y terrible es la obsesión que me causa de la muerte. Seguramente tal espía lo llevamos siempre con nosotros, pero los placeres de la vida -y los más altos en mayor grado- nos hacen adormecerlo, y entonces aprovechamos nuestra ceguera feliz, nuestro infinito transitorio, ese corto infinito atravesado de relámpagos, que es nuestra juventud. Nos dormimos en el más reparador y enervante de los sueños. Indudablemente algunos nacen dormidos, y en ellos no hay sino una idea de la muerte, puramente superficial y falsa. La ven como a un hecho ineluctable, pero ajeno, y jamás logran sentirla dentro, royendo la propia entraña. Ningún remezón los hace despertar y abrir esas pupilas interiores que algunos tienen y que dan a lo desconocido.

Conviene, pues, salirse del sueño de vez en cuando y pasar a la pesadilla, que así nos evitamos sorpresas dolorosas ocasionadas por nosotros mismos, por nuestra intimidad, ésa que pasamos muchas veces tanto tiempo sin ver y sin restañar, hiriéndola con nuestra frivolidad y olvidándola, hasta que un día ella misma se hace presente, y nos arranca del sueño y nos tortura entre sus manos desconocidas. Es preferible llevarla ya conocida, y la mejor unión con ella se lleva a cabo en la soledad melancólica, a la sombra de esas tupidas noches invernales que te cercan, endurecidas de silencio. Es tristemente inapreciable tu invierno recoleto, y yo sé que tú, después del primer choque, vas hallando el oculto sabor de las cosas que te han torturado. Y no deja de ser eso maravilloso. Se me figura que aun en las murallas de la prisión,

lograrías tú -como Moisés de roca- hacer florecer las rosas más templadas y serenas. Siempre te he dicho que andas tú con seguridad y sin zozobras en los ambientes más extraños.

Perdona esta charla tan a despropósito, pero tú sabes que una manera de teñir de benigna remembranza la soledad, es ponerse a conversar con un amigo invisible, que nada nos responde porque es un poco tardo de oídos, pero que fatalmente -dulce fatalidad- nos escucha al cabo de dos días, y nos responde después de ciento, o nunca.

Y ahora estaba yo muy solo, en esta gran casa sin nadie que es el Internado de los días festivos, cuando comencé a escribirte. Ya se ha ido poblando la quietud, y desvaneciéndose. No soy hombre de gran paciencia; quizá será por eso que mi sabiduría y mi arte de vivir son cortos. No podré ya, lo sé, proseguir a otra hora esta carta enhebrada a solas. Perdona, pues, que así tal como está llegue a tus manos, porque se ha muerto con la calma que me rodea; y perdona también que un abrazo de tu amigo te relate, en una síntesis del corazón, todo lo más que podría relatarte y preguntarte.

Luis Oyarzún Peña

Santa Cruz, 14 de abril de 1940

Mi querido Luchín:

En tu bella carta última, decíasme tú:

«Sé que ya estarás haciendo el ánimo de quedar solo de nuevo...».

Bien, pues, amigo mío, el martes pasado se fueron las chiquillas, se fue la Silvia, y yo quedé solo, a merced del recoleto invierno que tú encuentras, tan acertadamente, «tristemente inapreciable».

Tu carta la recibí cuando ellas estaban aquí todavía, y en el querido círculo nuestro que tú compartiste algunos días, que pasaron -ay!- tan ligeros, tu carta fue leída con todo el cariño y la admiración entusiasta que prohicieron tu estadía misma, y nuestro invariable cariño. Después, en mi soledad, le he rumiado largamente, mientras esperaba este instante propicio para llegar hasta ti, después de algún tiempo, que, como ninguno, me hubiera gustado pasarlo a tu vera.

Idas ya tus primas, se inicia para mí la jornada larga, y que como tú dices, no deja de ser

interesante. Porque al abrigo de la voluptuosa melancolía y del fecundo desamparo en que aquí me encuentro, se ahonda más todo lo vivido durante los meses y los años anteriores. Del choque de la compañía gozada, con la soledad que ahora me ampara, salta una chispa de valor superior, que enciende lumbre muy particular, alimentada con el aceite exprimido con dolor del corazón mismo, y de nuestras afecciones de días deliciosos. Me hace el efecto de que voy a internarme por una caverna solitaria y a mil leguas de todos, donde están, esculpidas en sus murallas, las escenas de mis días, las figuras de los demás, con sus almas a flor de caras, y todas las miserias que ocultamos o tratan de ocultarnos, y caminando por sus galerías umbrías, yo contemplo todo, con serenidad y en silencio, a la luz de la lumbre aquella.

Claro que primeramente, por aquel natural egoísmo imprescindiblemente humano, nos fijamos con preferencia en lo que nos atañe directamente. Pero hay cosas que atañen a los que uno quiere, y que por lo mismo de estar tan cercanos a nuestro corazón, casi confundimos con lo nuestro. Eso me ha pasado respecto a ti, con «la obsesión de la muerte» de que me has hablado durante tu estadía aquí, y que vuelves a citarme en tu carta.

No creo en la obsesión de que me hablas, y perdona mi ruda franqueza. No creo, tampoco, en el benéfico influjo que le atañes. Pienso que, en ti, puede ser una «pose» de tu intelecto, que inconscientemente has adquirido, como adquiere un niño pequeño, ignorante de lo que hace, una mala costumbre, cuyo pernicioso resultado no imagina siquiera. Pienso que esa «idea fija» puede ser beneficiosa, solamente al alma íntegramente cristiana, místicamente cristiana, que la acopla a la vida futura, con el premio de la gracia, y la esperanza de la gloria eterna. Y aun esa alma, para obtener el beneficio de que te hablo, ha de ser de una textura especial, con dones que no poseemos ni tú ni yo.

Tú conoces en todo sentido, mi poco conocimiento de los intrincados mundos de leyes que rigen estos problemas metafísicos. Siempre voy guiado, a través de ellos, por una chispa de intuición que me dio Dios a falta de tantas otras cosas que no me dio. Puede que me equivoque siempre; pero lo hago siguiendo los impulsos íntimos, sanos, que creo me llevan por la verdad. Y nunca el corazón que ha empujado hacia el doloroso contemplar de la muerte, como hacia una fuente saludable, donde encontrar agua viva para mi sed.

Creo que hay que ser sencillamente «buenos», y mirar todo humanamente, con el profundo sentido de lo humano; sin atormentarse con el más allá, que será sólo un prolongarse de nuestro presente, conforme a la idea cristiana. Como para la vida del cuerpo, creo que necesitamos de la salud para la vida del espíritu. Y la salud nunca se adquiere por medios que atormentan lo que, precisamente, queremos curar.

No sé. Me gustaría conversar contigo, tendidos sobre una cama, fumando un cigarrillo, de estas cosas grandes para la pequeña capacidad expresiva de mi pluma, que, para decir las con intimidad al amigo de siempre, no faltaría de donde sacar recursos y palabras con que darme a entender. Porque temo, temo que te vayas a atormentar de balde, y pierdas por ese camino, tiempo y vida, vida del espíritu que es la más de apreciar. Aunque por otro lado, el atormentarse nunca es baldío. ¿Ves? Aquí está mi contradicción de toda la vida. Lo que pienso y quiero para los demás, una cosa; lo que hago, el polo opuesto. Quisiera, como una madre para su hijo querido, evitar para mi amigo el dolor que dan las dudas, y las obscuridades tormentosas; pero, para mí no; yo les encuentro un secreto deseable sabor, que como vicio desagradable al sentido, busco sin embargo.

Bueno, Luchín. Antes de terminar estas líneas que han salido revoltosas, y como sean, pero que quería que salieran, quiero pedirte el envío de los 18 ejemplares de tu «Infancia» que yo venderé aquí. Ya coloqué los dos que dejaste. Te mandaré junto el valor de los 20, cuando esté todo vendido, a fin de que te luzca el dinerillo.

Escríbeme. Saluda a Fernando pequeño, recibe mi afecto de siempre. Háblame de tus «quehaceres» ¿Tu empleo?

Arturo

Santiago, 29 de agosto de 1940

Mi querido Arturo:

Me pongo ahora a escribirte, parcialmente con el propósito de abrazarte muy íntimamente en el día de San Arturo, pero más que todo con el ánimo de conversar contigo algunas cosas, lánguidas a la distancia, lejos de nuestra convivencia y de nuestras charlas que son, según parece, los más preciosos frutos de nuestra amistad.

De vuelta de mis vacaciones recibí tu carta, escrita días antes de mi viaje, y por ella me impuse de tus confidencias que agradezco, y de tu alegría de la cual participé con júbilo. Pero por otras fuentes bien inmediatas, he sabido el curso posterior de los sucesos, y en verdad no sé ahora qué decirte si no es que los asuntos del corazón parecen a menudo

sometidos a una especie de fatalidad inminente que los lleva por caminos muy distantes a los que hubiéramos personalmente querido. Mi experiencia en toda clase de materias es corta, pero he tenido en tales climas algunos escarceos y, mirándome hacia adentro, puedo comprender tu situación mejor que si me pusiera a divagar sobre los hechos externos. He sentido casi siempre al amor como revestido de una intensa nostalgia. Esa flotante angustia que nos acecha cotidianamente -esa sinrazón que para el descreído tiene a veces la vida, y esa ansia de la vida eterna unida al goce de la vida perecedera que experimenta el creyente- parece que se localizara en torno al ser que amamos, permaneciendo siempre por encima del sentimiento placentero, en su centro, mejor. Gozamos de una dicha entonces que, por ser demasiado inefable, nos arranca sollozos de incierta, quemante melancolía. Abrimos los ojos del alma, y ese ser que somos, ordinariamente fugitivo para nosotros mismos, lo encontramos intacto y conmovido a nuestro alcance, anheloso de la persona amada, y a su contacto, ideal o físico, maravillado. Nos entregamos a nuestro bello y total estado, y unimos en conjunción armoniosa esos mundos aparentemente opuestos del espíritu y el cuerpo. Nos internamos hacia adelante, marchamos, elaboramos nuestro tiempo de material precioso, y hasta el aire que respiramos tiene una contextura divina, sensibilizada, plena de nuestra plenitud. Pero, siempre, en las últimas bahías de nuestra alma, nos espía la angustia, la desazón del tiempo que se diluye a pesar de nuestro amor que se nos impone como eterno, a pesar de nuestra voluntad de morir amando igual o más intensamente. Cada día, cada reunión, cada ausencia, se alzan en nuestro pecho como joyas sagradas y el tiempo que en los días uniformes llenábamos con desesperanza, con tedio o con buen humor, se vivifica ahora bajo el tejido incomparable que lo aprisiona con empuje inolvidable. Pero esta misma naturaleza de creación constante que nuestro amor reserva, esta misma impresión de nacer y de morir en todos los momentos, enardece a la angustia. Cada obra, cada minuto son irretornables. ¡Y qué bellos fueron! Este paseo, ese coloquio, no retornarán ya nunca. Vendrán otros momentos más felices acaso, pero otros iguales jamás podrán volver a sublevarnos desde nuestras raíces. El amor es un interminable partir, un morir siempre dulcemente. Y por eso, cuando se rompe la invisible zona del Universo que era el país común de los amantes, ese morir repetido se estabiliza en una prolongada muerte suavísima que, a la sombra de nuestro engaño, lleva a veces a la desesperación. Porque nada podemos reclamar. Nuestro amor está ahí, realizado, en el júbilo pretérito y en la actual tristeza. Y este dolor de la lejanía, de la ausencia ineluctable no es sino la continuación de eso mismo que antes se daba embargado de luz y presencia.

Este sufrimiento de perder a la persona amada, que también quería conservar su amor, pero no pudo, en contra de su más íntimos deseos, nos hace sentirnos extraordinariamente solos, porque aquello de que antes disfrutábamos y que nos colmaba, no sirve ya para sustentarnos después de nuestra costumbre nueva de amar. Pero, no es acaso este sentimiento de soledad tan pocas veces logrado algo que debemos agradecer, como ofrenda póstuma, al amor, que nos hace ahora la vida más intensa hasta en la tortura. Por lo demás, no sé si tú estarás de acuerdo conmigo en que no se trata aquí de un tormento comparable a cualquier otro. Su índole es tan inusitada, tan singular, que podríamos llamarlo voluptuoso. ¿No ha hablado alguien del placer infinito de sufrir amorosamente?

Yo habría querido que siempre mi desdicha del corazón se hubiera conservado, que hubiera podido padecer eternamente. Pero, lo cotidiano, los hábitos, la vida misma con su necesidad de renovación perpetua, nos tienden una mala celada, y olvidamos. Sólo en ciertas horas privilegiadas después, bajo la impresión de una música conjuntamente oída, o bajo el firmamento de un silencio nunca oído antes, caemos otra vez, por breve lapso, en lo perdido. Y, sin embargo, hay ya un amor nuevo esperándonos, preparándose en nuestro interior que tiene que deshacer la obra hecha para que crezca la nueva. Esa criatura que amábamos, que se nos figuraba la única que pudiésemos amar de tal modo en toda la extensión del mundo, se nos desvanece, y, cuando llegamos otra vez al tiempo ardiente y precioso, reincidimos en la creencia de que nuestra amada es incomparable, la única. Pero ambas exclusividades han sido verdaderas. Nuestra vida y cada uno de sus momentos son únicos, fugaces, irretornables, y están exigiéndonos siempre una consagración a ellos. Cuando a Nietzsche le preguntaron por su ideal de vida, respondió: «Has de vivir la vida de tal modo que si te dieran la oportunidad de volver a existir, pudieras sin vacilar escogerla de nuevo como tuya».

Perdona, Arturo, esta exploración en lo casi inexplorable, y perdona este fracasado intento de expresar la sutileza de un sentimiento inefable.

Te abraza tu amigo
Luis Oyarzún Peña

Mi querido Lucho:

Esperaba tu carta, sabía que me escribirías, no porque esta fecha de «Septiembre 1º» signifique algo para mí: no es mi día; pero sí porque tú no podías faltar a mi lado, con tus palabras comprensivas, de dulce consuelo, en esta hora de mi vida. Tu interés de amigo mío te llevaría a saber algún día lo que yo no he tenido fuerzas para decirte. Por eso esperaba tu llegada hasta mi soledad; esta soledad dolorosa, que a ratos me pesa como una maldición, y que otras veces soporto con resignación porque todavía tiene la finalidad de servir a los míos. Tú has venido a romperla agradablemente; ha sido como una de esas brechas que abre el sol en un cielo encapotado de nubes, frecuentes en este tiempo. Gracias, Luchín! Tu carta es hermosa y sentida, sé que no hilvanas cosas por decir las no más, que habrás vivido conmigo mucha parte de mis amargos días de ahora último. Por eso te doy las gracias, porque me haces sentir los privilegios de la amistad exquisitamente.

Tú sabes que estos sentimientos de amor no obedecen a la humana voluntad, de suerte que nadie es culpable de haberlos hecho nacer, ni de dejarlos de sentir. El mundo donde se incuban, nacen y mueren, escapa a nuestra percepción; sólo los vemos cuando ya afloran a la superficie del alma. Quién sabe si más adelante, cuando los hombres sean mejores, o estén más cultivados psicológicamente, logremos explicárnoslo algo más, como sugiere esperanzadamente Maeterlinck. Quién sabe si ganemos algo con ello porque, como tú, también soy un convencido de que la parte que tienen de más sabrosa es precisamente, esta angustia de siempre: de antes, cuando la incertidumbre nos hace retorcernos de dolor sin saber a qué atenernos, del momento mismo, que no es sino un doloroso gozar divinas angustias por el porvenir, y después, cuando siempre sucede lo peor que uno ha esperado.

Comparto también tu sentir cuando lo llamas un «voluptuoso dolor». No se trata, ciertamente, de esa categoría de dolores estériles, de dolores que envilecen, cuando la necesidad material se hinca en nuestras carnes y nuestro espíritu, anonadándolos; cuando el dolor procede de mezquinos intereses malogrados, de amor propio humillado, y otros de linaje igual. Este dolor sublimiza, dijérate que afina el alma, y purifica todo nuestro ser, abriéndole los oídos a voces que antes no escuchaba, los ojos a perspectivas que antes perdían diariamente el afán tumultuoso; y por eso no te puedo negar que es una fuente saludable para el espíritu.

Pero el alma como el cuerpo tienen leyes muy sutiles y complicadas, que a veces

conocemos y a veces no vislumbramos; tienen reacciones inmediatas, repetidas, que aprovechamos tras observaciones abnegadas de sabios; pero que de repente se quedan, rompen esa ilación de continuidad que conocemos, y sorprende a nuestra observación engréida. Por eso no podemos aplicar con certidumbre los principios de medicina corporal; ¡cuánto más cuando se trata de medicinar al espíritu!

Lo que me ha sucedido, ha anonadado mi espíritu. No he sentido ese rehacerse inmediato que acontece cuando suceden estas cosas, y que hace defenderse a la psiquis en mil maneras diversas y benéficas. Es que yo creo que, así como los organismos corporales maduran, y hay un momento en que no reaccionan al embate de tal o cual enfermedad, porque para ella no estaban preparados, esperaban otra cosa, y no aquella; así también le sucede a nuestra alma. Hemos gastado energías de gimnastas en muchos casos idénticos; de ellos ha salido nuestra alma enriquecida, madurada. Pero llega un instante en que necesita dejarse de escauceos, suspender la gimnasia, dejar los a veces crueles experimentos que hemos debido hacer. Entonces plantamos nuestra tienda, y en torno a ella todas nuestras esperanzas; renace nuestra fe en la vida ya un poco gastada; edificamos el futuro con un afán nacido de nuevo; todo entero pareciera que nacimos otra vez, pero enriquecidos con la experiencia de la vida anterior: nacimos hombres, en lugar de nacer pequeñuelos. Es el milagro del amor, y estamos madurados para él. Golpearnos entonces, es fatal. Hay un derrumbe general, tanto más grande que cualquier otro, cuanto más intensa ha sido la edificación hecha a su rededor. Se ha invertido en ella todo el caudal acumulado en una vida, y se sabe que lo que queda por delante no nos hará capaces para enriquecernos de nuevo, porque nos faltará la fe, tendremos la esperanza gastada, y sobre todo, tenemos en contra la voluntad de no querer rehacer la obra. Esto es lo que me ha pasado: estoy con el golpe, en el suelo, y no quiero levantarme. ¿Para qué? No me interesa, más aún, deseo estar así...

(Sigo al día siguiente) Querido Lucho, no te diré que esperaba lo sucedido. Aparte de esa angustia de perder lo que tenemos y amamos, que está adherida a la esencia misma del sentimiento humano, y que le da acaso su mejor sabor, aparte de esta nebulosa conciencia eternamente combatida tan luego nacía el mundo de lo pensado, no creí nunca que iba a terminar así. Una confianza que nunca me ha asistido en nada, nació para fortalecer este cariño. Fue un milagro del espíritu; un renacimiento total. Las viejas ansias de ser bueno, que algo se habían adormecido por la lucha inútil, tomaron de nuevo cuerpo en mí. Pensé en el porvenir material, cosa que nunca me había preocupado. Tuve la certidumbre de que debía triunfar en la vida por mi voluntad y para esa vida nueva que venía a mí. Hice algunos cálculos

que nunca había hecho. Llegué hasta encontrar finalidad loable a esta lucha por el surgir material, que podía trocarse en tanta felicidad. En fin: fue algo tan raro e inusitado, que olvidé mi viejo afán de trotamundos, que fuera mi obsesión de siempre, y esta renuncia la había logrado con alegría, y pensar en ella, no me producía nostalgia alguna. Y todo esto, cuando se ha vivido, como yo vivido, 27 años, significa mucho.

Después he querido pensar sobre esto que me ha pasado, escarmenarlo; porque en el fondo no nos resignamos nunca a ser meros juguetes de una deidad ciega y caprichosa: hay una tendencia en nosotros a unir causas a efectos, a encontrarle razones y justificaciones a las cosas. He pensado en mi Dios de cristiano, que rige con su Providencia los mundos materiales y espirituales; y, claro, mi tendencia mística ha sugerido explicación: expío. La justicia inmanente deja caer la espada justiciera que estuviera suspendida sobre mí, por largo tiempo, y me recuerda en su pavorosa realidad, las viejas culpas enormes que pueden tener atenuantes, pero no justificación. Y esta manera de recibir el golpe, me resulta bienhechora, porque me parece que he pagado bien lo que debía.

Querido Lucho, soy un egoísta; no he hecho otra cosa, en el largo curso de estas líneas, sino que hablarte de lo mío. Cortaré pues el tema, basta por ahora. Alguna otra vez volveremos sobre él, porque para mí será inacabable; pero así, por cartas, nunca de viva voz. No sé pero me parece que en lo único que soy excesivamente pudoroso, es en el dolor. Quisiera guardármelo para mí solo. Mi hermana, que estaba al tanto de todo, no sabe el final. De manera que cuando nos veamos, me harás el favor de no tocarlo, ¿quieres? Yo pienso ir en los días del 18 (tal vez me vaya alrededor del 10, porque los míos me están reclamando). Pueda ser que nos veamos entonces. Si te vienes a San Fernando, avísamelo. Puedes escribirme dos letras.

Y qué es de tu vida, que tanto me interesa. Estuve anteayer en San Fernando, y conversamos largamente con Nano. No pude ver a tu mamá. Me contaba que estabas trabajando, y que estabas bien. Pero tú me lo puedes contar con más detalles. ¿Cómo va ese puesto?, ¿es muy aburridor? ¿Y los estudios? Supe por Nano que ya puedes darte el lujo de ayudar a tu mamá, en efectivo. Recibe mis felicitaciones, y piensa que esas ayudas tuyas a los que tanto te quieren, será lo mejor que tendrás hecho en la vida, cuando caminando ya mucho por ella, mires hacia atrás en busca de satisfacciones verdaderas. Ninguna acción nuestra tiene más sabor que esa. Si alguna vez puedes estrecharte, privarte en algo, para ayudar a los tuyos, hazlo, y experimentarás cosa exquisita.

¿Y de escritos, qué me dices? ¿Estás preparando algo? Guardo entre mis más caros

papeles, una crítica tuya que publicó el Diario Ilustrado, sobre una obra de Broncic. ¿Te han publicado algo más? Hace mucho tiempo que no sé que hayas escrito versos. ¿Es que vas dejando la poesía? Desdícete mandándome alguno de tus poemas últimos. Es tan bello poderlos escribir, ¡cuánto más no será sentirlos dentro! Yo envidio a los poetas.

Querido amigo mío, me cuesta mucho escribir ahora. No sabes cómo llego hasta ti, en medio de qué esfuerzos. Quiero que aprecies esta larga epístola, por lo que significa por ello. Abrázame a Fernando con mucho afecto. Y recibe en un apretado abrazo todo mi afecto de amigo.

Arturo

Santiago, 25 de febrero de 1941

Mi querido Arturo:

Después de un brusco paso desde las frías regiones donde el mar se corona de una atmósfera fría a las caliginosas de este valle veloz y azul, me dirijo a ti buscando tu compañía en esta tarde propicia a la dulce confidencia. Cuando el calor decae, la ciudad se cubre de una piel voluptuosa y bajo el blando cielo, los deseos se esponjan y una vaga, muy vaga alegría que casi es angustia pesa sobre el alma. Han pasado los meses, y después de aquella tarde en el «Esplanade», a comienzos de la primavera, nuestros tiempos se han deslizado sin interferirse. La amistad a veces estalla y se apodera de mí un impulso a la reunión, al encuentro. De tal anhelo nace esta carta. Imagínate entonces que a esta misma hora de reposo, mientras el sol se pone en La Lajuela y los naranjos que por tu ventana se divisan comienzan a dilatarse bajo la brisa, me siento en la silla que hay frente a una mesita -me instalo, pues, delante de un gran tintero de plomo, delante de unos retratos velados por tenue cendal delante de una carpeta manchada-. A la altura de mi cabeza hay dos anaqueles y en ellos reposan algunos libros. Al lado de mi brazo que he estirado para estar más cómodo, hay montones de revistas y recortes, y a mi espalda se extiende la estancia, tranquila cuando no es turbada por algunos golfillos que expresan su genialidad hereditaria gritando como hugonotes. Pues bien, aquí están los dos, Arturo, frente a frente, y no hallamos qué decirnos después de tanto tiempo y de tantas

vagas leguas, y nos miramos y decimos a lo mejor unas cuantas cosas banales. Pero el hecho es que nos hallamos juntos y lo que la lengua no dice, lo pronuncia íntimamente el aire común y la privada estancia recoge lo que las palabras callan. Estoy muy cansado: he recorrido con las chiquillas toda la Capellanía en tanto tú trabajabas, y estoy cansado de ver tan grande el mundo, fatiga me da de estar alegre, y fatigado estoy de ser joven, de mis 20 años que pasan efímeros. Pero ya habrá tiempo esta noche de entregarse a la serenidad estrellada y de jugar con la eternidad que una lenta claridad de luna y un silencio muy lento proporcionan al alma. Ahora también descanso, estoy contigo y, como tú me proteges porque me crees aún niño, cosa que a mí me complace, me das cigarrillos y hablamos largamente. Fumando puedo sentirme lo que nunca fui: un adolescente seguro sobre el mundo, contento y frívolo y diablo. Sin problemas, verdaderamente un muchacho como pude haber sido. Mas, no tiene perdón este arrepentimiento que mana de una fugitiva nostalgia que no tendré mañana, que me invadió imperceptiblemente ahora, recién, mientras te escribo, y que te confieso.

Bueno, muchas cosas tengo que contarte después de un viaje tan largo y variado, pero todo no ha sido hasta ahora en esta carta sino un circunloquio, rodeo bueno para estar contigo a solas. Y ¿qué tendré que contar de tanto océano, de tan innumerables islas, de tan peregrinas ciudades, de tu Punta Arenas, si no que allí estuve y vi y viví? La intimidad de un viajero, es más múltiple que la de uno que permanece, pero siempre es la misma y casi siempre es menos honda. Grandes acontecimientos espirituales son los viajes, manaderos inagotables de experiencia, conocimiento y emoción. Sin embargo, en pocas líneas apenas podría contarse lo exterior, reproducir una tarjeta postal a lo sumo. Lo verdaderamente valioso que recoge el espíritu después lo devuelve, mucho más tarde acaso, y lo devuelve en versos, en imágenes y recuerdos, en creación.

¡Vaya! ¡Qué lástima que esté la Leda golpeando tu puerta para decirme que ya sirven la comida! Tengo que irme ¡después de comida nos veremos!, y estaremos todos juntos, la Marta también, porque ya es una niña grande. Estaremos todos ¿cuándo? A lo mejor, ya se han ido para siempre estas vacaciones felices. No estaré nunca más con todos Uds. en circunstancias semejantes a las antiguas. Me olvidaba que Meche, la incomparable Meche ya es toda una novia.

Abrázalas a todas en mi nombre, y saluda a la tía Anita y a la señora Angelita. Abraza al Nano de mi parte y a Iván si está. Y muy fuertemente al tío Isaac, amén. Y tú recibe la mano cordial de

Lucho

Santiago, 3 de julio de 1942

Arturo de Andraca Molina
Santa Cruz

Mi querido Arturo:

Una suerte de desdicha me hace escribirte, después de un buen tiempo de silencio, sin ese desinteresado ánimo que quisiera para nuestra correspondencia. ¡Y pensar que tú todo lo archivas! ¡Cómo después tus hijos o nietos o los eruditos que rastrojeen tus libros y papeles van a refocilarse leyendo la sal de mis vergüenzas! Mas, en fin, en toda nuestra larga serie de cartas ésta es la única impúdica y que ella sirva para demostrar mejor el brillo puro de las otras. No hay primera sin segunda y no hay virtud sin pecado. Pero es el caso que, tratándose del pecado de que hoy se trata, no soy yo primerizo sino reincidente, y deudor por añadidura, de manera que no me bastan los ropajes de mi humildad y de mi halago para cubrirme bien el rostro deshonesto. Ya sé que estarás a estas alturas haciéndote cábalas sobre este retorcido preámbulo, que a lo mejor estimas mera humorada de mi parte y pura carne sin hueso. Pero no, desgraciadamente, magnífico señor mío. La verdad es que algo necesito pedirte y lo hago con dolor, haciéndome una violencia que no alcanza a disfrazar mi fingido discurso preliminar. Quisiera alargarme indefinidamente para no llegar a decir jamás la palabra que temo. ¿Sigamos con el discreto y locuaz prolegómeno? Me acuerdo de que a veces, «en la noche estival recién nacida y plena», quería yo pedirte un favor cualquiera, pero me hacía el arrepentido para desesperarte y para provocar también tus tiernos denuestos. Pero, ¡ésos son ya tiempos tan pasados! Unos meses, y una continuada dicha de por medio, han sido suficientes para llevarte aguas arriba. Ya no se puede hablar contigo. Pero, ¡cuánto me alegre! No, claro, porque tu habla no fuera buena y de las mejores, sino porque tu silencio para con todos menos una es buen presagio de riquezas y goces internos que celebro con mi mejor flauta. Me alegra extraordinariamente que hoy se cumpla lo que tanto he deseado. Quería con todas mis fuerzas que la Silvia y tú llegarán un día a algo definitivo. Pero, como todas las cosas que verdaderamente deseo con hondas ansias, todavía me parece un poco increíble. Mis deseos profundos los estimo siempre quiméricos, hasta que se realizan. Por eso pierdo siempre esa voluptuosidad que da el desear con incertidumbre y con pasión.

Mi pecado de hoy, el que ya he cometido con el pensamiento y el que, a pesar del recato invencible que me embarga, voy a cometer ahora con la escritura, me aflige porque sé que, frente a ti y a tu situación presente, es inoportuno, profundamente inoportuno. Por eso no lo tomes muy en serio ni te sientas por él comprometido. Míralo como una consulta que te hace un amigo impertinente. Resulta que, como te dije, existe la posibilidad, que ahora es certeza, de que, dentro de dos semanas, vaya a Buenos Aires y Montevideo, quién sabe si no a Río de Janeiro. El Rector de la Universidad me ha ofrecido dos mil pesos para que vaya como representante del Centro de Derecho. Pero esos dos mil pesos no bastan, y unos dineros que tengo que recibir por un mes de clases que he hecho en la Escuela de Artes y Oficios no podré tenerlos sino a mi vuelta. El viaje completo, es decir, el pasaje y la estadía, vale dos mil cien pesos, de modo que en total necesito alrededor de tres mil, de los cuales no tengo sino los dos mil de la Universidad y algo más que podré juntar de aquí al 18, fecha de la partida. Quiero preguntarte si tú me podrías facilitar, hasta mi regreso, lo que pudieras. Como te digo, a mi vuelta tendré cómo pagarte.

He dicho ya lo grave, lo tristemente difícil de esta carta. Me costó lo que no te imaginas y si logré salir con ello fue porque recordé un bello coloquio que tuvimos un día de este verano, caminando al azar de nuestros olivos y viñas, después de las tareas de la jornada. Pero algo muy importante me arredraba. Sé que tú estás haciendo caudal de todas tus fuerzas para formar tu hogar y hacer frente a todos los gastos próximos. Te ruego, por eso, que, si tu buena razón te dice -prescinde de tus sentimientos- que no es conveniente ahora que te desprendas de un dinero que te hace falta, me digas con la franqueza a que tenemos derecho después de tantos incomparables años de amistad, que, sencillamente, no puedes. Comprendo que lo sentirás, y te agradeceré que me digas lo que sea menester. Miraré como una verdadera muestra de confianza que me niegues lo que te pido a medias. No temas. Perdóname, sí, por este desagradable conflicto que te creo.

¿Hablemos ahora de cosas más gratas? ¿Es tan difícil hablar a solas! ¡Qué fácil es la conversación cuando estamos en tu alcoba, fumando esos que tú llamabas un día interminables cigarrillos, en medio de la noche, entre las rojas cortinas de tu estancia o, al volver a pie de un paseo, cuando todos han vuelto en coche y sólo nosotros hemos preferido regresar caminando! ¿Te acuerdas de esa vuelta desde la casa de las Bello? Ahora es invierno frío.

Amigo mío, hasta luego. Te abraza

Lucho

Santiago, 23 de agosto de 1942

Mi querido Arturo:

En otro tiempo, siempre deseábamos vernos para conversar largamente, bajo la complicidad que prestabas a mis primeros cigarrillos, porque las cartas que nos escribíamos eran siempre demasiado lacónicas para todo lo que teníamos que decirnos. Pero como todo tiene su oportunidad, ha llegado la época contraria, y ahora me encuentro con que la única manera relativamente segura de hablar contigo la ofrece -¡y eso!- la palabra escrita. ¡Benditos sean estos tiempos que contemplan el esplendor de tu aislamiento! Siempre estamos bastante aislados, pero el amor es una de las modalidades vitales que nos aíslan más, como no sea del objeto de nuestro amor y de Dios. Y como, desgraciadamente, no soy lo segundo -no tengo para qué decir, por cierto, que tampoco lo primero-, cuando por azar te hablo, clamo en el desierto y me alegro, claro, de que estés lejos, en tu ínsula que el cielo resguarde.

Por si no lo sabes, regresé de Buenos Aires. Estoy cansado de hablar de mi viaje y de responder a las consabidas preguntas de todos, de manera que, mientras no invente una nueva versión mejorada de él para uso de mis amigos, no te narraré ni episodios ni peripecias. Por hoy me basta con adelantarte que fueron días placenteros, variados, alegres, melancólicos, un tanto parecidos a los días de siempre en cualquier parte, pero más coloreados de sorpresas y animados por el encanto de estar lejos. Cuando nos veamos tranquilamente -tal vez no sea hasta el verano, porque tus días santiaguinos son siempre breves, aunque sean muchos-, te contaré lo que me parezca mejor. Ahora recuerdo con viva delectación los interminables días que pasé en Mendoza sin poder atravesar la cordillera, que llegó a parecerme infranqueable, definitivamente infranqueable. Me parecía ya una quimera volver a Chile. Nunca me había preocupado tan poco del dinero y de las condiciones materiales, a pesar de que estaba muy pobre, pues había llegado a ese estado que los místicos llaman ataraxia, que equivale a desasimio de todos los bienes terrenales. De tanto esperar, mi voluntad se había consumido. No era precisamente feliz, pero tampoco me sentía desdichado. Sólo a ratos me aguantaba los deseos, venciendo mi dura corteza de hastío. Me dedicaba a jugar brisca con algunos compañeros -al «de por ver» como dicen, nada más- y a vagar por las calles. Pocas veces he vivido días más placenteros. A su modo, se entiende. Porque no quisiera revivirlos. Y, entre tanto, aquí mi pobre mamá no podía dormir en las noches pensando en mí, hasta que me tomó, con qué sacrificios, el pasaje por avión, que le pagaré hasta el último centavo. Al llegar a Los

Cerrillos, la encontré allá, con mi papá y Nano, esperándome. En muchas ocasiones he sentido la virtud maravillosa de mi madre, pero nunca más que ahora me había dado cuenta mejor de su calidad incomparable. Durante dos días estuvo prácticamente instalada en Los Cerrillos, esperando mi llegada, viendo el aterrizaje de aviones y aviones, cada uno de los cuales le traía la decepción de no verme.

La vida es una cosa loca, pero amo su locura. Voy a aprovechar el ofrecimiento que me hiciste en tu último viaje. Siempre me siento cínico cuando pido, y cuando te pido a ti me siento doblemente cínico, porque sé que no me niegas lo que te solicito. Quisiera poder devolvarte algún día, no el dinero, que te reembolsaré pronto, sino la bondad y la comprensión admirables que pones en tu afecto, que tanto estimo. Recibí aquí a mi vuelta, tu carta del 7 de julio, que tanto esperé, y en ella la letra. Si tuvieras la gentileza de enviar esa misma letra ahora, me sería muy útil. Como sé que necesitas ese dinero, y además el que te debo ya, procuraré pagártelo todo -\$1000, con los \$500 que te adeudo desde el verano- en el mes próximo. ¿Crearás que me siento explotador? Me asalta la idea absurda de que me esté creyendo un sablista.

Te abraza

Lucho

Santa Cruz, 25 de agosto de 1942

Querido Luis:

Acabo de recibir tu carta del 23. La esperaba desde el momento en que nos vimos, tan fugazmente, en Echaurren 118. Y ha sido un verdadero agrado, porque ardía en impaciencia de servirte, desde el fracaso malhadado de esa carta mía que te llegó con tanto atraso. Me gustaría que hubieras observado la causa de ese retraso, en los timbres del correo, o en la dirección. Con mi cabeza de siempre, quién sabe qué dirección pude haberle puesto; y a lo mejor, esa fue la causa de todo. Si recuerdas y tienes tiempo, escíbeme diciéndome qué pudo influir en el giro extraordinario que tomó esa carta, para llegar a ti después del parto...

Me ha conmovido, hijo mío, el relato sucinto de la epopeya de tu regreso, que me haces.

Pero ha sido desde el punto de vista con que imagino los afanes de tu querida mamá para juntar el equivalente en pesos de tu viaje en avión. Sé que en Santiago estas cosas resultan generalmente más difíciles aunque aquí, donde toda la gente se conoce y nunca falta quien brinde generosamente a uno su bolsa repleta o escasamente suficiente, pero siempre eficiente. ¿Sabes qué me duele? No haber tenido de ella la confianza necesaria como para que me hubiera pedido a mí esos pesos, y se hubiera evitado quién sabe qué afanes ingratos. Si alguna vez se te presenta la ocasión de hacérselo prudentemente saber -yo no podría-, dile que en esos casos tal vez podría tenerme a mí...

No hay como una madre, Luis. Veo a la tuya, pequeñita y todavía hermosa, esperando en Los Cerrillos, al hijo que la preocupó cuando gateaba por el suelo, y que ahora nuevamente la preocupa, descendiendo de los cielos. Ten seguridad que una y otra vez ha vuelto, sin asomo de desagrado, sólo poseída de nueva impaciencia porque la espera se prolongaba. Hay algo sublime en este amor materno. La amada, en estos casos, y aun en los más nimios (¡que no sea queja mía, por Dios!) está un poco lejos de reaccionar así. Ante una espera, corta que sea, siente pronto una ola de desagrado, que casi no nace de la preocupación, sino del egoísmo de no tener junto a sí, tan luego como lo deseaba, al ser querido. Sólo la madre encuentra la fuerza suficiente para anular la angustia de su deseo con otra más pura, la angustia del temor por lo que pueda haberle sucedido al hijo.

Temo que esta mera elucubración de mi mente, puedas interpretarla como fruto de mis relaciones amorosas con la Cheche, y no quiero que así sea. Por eso esta aclaración un tanto bruta. Tengo el agrado de decirte, Luis, que por este lado, estoy perfectamente feliz. La Cheche es admirable para amarme y todos mis padecimientos pasados (que los aprecio cada día más) son solamente dolorosas experiencias, por supuesto riquísimas, que me alegro de poder contemplar así, desde una prudente distancia. No sabes cuánto daría por hablar largamente, en un momento oportuno, contigo. Tengo el alma cargada de experiencias enteramente nuevas, de reacciones inesperadas, que no sé si me hacen más o menos feliz. Paso por un período sumamente raro. Y a propósito de raro, ¿leíste el hermoso libro de Subercaseaux «Chile o una loca geografía»? He gozado tanto con su lectura...

Perdona esta carta tan mal parada. Recibe mi afecto de siempre,

Arturo

Arturo de Andraca, Santa Cruz, casilla 30

Santiago, 11 de octubre de 1944

Mi querido Arturo:

¡Cuánto tiempo! ¿verdad? ¡Cuánto tiempo sin escribirnos, sin hablar despaciosamente, como en otras épocas, ¡sin comunicarnos, sin necesitarnos, en suma! Pues bien, señor, esta noche lo necesito a Ud., lo apetezco, quiero ponerme en contacto con Ud., a la misma hora en que siento desde mi cuarto el ladrido de los perros nocturnos y la oración de los sapos que viven en el estanque central de la plaza Brasil. Ésta es la hora espiritual, la hora en que las almas y los cuerpos contraídos por el diario trabajo y por las limitaciones de la vida institucionalizada reconquistan el imperio de su libertad. Esta es la hora en que las gentes se juntan, la hora en que se descubren y se viven esos mundos mágicos que nuestros conciudadanos consiguen por obra del alcohol, la hora en que los cuerpos alcanzan su máxima tensión, la hora en que nuestros semejantes se abrazan en un intento de reunión suprema, la hora en que lloramos frente a las ruinas de nuestra soledad recapturada y desierta, la hora en que los poetas escriben sus versos, la hora en que suceden todas las cosas trascendentales, la hora en que el hombre es más humano, es decir, más contradictorio, y ésta es, como Ud. ve, la hora que yo elijo para estar con usted. Fumo mi cigarrillo. Siempre fumábamos en otros tiempos, cuando estábamos juntos y creo que el humo que nos envolvía, el humo de nuestros dos cigarrillos que se enlazaban en el aire denso, representaba la amistad de nuestros espíritus que se enlazaban también. Pues bien, estoy solo y la sutil columna que brota de mis dedos se eleva solitaria y se anuda a sí misma. ¿Dónde está Ud. ahora? Pero ¿quién es Ud., misterioso «pater familias»? ¿Existe Ud.? Bien sé que a esta hora -son las 12 de la noche- no está fumando en su cuarto, frente a sus libros y a sus cimitarras. Ud. está seguro durmiendo. Duerme Ud. Duerme también mi bella prima Silvia, su esposa, y duerme su hijo, inocente y puro. Duerme la sagrada familia que aún no ha huido a Egipto. Duerme entre los grandes árboles cuyos ramajes crecen en este mismo momento con un ardor adolescente, duerme bajo las estrellas que se reproducen y mueren para que los astrónomos se alimenten de gloria y de placer intelectual. Duermen también en Nueva York y duermen todavía en Yokohama otras familias trinitarias, pero yo, solo y desnudo, le escribo.

¿Qué ha sido de mí? Tengo el sentimiento que hace diez años Ud. esperaba más de mí. ¿Qué esperabas? Esperabas tal vez lo desconocido que ambicionabas para ti mismo y lo esperabas parcialmente a través de mí. Para ti llegó lo desconocido y para mí también llega. En este mismo

momento pasa como corriente invisible a través de mis dedos y se dirige a ti. Esta página que escribo es un elemento de lo desconocido. Lo que esperábamos era la vida y la vida se realiza, aunque no lo sepamos, por lo menos aquí, entre nosotros, en nuestra órbita - ¡no hablo en términos absolutos!-, fuera de la vida no hay más. Y ¿qué es la vida? La vida es esto, esta muerte del mundo, esta noche, esos pasos de un transeúnte que regresa a su casa, este caserón frío que tengo, mis veintitrés años, mis placeres y mis penas, he aquí la vida. «Pero, hijo mío, yo esperaba de ti algo más. Yo esperaba el incendio de tu alma para extasiarme contemplando su irradiación más pura. Yo esperaba que conocieras a Dios a través del dolor y que la vida fuera en ti la marea que, combatiendo día a día la entraña de la roca dura, esculpe en esa misma roca al hombre. Eso esperaba de ti». Te has equivocado querido mío. No he llegado a ser ese hombre en que tú pensabas. No, ya ves... ¡Todavía hay esperanzas! No cuentes demasiado con un invencible, como yo. Soy un espectador, un casual espectador de todo. Inmoral a pesar de mi estado de gracia que es la sombra interior de mi ceguera profunda. Me inclino ante los designios inescrutables de la Providencia y no quiero ofenderla atribuyéndome nada, pero, ¿hasta cuándo será solamente el cristalino espejo que registra la vida que me rodea? ¿Hasta cuándo seré un fracasado? Entiéndeme. En el sentido exterior y social de la palabra, pocos son menos fracasados que yo. He aquí la fuente de mi perdición temporal. Quisiste ver en mí la hoguera y soy solamente el surtidor helado. ¡Qué decepción para los dos, amigo mío!

¡Y qué ridículo soy al hablarte de mí como si fuera el personaje de un drama de Shakespeare! En su conversación dos amigos disponen de todas las licencias. No estabas tú frente a mí, frenando mi desvarío, y ya ves... Agregaré la frase de que ésta es la hora de las vanidades, la hora en que ciertos hombres se sueltan la cabellera mental. Perdona. Sé que leerás con interés esta página que he escrito para ti. Es atrayente conocer también la imprudencia ajena. Crecen las hojas de los viejos álamos frente a la centenaria casa porque es el tiempo de crecer. Así han crecido estas confesiones vagas y estériles. Tú te preguntas qué es el hombre y tienes una respuesta bruñida por los siglos. Yo me pregunto qué es el hombre y no tengo respuestas. ¿Qué es? ¿Quién soy? ¿Qué deseo? En este momento, nada. Nada. ¿Mañana? ¿Ayer? No sé todavía. No sé ya. ¿Lo sabré algún día? ¿Hay un día supremo?

Te abraza

Luis

Santiago, 24 de julio de 1945

Mi querido Arturo:

Esta carta debió haber sido innecesaria, porque tenía el propósito de aprovechar algunos días de las vacaciones de invierno para ser huésped de Uds. en la vieja casa de Santa Cruz. Mas, desgraciadamente no pude cumplir mis deseos, porque tuve que consagrarme intensivamente a la preparación de mi memoria, que se está demorando demasiado. ¡Cuánto me habría gustado! renovar nuestras íntimas e interminables conversaciones, en la oscuridad del escritorio, fumando y fumando, como en aquellos tiempos en que tu pieza, tu pieza inolvidable, era para mí el recinto de la libertad, en donde podía fumar a mis anchas, sin más peligro que la intempestiva llegada de tu Tita o de la Cotico. Cuando me proponga escribir la historia de mis vicios, no me olvidaré de que tú fuiste mi iniciador en el cigarrillo, porque antes de entrar en tu conocimiento no había probado, creo, sino los hechizos fabricados por nosotros mismos, utilizando materias primas nacionales y caseras: papel de diario, hojas de eucalipto u hojas secas de parra... No podré nunca olvidar esa pieza destartada y llena de espíritu. Me refiero a la primera que tuviste en casa de los Fernández, a aquella cuya ventana daba fastidiosamente hacia el patio y entre cuyos barrotes solía aparecer alguno de los tozudos muchachos, primero en actitud de ruego y más tarde en actitud de injuria, entre hostil y amatorio. ¿Sabes que tú fuiste la primera persona que me trató como a un hombre, en un plano de igualdad? Y entonces nos separaban unos años que, aunque los mismos, se han hecho proporcionalmente menos, para transformarse en insignificante cifra cuando seamos viejos, si es que lo somos alguna vez. No olvidaré tampoco nuestros paseos con Iván a la Capellanía ni dejaré nunca de sentir de nuevo esa impresión de seguridad que me llenaba cuando andaba contigo. ¡Andar con una persona que se movía con desenvoltura en el mundo, con alguien que se atrevía a decirle «Valdés» a un señor Valdés y que se permitía detener los autos o camiones en la avenida! Bueno, eso era una felicidad inmerecida e imprevista, de la que yo podía disfrutar en donde, más que en ninguna otra parte, era yo un niño, y por añadidura tímido. ¿Se pueden agradecer estas cosas? Tenía, pues, deseos de reanudar el noble ejercicio de nuestra comunicación espiritual, después de estos tiempos últimos en que no nos hemos visto más que de a pocos y en ambientes extraños, demasiado estrechos para nosotros, que hemos enhebrado siempre nuestras charlas en la extensión de los campos o la inmensidad del silencio de la noche en nuestro pueblo dormido.

Te escribí desde Río y habría deseado recibir respuesta. ¡Hacen tanta falta, aunque la gente no lo imagine, las voces amigas en los viajes! No estamos hechos para pasarnos la vida mirando el paisaje o descubriendo gentes conocidas. Hay todos los días, momentos de soledad -acaso soledad entre las gentes- en los que deseáramos llenarnos la conciencia con los acentos queridos de las pocas personas que en el mundo son verdaderamente nuestras. Por lo menos yo siento siempre con mucha fuerza la necesidad de íntimos contactos de almas que me permitan recuperar una especie de autenticidad perdida. Tal vez por eso difícilmente podría ser político. El obligado trato con muchas gentes diversas me produce una especie de antipatía por el ser humano y una honda nostalgia, y los políticos que he conocido me han hecho siempre el efecto de personalidades hipertrofiadas, de puertas afuera, que no han sabido conservar lo mejor de la vida. Mucho me interesan los problemas colectivos, me interesan más cada día, pero cada día también me gusta menos la falsedad de las relaciones que es preciso establecer cuando uno persigue ciertas finalidades generales. No me complacen las sectas que cortan el cordón umbilical que une al individuo con la ciudad terrena, pero comprendo que en estos tiempos de turbación haya almas temerosas que se recluyan en un pequeño mundo feliz, desconectado del otro. ¿No crees tú que es más que nunca necesario cumplir con los deberes que impone la preocupación por el bien común en este mundo tan sin sentido, es decir, tan recorrido de parte a parte de la esperanza y la desesperación? Pienso que estamos viviendo en una época que todo puede ser de acabamiento y ruina eterna como principio y creación, y no hay duda de que hay que contribuir a que sea esto y no aquello, aunque la partida resulte a la postre frustrada. Hay una región superficial de la historia actual en que las cosas pueden verse con lógica claridad, encadenadas por una trabazón muy discernible de la que cuenta, por ejemplo, el materialismo histórico. Y, sin embargo, tal vez nunca el hombre había vivido en una edad tan llena de incógnitas por dentro, en la zona profunda en donde se juegan los destinos últimos del alma. ¿Hacia dónde vamos? Acaso nunca lo sabremos nosotros, que disponemos de unos ojos capaces de penetrar por todas partes, sin agarrar tal vez lo esencial de ninguna. Tal vez nunca se habían dado unos hombres tan ricos de experiencia histórica como nosotros, que hemos vivido a la vez en tantos mundos, sin entregar completamente a ninguno, tal vez por eso mismo nunca existieron individuos de corazón más dolorido, puesto que allí donde algo muere en esta época de muertes muere también un pedazo de lo que nosotros somos. Libres somos -aunque tú tienes tu credo y tu fe- en la medida en que no somos incondicionales de nada ni de nadie, y ésta va siendo cada vez una época de incondicionalidades radicales. El incondicional forzosamente recorta de la realidad un trozo y se queda con él y en él se realiza

sin remordimientos. Eso no soy yo. De ahí que sienta a veces el extraño placer de sentirme, junto a gentes que van siendo a través del mundo cada vez menos, una especie de nudo en que se cruzan todos los mensajes humanos, es decir, un ser ambiguo nacido o formado para vivir la universalidad de lo humano sin limitaciones y sin prejuicios, nacido o formado en buenas cuentas para vivir en un mundo que no existe y que no existirá...

¿No será mejor que continúe esta carta preguntándote por mi querida prima Silvia y por Manuel Arturo, mi futuro ahijado de confirmación que vivirá posiblemente en un mundo más claro que el nuestro? Bueno, pero esto de la claridad del mundo es en gran parte una pura cuestión subjetiva, puesto que se nace para verlo claro o para verlo sombrío, y ello depende sólo del punto de vista en que uno se coloque. Y algunos tienen la necesidad de querer mirarlo desde todos los puntos de vista, la culpa es de ellos y no del mundo. Mea culpa...

Respira por mí fuertemente el aire puro y místico de tu mañana invernal, frente a los álamos y a los alambres telegráficos de la avenida en donde suelen detenerse las golondrinas que van o vuelven.

Abrazos para la Silvia, para el pequeño y para ti.

Lucho

Londres, 4 de diciembre de 1949

Mi querido amigo, padrino, testificado y compadre:

Al llegar a Londres me esperaba la grata sorpresa de tu carta, como en otros tiempos, cuando me recogía los días domingos al Internado la incomparable novedad de una misiva tuya, escrita en tus horas solitarias en Santa Cruz. Ahora estamos un poco más lejos, desde que yo vivo suspendido como un balón de ensayo en el cielo de Londres, después de haber sido cortado como un racimo de la viña natal. Es tan curioso sentirme lejos, totalmente separado de las cosas amadas. Así tal vez vivían las almas en el purgatorio antes de alcanzar el Reino de los Cielos. Yo no lo experimentaba desde que era niño y estaba en el colegio. Entonces la distancia entre Santiago y Londres y los dos o tres meses que tenía por delante eran muchos más largos para mí que un año, en los primeros días después de las vacaciones. A veces me

angustia extrañamente, pero sin dolor, con una curiosidad desgarrada, el pensamiento de que, por quién sabe qué designio, pudiera no volver y no ver más - ¡nunca más! - a las personas que amo. Trato entonces de representármelas, de engendrarlas yo mismo y me resultan siempre tan pobres al lado de lo que realmente son. Vivimos con una tan imperfecta conciencia que siempre se nos escapa lo mejor de lo mejor. ¡Ah, estoy seguro de que si pudiera ver una sola vez a un solo ser humano en toda realidad, descubriría a Dios y al Paraíso!

Ahora veo también a medias este extraño, fascinante y a veces deficiente mundo europeo. Por las tarjetas que te he enviado, sabrás que antes de llegar a Londres viajé más de un mes por Portugal, España y Francia, haciendo buen uso de los no muy abundantes dólares que pude traer del Nuevo Extremo. Eran los últimos deslumbradores días de verano en Lisboa y en Madrid y por primera vez en mi vida estaba lanzado solo en medio de una geografía desconocida, como tirado de un planeta a otro, a un astro muy viejo, venerable y cansado, lleno de suaves colinas con pequeñas ciudades amuralladas, catedrales, castillos, grandes poblaciones con inexplicables callejuelas, museos repletos de tesoros y yo, vagabundo ahora, pasando de un hotel a otro, llevado por trenes, autobuses, aviones, a veces triste, a veces feliz, movido de curiosidad o de deleite, sorprendido de ser yo mismo el que veía a todas esas gentes nuevas y todos esos lugares de ilustres nombres. Así fue el descubrimiento del Museo del Prado en Madrid. De pronto me di cuenta de que estaba mirando una maravillosa Anunciación de Fra Angélico o de me que hallaba en la sala de El Greco y tenía que reposar para acostumbrarme a esa convicción y comenzar realmente a ver. ¿O es que soñaba cuando atravesé los puentes por los que penetraba a Toledo sobre el profundo Tajo entre torres milenarias de piedras o cuando subía las ramplas de La Giralda o cuando recorría el Palacio de los Papas de Avignon? Soñaba un sueño más poderoso y lúcido que los sueños nocturnos, pero ¿podría decir que estaba totalmente presente? Y ¿cuándo he estado totalmente en mí? No es la menor enseñanza de los viajes este descubrimiento de nuestra ausencia y de nuestra condición de perpetuos viajeros en medio de las cosas. Ahora sueño que estoy en Londres, cerca de una estufa a gas, en el frío mes de diciembre, escribiéndote en la pieza de un amigo en la noche de un día domingo. He soñado más lentamente que visito con mucha calma la National Gallery, que asisto a clases de Historia del Arte y a innumerables conciertos, ballets y óperas: he soñado que vago por estas calles donde nunca se ve muy bien porque hay neblina o hay humo y he soñado sintiendo a veces la presencia física de cosas, paisajes o personas de Chile. Siento que éste es un maravilloso, bien extraño sueño y la providencia, que hace sabiamente las cosas, debe querer que yo descubra algo después de darme tantas oportunidades para que sea

capaz de ver mejor en mi ánimo y el mundo. Pues nuestro destino no es soñar sino vivir. Estar totalmente en nosotros. Como estamos a medias, no tenemos a Dios y estamos solos.

¿Por qué desesperar del curso del mundo? Jamás habíamos estado peor. Comprendo tus aprensiones. Pero ahora es cuando debemos salvarnos o perdernos. En algunos momentos, siento que algo o alguien viene, que ya está casi con nosotros y que entretanto podemos hacer cualquier cosa, siempre que tengamos esperanza, siempre que exploremos esperándolo. Debemos ser aventureros, aunque no nos movamos de nuestro viejo campo plantado de naranjos -¿no están ahora cubiertos de azahares?- y esperar activamente, ansiosamente. En este mundo europeo se siente más que en América el punto final de nuestra época. Se vive triste, oscuramente. A un escritor francés le horrorizaron hace pocos días los grandes espacios vacíos de Londres -a veces se me ocurre que en esta ciudad ya no vive nadie- pero a mí no me sorprendieron menos algunas raras soledades de París, soledades aun en medio de la gente, formadas o reveladas por un viento repentino que levantaba hojas de diarios a lo largo de las calles grises y abandonadas. Hay tristeza. No saben si van a vivir todavía el próximo año o si todo había sido arrasado por los rusos, americanos o la peste. No tienen el futuro ni tampoco nuestra vitalidad de bárbaros, hija tal vez de esa inmensidad natural que nos envuelve. Porque aquí la Naturaleza está muerta: a pesar de los hermosos bosques, ya no trabaja, ya no arrastra con su entusiasmo creador al hombre. Ya no hay pastores que miren a las estrellas en este mes de diciembre tantas veces pintado por esos hombres simples y duros de la Edad Media. Los naturalistas ingleses hacen censos de las especies de mamíferos que habitan en el área de Londres -incluyendo a los lords y ladys y a los dirigentes de las Trade Unions- y de las mariposas que vienen año a año del Continente a poner sus huevos en sus verdes colinas. Pero las jóvenes mariposas que aquí nacen atraviesan el mar porque se morirían de frío si se quedaran.

Yo presentía que iba a ver la muerte de Europa y quiero ver hasta qué punto mis presentimientos siguen concordando con mis nuevas impresiones. Quisiera sentir los síntomas de un nuevo nacimiento, pero todo me lleva a creer que la potencia histórica se ha ido a otra parte y que este bello palacio se desmorona fatalmente. Todo es acá problema, y problema insoluble porque no hay -según parece- ningún entusiasmo creador. Allá en el Nuevo Mundo somos fuertes en nuestro desorden, hasta en nuestros vicios, en nuestra ingenuidad y en nuestras estupideces. Vivimos con esperanza y creemos en la aventura de la vida, tal vez porque hay una naturaleza que fermenta debajo de nuestros pies y que nos ofrece terremotos, innumerables espigas, inundaciones, ciclones, viñas, vino, frutas, abejas, chiquillos, como si todavía fuera virgen y misteriosa. Y lo es. ¿No podrá producir otra vez al Mesías?

Pero estoy fascinado, realmente contento, de hallarme aquí, y por ahora no tengo el menor deseo de volver, aunque a veces me hagan falta tantas cosas: conocer por ejemplo, a tu nuevo vástago, abrazar a la Silvia y mi ahijado que ni me conoce y a quien le deseo que sea cada vez más alborotado y malo, o estar contigo, viejo amigo mío, fundador de estirpes que dan un ejemplo a todos los padres tímidos, con tu ya casi bíblica prole instalada como la tribu de los patriarcas, en ese país de olivos, vides, cabras y navarros. (¿Todavía viven los Navarro en Santa Cruz? ¡Qué viejo debe ser ya el zorzal soberbio de la Pilarica! Seguramente la ancianidad le habrá bajado el moño.) ¿Me perdonará mi ahijado mi mala memoria? ¿No fue el 17 su cumpleaños? Que me mande a decir qué quiere que le lleve de Londres.

Tal vez -si la economía me lo permite o si mi locura me autoriza para olvidarme de ella- vaya a pasar 15 días para esta Navidad a Florencia. Si voy, te escribiré de allá.

Abraza calurosamente de mi parte a la Silvia y a los niños.

Tu amigo que te recuerda siempre

Lucho

¿Te has dado cuenta de que nuestra amistad data ya de 17 años?

15 de febrero de 1950

Sr. Luis Oyarzún, Londres, Consulado de Chile.

Querido ahijado, compadre, etc., etc., y por encima de todo, amigo querido:

Hace más de un mes que recibí tu carta del 4 de diciembre, en la que me decías, entre muchas sabrosas cosas, que si podías, pasarías en Florencia la Navidad, y entonces, me escribirías. Tal vez no ha sucedido así, y lo lamento, tanto porque habría sido muy hermoso para ti hacer ese viaje, como porque me he quedado sin la anunciada carta. Yo siempre pienso en tí. Y no siento la menor envidia, como pudiera suceder al verme atado a la gleba; sino que siento la alegría propia de quien sabe gozando a una persona que ama. Claro que lo propio es que tú estés como estás, captando con los ojos bien abiertos todas las cosas. Aprovechándolas al máximum, con tu enorme capacidad. Un viaje mío, cuán estéril hubiese sido, comparándolo

con este tuyo. Por eso Dios hace siempre las cosas como deben ser. Aunque de repente nos parezca lo contrario. Es cuestión de darle tiempo a nuestros ojos pequeños, para que alcancen a verlo todo íntegramente. Yo siempre pienso en ti. Esta misma carta debiera haber salido mucho tiempo antes, si hubiera obedecido a mi deseo. Pero tenía entre ceja y ceja, revisar antes mi archivo de tus cartas, para verificar si este muchacho -bailarín y artista- que ha muerto recientemente, Lucho Cáceres, era el mismo de quien tú me hablabas hace años con tanto afecto y tan bien. Creo que debe ser, a juzgar por las excepcionales condiciones que se le han reconocido póstumamente. Después no te oí hablarme más de él. Acaso entre ambos se interpuso la vida con su maraña. Me gustaría que me conversaras de él, acortando el tedio de alguna noche londinense. Espero que en ese país insípido, donde el sol se ve tan poco, según dicen los libros, hayan apreciado ya tus excepcionales cualidades y te estén rindiendo la pleitesía que te mereces. Si no sucede aún eso, considero que Gran Bretaña está indefectiblemente condenada a desaparecer. Y desde luego, retiraré del programa de enseñanza de mis hijos, su lengua extraña, porque perdiendo el predominio material, como lengua muerta, ya nada servirá. Decirte cómo he gozado con tu carta anterior, y única, es vano, porque nunca podrás imaginártelo. Sábetelo, mientras tanto, que la he copiado a máquina, porque releerla gracias a tu letra de mostacilla, me resulta un tanto difícil. Quién sabe si te conmoverás al saber esto y me darás estos gustos con mayor frecuencia. A pesar de todo yo no he renunciado a ir a conocer esas cosas viejas, antes de que se vayan cayendo, de carcomidas. Siempre tengo entre sueños la idea de conseguirme algún puestecillo de quinto orden, para poder aposentarme en algún lugarejo clásico de nombre y saturado don la civilización de siglos. Mientras aquí mis naranjos florecen sus azahares de la esperanza! Podría yo estar sumido en la contemplación de las piedras viejas, mientras mis hijos escuchan sus clases en algún convento, de labios sapientes. Y cuando la fuerza de la tierra me llame de nuevo, porque a lo mejor esté pronto el día en que deba devolverle con mis huesos cansados, la poca cal que ellos contengan, regresar a Santa Cruz, a la sombra de las plantitas que han sido el objeto de tantos de mis afanes. ¿Sueño que nunca se realizará? Yo siempre espero, he esperado entre las paredes hoscas y horrorosas de mi oficina comercial durante 17 años, ¿qué más que siga esperando cuando día a día, me alejo más de esa cárcel...? Querido Lucho: las cosas aquí no muestran mucha novedad. Leonor tiene su bella hija que se llama Margarita. Patricio será pronto Presidente Nacional de F.N. La oposición ha sido llamada por el loco que nos gobierna, a compartir con él los afanes y desvelos del gobernar. La derecha, alicaída y «en un rincón por su dueño olvidada»

ya no suena. Todo esto ha acontecido en unas raudas semanas. ¿Qué será del mañana inmediato? Difícil preverlo. Todo el mundo en lo económico está complejo. Nosotros también, por supuesto. Pero como decía mi incomparable León Bloy, a la postre «Todo lo que sucede es adorable». ¿Esta carta llegará a tus manos? Dios lo quiera y quedo ansioso de recibir una tuya, extensa, llena, como la otra: Te abraza cordialmente: Mi mujer y mis 4 hijos están hermosos y sanos. Dios los guarde.

Arturo de Andraca

Santa Cruz, 8 de marzo de 1950

... Mal prólogo para el objetivo de esta carta, que es servir de introductor hasta tu brumosa residencia, del libro de nuestra coterránea: Lucía Aguirre del Real, que, recordarás, un día ya perdido en el fárrago de lo que vas dejando atrás, llegó hasta tu departamento santiaguino, con sus ansias en muchas hojas manuscritas. Tuve el gusto de palanquear su buquecito hasta que llegó airoso con él a la playa soñada por todo el que gusta de escribir. Tras un esfuerzo sobrehumano para sus posibilidades y venciendo tantas dificultades como tú pasarías seguramente para lograr la impresión de «Infancia», ella ha llegado sonriente y orgullosa con su «Peregrinaje», en hermosa edición que te incluyo por encargo suyo.

Ahora se ha sentado a la vera del camino a esperar que los demás comprendan su mensaje y lo reciban. Yo que por mi oficio estoy tan ajeno a esto, he hurgado en cambio entre sus líneas, logrando la sensación definida de algo simple y hermoso. No sé apreciar si será trascendente o no en la poesía, lo que ella ha escrito. Se lo he dado a leer a mi mujer, quien ha manifestado gusto por ello. Y la querida novia oficial que dejaste por estos mundos, también el otro día lo tomó en sus manos, y con aire displicente que poco abandona, dijo que «no era tan malo que digamos» y terminó diciendo «es bueno ¿sabes?».

Quisiera pedirte que lo leas con atención y te molestes en comentármelo. Claro que si hicieras de él una crónica y la enviaras a «Pro-Arte» para que fuera publicada, eso colmaría de dicha a la amiga nuestra que a lo mejor está un poco triste porque no encuentran hermoso a su hijo dado a luz con dolor del bolsillo y de la mente.

Hace algunos días te escribí una carta que espero hayas recibido. Después no he tenido noticias tuyas de ninguna laya, ni directas ni indirectas. Ojalá que pronto se rompa este impasse.

Seguramente que recibirás así, apagada por el oleaje del océano que deben atravesar, noticias de nuestro Chile. Sabrás que ahora los social-cristianos conservadores y la Falange, con rádicos y democráticos, hacen gobierno. Leighton en Educación. De este coqtell [sic] no sé qué irá a resultar. No es para mi paladar, pero la Falange debió ir al Gobierno, por patriotismo. Si no cumplen hasta el fin las condiciones previas, se retirará, claro que un poco emporcada, porque no así no más se camina por los charcos, aunque se vaya con paso ligero.

La hermosa luna de marzo, acaso la más hermosa de las lunas del año, quién sabe si porque en ella, hace años, declaré mi amor, está en pleno fulgor. Si tú estuvieras aquí con nosotros, saldríamos por la avenida larga y pavimentada. Nos encontraríamos con borrachos, como sucedió a las señoras el otro día, y uno le encaraba que porque eran ricas no las llevaban de apunte...

Cuando algún día regreses, caminaremos, nuevamente juntos, por los mismos caminos, y nos contarás cosas nuevas por montones. Tienes que abrir mucho los ojos, para que te llenes de las imágenes que después aquí te sacaremos con ansiedad. Estás viajando por muchos que no pueden hacerlo.

Te abraza, cordialmente tu amigo:

Arturo Andraca

Londres, 22 de mayo de 1950

Mi querido amigo y compadre:

Recibí con bastante atraso tu carta y el libro de nuestra amiga Lucía Aguirre. Te agradezco la carta, y a ella, sus poemas. Los he leído con simpatía, pero, para hablarte con franqueza, no es mucho lo que me gustan. Se ve que hay en ella un talento primario que puede desarrollar en el futuro, si se preocupa de su cultura literaria, que es hoy muy escasa. Creo que sólo algunos genios -no todos, solamente algunos- son capaces de producir grandes obras artísticas sin una cultura previa. Sólo conociendo lo que otros han escrito, vivido y pensado, puede estar uno en

condiciones de saber a ciencia cierta qué es lo que puede realmente decir con sinceridad, con autenticidad. Es curioso. Aunque pudiera pensarse lo contrario, la cultura sirve principalmente para descubrirse uno mismo, a través del descubrimiento de los demás. Por eso justamente una escasa cultura literaria, como la de Lucía, se traduce en un exceso de banalidad, repeticiones disminuidas de cosas ya muy dichas, que, aunque ella haya vivido realmente, no acierta a expresar con propiedad, con sus propias palabras. No son muchos los temas poéticos posibles, si se hace una clasificación general: el amor, la muerte, el transcurso angustioso del tiempo y unos cuantos más. Pero cada uno de ellos exige un tratamiento original a causa de que la experiencia que cada ser llega a tener acerca de esas cosas es original también. Estimo, sin embargo, que hay una cualidad de simplicidad, de ingenuidad en la poesía de nuestra coterránea que le da cierto encanto. Hay momentos en los cuales parece que se pudiera sentir el perfume de las hierbas que ella voluptuosamente aplasta, pero justo en ese instante alguna palabra literaria -en el mal sentido del término- suena a falso, a exageración o a cliché y el encanto se pierde. De todas maneras escribiré algunas líneas a Pro Arte -sobre este libro y algunos otros que he recibido-, dentro de una crónica. Si tú consideras soportable para ella darle a conocer estas líneas, hazlo. En caso contrario, no se las muestres. Para qué producirle un desencanto, cuando debe estar ilusionada con su obra. Por lo demás, tiene derecho a sentirse orgullosa, pues si hay algo actualmente difícil en Chile, ello es publicar un libro de poesía con tan pocos recursos de todo orden como los que ella debe tener. Además, mi juicio naturalmente dista mucho de ser infalible y si el libro ha gustado a algunas o a muchas personas, ha cumplido ya con eso una misión no despreciable. No vayas a creer que hablo desdeñosamente desde el Olimpo. Me limito a decirte lo que me parece y a reconocer que puedo estar equivocado. Me sería muy fácil mentir y escribirle una carta llena de elogios, pero eso, como tú comprendes, no sería correcto de mi parte. Tal vez será mejor que le escriba diciéndole en forma más estimulante lo mismo que ya te he expresado.

Abandonando el tema literario, volvamos ahora a nuestra conversación interrumpida. Desde hace unos diez años por lo menos, nuestras charlas son siempre interrumpidas demasiado pronto, o por tus negocios o por tus bíblicos nacimientos de prole o por mis ausencias de soltero más suelto de cuerpo que mi buen amigo patriarca y fundador de estirpes. Me quedó sonando en los oídos lo que me dices de que quisieras trasladar tus reales a este Continente. Tal vez ahora no sería una ciudad ideal. ¿No podría llegar la influencia de la falange a conseguirte algo así, haciendo con ello un favor a nuestro pobre servicio consular?

Estoy seguro de que tú, con tu cultura y tu conocimiento de los oficios, podrías ser un cónsul magnífico. No se pierde nada con ensayarlo. ¿Te imaginas? Podría pasar a verte a

España y me encontraría con la Silvia tapada por un opulento mantón y con una enorme peineta en la cabeza.

Recibí una invitación del Instituto de Cultura Hispánica para participar en un Congreso que discutirá en octubre en Madrid el tema de la cultura hispanoamericana. Ofrecen una buena suma de dinero. Estoy casi resuelto a aceptar, a pesar de mi ninguna simpatía por el régimen franquista. Pero no eran mucho mayores mis simpatías por el régimen chileno y ahora resulto ser, indirectamente, un colaborador de ese gobierno, dada mi pertenencia a la Falange. Además, es probable que me inviten también a dar un curso de verano en la Universidad de Santander, donde se congrega todos los años un buen número de estudiantes de toda Europa. Al fin y al cabo, España es España y nunca ha tenido, en los últimos tres siglos, regímenes mucho mejores que el actual.

Antes de abandonar, a fines de octubre, este viejo mundo, realmente ya tan viejo, iré tal vez con un amigo, secretario de esta Embajada -Juan José Fernández Valdés- al sur de Italia en automóvil. Es un viaje que me tienta mucho y que haré si las condiciones económicas me son favorables, cosa de la cual, como siempre, dudo. He tenido el de la subvención que corresponde a mi beca (30 mensuales), habría debido confinarme en estas Islas, reducido a una existencia de semi-cartujo. Como no estaba dispuesto a someterme a esta sombría perspectiva, he viajado lo más que he podido, confiando en la providencia divina, que hasta ahora me ha sido benévola, pues, ni estoy en peligro de morir de hambre, ni estoy aniquilado aún por las deudas. Debo bastante, naturalmente, pero, a Dios gracias, Dickens obtuvo en el siglo pasado que se suprimiera en este país la prisión por deudas. Hundiéndome algunas pulgadas más en las ciénagas de la mala economía, pasado mañana parto a Irlanda en avión con Salvador Reyes -el antiguo Simbad de la revista «Hoy», ¿lo recuerdas?- que es primer secretario de la Embajada de Londres. Vamos por cinco días a Dublín, de donde te enviaré una tarjeta. A propósito de tarjetas, a ti y a la Silvia les he enviado por lo menos unas diez desde diferentes lugares. Como nada me dices de ellas, supongo que la Alejandrina las ha incorporado a la colección de sus recuerdos de amor.

Cuéntame algo acerca de los niños y en especial de mi ahijado, que casi no me conoce y que debe imaginar con mucha razón que lo estafaron dándole un padrino como yo. Cuéntame acerca de la casa -nuestra legendaria casa- y de los limoneros y naranjos. Estuve en París hace un mes con Gonzalo Santa Cruz, que partía a Alemania y después a Suecia. Me invitó a hacer el viaje con él, pero mil razones previsibles me impedían aceptar. En esa oportunidad -fines de marzo y primera quincena de abril- estuve tres semanas en Francia. Fui para Semana Santa a la Turena a visitar los castillos del valle del Loira, que es, aun sin sus castillos, una de las regiones más bellas que he

visto. Conocí Tours y Blois y numerosas aldeas y pequeñas ciudades muy hermosas, como Amboise, donde hay un castillo construido por Francisco I donde murió Leonardo da Vinci, y Chinon, que conserva casi toda su edificación medieval. Acá en Inglaterra abundan también las aldeas antiquísimas que tienen un encanto extraordinario. Salgo todos los fines de semana en automóvil, muy contento de abandonar por unos días esta inmensa, horrible y negra metrópoli que es Londres, la ciudad más fea de Europa. Pero Bath, donde estuve hace unos días por segunda vez, es una de las más hermosas, con sus grandes edificios neoclásicos de piedra dorada, su viejo puente medieval, su abadía gótica y sus crecientes -enormes edificios en semicírculo- entre parques floridos.

En París compré para ti un librito sobre León Bloy, que te enviaré por correo ordinario. Tiene una fotografía de tu viejo ídolo, a quien yo no he tenido oportunidad de amar especialmente por mi escaso conocimiento de él. A propósito de recuerdos literarios, se me había olvidado contarte que en Florencia conocí en diciembre a Giovanni Papini, en cuya casa estuve una tarde. Conversamos largamente en una mezcla de francés, castellano e italiano. Él no es muy hábil para los idiomas extranjeros. Está casi completamente ciego, pero trabaja con un magnífico tesón. Acaba de publicar una obra considerable sobre Miguel Ángel. Le conté que, cuando yo no tenía más de unos 12 ó 13 años, había leído con un amigo, paseándome por el campo, su Vida de Jesús, cosa que lo conmovió. ¿Te acuerdas de nuestras lecturas en la época de la siega y de las cosechas de trigo, hace ya más de 15 años? Papini es un hombre feísimo, pero de expresión interesante. Moreno, de pelo hirsuto, tiene el rostro marcado por profundas arrugas que enmarcan su nariz enérgica y su boca voluntariosa. Es muy alto y se mueve pausadamente. Habla con violencia, pero no se hace antipático porque detrás de su acidez se adivina bondad. Tiene una biblioteca magnífica.

Los escritores ingleses son casi inaccesibles. Cada uno vive encerrado en sus ocupaciones, principalmente en el campo y, si no se posee un espíritu de pecha que yo no tengo, es casi imposible verlos. Estuve en la casa de campo de Lord Dunsany, cuyos maravillosos cuentos -«Cuentos de un soñador»- me fascinaron hace años. Envió sobre esta visita un artículo a Pro Arte.

Dile a mi ahijado que tiene que escribirme, aunque sea con dibujos. Besa de mi parte a todos tus niños y también ¿por qué no? a mi prima y comadre. Espero una larga carta tuya. Te abraza como siempre tu amigo, ahijado y compadre que mucho te quiere

Luis

95 Hornsey Lane,
N. 6. London

Santa Cruz, 5 de julio de 1952

Querido Luis:

Con mucho gusto contesto tu carta de hoy. No puedo retarte porque tantas líneas que pudiste dedicar a conversa más digna de tus bellas palabras, las hayas malgastado en vanas disculpas. Soy feliz de poderte servir, aunque feliz a medias, no más, porque no puedo facilitarte íntegramente la suma que necesitas. Tú sabes que yo retiro mensualmente, poco de mis utilidades, lo cual hace que pase agonizando hasta fines de año. Y ahora, con gastos de enfermedades, que han tenido mis padres, se me agotaron las provisiones del año pasado. Es la causa porque no puedo hacerlo como hubiera deseado. Te lo explico para que te hagas cargo de mi angustia. Ojalá puedas ir a ese viaje, porque si no lo realizas me moriría de pena pensando que la mezquina respuesta mía a tu solicitud de ahora, pudiera haberlo frustrado. Te abraza cordialmente, tu amigo de siempre.

Arturo
Saludos cariñosos a los tuyos

Lima, 18 de marzo de 1957

Querido Peregrino:

Son las 9 y media de la noche, y después de la agitación del día, parece que pudiera al fin gozar de una calma perfecta para escribirte. Fumo un cigarrillo turco y espero que Alfonso se bañe, para hacerlo yo a mi vez, antes de la comida que ofrece esta noche el Embajador en el jardín de la casa, que huele a raras plantas del trópico de grandes hojas que absorben la humedad del año. Hace un calor húmedo, no sé si sedante o excitante de los nervios. Estoy lleno de sensaciones nuevas y de otras, muy antiguas, o muy recientes, que se me revuelven y me aturden un poco. Lima es una ciudad rica, opulenta, dispareja, con algo de Río y algo de la sequedad del Cerro Blanco. Tratando anoche de dormir en la pieza que comparto con Alfonso, soñaba a 2 ó 3

centímetros de profundidad -hacía mucho calor y tenía sed-, y de pronto estaba en tu fiesta o llegaba a una ciudad de mármoles y papagayos que era como un paraíso artificial, y cruel. Dormí poco y mal, oí las campanadas de las 4 de la mañana, y no mucho después me despertó la Aurora, más no la de rosados dedos, sino una lora de este nombre, que tiene un registro prodigioso de ruidos y frases. Es una lora amazónica, de Iquitos, y al amanecer empezó a imitar el ladrido de un perrito pekinés o siamés. Después cantó, hasta que la apagaron unas inmensas campanas, de ciudad antigua y rica, unas campanas como las del comienzo de «El Elegido».

Empiezan a llegar los invitados. Interrumpo la carta.

19 de marzo de 1957

Pasó la fiesta en el jardín. A eso de las 3 partieron los últimos invitados, tan aburridos e importantes como los anteriores. Menú exquisito, buenos tragos, la gente característica de las Embajadas. Son las 10 de la mañana, hay un cielo lechoso, hace un calor húmedo. En un rato más iremos a bañarnos a Miraflores, a donde se llega atravesando maravillosas avenidas de palmeras. Esta mañana escuché otra vez las campanas, hoy más solemnes y variadas, celebrando a San José.

20 de marzo de 1957

La mucha humedad y el calor se oponen aquí a la escritura. Tal vez por eso los indios buscaban las cumbres de los montes, muy encima de las tierras bajas en que hierven bestezuelas. Ayer pudimos disponer toda la tarde del magnífico Oldsmobile de la Embajada y de su chauffeur, un viejo negro muy simpático llamado Nicanor. Volamos por los caminos a visitar los Templos del Sol y de la Luna en Pachacamac, al sur de Lima, y llegamos después, casi de noche, a Pucusana, una especie de Horcón y Portofino al mismo tiempo, a donde había que volver. Desde lo alto de las Terrazas del Templo del Sol se divisan las tierras y las planicies desiertas -«Tierras

secas, tierras sin agua»...-, apenas interrumpidas por manchones verdes de vegas y algodinales, y hacia el mar, las islas pétreas y blancas en donde explotan el guano. En la costa hay unas rocas con forma humana, desde que allí se precipitó al mar una princesa virgen y madre que huía de su amante que la había hecho concebir sin pecado, a quien creía un mendigo, cuando era en verdad un dios. El Templo del Sol era inmenso, una gran ciudad de adobes pintados de rojo. En cambio, el Templo de la luna era un pequeño monasterio en donde suspiraban las vírgenes cautivas. Detrás de la construcción, que parecía hecha por avispas, bajo unas palmeras, había un pequeño lago de aguas frescas que servía a las sacerdotisas para su recreo. La arena que ahora cubre las soledades -a no más de 30 km. de Lima- se prolonga hasta las sierras más lejanas.

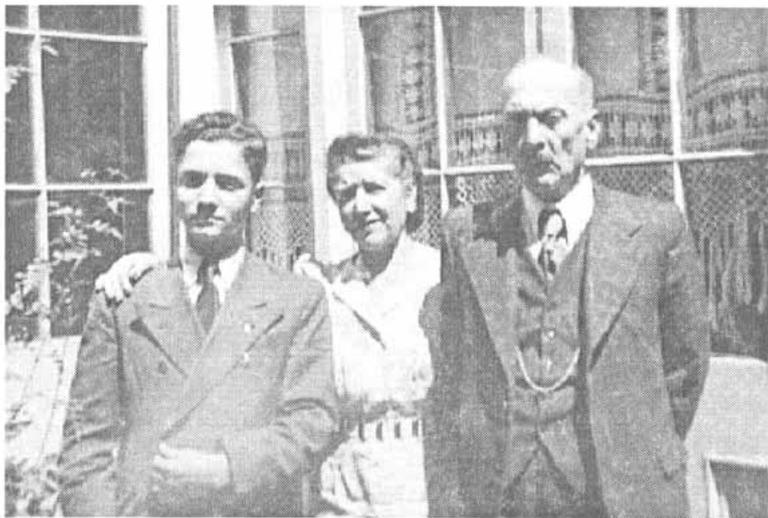
Ayer, Alfonso cumplió 30 años, pero sus padres estaban rendidos después de la fiesta y se acostaron temprano. Nos fuimos a comer al «91», un restaurant muy lujoso en lo alto de un rascacielo. Bebimos un pisco-sour -uno solo cada uno- y comimos conchitas al horno y una entre-cote con vino francés -botella y media entre los dos. Alfonso se sentía solo y desesperado, necesitaba compañía, cosas deliciosas que comer y no poco de diversión, todo lo cual tuvo, pero le vino hipo. Lo dejé en su casa y después salí a vagar por las calles medio desiertas. Estaba cerrado el café de los bohemios en que había quedado de encontrarme con Manuel Huidobro que está establecido en Lima, de modo que circulé por las calles con la inocencia de una tórtola.

Vamos a ir ahora a visitar el Museo Arqueológico. Almorzamos en un restaurant chino. Comí unos anticuchos en tu honor. ¡Cuánto me gustaría vagar por aquí contigo! Ver aparecer a Enrique Lihn del fondo de un bar, ebrio con la exquisita cerveza peruana o hallarme de pronto con Roberto en la hornacina de una Iglesia.

Salúdalos a todos. No olvides comer. Cúmplele bien a Pedraza y sé feliz con un dejo de tristeza como tu amigo

Luis

Epistolario Familiar
(1945-1966)



Luis Oyarzún con sus padres Hortensia Peña
y Luis Oyarzún en su casa en Santa Cruz

Mi querida mamá:

Mi propósito era enviarle un cable que le llegara mañana, día de su cumpleaños, que nunca olvido; pero me dicen que por la guerra los cables se demoran varios días, de modo que me limitaré a escribirle esta rápida carta, que será la encargada de transmitirle todos mis recuerdos y toda mi pena de no estar al lado suyo. Toca siempre la mala suerte de que esta fecha nos sorprenda a todos muy distantes, y este año, más distantes que nunca. No necesito decirle que día a día mi espíritu está con ustedes y que jamás los olvido, a pesar de las maravillosas novedades con que uno se encuentra en este país gigantesco. Tenía la esperanza de encontrar carta de ustedes aquí en Santos, pero, desgraciadamente -y creo que a causa de que yo mismo les había insinuado que me escribieran a Río- no he recibido hasta ahora noticia alguna. No dejó de ser triste para mí ver que todos recibían cartas de Chile, mientras yo me quedaba en veremos. No se imagina Ud. cuán indispensables son las cartas, verdadero alimento del alma en estas circunstancias. La última que escribí la remití desde Recalada, punto más o menos cercano a Buenos Aires, por donde pasamos hace más o menos una semana. A este puerto de Santos, uno de los más grandes de Brasil, llegamos anteayer 17 por la tarde. El mismo día bajamos y establecimos nuestro primer contacto con esta extraña tierra. La entrada al puerto de Santos es realmente magnífica, superior a todo lo imaginado. Desde lejos se divisan las montañas, de formas irregulares y cubiertas de bosques, que forman la bahía, que se prolonga hacia adentro en un río de 10 kilómetros de largo y de unos 500 metros de anchura, que el barco recorre lentamente. En esta parte está el puerto propiamente dicho, rodeado de grandes muelles y bodegas, a donde atracan los muchos barcos que en él hay generalmente. A ambos lados se dominan panoramas insólitos para nosotros: colinas y cerros cubiertos de plátanos, arbustos de piña y toda clase de árboles y plantas de un verde muy limpio, entre los cuales sobresalen las casas de los barrios apartados de la ciudad, cuyo centro es semejante al de Valparaíso.

No podría realmente describir en unas páginas todo lo que he visto en estos dos días. Basta comenzar a andar por las calles para sorprenderse indefinidamente con todo: con la naturaleza y con las gentes, de una variedad de color y de condiciones que jamás se podría hallar en Chile. Por primera vez, veo negros en gran abundancia. Existe acá una tolerancia racial única: no es raro ver en los paseos a mujeres negras y rubias amistosamente tomadas del

brazo. Ayer subí a uno de los cerros en que vive la gente del bajo pueblo. Nunca en mi vida me había hallado en medio de un espectáculo humano de tan infinita animación y novedad. Todo, como en Valparaíso, es un dédalo ininteligible de calles y callejas, por la orilla de todas las cuales corren unas acequias en descenso destinadas a las aguas servidas, que dan un detestable olor al ambiente, lo que no le impide a uno deleitarse con las formas de las casas y con la visión de las gentes, de todos los colores imaginables, pero con una característica común: su suavidad y simpatía. Antes había estado en un hospital que ocupa un viejo, bello y enorme edificio, en una colina próxima a la ciudad. Anduve con Franz Nowak por todas partes, por las salas comunes, por las galerías, por la capilla y hasta por la morgue, donde había dos cadáveres, sin que nadie nos preguntara nada ni nos pusiera la menor dificultad. Después, de vuelta del cerro, dimos con una bella iglesia y visitamos el interior del apacible convento, que nos mostró el padre superior en persona. Era increíble pasar en unos segundos de la miseria y de la confusión más grande a un lugar, como ese convento de trescientos años, lleno de paz y silencio.

Más tarde fuimos a lo que podría llamarse el barrio alto de la ciudad, situado a la orilla de la playa y constituido por grandes avenidas con bellísimas palmeras en el centro. Era como penetrar a otro mundo, casi totalmente europeo y de una magnificencia natural superior a la de Viña, sólo unos minutos después de haber estado en el corazón de lo que parecía una ciudad del norte de África. Creo que nunca había visto tantas muchachas hermosas como en el paseo del balneario Atlántico, en donde hay también un elegante casino, que espero conocer esta tarde, y lujosos hoteles frente a la playa, que tiene unos 10 kilómetros de largo. Podía estar uno sentado en una de las mesitas que los cafés disponen al aire libre y no cansarse, durante horas, de ver la procesión de bellezas santistas, con predominio de morenas de nariz respingada y preciosos ojos negros. Las grandes «pençaos» o residenciales tienen amplios jardines a la orilla de la calle, desde donde la gente contempla el paso de la muchedumbre que desfila por las amplias veredas. Los comedores se encuentran a la vista del transeúnte, que ve a las familias, de muy feliz apariencia, reunidas a eso de las siete, hora en que aquí se come. Después del paseo tomamos un «bonde» o tranvía y, después de andar cerca de una hora entre chalets y bungalows, llegamos al balneario de San Vicente, que es con respecto a Santos como Viña con respecto a Valparaíso.

Estas son unas pocas de las incontables y desordenadas impresiones que he recogido hasta hoy. El cónsul de Chile en esta ciudad, Hernán Santandreu, fue compañero mío en la Escuela de Leyes y me ha recibido muy amablemente. Hemos encontrado también algunos chilenos, con los que hemos tenido conversaciones de valor informativo, útiles para orientarse

en este Universo. El calor hasta ahora no ha sido excesivo, según dicen los que conocen esta ciudad, pero a nosotros nos ha afectado bastante. Por la humedad del aire, pasa uno cubierto de transpiración, a pesar de que los días han sido hasta hoy nublados. Ahora mismo está llovisnando y el calor no decrece. En cuanto al idioma, no es difícil entenderlo y a uno también le entienden más o menos bien, no sin haberlo tomado primero como argentino.

No necesito decirle que éste es el paraíso de los helados, de los plátanos y de las piñas, no así de la uva, que es malísima. Recién estoy comenzando a probar las cosas ricas -sobre todo líquidos- que aquí se encuentran. Desgraciadamente, recomiendan no ingerir demasiado líquido -que es lo único que uno apetece ingerir-, para evitar la transpiración a chorros.

Posiblemente el lunes iremos a Sao Paulo por dos o tres días, para volver después con más calma.

A Río seguiremos dentro de una semana. Abrace al papá, Nano y Fdo. y salude cariñosamente a los Niemeyer y a Héctor.

La besa su hijo

Lucho

Río de Janeiro, 28 de enero de 1945

Mi querido papá:

Hace dos días llegamos a esta maravillosa ciudad, que todavía no he tenido tiempo sino de adivinar, pues para conocerla bien se necesitarían meses y aun años.

La última carta la escribí desde Santos, y después de ella han sucedido muchas cosas. En primer lugar, desde Santos fuimos en tren a Sao Paulo, en un viaje de dos horas a través de las montañas cubiertas de selvas impenetrables. Sao Paulo se encuentra a unos 800 mts. sobre el mar y su clima es mucho más templado que el de la costa. La ciudad es el primer centro industrial de la América Latina y en los últimos años ha progresado de una manera impresionante. En la actualidad tiene un área de un millón y medio de habts. y sin ser tal vez tan extensa como Santiago, supera a nuestra capital en movimiento y la magnificencia urbana. Día a día se construyen nuevos rascacielos enormes, que dan a la ciudad un aspecto bastante

irregular, pues en todas partes alternan los edificios modernísimos y las casas viejas, que se han quedado como ahogadas en medio del progreso. En Sao Paulo fuimos magníficamente atendidos por miembros de la colonia chilena -gente bastante rica- y amigos brasileños. Nosotros dimos una audición de radio con un programa de música chilena que se inició con unas palabras mías, y en los mismos días nos dieron una comida y varias fiestas. Yo tuve que regresar a Santos el día antes que los demás, porque el Cónsul en Santos me había comprometido para dar una conferencia, organizada por el Centro de Estudios Sociológicos de la ciudad, sobre «Los problemas de la post guerra».

El día siguiente, es decir, el 25, seguimos navegando a Río, a donde llegamos el 26. En el puerto nos esperaban el Embajador Morales Beltrami y funcionarios de la Embajada, así como autoridades brasileñas. Ellos nos tenían la grata noticia que éramos huéspedes oficiales del gobierno de Brasil, que correría con nuestros gastos durante treinta días. Estamos alojados en un excelente hotel, y el programa de visitas comprende un viaje a Minas Gerais, en el interior, y otro a Sao Paulo. Es muy posible que la vuelta la realicemos por tren hasta Montevideo, para pasar en seguida a Buenos Aires, desde donde no es raro que pudiera regresar directamente a Santiago para llegar allá alrededor del 20 ó 25 de marzo. Sin embargo, todo esto es por ahora un simple proyecto.

Río me ha parecido una ciudad maravillosa. El calor que hemos tenido ha sido hasta hoy, muy tolerable, a pesar de la humedad, y no me ha impedido andar hasta quedar rendido, sin cansarme de ver los miles de rincones, infinitamente variados, por donde la ciudad y sus rascacielos penetran en la selva virgen que se halla aquí por todas partes. Las playas son extraordinarias. Copacabana tiene 4 kms. y está enteramente bordeada por altos edificios modernos. Ayer subí al famoso cerro Pan de Azúcar, situado a 320 mts. de altura, casi en el centro de la ciudad. A él se llega en un carrito que, accionado por cables que te llevan colgado, atraviesa el abismo en cuyo fondo hierve la selva. El panorama que se domina desde arriba es indescriptible. Su también famoso Jardín Botánico, que tiene las avenidas de palmeras más bellas que he visto.

Dentro de pocos días les escribiré de nuevo. Bese de mi parte a la mamá y reciba Ud. un abrazo de su hijo

Lucho

Saludos a los Niemeyer y a Héctor, a la Berta y a la Lucha, cariñosos recuerdos. Escríbanme al Consulado General de Chile en Río de Janeiro, o a la embajada o al Hotel Argentina, Rúa Cruz Kima 30, Río de Janeiro.

Santiago, 10 de febrero de 1945

Señor
Luis Oyarzún Peña
Río de Janeiro
Embajada de Chile

Mi querido hijo:

He tenido gran placer al recibir tu cariñosa carta de fecha 26 de enero pasado, por la cual he sabido que estás bien de salud y que ya te encuentras en la gran ciudad de Río de Janeiro la que creo es muy hermosa y enormemente grande, lo que hace algo difícil su recorrido total.

De Fernando recibí carta ayer, como tú sabes está en Carahue, Antonio también fue a este pueblo por algunos días y estuvo con Fernando una semana y lo pasaron muy bien.

Nano esta ya preparando su matrimonio que será en la 2ª quincena de marzo, como tú ves, le queda ya poco tiempo al pobre para cargar con la pesada cruz del matrimonio, pero yo creo que va a ser muy feliz, pues la Nena lo adora y es una niña buena y trabajadora.

Te diré que mi afección al oído se ha agravado al extremo de que temo me principie a supurar muy pronto, pienso salir con feriado el 19 del pte. y pienso ir a los Baños de Colina que están muy cerca. Tu tío Aníbal, está aquí en Santiago en casa de la María Elena y está más o menos bien de salud, el lunes próximo se va al sur a visitar San Fernando.

En fin mi querido hijo, esperando que aproveches tu hermoso paseo al Brasil lo mejor que puedas y rogaré a Dios que te preserve de todos los peligros.

Te abraza con todo cariño tu papá que desea verte
Luis

Río de Janeiro, 19 de febrero de 1945

Mi querida mamá:

Había pensado escribirle hace días, pero recién hoy, lunes, he regresado de Petrópolis a donde salí el viernes a ver a Gabriela Mistral, en cuya casa estuve este mes por tres días. Como Ud. podrá sospechar, lo pasé maravillosamente bien. Todos en casa de Gabriela -cuatro mujeres- son personas extraordinariamente amables, y ella misma es uno de los seres más extraordinarios que he conocido. Allí Franz Nowak -uno de los muchachos de la delegación y el más amigo mío, a quien llevé conmigo- y yo sentimos por primera vez en tanto tiempo el calor de un hogar, presidido por la mujer más grande de América, que es, al mismo tiempo, la más sencilla y cordial. No olvidaremos nunca estos días, que yo procuraré renovar después, cuando el programa de la gira me lo permita.

21 de febrero. Tocó la coincidencia, no muy afortunada para mí, de que justamente ayer 20 toda la delegación fue invitada a Petrópolis, de manera que mi regreso del día anterior fue en vano, pues a las pocas horas salí de nuevo. Pero esta vez el principal objetivo del viaje era conocer el famoso hotel Quitandinha (léase Quitandiña), considerado como el más suntuoso del mundo entero, y que todavía no está terminado. Mas, es bueno que antes les diga algunas cosas sobre la ciudad misma de Petrópolis, que es como Viña del Mar de Río, con la diferencia -con respecto a nosotros- de que Río está a la orilla del océano y Petrópolis en las montañas. A no mucha distancia de la capital, el terreno comienza a elevarse bruscamente hasta una altura considerable, y el viajero, en tren o en ómnibus, junto con admirar las selvas impenetrables salpicadas de flores, va sintiendo la disminución de la temperatura que a los 900 metros -elevación de Petrópolis- es en varios grados menor que la de Río. Lo mismo sucede más al sur, cuando se sale de Santos a Sao Paulo, que es una enorme ciudad de clima un tanto parecido al nuestro. Petrópolis fue elegida, es decir, fundada, por el Emperador don Pedro II como asiento veraniego de su corte, y desde entonces la ciudad ha ido creciendo, entre jardines y entre cerros, con una arquitectura de chalets y maravillosas villas campestres. Al llegar a la parte más alta está la linda casa de Gabriela, y a unos pocos pasos uno se encuentra con uno de los panoramas más hermosos del mundo pues se divisa desde allá toda la región que uno ha atravesado en tres horas -son 70 kms.- al venir desde Río.

En esta ciudad de descanso están terminando de construir el hotel Quitandinha, que ya funciona y que enorgullece a los brasileños. Desde luego es enorme y completo: tiene muchos

y principescos salones, campos de juego, piscinas, teatros, ruleta, boites, etc., y todo con un lujo asiático. Por él pasan todos los grandes personajes que vienen a Brasil. Se pretende hacer de él en buenas cuentas uno de los lugares de recreo mundialmente célebres, como Montecarlo, que atraen a gentes de todas partes.

Pasando a otra cosa, hoy mismo pondré un telegrama con la intención de que les llegue mañana, día en que el papá y Ud. cumplen 25 años de matrimonio. Siento en el alma hallarme ausente para este, tan importante, que cierra unas épocas en la vida de Uds. y también de nosotros. Se puede decir que mañana termina el tiempo en que Ud. podía decir que sus hijos eran todavía unos niños y unos muchachos, y entra nuestra casa en ese período en que se dice que los hijos son hombres grandes ya. No creo que estos 25 años le parezcan a Ud. un sueño porque, aunque para Ud. han pasado más rápidos, están llenos de acontecimientos y de vida. Bueno, los dos han sufrido bastante en este cuarto de siglo, y la suerte no siempre se ha mostrado favorable, pero la vida no sería la vida sin la cuota de dolor, que es su característica y su precio. Y, en el fondo de todo, ¿no ha habido también un poco de felicidad? ¿No han ido arreglándose las cosas de la mejor manera posible? Pasaron ya todas las pruebas de fuego, y espero que el período que se inicia habrá de ser mucho más tranquilo y sólido para Uds. Desde luego, estamos nosotros junto a Uds. como hombres formados ya. Y creo que bien formados. Muchos pedirían a Dios esta buena fortuna que Uds. han tenido de poder educarnos y vernos moralmente buenos.

Espero que a mi regreso podamos reunirnos a celebrar este aniversario que nos pilla repartidos. Más que ningún otro día merece celebrarse solemnemente, porque representa 25 años bien vividos, de sacrificio constante y de valor. Y el mejor homenaje que puede hacerse es, al fin y al cabo, la reafirmación del proyecto de vivir juntos, unidos siempre por el mayor cariño.

Dígale a la Lucha que le agradezco mucho los cuidados que prestó al jardín y que muy pronto tendrá su debida recompensa. Creo que ya debe ser tiempo de matricularla en la escuela. A la Berta un abrazo muy apretado y muchos recuerdos.

A Hermann le escribí hace tres días, pero hasta hoy no he recibido respuesta a mi primera carta enviada desde Punta Arenas. De Fernando, ni una letra. Tampoco de Héctor. Dígale que mañana le escribiré. El papá no me ha contestado. Escribí a la Leonor y a Alfredo del Valle. ¡Qué tristeza la muerte de Fernando! ¡Pobre Leonor! Cuénteme detalles sobre ella. ¿Cómo está la tía Anita? ¡Qué golpe para ella!

Dígame si lograron trasladar el teléfono y si se conserva el número, porque no sería raro que pudiera hablarles desde aquí o desde Buenos Aires.

A Nano, que me escriba sobre su matrimonio.

Un abrazo muy estrecho para el papá y otro, a mi querida mamacita, con un tierno beso para Ud.

Lucho

P.S. Saludo a la familia González y a los amigos de la Sindicatura.

Si se demora en contestarme, escríbame al Consulado de Chile en Sao Paulo.

Les envió un recorte de un artículo que sobre mí publicó Cecilia Merieilles, la más importante poetisa del Brasil.

Santiago, 1 de marzo de 1945

Mi querido hijo:

Hemos tenido el gusto de recibir tu última que nos has dirigido desde Río, en donde nos detallas tus impresiones de esa ciudad lo que es para todos los que leen tus cartas de lo más interesante, igualmente ese artículo tan lindo que escriben sobre ti la poetisa Mireilles; aquí también se publicó en El Mercurio un gran artículo en el Editorial, uno muy bueno sobre ti, Grillo y los alumnos, este recorte te lo tengo guardado.

También tuve el gran gusto de recibir el cable que nos enviaste el día del aniversario de nuestro matrimonio, es decir las bodas de plata, que no deja de ser un gran acontecimiento que habría estado tan feliz si me hubiera encontrado ese día acompañada con mis hijos pero como esto no se pudo ese día tal como tú dices será celebrado al regreso de Uds. Esto precisamente ya lo tenía pensado, no tanto por celebrar esto sino por la alegría que tendré al regreso tuyo y de Fernando; este regreso quiero que sea celebrado como lo merecen Uds. y mis propósitos son que esto se realice con todo entusiasmo, no solo yo estoy preocupada de esto sino también los vecinos dicen que la llegada de Luchito tiene que ser muy celebrada, esto dice la familia González, que es gente de lo más bueno que hay.

Una vez más querido Luchito nos has dado pruebas como el hijo que se preocupa, pues

fuiсте el único que se acordó de felicitarnos para nuestras bodas, los otros pobres niños no se preocupan son tan olvidadizos.

Tu papá hace muchos días te escribió, ya habrás recibido la carta; creo que con esa te contará su enfermedad, ya por suerte está mejor de la infección que tuvo a la piel, pero la otra molestia al cerebro todavía le sigue, ha visto médicos para todo, el oído, la garganta y la nariz, pero ninguno le quita sus dolores, ha tenido 20 días de permiso médico y después pedirá su feriado, no ha salido a ninguna parte.

Yo pienso pedir mi feriado para cuando tú regreses, para así estar tranquila y poder conversar a gusto, así es que es muy importante para mí que me avises tu fecha de regreso a esta y cómo harán el viaje, si por Buenos Aires o por mar, yo ruego a Dios que sea por tierra y no por mar, porque tengo mucho miedo por esa navegación tan larga que la encuentro tan peligrosa.

Nano espera el regreso tuyo para su matrimonio, han fijado fecha en los primeros días de abril, como el ocho, se casarán en casa de unas tías de la Nena que viven aquí en Santiago, en una casa muy buena en la Alameda, ella me encargó que le buscara una banquetera para que se encargara del buffet, ella se casa con traje de novia y se presentará muy bien, por consiguiente el matrimonio será en debida forma, de lo que estoy muy feliz, porque así debe de ser.

Hermann te contestó, creo que Héctor también, en casa de ellos están muy bien, la Ilse ya regresó, la Maruja bastante gordita, tendrá su guagua en junio, saca la cuenta.

Aquí todos están pendientes de ti, en la oficina se interesan mucho, tus cartas las encuentran interesantes, lo mismo con quien me encuentro te envían saludos, me he tenido que encontrar con muchos de tus amigos, Manuel Rodríguez, Munizaga, te envían saludos, y están pendientes de Uds. Rodríguez dice te escribirá pronto, que no lo había hecho antes porque estaba en Magallanes, he tenido que verme con él, porque para poder obtener tu gratificación he tenido que presentar certificados de el Barros Arana y Escuela de Artes como que ahí no tienes tu mayor sueldo, creo que ésta la darán en esta semana.

¿Te has acordado de enviarle alguna tarjeta a María Elena? Aníbal está en casa de ella, están instalados en la casa que compraron, Sotomayor N°151.

Recibe cariñosos saludos de tu papá, Berta y Lucha te mandan muchos cariños, no ven la hora que regreses. Los compañeros de Oficina todos te envían saludos, igualmente la familia González, lo mismo la Ilse.

Te abraza tu madre que tanto te quiere,
Hortensia

Santiago, 22 de marzo de 1945

Mi querido hijo:

Gran placer he experimentado al leer tu carta fecha 8 del pte. por la cual he sabido que estás muy bien de salud y que tu visita a las diversas ciudades del Brasil te ha llenado de placer, pues se trata de un país cuya belleza postal es la mejor del mundo.

Por acá no hay novedades dignas de mención, la numerosa parentela ha regresado en su mayor parte de su veraneo anual y todos se muestran satisfechos de su larga estada en el campo y playas. Fernando ha reanudado sus tareas de estudio con gran empeño y estamos viendo modo de equiparlo con instrumentales y libros que le hacen falta para sus estudios de medicina.

Nano se casa el domingo 8 de abril, haciendo él y su novia las primeras diligencias religiosas de rigor en el matrimonio religioso. Mucho sentimos que tú no acompañes a tu hermano en este trance tan serio de la vida.

La Hortensia cumplió tu encargo de hablar en el Internado, Escuela de Artes y Normal, para que disculpe tu involuntaria inasistencia a las clases que haces en esos planteles de educación, habiendo quedado todo arreglado satisfactoriamente.

Mucho te encargo que no descuides las memorias que tienes que presentar tanto en la Escuela de Derecho, como en el Pedagógico a fin de dar término a tus estudios de una vez por todas.

Con abrazos cariñosos de la Hortensia y hermanos.

Se despide tu papá, que te quiere y recuerda.

Luis

No olvides de escribirle a la Eliana Opazo que mucho se acuerda de ti.

Saludos al señor Grillo y a los jóvenes de la caravana.

Berta y Lucha te envían cariñosos saludos. También los Niemayer.

Querido hijo: Aprovecho ésta para saludarte y decirte que no veo las horas estés con nosotros, esta espera va a ser interminable.

Te abraza tu madre que mucho te quiere

Hortensia

Santiago, 24 de enero de 1947

Mi querido Luchito:

Te pido me perdones por no haberte escrito antes, pero con todos los afanes de enfermos y traqueteos para los hospitales que todavía siguen, no me ha quedado tiempo ni siquiera para respirar. Esta te la estoy escribiendo desde la oficina, porque mi feriado ya terminó, sin haber descansado nada, por el contrario, todo fue agitación. Ahora te daré informaciones de todo: la Nena y su guagua están muy bien, ya instalados nuevamente en Buin, se fue con su chiquito bautizado, es encantador el nietecito. La Ernita en el Pensionado Arriarán sigue su tifus, está precisamente en la época peor, con temperatura muy alta; la Berta ya está en la casa, no se operó, ha descansado, porque como siempre tan buena.

Yo esperando el certificado de la Preventiva para que me den el reposo, que ya me he decidido ir a Las Cruces, según lo que el Dr. Rojas me dice, me conviene.

La casa muy adelantada, parece que quedará muy buena, la Nana quiere que cuando tú vuelvas esté terminada. Me compré donde Correa un mueble para la cocina que es una verdadera despensa, cómo nos conoce, porque ahí tendremos en qué guardar las cosas, para tener por mayor.

Otra cosa te voy a decir Luchito, es que donde Correa hay un amoblado estilo normando la cosa más linda y fina compuesto de un buffet, una mesa, seis sillas y dos sillones pero preciosos, el tapiz flamante y lindo, encuentro que es lo que nos conviene; yo le dije a Correa que apuraba que tú regreşaras y me dijo que estaba muy bien, lo que según mi parecer es reducirnos a los muebles del hall y los del comedor, lo demás lo tenemos que vender porque es mucho mueble y con estos otros dos amoblados, finos los dos, quedamos muy bien, yo he sacado las cuentas que vendiendo el sofá antiguo y los sillones de la Sra. Isaura tenemos para el otro amoblado que es caro, yo creo que como yo lo pienso sale bien. Tengo muchos deseos que regreses, te echo de menos.

De la Escuela de Artes te fue a buscar un joven y dijo que si tendrías las memorias de esa escuela terminadas, porque había que presentarla antes del 31 de este mes.

Fernando está muy bien, en febrero quiere ir a Carahue, muy bien hecho, porque se ha sacrificado mucho.

Te habrás informado por el diario que Antonio fue nombrado Rector del Liceo de San Fernando, conviene que lo felicites.

Recibe muchos cariños de Fernando y de Lucho.

Te abraza tu madre que mucho te quiere

Hortensia

13 de septiembre de 1949

Querida mamacita:

Espero que ya esté más acostumbrada a mi ausencia. ¿Recibió mi carta desde Buenos Aires? Desde Río le escribí a Fernando. Nos hemos detenido sólo unas pocas horas en cada puerto. Navegamos en alta mar desde hace una semana, desde que salimos de Río, donde estuvimos solamente una mañana. Alcancé a visitar otra vez algunos sitios que ya conocía muy bien desde mi viaje anterior. Río es una de las ciudades más fascinantes que existen y el día que allí tocamos era un día muy especial: el aniversario de la Independencia. La ciudad estaba llena de tropas que desfilaban y de un enorme gentío. Grillo me había pedido que le escribiera desde allí, en recuerdo de nuestro viaje, pero no me fue posible, por la premura del tiempo. Le escribiré desde Lisboa o desde España.

Mañana tocaremos en Las Palmas, la capital de las Islas Canarias. Ya estamos muy cerca de Europa. Después de unos días muy calurosos pero no insoportables, estamos penetrando en mares de temperatura más benigna. Ya no se transpira continuamente. Dentro de tres días llegaremos a Lisboa y ahí desembarcaré para estar unos días y seguir después a España. No creo posible ya por ahora el viaje a Italia, pues el tiempo se me haría muy escaso. De todas maneras, espero recibir en Lisboa una carta de Parra, a quien le escribí a Venecia desde Buenos Aires. Según lo que él me dijo, el viaje a Italia podría ser aún posible. Como Ud. ve, mis perspectivas de viaje son excelentes. He decidido defenderme de la nostalgia y de la pena de nuestra separación. ¿No cree Ud. que no debemos entristecernos? Podemos acompañarnos desde lejos con el pensamiento y con las cartas. Todos los días al despertar pienso en Uds., pero con la diferencia de horas, cuando yo me levanto, poco después de las

siete de la mañana, Uds. están en pleno sueño, a las cuatro. A medida que avance hacia el este, la diferencia será mayor.

En el buque me he hecho de buenos y simpáticos amigos: Eugenio Dittborn, abogado, que va con una beca a París; Michael Asklin, un muchacho inglés que regresa a Londres desde Brasil, donde viven sus padres, y Juan José Fló, un joven uruguayo. En nuestra mesa del comedor figura también un jesuita brasilero muy bueno, un alma de Dios, que no tiene más afectos que la obsesión del Esperanto, que trata majaderamente de enseñarnos.

En Londres viviré probablemente en una especie de residencial en que vive Michael, en donde una pieza y desayuno -desayuno inglés- cuesta alrededor de 12 dólares al mes, es decir, unos \$2.500 chilenos. Michael me ha dicho que la casa es cómoda, tranquila y central. Allá veremos. Entretanto, estoy ansioso de llegar a Lisboa, para comenzar realmente mi viaje. Hasta ahora no he visto sino tierra que ya conocía y mar, mar, hasta el agotamiento.

Si llegara a producirse cualquiera dificultad en materia de salarios, vaya Ud. misma a hablar con Juan Gómez Millas, que es quien mejor puede solucionarla.

No dejen de escribirme. Por ahora, lo más seguro es que me escriban al Consulado General de Chile en Madrid, ciudad por la que pasaré alrededor del 25 de septiembre.

Espero que la casa haya estado todo este tiempo más tranquila; hágale caso en materia de salud a Fernando, una señora muy arrogante que viaja en este buque me dijo ayer, viéndome la suerte en las cartas, que un hermano mío consolaba a la mamá de la ausencia de su hijo mayor. Me imagino que las sesiones de espiritismo habían seguido a más y mejor. ¿Qué novedades cuentan los espíritus?

Con innumerables cariños para Fernando, el papá y Nano, la besa su hijo.

Luis

P.S. Recuerdos a la Berta.

Saluda de mi parte a la señora Nana y a Lucho Humeres.

Cariños a la Ilse y familia. También a Nena y Ketty.

Mi querido Luchito:

No te imaginas lo mucho que nos han alegrado tus cartas, hemos recibido tres, estas pasan de mano en mano. Fernando es el primero que las lee porque yo no te entiendo mucho la letra, después las lee Lucho H. Todos gozan con la lectura de ellas por lo interesantes que son. Aquí pasamos pensando en ti y en lo bonito que es tu viaje conociendo tantas cosas lindas. Dios quiera que no tengas ningún contratiempo para que sigas así hasta el final y ya te instales en Londres para radicarte y acomodarte lo mejor que puedas. Aquí mucho te echamos de menos, yo trato de ni siquiera pensar que estás tan lejos, porque cuando me acuerdo no puedo dejar de llorar, es tan larga tu ausencia que apenas la estamos sintiendo, aún no llegas allá.

La casa está demasiado tranquila lo que molesta porque me gustaba más cuando tú estabas, que siempre tenías amigos que nos alegraban, el teléfono parece que estuviera descompuesto, porque ya no se siente. A veces tengo que descolgar el fono para ver si está bueno, todo es silencio, se nota inmediatamente la falta del hijo querido y dueño de casa que era mi compañero. Hasta aquí llegué escribiéndote ayer, no pude seguir porque me dio tanta pena que el llanto no me dejó seguir y ahora que estoy de nuevo reanudando estoy en las mismas, pero seguiré porque tengo tantos deseos que sepas de nosotros, estamos muy bien gracias a Dios, y en el sentido económico todo lo hemos subsanado, sobre esto Fernando te impondrá. Hoy ha quedado cancelada la letra de los seis mil.

A todos los amigos a quien les has escrito han recibido tus tarjetas, así me contaba Jorge anoche que estuvo en la casa con la Eliana Lafourcade, estuvimos reunidos como lo hacíamos cuando tú estabas en la cocina preparándonos nosotros mismos un rico té y varios comistrajos más. Enrique está viviendo donde la Inés Flotto, porque tuvo un disgusto con el padre. La partida de Hermann fue muy triste, yo no fui a los Cerrillos por lo que ya te había explicado como la Maruja lloraba, Margarita la consolaba diciéndole no llore mami, porque la muñeca que me va a traer el papá se la voy a dar a Ud. Hermann cuando estuvo instalado en el avión, dicen, se tapó la cara y no quiso mirar más. Ya le puso un cable a Maruja y llegó sin novedad. Con Fernando nos hemos acomodado muy bien, llevamos una vida muy arreglada. Estuve donde los González el domingo a almorzar, lo pasé muy bien, mucho se acordaron de ti y que te mandasen todos muchos saludos, la María aún no ha recibido tu tarjeta.

La Berta oye la lectura de tus cartas y echa sus lagrimones, se porta muy bien, ya es suegra, se casó la Lucha el ocho de setiembre, está muy feliz.

Fernando te escribirá pronto. Héctor recibió tu carta, lo mismo Carlos y Roberto Humeres, Jorge y creo Alfonso, este te escribió a Londres.

De aquí de la oficina todos te envían cariñosos saludos, me preguntan con mucho interés de ti. Lucho no ha recibido tu tarjeta. Me va a traer varias revistas y fotografías de las partes donde has estado, dice que Ávila es así como la describes.

Quién sabe si en París te habrás encontrado con Alejandro Silva que se fue y me dijo que tendría tanto gusto de encontrarse ahí contigo. Me alegro que tu viaje lo hayas hecho con tan buenos amigos, ojalá que Astaburuaga nos pase a ver para saber más detalles. Fernando te envía muchos saludos, igualmente tu papá, mándale tarjeta especialmente a él, se emociona cuando leemos tus cartas y dices saludos para él.

Te abraza tu madre que tanto te quiere

Hortensia

Buenos Aires, 2 de octubre de 1949

Mi querida mamacita:

Nunca hubiera creído que es tan difícil separarse por un largo tiempo. Ayer en el avión estaba como aturdido pero después me invadió una gran tristeza que me hizo mirar Buenos Aires aun con cierta hostilidad. Todo me recordaba lo que había dejado, especialmente a Ud. Hubo instantes en que de buena gana hubiese regresado y en que la sola idea de estar un año solo y tan lejos se me hacía intolerable. Pero pronto a medida que fui descansando y sobre todo después de una buena noche, me sentí reconfortado y quedé tranquilo una vez que hube hablado por teléfono con Ud. Como no los vi en la terraza de los Cerrillos desde el avión, temí que Ud. se hubiera sentido mal y me sentía inquieto. Ahora tenemos que acostumbrarnos a estar separados durante un tiempo, que se hará muy corto.

Al llegar a Buenos Aires, me encontré con Julio Alemparte, profesor de historia a quien conocía de vista y que venía en el mismo avión. Nos instalamos en el Hotel Claridge,

que es bastante cómodo, y salimos a pasear por la calle de Buenos Aires que, cuando uno viene de Santiago, parece el nuevo mundo de la magnificencia. Como Ud. sabe, el centro de esta ciudad es enorme y siempre está repleto de gente bullangera y un poco antipática. En todo caso, había mucho que ver, tanto y en tal proporción, que uno se cansa como en la casa de un nuevo rico. Todo aparece espectacularmente en las vitrinas, desde bellas obras de arte traídas de Europa -porcelanas, estatuillas chinas, cuadros, etc.- hasta paraguas, calzoncillos y jabones. La vitrina mal distribuida separa y marea.

Esta mañana hice los trámites relacionados con mi embarque y, después de diligencias, quedó todo listo. El buque parece ser suntuosísimo. Parte mañana sábado a las 6 de la tarde y amanece en Montevideo. Tendré de compañeros de camarote a dos ingleses y a un francés que subirá en Río. Aún no sé qué clase de pájaros serán, pero, afortunadamente, por lo que explicaron, el camarote es amplio y muy bien instalado.

Hoy almorcé con un antiguo amigo argentino que conocí en mi primer viaje y que es una persona muy simpática. Esta noche -en un ratito más- voy a ir al teatro Colón a ver «Los maestros cantores», la célebre ópera de Wagner que muy rara vez -no sé si alguna- han cantado en Santiago. Alcanzaré a conseguir una localidad alta. No habría podido, por lo demás, ir a una localidad baja, ya que la función de esta noche es de etiqueta.

Salude de mi parte al papá y a Fernando, y a todos. La besa su hijo que la recuerda permanentemente y que le volverá a escribir muy pronto.

Luis

Cariños a la Berta.

Avignon, 9 de octubre 1949

Mi querido hermanito:

Hoy ha sido mi primer día de Francia -casi podría decir en Europa- y puedo sentirme fascinado, no sólo porque he visto el muy hermoso Palacio de los Papas, que durante más de un siglo residieron en Avignon a fines de la Edad Media, sino, principalmente por la riqueza del paisaje humano y aun del paisaje natural, que los franceses parecen cuidar

primorosamente. Es un alivio pasar a Francia desde España. Significa trasladarse de una extraña barbarie a la civilización, aun para nosotros, chilenos, que estamos a medio camino entre España y Francia. Francia se me ha aparecido como la apoteosis de la vida social organizada. Todo abunda, no sólo en lo material, y no es la menor de mis sorpresas sentir que este país, por lo que he visto en el día de hoy en todos los puntos cardinales de Avignon, está viviendo alegre y vitalmente, aun prósperamente. Puede ser mi impresión efecto del contraste con España, que en buena parte está agonizando de hambre, ignorancia y exasperación. La verdad es que no tenía prevenciones demasiado fuertes contra Franco, pero lo que he visto supera a todo lo que dicen los refugiados republicanos. Nada está bien, fuera del fondo humano valioso y, en rigor, invariable, de los españoles. No había conocido hasta ahora un país más ahogado, con una vida más sórdida y difícil. Es, desde luego, el país del mercado negro o del «extraperla», como ellos lo llaman. Pero es, sobre todo, el país de la miseria. En todas partes pululan nubes de mendigos que forman con militares y curas una nata negra que da carácter a las ciudades, a los trenes, a los pequeños pueblos. Todo es escaso y, para la gente que vive en la misma España, caro. Y lo peor es que los más ignoran su pobre condición, creen estar mejor que el resto del mundo -porque así se los han hecho creer- y se resignan a soportar todas las disminuciones. Estuve en Salamanca, Madrid, Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada y Barcelona, desde donde me vine a Avignon, y en todas partes, junto a la maravilla de los tiempos pasados -¿Quién las había hecho?-, presencié la pobreza del presente que todo lo abarca. Actualmente todo es pobre en España: los diarios, los teatros, las indumentarias, la comida, el alma misma de la gente, me atrevería a decir. Y pobre, misérrimo, el paisaje. No creo que en esto influyó la larga sequía: de las comarcas que vi, solo Cataluña tiene árboles. Ni Castilla, ni Andalucía los tienen, descontando el olivo que abunda en esta última, donde hay también, de cuando en cuando, huertos frutales. Las montañas son como las de nuestras salitreras. La estepa castellana, desnuda en esta época, después de la cosecha del trigo, se extiende sin límites hasta el horizonte -interminable, noble, desolado-. ¿Te das cuenta de lo que es un país entero sin árboles y sólo por incurrir de sus habitantes que, si lo quisieran, los tendrían? Mucho te contaré después, porque no todo es páramo y hay en España, a pesar de todo, grandes cosas -antiguas-, pues quiero que esta carta salga mañana mismo. Te escribo en la noche.

Sólo me atormenta viajar sin noticias de Uds. Frecuentemente tengo pesadillas que no puedo materializar por eso mismo. Espero tener cartas en Londres, a donde llegaré alrededor del 20. A la Ilse le envié una tarjeta desde Lisboa, dirigida a nuestra casa. Mándame su dirección,

y también las de Hermann, María Elena, tía Anita y Franz Nowak. A Héctor le escribí desde Madrid. Igualmente a la mamá y al papá.

Bueno, mi querido dueño de casa, cuida a la mamá y bésala por mí. Ahora a la Ilse. Abraza de mi parte a la Berta. Tu hermano que te recuerda mucho.

Luis

Londres, 26 de octubre de 1949

Mi querida mamacita:

Ya estoy instalado en Londres, adonde llegué en avión desde París el domingo 23. Vivo en 45 Ebury st., S.W.I (todo esto hay que ponerlo en las cartas), en la casa de Louise Keeler, una señora de edad que arrienda -como es aquí costumbre- piezas amobladas y proporciona un desayuno-almuerzo a sus huéspedes. Michael S.D. Asklin, el muchacho inglés que conocí en el buque, me trajo acá, pues él vive aquí mismo. Mi pieza es pequeña y simpática. No se imagine Ud. que uno acá pueda tener las comodidades de Santiago, de que en Europa no disfrutan sino los millonarios. En este momento le escribo sentado ante un pequeño escritorio, frente a una ventana que da al jardín interior. Mi pieza está en el segundo piso y desde ella veo las oscuras paredes de ladrillo de las casas vecinas, la parte trasera de una de ellas y las terrazas y techos de las más lejanas. No tengo, sin embargo, la vista trabada por los murallones, pues el jardín es suficientemente grande y los muros mismos tienen un color ocre, medio dorado por la huella de las enredaderas que crecían en el verano y por el follaje de las que crecen aún en la pared que queda frente a mi cuarto. A un costado del jardín hay unas parras que se apoyan en la parte baja del muro y en el medio hay pasto, manchado a trechos por unas flores rojas como salvias plantadas en maceteros y por el verdor más oscuro de los grandes helechos de espada que rodean un cobertizo negro, donde seguramente guardan las herramientas. No crea Ud. que es un jardín muy bien cuidado, pero así como está basta para alegrar la vista. (Londres es una ciudad gris como Punta Arenas, pero los ingleses aman tanto el verdor y las flores, que en todas partes hay grandes parques, aun más hermosos que los de París). En mi pieza, a

parte de mi cama, provista de suficiente ropa y cubierta por un cubrecamas bordado, tengo un ropero y una cómoda un tanto tristonas, un mueblecito que parece vitrola, pero que es un peinador con tapa y encima unas tablas para poner libros. En las paredes, un cuadro que voy a sacar apenas tenga otro y un gran espejo con repisa, además de las cortinas de gasa y de cretona de la ventana. Como Ud. ve, no es una maravilla, pero se puede vivir probablemente. Como ya hace un poco de frío y llueve mucho, he comenzado a usar mi estufa eléctrica, que funciona -todavía no sé cuantas horas- echándole una moneda de un chelín por un agujero. Es un aparato chiquitito y muy eficiente. Anoche mi pieza estaba tibia mientras afuera llovía torrencialmente y soplaban un viento de tempestad, que gemía como los vientos magallánicos. La casa está situada en un barrio tranquilo, pero bastante central. A dos cuadras queda Victoria Station, una de las principales estaciones de Londres, y muy poco lejos Buckingham Palace, la residencia de los Reyes, y Green Park, un parque muy extenso poblado de enormes árboles. Como no es difícil que Héctor, con su mágica prolijidad, se haya conseguido un plano de Londres, él podrá ubicar mi casa, que está al lado de Grosvenor Place. Estoy a 10 minutos de Piccadilly Circus y de Trafalgar Square, que constituyen el centro de Londres. Por pieza y desayuno -consistente en un plato de comidas, té con leche y tostadas con mermelada y mantequilla-, pago 9 dólares al mes (1.800 pesos chilenos), lo que es barato para Londres.

Mis actividades hasta ahora se han reducido principalmente a algunas diligencias y a orientarme en la ciudad. Estuve en la oficina del British Council, donde me atendieron muy bien, y después en Birkbuk College, donde seguiré mis clases, que no son más de unas 8 horas a la semana. Esta tarde tengo que entrevistarme con el célebre profesor Joad, que es el jefe del departamento de Filosofía. He ido dos veces al teatro. Primero al King's Theatre, una especie de Municipal pequeño, donde actúa una excelente compañía de ballet, y anoche a Wignorb Hall, donde escuché un concierto de orquesta y piano. La gente es en general amable y distinguida, pero no de fácil acceso, como los franceses, que son encantadoramente expresivos. Es claro que en mi apreciación influye el idioma, pues todavía hablo el francés mejor que el inglés. Pero yo estoy haciendo rápidos progresos, a pesar de que aún se me escapan muchas cosas que me dicen.

Londres es una ciudad más fascinante que hermosa. Es enorme, misteriosa, pintoresca. Por las calles se ven todos los tipos humanos imaginables y aun los inimaginables: hindúes de largas túnicas, árabes, lords y ladys elegantísimos. Anoche comí con Michael en un restaurante hindú, donde sirven platos muy raros -más bien

desagradables, ácidos y dulces al mismo tiempo, con un terrible pollo con unas harinas muy singulares y mermelada de mangos- mozos hindúes de largos turbantes y de mirada profunda, vestidos de blanco o azafrán, silenciosos y aristocráticamente amables. No es mucho lo que puedo decir todavía de una ciudad que recién empieza a conocerse y que he visto la mayor parte del tiempo bajo la lluvia. No temo que me moje. Ya compré un impermeable bastante bueno, forrado en un género grueso, que me costó poco más de 4 dólares (800 pesos) y un paraguas (25=250 pesos) que adquirí en una tienda que haría las delicias a Héctor, donde venden los objetos perdidos en los trenes y no reclamados después. Por supuesto, tienen paraguas por cientos. (Yo había comprado ya uno en Madrid, pero se me quedó olvidado en el avión en que fui a Sevilla).

Mi situación económica es por ahora pasable. Recibo 30 dólares mensuales del British Council y es probable que obtenga algún trabajo en la BBC. Con 30 dólares se puede vivir económicamente. Si resulta el negocio de la casa de acuerdo a los planes, a mí me corresponderán \$ 50 mil, de los cuales Uds. pueden disponer de \$20.000. Necesito reservar \$10.000 para pagarle a Eugenio Dittborn mi estadía en Francia -en el momento oportuno le daré a Fernando las instrucciones para esto-, y el resto (\$20.000) me sería muy útil para cubrir los imprevistos de acá y para ir de nuevo al Continente, especialmente a Italia, al término del año universitario. Como son muy complicados los asuntos de divisas en Inglaterra, lo mejor será que ese dinero me lo manden con Alfonso o con Jorge, que, según parece han asegurado su viaje en diciembre. De todas maneras, apenas todo esté finiquitado, avíseme inmediatamente.

Mi estadía en París fue agradable e interesante. Me fui desde Avignon en tren, en 3era clase -he conocido todos los medios de locomoción y todas las clases en este viaje-, bastante decente en Francia, así como es intolerable en España. Salí a las 8 de la mañana de Avignon y llegué a las siete de la tarde a París y el largo viaje se me hizo corto, gracias a la maravillosa belleza del campo francés. Atravesé ese día toda Francia, y toda está cubierta de bellas ciudades y pueblos, verde pasto y viejos, imponentes árboles. Francia es como París enteramente trabajado y cultivado por el hombre, como un jardín. Hay caminos sin árboles. Todo se ve reluciente y verde. Conocí de paso la ciudad de Lyon, que es la segunda en Francia, y llegué a París al anoecer. Allí me esperaba Eugenio Dittborn, que me llevó a su hotel, modesto, pero confortable, situado en la calle del Vieux Colombier en el Barrio Latino, centro intelectual y artístico de París. En dos semanas, alcancé a familiarizarme con la ciudad, que es mucho menos espectacularmente bella en lo que uno se imagina, pero la vi

encantadora, armoniosa, simpática. En ciertos días luminosos y de bello sol, el paisaje del Sena y de sus antiguas fuentes y de los centenarios edificios que lo bordean, es majestuoso, hermosísimo. Diariamente recorría las villas del río, llenas de tienduchas donde venden libros y grabados y no siempre vencí mis tentaciones. (A propósito, quiero proponerle un negocio que puede resultar bueno. Los grabados antiguos son baratísimos en París y en Londres. Los hay de todas las clases y para todos los gustos y su precio oscila entre 20 y 300 pesos chilenos, según el tamaño y el mérito. Creo que si Ud. se pusiera de acuerdo con Pedraza o si pidiera consejo a Roberto, fácilmente se podrían allá enmarcar y vender entre 500 y 1000 c/u. Yo mandaré una buena cantidad.) Vagué interminablemente por muchos barrios, almorcé y comí en muy diferentes restaurantes, visité librerías y tiendas de antigüedades, fui al Museo de Louvre, al Museo de Arte Moderno y al Museo Rodin, fui al teatro. Vi a Jean Louis Barrault en *Le Partage de midi* de Paul Claudel y en «El Proceso» de Kafka, adaptado al teatro por Barrault y André Gide. Las dos representaciones fueron maravillosas, sobre todo la primera. Asistí también a un concierto sinfónico en la Salle Gaveau, pero no pude conocer la ópera esta vez, porque hay que tomar las entradas con mucha anticipación. En materia de Música, por lo demás, Londres es muy superior a París. Estuve también con la Margot Rivas, hija de D. Manuel Rivas Vicuña, que estudió en París y que vive en una casa maravillosa. Éramos amigos desde Santiago y acá nos acompañamos mucho. (¡No le suba la presión!) Fuimos junto al Piccolo Teatro de Milán, que es una maravilla de trajes, decorados y bufonería.

Bueno, como Ud. ve, no puedo estar descontento del viaje. Dios quiera que Uds. y yo pasemos bien el resto de este tiempo.

Mucho me ha afectado la noticia de la muerte de la Tiranita a quien yo quería mucho. Esta noche le escribiré a Covarrubias. ¡Pobrecita! era un encanto de niña. Yo la embromaba diciéndole que era mi novia. No deje de ir a verlos. Lo mismo me gustaría que se viera con la mamá de Lafourcade y que le diera muchos saludos míos. Enrique no me ha escrito ninguna letra. A Nano le escribiré también esta tarde. Recibí carta del papá, en la que reclama de sus compras de objetos suntuosos... También le escribiré en la semana.

Abrace de mi parte a Fernando y dígame que por lo menos me mande unas cuatro letras, además la dirección de Hermann. Abrace a Héctor y dígame que espere sus cartas para la vuelta a Chile. Si aparece en diarios y revistas algo que me interese, mándenmelo.

Saludos muy cariñosos para la señora Rosita y Lucho Humeres, como también para la señora Nana.

Un abrazo muy especial para la Berta, que estará adoptando medidas para sobrellevar bien su próxima condición de abuela.

Y Ud., mamacita querida, cuídese y no se apene por mi ausencia.

La besa

Luis

Londres, 15 de noviembre de 1949

Mi querido Fernandito:

Hace algunos días recibí la carta de la mamá con el agregado de tus líneas, y ayer en la tarde el cablegrama de saludo para mi cumpleaños. La carta me era ya muy necesaria, pues estaba bastante inquieto sin tener noticias de Uds. desde mi llegada a Londres. El telegrama me acentuó la nostalgia de Uds. que siento permanentemente y me ayudó a sobrellevar el triste cumpleaños. Tocó la gran casualidad de que Mrs. Keeler, la dueña de casa, estaba también de cumpleaños, pero como se encuentra un poco agripada, no hizo celebración alguna, de modo que nos conformamos con beber unos vasitos de oporto de una botella que compré en mi propio homenaje. Era, además, el cumpleaños del príncipe Charles, hijo de la Princesa Elizabeth que tal vez será algún día Rey de Inglaterra, y del Pandit Nehru, que acaba de estar en Londres. No podía, pues, quejarme de la célebre compañía. El día se deslizó normalmente. En la mañana compré la máquina de escribir que uso en este momento, una pequeñísima Corona portátil de segunda mano, a la que aún no me acostumbro, pues, además de carecer de acentos y de la letra ñ, tiene solo tres hileras de teclas. Es una especie de mosca que espero amansar. Después de almuerzo -para hablar en términos chilenos, pues aquí no se almuerza: se toma solo una taza de café con un sándwich o pastel- fui, como todos los días a la National Gallery, es decir, al principal museo de Bellas Artes de Londres, que estoy conociendo sistemáticamente. Es bastante rico, pero no tanto como el Prado de Madrid, que es sin duda el primero del mundo. Diariamente me deleito o me pasmo frente a los cuadros de Rembrandt, Rubens, Tiziano, Leonardo, Tintoretto, etc., y cuando me fatigo bajo a un agradable restaurante que hay en el subterráneo, donde se pueden comer cosas baratas y ricas, entre cuadros más o

menos notables y pintorescas viejas aficionadas a las bellas artes. Después me vine a la casa, que está relativamente cerca de Trafalgar Square -donde está el Museo- encontré el cable, bebí mis copas con Mrs. Keeler y con Michael, el muchacho que conocí en el buque y que me trajo a esta casa, y poco más tarde fui con él a Covent Garden- la Ópera de Londres, a ver, desde lo más alto de la galería, «Salomé», la Ópera de Richard Strauss, presentadas con decorados y trajes de Salvador Dalí, que cantaba una extraordinaria diva austríaca, Ljuba Welitsch, que vino especialmente desde Viena contratada para seis representaciones. Notable espectáculo. En días pasados escuché en Covent Garden «La Flauta Mágica» de Mozart y «Peter Grimes», del joven y celeberrimo músico británico Benjamín Britten. Pienso escribir para Pro Arte un artículo sobre esta última, que es muy interesante y contradictoria. Tengo entrada tomada -para algunos espectáculos hay que tomar las entradas con meses de anticipación- para Boris Godunov, que será cantado por Boris Christoff, el principal bajo de la Scala de Milán, y para «Lohengrin», las dos en diciembre. Después de la función pasamos a comer a un pequeño restaurante de danzarinas cerca de Covent Garden y allí devoramos un mediano beefsteak con papas fritas, manjar rarísimo en este país. Por supuesto, no comimos nada más. Es curioso que aquí se coma tan poco -y no muy bien- sin pasar hambre. ¿Serán las reservas? ¿O será que en Chile comemos demasiado?

Todavía no hace mucho frío y, a pesar de que éste es el mes de la niebla, sólo algunos días -hoy por ejemplo-, the fog ha imperado de acuerdo con su tradición londinense. No se esperan nevazones sino para después de Pascua. La ciudad está llena de ofertas de Navidad, pero la austeridad de la vida británica no permite el derroche de propaganda que caracteriza esta época en los Estados Unidos. Ya les he dicho, en general los ingleses viven pobremente, sin galas exteriores. Todo tiene un tono familiar, reservado e íntimo. Cuesta un mundo establecer relaciones. Fuera de Michael, no he conocido a nadie. No se dan acá las relaciones espontáneas que se producen tan fácilmente en los países que vienen de Inglaterra, que encuentran a Londres una ciudad terrible. La verdad es que la gente vive con mucha independencia, consagrada principalmente a la vida privada y en muchos casos al estudio o a sus hobbies, que son aquí innumerables. Todos los días hay exhibiciones y concursos de flores, exposiciones de gatos, guerras, discípulos de Swedenborg, enemigos del tabaco, etc. La vida pública se realiza en el interior de las instituciones, sociedades y clubes. Tal vez en la primavera y en el verano se noten algunos cambios, pues en esta oscura época del año, en que el día dura cinco o seis horas, Londres es una ciudad fantasmal que inclina a la meditación, a la lectura, a los tranquilos trabajos de la intimidad. Mi

propia vida es más apacible de lo que fue nunca. Las clases en Birkbeck College me ocupan unas cuantas horas, tres días a la semana después de las seis de la tarde, de manera que el resto del tiempo lo tengo libre para mis vagancias, museos, lecturas y trabajos personales. Estoy seguro de que sin esfuerzo, naturalmente, entablaré relaciones de amistad con otras gentes, pero sería vano que me afanara por tomar la iniciativa. Por lo demás, espero aún perfeccionar mi inglés -más aún que el hablado el oído-, que en muchos casos es aquí para uno incomprensible. He hecho ya grandes progresos, como para entenderle un 70% a Mrs. Keeler, que es una cerrada escocesa. En las clases entiendo prácticamente todo, pero a algunos sujetos de poca cultura no les entiendo una palabra. Tú sabes que aquí el idioma, más que entre nosotros, está determinado por la clase social y la cultura. A Nicanor Parra, a pesar de sus tres años en EE.UU., le pasa lo mismo que a mí (también hace una vida retirada, aún más que yo en Oxford).

No sé todavía a dónde iré a pasar las vacaciones de Pascua y Año Nuevo. Eugenio Dittborn desde París trata de convencerme de que vayamos juntos a Florencia o a Mallorca, pero mi afirmativa depende del dinero con que pueda contar. Estoy también entusiasmado con una gira que ofrece una sociedad de excursionismo de Londres. Se trata de recorrer, en buena parte a pie, el sur de Francia -Avignon, Arles, Tarascon, Niza- y la Riviera italiana. La excursión dura 17 días y cuesta alrededor de 30 libras, con todo incluido. No es mucho más de lo que yo gasto en Londres. Por otra parte, el Consejo Británico ofrece excursiones más o menos baratas a diferentes puntos de Inglaterra y Escocia, pero no me seduce mucho la perspectiva de las nieblas y fríos. Me reservo para ver este país -que tiene el campo más maravilloso- en primavera y verano. Yo soy por naturaleza amigo del frío, pero, a pesar de todo, los chilenos del centro somos también hijos del sol y necesitamos, por lo menos, cielos despejados para ver el paisaje. Aquí se hace imperiosa la necesidad de ver y, si Londres está bien con la niebla, no pasa lo mismo con el campo. A veces suspiro recordando nuestro espléndido mes de noviembre y la magnificencia de luz de nuestras playas.

Apenas recibí la carta de la mamá, le escribí a Alfonso Bulnes hijo, haciéndole presentes mis derechos y deberes. Por lo demás, él me había dicho en una carta que en cuanto recibiera su familia el pago de la casa, le entregarían la comisión a la mamá. Si ésta resulta, como debe resultar, después de pagar las deudas, considero indispensable que te des un buen descanso en la playa con la mamá. Pueden ir a Viña o Algarrobo y combinar con la Ilse. Los dos necesitan reposo y entretenimiento. Lo mismo si hay alguna gratificación o aumento de

sueños, me conformo que me remitan la mitad, para comprar aquí algunas cosas que me faltan y poder conocer más. No estaría bien que no aprovechara, ahora que estoy en Europa, de conocer el máximo.

Mañana espero escribirle a Hermann y a Schwarzenberg. Dale a este último muchos saludos míos y dile cuánto siento su enfermedad. Le escribí una tarjeta desde París. También envié tarjetas desde Londres por avión a don Amador y a don Damián y desde París, por correo ordinario, a don Juan Guijón. Escribí una larga carta al tío Antonio y otra a Nano. Además, he expedido tarjetas a numerosas personas de la familia: tía Anita, Leonor, Arturo, Irma. Escribiré a Silvia y a la Beatriz. Como tú ves, cumplo con mis deberes tribales.

Te recomiendo que te cuides y que no te excedas en el estudio. No te he ubicado los libros que me encargaste, porque me imagino que ahora no estás en situación de leerlos, pero te los mandaré oportunamente. Vigila a la mamá para que no haga desarreglos, y que me escriba semanalmente, aunque sean cartitas cortas. Dile a la Ilse que me escriba por ti. Saluda cariñosamente a la Nena Castillo, a Guillermo, a la Ketty y al Memo. A la Ernita.

En estos días me van a hacer una entrevista en la BBC. Como estas cosas las graban y después las transmiten, les avisaré oportunamente hora y fecha. Todavía no es seguro mi trabajo ahí. Es probable. Mañana estoy invitado a almorzar por el embajador Manuel Bianchi, que es una excelente persona.

Perdona la falta de estilo -como dirían Héctor y Schwartzmann- de los últimos pasajes de esta carta, hechos a base de saludos y recados. Besa de mi parte a la mamá y no dejes de decirle al papá que seguiré sus consejos. Que se cuide. Abraza a la Ilse y a la señora María. Saludos a Hans y su tribu. A Margarita y mi ahijado. A Héctor, que si puede me mande algún diario o revista. Un abrazo para la Berta. Te abraza largamente tu hermano.

Lucho

Saludos a Niccoli.

15 de noviembre de 1949

Mi querido Luchito:

En este momento recibo carta tuya; a nosotros igual que a ti nos da tanto gusto de recibirlas porque nos pasamos esperándolas y todos los días nos acordamos tanto y oímos por radio cómo está el tiempo ahí, y siempre vemos que está con neblina y mal tiempo. Mucho me extraña que en tu carta no me hables nada de la que te escribimos dirigida ya a Londres a la dirección que nos mandaste, ésta era llena de noticias importantes, pero puede ser que en estos días ya la hayas recibido.

Ayer por ser el día de tu cumpleaños te enviamos un cable saludándote; mucho te recordé en este día, y sintiendo gran pena de no tenerte a mi lado, para haberte abrazado como lo hacía siempre, es triste estar tan lejos, yo todavía no me acostumbro, porque cuando me pongo a pensar en ello me da mucha pena y Fernando me dice que es mejor, que no lo piense y que tú estás gozando y conociendo partes tan bellas. A Fernando le va muy bien, ya el 24 de diciembre tendrá su título de médico. En todo le ha ido muy bien, la memoria se la han encontrado muy buena y le han puesto la nota óptima.

Siento mucho que mi anterior no la hayas recibido, pues en esa te daba muchas noticias de la comisión de la casa, en primer lugar ésta no la iban a dar sino una miseria como proforma a la Anita querían darle \$20.000 lo que ella no había aceptado, pero después transaron en que le darían \$40.000, esto ella lo aceptó así es que de esto depositó en tu cuenta en el Banco Italiano \$20.000 para ti lo que yo le agradeceré mucho, pero como este dinero lo necesitamos tanto, por lo mismo que tú sabías que había que pagar esto era como si no tuviéramos nada, porque qué hacíamos con ese dinero depositado sin poder servirnos de él, entonces como tú sabes yo no soy de las muy aturdidas, hice los trámites en el Banco, por supuesto recomendada por Grillo y todo se arregló satisfactoriamente haciendo nulo el depósito de la cuenta y en su defecto haciéndome a mi nombre el traspaso de cuenta, así es que yo ahora tengo mi cuenta ahí, y hago como lo hacías tú todos los pagos con cheques. Así es que, mi querido Luchito, estoy palo grueso; primera vez en mi vida que estoy en esta situación, nos acomodamos muy bien con este refuerzo, hemos pagado las deudas y nos queda un resto que lo trataré siempre de ir aumentando por lo que pueda suceder. Ahora te contaré lo que antes no te había querido decir por no amargarte, estábamos muy estrechos en los gastos porque estos eran mayores que las entradas, pues los sueldos son muy escasos en total se recibía de los tuyos \$4.800 y con deudores que nos ahorcaban

no hallábamos qué hacer, por eso ahora hemos quedado muy bien. Parece que tendremos gratificación, yo recibiré algo más o menos bueno y tú también, así es que lo tuyo te lo dejamos para que tú dispongas de ello, esto creen que saldrá a comienzos de año, sobre esto te tendremos al corriente. Yo creo que es conveniente le escribas a Anita Humeres, se ha portado muy bien. A todas las personas que le has escrito te contestarán pronto, y por supuesto agradecen mucho tu atención. No dejes de escribirle a Grillo, porque es una de las personas que goza con esto, también a Navarrete envíale tarjeta, mucho me ha preguntado por ti, atendió muy bien a Fernando en estos días en sacarse su carnet.

En esta carta también te iba a escribir Fernando, pero el pobre está tan ocupado en sus estudios para dar el examen de grado, que me dice lo perdones, que lo hará muy pronto y bastante larga una carta te mandará. Ya es licenciado en medicina, salió con la nota máxima, mucho lo han felicitado. Ayer estuve en reunión familiar en casa de Anita, la Silvia nos invitaba a un grupo de primas y yo, todos hicieron muchos elogios tuyos y te envían saludos, especialmente María Elena, que leyó la carta; Irmita tu novia dice que la has olvidado, que no le has escrito. Parece que una que te escribí en donde te hablaba del matrimonio de Leda no la has recibido; de sentirlo sería, porque te informaba de tantas cosas, esta te la envié al Consulado.

Direcciones:

María Elena -Carlos Montt 5505 (Los Guindos, Stgo.)

María Luisa -Concordia 2246 -Stgo.

Meche de T. -Arturo Medina 4202 -Nuñoa

Irma -Bulnes 550

No dejes de escribir a la Caja EE.PP. para que no te descuenten los préstamos. Hoy estuvo Jorge con Alfonso, le presté a Jorge \$1.000. Mándale una tarjeta a Valenzuela del Pedagógico, es muy buena persona. Le voy a escribir muy seguido. Lucho Humeres te contestará por carta, ha tenido muy grave a su mamá. Todos te envían muchos saludos; Fernando y yo te abrazamos con mucho cariño. Berta muchos cariños a don Luchito, igualmente Nana.

Tu madre que mucho te quiere

Hortensia

Por si no has recibido la dirección de Hermann, yo te digo que está en Boston, pero más no sé, Fernando la sabe.

Londres, 6 de diciembre de 1949

Mi querida mamacita:

Ayer recibí su carta del 1° de diciembre, que llegó realmente en tiempo record, pues generalmente las cartas se demoran una semana o más. Mucho me alegro de saber que se encuentran bien, y sobre todo de lo que me cuenta del gran éxito que obtuvo Fernando en su examen de Licenciatura. ¡Cuánto siento no haber estado allá en esta ocasión tan importante, para haberlo felicitado y celebrado! Si Dios conserva sus virtudes, será una gloria de la familia. Creo que, apenas yo regrese a Chile, convendrá que él haga gestiones para conseguirse una beca aquí o en Estados Unidos para perfeccionarse como psicoanalista. Pero, entretanto, lo fundamental es que descanse y que se reponga después de los enormes esfuerzos que ha tenido que desplegar en este tiempo. Tal vez es preferible que vayan a Viña o alguna parte donde puedan instalarse con tranquilidad, pues el viaje al sur, con tanto movimiento, no es muy propicio para descansar.

Se acercan ya las vacaciones de Pascua y Año Nuevo y aquí todo el mundo se prepara para ir a distintos lugares. Mi viaje a Florencia es todavía problemático, pero ahora más probable que hace una semana. De acuerdo con Eugenio Dittborn elevé una solicitud para conseguir hospedaje en la Villa Fabricotti, que es una de las más hermosas de esa ciudad y que está actualmente administrada por una sociedad internacional de estudiantes. Pagaríamos ahí, con toda clase de comodidades, \$100 diarios. Para la próxima carta que le escriba, ya podré decirles con seguridad si voy o no. En caso de ir, partiría de Londres el 19 de diciembre para llegar el mismo día a París, de donde saldría con Eugenio el 21 ó 22, en tren. Haríamos una escala en Lausanne, en Suiza, desde donde nos dirigiremos después a Florencia. Nuestro propósito es concentrarnos ahí para conocer lo más posible, pero, como Roma está muy cerca, iríamos también de pasada a la Ciudad Eterna. Como este viaje lo hago cercenando mis fondos del 1er trimestre de 1950, me alegra mucho la noticia de la gratificación, que podrá entonar mis flacas finanzas. ¿Consideró el pedido que le hice en mi última carta? Si no puede, no se preocupe. No importa.

Durante la primavera tengo el propósito de recorrer Inglaterra, Escocia e Irlanda. Como mis estudios de historia del arte me exigen conocer muchos lugares con bellas catedrales, palacios y castillos, el Consejo Británico puede subvencionarme estos viajes por el Reino Unido. En cuanto al verano, aún no sé con seguridad. Todo depende de las oportunidades que se

presenten. Es probable que vaya a seguir un curso de verano de tres semanas -sobre historia del arte holandés- a La Haya, pues, además del interés que tiene en sí mismo, los asistentes tendrán la oportunidad de conocer toda Holanda. Esto sería en agosto. En septiembre, antes de volver a Chile, pasaría posiblemente una temporada en Italia, invitado por Juan José Fernández a una villa que él va a arrendar cerca de Nápoles. Pero todos estos son futuros problemáticos.

No crean que los ingleses son egoístas. Son reservados y es difícil hacer fácil amistad con ellos, pero, en todo caso, son muy gentiles y se esfuerzan por resolverle a uno sus dificultades. La vida general es enormemente austera, como en sordina, lo que se debe en parte al carácter independiente de los individuos y en parte también a las dificultades por que han venido atravesando desde la guerra. La gente es silenciosa y reconcentrada. Los restaurantes, cafés y bares son callados, como si todos anduvieran en puntillas y hablaran a media voz. La principal consigna es no molestar al anciano. Comparada con ésta, la vida francesa y en general la de los países latinos, incluso el nuestro, es brillante. Son mundos diferentes.

Me he hecho muy amigo de Fernando Murтинho Larraín, nieto de don Ricardo Larraín Bravo, que estudia Arquitectura en Londres. Vive a una cuadra de mi casa y nos acompañamos mutuamente. Tenemos el proyecto de buscar un departamento amoblado -un «flat», como se dice aquí- para arrendarlo juntos y cocinarnos nosotros mismos. Resulta más agradable y más barato. Cada vez estoy más convencido de que en Chile vivimos como príncipes, tanto desde el punto de vista del alojamiento como de la comida.

He seguido escribiendo a mis clases del Counstauld Institute of Art, que son muy interesantes para mí por el material gráfico que presentan, pero realmente muy mediocres si se atiende a la calidad que tienen en sí mismas. A los ingleses en general les interesan muy poco las ideas y las formulaciones filosóficas. Sólo les preocupan los hechos. Las conferencias son en general conflictivas, llenas de datos, pero sin mucha substancia. Hace algunos días fui a la Sociedad Británica de Psico-Análisis -esto le interesaría principalmente a Fernando- a escuchar un «paper» -así llaman a las conferencias leídas- del famoso profesor Toynbee, sobre el conocimiento poético y el conocimiento científico que, según él, son concordantes. El ambiente era bastante parecido al de los siquiátras y psicoanalistas chilenos. Presidía la sesión un psicoanalista -cuyo nombre no supe, pero debe ser muy importante- gordo, de cara bonachona e inteligente, que fumaba una enorme pipa y que se dirigía familiarmente al público. Flotaba en el aire esa especie de bohemia que suele encontrarse en estos grupos de médicos,

que son semipoetas y semimagos. Después de la conferencia, que no fue una maravilla, me acerqué a Toynbee, un anciano de aspecto distinguido y un tanto tímido, le pregunté por qué concedía a Chile en su libro tan pocas posibilidades futuras. Él se amedrentó un poco y me contestó, muy confundido, que se había referido sólo al Chile Central, pero que podía estar equivocado, porque nunca había estado allá mismo.

He ido a muchos conciertos, algunos bastante buenos. Escuché el «Mesías» de Haendel en la Catedral de San Pablo, entre miles de personas, cantado por un inmenso coro. Anoche fui a Covent Garden a ver el «Boris Godunov», cantado por un gran bajo ruso, Boris Christoff. Fue un espectáculo soberbio, con muy buenas voces y excelentes trajes y decorados.

A Nicanor Parra no lo he vuelto a ver. No ha venido, según parece, a Londres. Hoy le escribí, proponiéndole ir juntos a Florencia. Recibí de Puerto Rico un folleto que me envió Jorge Millas, escrito para el Centenario de Goethe. Le escribiré en estos días.

Jorge Palacios me dice que no harán el viaje sino en febrero o marzo. De Alfonso espero recibir carta en estos días. En realidad es mejor que se vengán al comienzo de la primavera.

Escribí a Grillo, agradeciéndole sus atenciones. Le escribí también a Arturo de Andraca.

Mientras más detalladas sean las cartas, mejor. ¿Les han subido el departamento? ¡Cuidadito con vender cosas! Cuénteme todos los cambios que haya hecho en materia de sillones, cortinas, alfombras, lámparas, mesas o cuadros. Estoy sospechando que no voy a conocer la casa cuando vuelva. Mándeme recortado el artículo que salió en «Historium».

Cuando vaya a Buin, salude a toda la familia. Nano, Nena y sobrinos. Igualmente a los Grass. A la Ketty le he mandado 2 ó 3 tarjetas al colegio. A lo mejor lo van a expulsar. Al papá le voy a escribir en estos días. ¿Cómo está? ¿Se hizo presente cuando Ud. recibió los \$20.000? Debe haber sido uno de los acreedores más insistentes.

Salude especialmente a la señora Rosita y a Lucho Humeres. También a D. Darío y a la señora Nana.

Un abrazo muy apretado para Fernando y para Ud. todo el cariño de su hijo
Luis

Cariños a la Berta. ¿Cómo se porta?

9 de diciembre de 1949

Mi querido Luchito:

Recibo tu carta fecha 28, la que nos llenó de placer al saber que estás sin novedad y que lo estás pasando tan bien, yo me alegro mucho, pues lo que deseo es que te diviertas y no tengas que echar de menos la vida de acá, porque es lo que pensamos siempre con Fernando que tú allá tienes que sentirte a veces muy solo, porque no tienes tantos amigos como para acompañarte siempre, así es que esto muchas veces me preocupa, pero ya felizmente el tiempo va corriendo y sin pensarlo estarás nuevamente entre nosotros. Aquí están haciendo ya grandes calores, pero siempre por las tardes su brisa fresca. Hay grandes preparativos para Pascua, parece que este año van a celebrar como ningún otro año; las vitrinas están llenas de cosas lindas y regalos de los que hay que ir pensando en adquirir para las personas que uno tiene obligación, contando a los nietos que ya están tan lindos y habilosos, Nanito siempre me llama por teléfono y me pregunta por el tío Lucho y tío Fernando y tía Ilse, y me dice traiga chocolates abuelita porque ya habla muy claro. Estas fiestas las pasaremos en un grupito chico seguramente en casa de la Ilse, yo tendré mucha pena esa noche de Pascua, porque todo mi pensamiento estará en ti que estamos tan lejos ahora, cuando veo tanto entusiasmo me apena, tan solo de ver una vitrina arreglada me emociona, inmediatamente me recuerda cuando Uds. eran chicos que siempre les hacía mis regalos y gozaban tanto con ellos, ahora no podré verte en este día tan lindo y de tanta felicidad para todos. Ahora pasando a la cuestión económica, ésta está muy buena, pues con los \$20.000 hemos quedado muy apuntalados, así es que tendremos las gratificaciones extra, de esto yo pienso mandarte íntegra lo que recibirás tú, que creo les darán un mes de sueldo, pero esto creo será en enero, pero si yo puedo adquirir antes te mandaré en cuanto tuviera, porque dos mil, como tú me dices es muy poco, lo menos para mandarte serían unos \$8.000 y por ahora esto no lo tengo, así es que tú puedes contarlo como seguro, yo quisiera remitirte esto antes de Pascua, en caso que lo consiga te lo mandaré para que tuvieras para tu viaje a Italia. Yo pensaba que tú podías escribirle a Valenzuela si sería posible que él te anticipara de lo que tienes que recibir, advirtiéndote que a este Sr. no se le ha pedido nada, no es como tú lo crees, lo único es que cuando voy a recibir el sueldo me atiende muy bien y me guarda cosas de almacén, porque hay algunas que ya están muy escasas y no me dejan nunca sin parte.

A la Caja de EE.PP. no he pasado, porque pensándolo bien es mejor cuando tú regreses, estés más descongestionado de deudas y saques más sueldo, nosotros nos acomodaremos bien

así, en primer lugar tendremos aumentos y parece rebajaran los arriendos con el nuevo (ilegible) cambio único que han establecido, la vida tiene que ajustarse a esto. De todos estos cambios económicos del país, ha quedado Héctor de informarte; él te mandará recortes de diarios de lo que te interese a ti, así lo hemos acordado. Ahora estoy en tramitaciones para venderle el auto a Alfonso a ver si me puedo ganar una comisión, pueda ser que don Alfonso te dé algo más por la venta de la casa, quién sabe si así lo tiene pensado.

A Roberto hace mucho tiempo no lo veo, me mandó pedir el cuadro que tenemos de él para exponerlo en una exposición de retratos que hay en Bellas Artes, dicen que se ve muy bonito; iré a ver esta exposición. Con la Anita hemos tenido algunos negocios, porque le he vendido vestidos, también me ha ayudado la Adriana Contador en esto, siempre me preguntan por ti: Han recibido tus cartas. No te olvides de tu tía Elena para Pascua. Antonio leyó tu carta, Nena también, todos te contestarán, yo les digo que tú deseas contestarme de todos para saber noticias. Grillo te está escribiendo, como siempre muy buena persona.

Pueda ser que ésta te llegue pronto a pesar que van por avión, encuentro que se demoran mucho.

La Maruja fue a Coquimbo a recibir mercadería que le manda Hermann para venderla aquí. Los niños están muy bien, tu ahijado te escribirá para Pascua, Elena y Nena almuerzan hoy con nosotros, muchos saludos te mandan. Santiago delicado como siempre.

Yo creo que vas a tener muchas tarjetas y cartas para Pascua porque todos a quienes les has escrito lo harán para esta fecha. Recibe muchos cariños de Fernando, Ilse y de todos los de esta oficina. Te abraza tu madre

Hortensia

He preguntado a la María Eugenia del Valle la dirección de la niña que fue a los Cerrillos, se llama Miriam Zemer mann, Calle General del Canto N° 467. La Eugenia te manda muchos saludos y dice que le escribas y ella te contesta inmediatamente. Dirección A. Ercilla 3145.

Milán, 23 de diciembre de 1949

Mi querida mamacita:
Le escribo desde Milán, a donde llegué anoche.

Florenca, 27 de diciembre de 1949

La carta desde Milán resultó microscópica, porque Eugenio Dittborn comenzó a conversar y después me venció el cansancio del agitado día. Pero empezaré esta carta remontándome a varios días antes: para darle noticias de todos mis últimos movimientos.

Los días inmediatamente anteriores a mi partida de Londres se desarrollaron sin más alteración que las tramitaciones relacionadas con el viaje. Esa última semana escuché un maravilloso concierto de Claudio Arrau en el Albert Hall, con la Orquesta Sinfónica de Londres de la BBC. Y tanto el público de varios miles de personas, que lo hizo volver 7 veces al escenario, como los críticos, consideraron que la actuación de Arrau había sido de las mejores oídas en Londres. Estuve también con Nicanor Parra, que vino de Oxford a visitar a unos amigos que lo invitaban a pasar la pascua en Cambridge. Anduvimos dos días juntos por diferentes partes y fuimos también al Albert Hall a escuchar un concierto de Edwin Fischer. En esos días fui invitado a almorzar por los Tuyá, un matrimonio chileno que vive en Londres, y en su casa me encontré con el Dr. Calvo, que había llegado de Chile una semana antes y que se balanceaba todavía un tanto despistado en la atmósfera londinense.

Por fin, partí en tren de Londres hacia el puerto de Newhaven el domingo 18 en la mañana. Me fueron a dejar a la estación Fernando Murinho y Michael Ashlin. En Newhaven tomé el «Worthing»: que en tres o cuatro horas me condujo a Dieppe. La travesía del Canal de La Mancha no fue particularmente mala, pero el buque se movía lo suficiente como para cambiar a casi todo el mundo. Afortunadamente, mi experiencia marítima me hizo mantenerme indemne. En Dieppe tomé el tren a París, a donde llegué alrededor de las 7 de la tarde. En la estación St. Lazare me esperaba Eugenio Dittborn, quien me acompañó al Hotel Studio, el mismo en que me había alojado la primera vez. Después de mis dos meses en Londres, París me pareció más hermoso que antes y sobre todo se me presentó como el reino de la abundancia. Esa noche fui con Eugenio a comer a un restaurante del Barrio Latino, donde todo lo que nos sirvieron me pareció digno de un banquete. Allí nos encontramos después con Domingo Santa

Cruz y la Sonia Edwards Eastman, hija de Agustín, una niña realmente encantadora. Con ellos fui después a un tumultuoso club de Jazz (!), donde nos amanecimos. Terminamos siendo festejados por el embajador de la República Dominicana y por el hijo del dictador Trujillo, que se entregan a la buena vida en París. Al día siguiente volví a visitar a mis conocidos: las orillas del Sena, los bulevares, la plaza de la Concorde, y en la noche fui a ver «La Dama de las Camelias», magníficamente representada por Edwige Feuillère, una gran actriz que trabaja con Jean Louis Barrault. El martes estuve de nuevo con Domingo y con otras niñas chilenas muy simpáticas, y el miércoles en la mañana nos embarcamos en el expreso París-Roma. No nos dimos cuenta de que nuestro carro seguía junto con otros, desde Dijon, una dirección diferente que el carro-comedor, que continuaba con el resto del tren, de manera que al volver del almuerzo, Eugenio y yo nos encontramos con que todo nuestro equipaje y, además, mi impermeable y mi pasaje hasta Roma estaban a muchos kilómetros de nosotros. Calcule Ud. nuestra consternación. Afortunadamente, una dama suiza que estaba en la misma situación que nosotros fue nuestro paño de lágrimas. Decidimos bajarlos en las primera parada del expreso y rehacer camino por otras rutas. Así, después de permanecer tres horas en una pequeña ciudad con una bella catedral gótica, atravesamos de noche regiones desconocidas y llegamos sin dificultad a la frontera Suiza, donde advertidos telefónicamente por nosotros, se habían incautado nuestros equipajes y hasta la última revista, y nos lo tenían todo reservado. Esa misma noche llegamos a Lausanne, donde alojamos, en un buen hotel muy limpio con camas con plumones. Al día siguiente recorrimos la ciudad, que es muy pintoresca. Está edificada solo de colinas a orillas del lago Lemán y muchos de sus edificios antiguos son muy hermosos. Entre ellos se destaca un castillo vecino a la gran catedral y a la Universidad. Las calles estaban muy animadas por la proximidad de la Pascua. En todas partes se veían arbolitos y vidrieras repletas de objetos para regalos, bastante caros, por lo demás, pues la vida en Suiza es mucho más cara que en Francia y que en Italia. El país me hizo la impresión de ser muy confortable, rigurosamente limpio, lleno de objetos reluctientes, pero un tanto desprovisto de gracia. El día nublado nos impidió ver el paisaje de montañas sobre el lago.

En la tarde seguimos viaje a Milán, por la vía de Simplón. Nuestros compañeros de compartimiento eran italianos jóvenes aficionados al canto, que me hicieron ya sentir la enorme diferencia que existe entre el carácter inglés y el latino. Cantaban sin descansar y uno de ellos, un joven estudiante muy expansivo, se hizo amigo nuestro y nos acompañó a nuestro hotel, en el centro de la ciudad. Al otro día, comenzamos a conocerla y nos asombramos de la prosperidad general. Todo es abundante y la gente se ve extraordinariamente bien vestida y

alimentada. El Cónsul chileno, Edmundo Fuenzalida, fue muy amable con nosotros y nos ayudó en nuestras transacciones de cambio. Con nuestro amigo italiano visitamos la Catedral y el castillo de los Sforza, lugares llenos de riquezas artísticas e históricas, y paseamos por el centro, bastante extenso, populoso y caro. El sábado 24 nos vinimos en tren a Florencia, con un bello día de sol, atravesando los hermosos campos italianos, muy semejantes a los de Chile tanto por sus cultivos como por los cerros bajos parecidos a los de la costa. Pero la gran diferencia está en que a cada paso aquí aparecen castillos, bellas iglesias antiguas y pueblecitos estupendos. A las 3 de la tarde estábamos en Florencia que es, creo, la ciudad más hermosa que he conocido hasta hoy (junto a Toledo). Nos instalamos en la Villa Fabriccotti, que pertenece a una organización internacional de estudiantes, donde pagamos un precio bajísimo por casa y comida. La casa, toda de mármol, está rodeada por un gran parque de cipreses y laureles en lo alto de una colina desde la cual se domina la ciudad. Se alojan aquí unos 30 ó 40 estudiantes de muchas nacionalidades. Esa misma tarde salimos a conocer el centro. Visitamos la catedral -Il Duomo- y la Piazza della Signoria y empezamos a sufrir la fascinación de estas calles sembradas de iglesias maravillosas y palacios, que había que conocer a través de meses. Es a veces desesperante la lucha contra el tiempo que hay que librar en Europa, donde cada ciudad exigiría una larga permanencia. Comimos esa noche -Nochebuena- en un restaurante célebre -«La Buca di San Ruffino»- una comida exquisita con vinos chilenos, que nos costó considerablemente poco, y los dos sentimos la nostalgia de estar lejos de Chile unida a la maravilla de estar aquí. Los italianos son, además, cordiales y alegres. ¿Cómo no serlo en este paisaje tan suave y humano? Hemos tenido unos extraordinarios días de sol. Aquí el sol calienta. ¡Qué falta me hacía después de las nubes y soles fríos de Londres! El día de Pascua llegó de París la Carmen Balmaceda, una niña muy fea, pero muy encantadora, que se ha juntado acá con nosotros. Con ella fuimos ese día a comer a casa de la Condesa Bussi, Cónsul de Chile -Amelia Pinto del Río de soltera- y persona muy distinguida y amable. Ella, el Conde y sus hijos han sido enormemente gentiles con nosotros y nos han paseado por todas partes. Ayer fuimos en auto a Fiérole, una maravillosa aldea vecina a Florencia, situada en una colina cubierta de cipreses y jardines, y en la tarde a una propiedad campestre dedicada al cultivo de olivos y de viñas. Hoy hemos visitado iglesias, palacios y museos. Todo es fascinador. Se nos hacen cortos los días.

El sábado 31 me iré con Eugenio a Roma, pasando por Siena. Asistiremos a la misa de Año Nuevo en San Pedro y creo que el 2 seremos recibidos en audiencia por el Papa. Nos la ha conseguido la Organización de Estudiantes. Además, tenemos carnet de peregrinos del

Año Santo. Pensamos estar en Roma hasta el 5 y regresar a París por Berna, la capital de Suiza, donde nos quedaremos dos días para ver la Pinacoteca de Munich, que está ahora ahí por tres meses.

Ayer tuve la gran alegría de recibir el cable que Uds. me mandaron para Pascua. Por él presumo que Fernando se recibió ya de médico. Le escribiré una larga carta felicitándolo. ¡Qué alegría! Pero ahora debe divertirse. Espero que me escribirá a Londres. A la Ilse le mandé hoy una tarjeta por avión. Mañana le escribiré al papá, saludándolo para el Año Nuevo. Ardo de tener noticias de Uds. En vano esperé carta suya en Londres.

En San Pedro rogaré por todos Uds. y por mis amigos. Déle a todos mis abrazos de Año Nuevo. Especialmente a Nano, Nena y Niños. A la señora Nana, señora Rosita y Lucho Humeres, sin olvidar a los González.

Para Ud. mamacita querida, innumerables besos. La tendré presente en mi corazón a las 12 de la noche del sábado. Para Fernando, todo mi cariño. Abrazos a la tía Elena, tío Santiago, Nena Castillo, Ketty y todos. Un abrazo para la Berta.

Le mando una fotografía que me tomé con Eugenio frente a la Galería de los Uffizi. Al fondo, se ve el Palacio de la Signoriza.

Suyo

Luis

5 de enero de 1950

Mi querido Luchito:

He tenido el gran placer de recibir tu carta que me enviaste de Milán, junto con la fotografía en la que estás con tu amigo Eugenio, es una foto maravillosa, estás muy bien, pero mucho más delgado, te ves mejor, la haré ampliar, unas tres o cuatro para tenerla en todas partes, porque además de estar Uds. muy bien, la vista es muy linda.

Mucho te recordamos la noche de Año Nuevo, ésta la pasamos en Buin en casa de Nano, reunidos con la familia Grass. Al destapar el champaña todos bebimos por ti, fue algo muy triste para mí, luego después de eso me desahugué y lloré un poco, porque esto impresiona,

pero después pensando en que tú estás conociendo cosas tan bellas y que también lo pasas bien me consuelo.

Mucho temíamos que el cable que te enviamos la noche de Pascua no lo hubieras recibido porque tuvimos que mandarlo por TransRadio porque el cable estaba con su personal en huelga, y yo también temía que el abreviado Dr. no lo hubieran puesto, después pensamos en que mejor hubiera sido ponerlo con todas sus letras, esto era el interés mayor mío para que así vieras que ya Fernando era médico. Fernando ha sido muy felicitado y él se siente muy feliz, y parece va a tener suerte, porque Choyo Andraca lo ha guiado muy bien, lo presentó en el Seguro Obrero a García Valenzuela, el cual lo atendió muy bien y le darán reemplazos de vacaciones, con lo cual Fernando está muy contento. Fernando está muy bien, gordito, buenmozo, hecho un Dr. interesante y según dicen con muy buenos aciertos. La Memoria ya se la entregaron, es un folletito chico, pero muy interesante, los médicos Matte y Mujica le han pedido muchas.

La Ilse se va a Coquimbo el sábado; recibió tu linda tarjeta. Yo todavía no he pedido mi feriado, creo lo haré después del 15 una vez que ya haya recibido las gratificaciones que se han ido demorando. Nos dieron medio mes de sueldo y el 21,42% en esta oficina por no haberlo percibido durante el año, esto todavía no lo recibimos: Creo que en la próxima semana te enviaré dinero, mucho no será pero le servirá mucho; no veo la hora de poder hacerlo, quedaré feliz cuando ya te lo envíe.

Luchito no dejes de escribirle a Munizaga, Pedraza, Oscar Marín, Valenzuela, Valencia, que todos ellos están un poco sentidos porque no han recibido carta tuya, porque así lo desean que les cuentes tu vida en esa. Don Romano es muy atento y gentil conmigo, estoy muy agradecida.

A Roberto Humeres no lo he visto desde que tú te fuiste pero está bien, a Jorge y Alfonso los veo poco, antes de Pascua estuvieron a almorzar con nosotros. El que me pidió tu dirección fue Amenábar, este joven me atiende siempre muy bien en el Banco, siempre me pregunta por ti con mucho interés, dijo que te iba a mandar una tarjeta, conviene que tú también le envíes alguna, las tarjetas que tú mandas las encuentran muy lindas. Aquí todos estamos muy bien, tu papá ha venido seguido por el día, ellos están bien, si corresponden tus saludos lo mismo Nena y Ketty, Santiago, Elena y Toya, igualmente Nana que ha leído tu carta, lo mismo Lucho Humeres, la Berta y Lucha me dijeron te mandan un abrazo, Fernando, Ilse y yo te enviamos abrazos muy estrechos.

Tu madre que te quiere
Hortensia

Londres, 11 de enero de 1950

Mi querida mamacita:

Ya estoy de vuelta en Londres. Desde ayer en la noche. Encontré acá un buen montón de cartas y tarjetas, entre ellas dos cartas tuyas, del 9 y del 13 de diciembre, que Michael Ashlin me había enviado a Florencia, pero que llegaron allá después de mi partida. La Condesa Bussi las respondió a Londres. Hoy en la mañana, me llegó su última carta del 5 de enero. Tuve, además la alegría de encontrar una larga y simpática carta de la Ilse, una muy cariñosa del tío Antonio y tarjetas de la señora Nana Bruma, de las González y de los Lafourcade.

Después de mi última carta, escrita desde Florencia, los días que pasamos en esa ciudad transcurrieron muy velozmente. Hay tanto que ver ahí en materia de arte, que todo tiempo se hace poco. Sólo la galería de los Uffizi y el Palazzo Pitti que son los dos museos más importantes, exigen días y días si uno quiere verlos bien. El paisaje de la ciudad es, por otra parte, inolvidable, pues no solamente se encuentran los más bellos palacios e iglesias, sino también colinas y jardines cubiertos de cipreses y de olivos. El tiempo que nos tocó fue siempre excelente: días enteramente despejados con un sol que a veces quemaba.

En la víspera del Año Nuevo nos fuimos a Roma, pasando por Siena, que es una ciudad preciosa, toda antigua y apretada de noble edificio. En Roma nos instalamos en la Casa del Estudiante, donde quedamos más o menos bien alojados pagando muy poco. Como estábamos muy fatigados y el Año Nuevo es siempre triste lejos de los seres queridos, decidimos acostarnos temprano y pasarlo durmiendo. Al día siguiente, muy de mañana, nos fuimos al Vaticano a oír la misa de Año Nuevo que decía el Papa en una pequeña capilla, para un reducido número de peregrinos. Un francés que conocimos en Florencia nos había conseguido invitaciones. Fue algo impresionante. Entró el Papa sentado en la silla gestatoria entre los aplausos de los fieles y después saludó a los peregrinos en varios idiomas. Mientras decía la misa pausadamente y con gran recogimiento, un cuarteto oculto en la capilla tocaba una música realmente celestial. Al término, cubierto con más vestiduras de terciopelo rojo recamadas de oro, el Papa volvió a salir en la silla que cargaban los guardias suizos, acompañado de varios cardenales. Recorrimos en seguida la enorme y magnífica Basílica de San Pedro y subimos hasta lo más alto de la cúpula, desde donde se

domina toda Roma. Ese día almorzamos en un restaurante antiguo frente al Foro de Trajano, del que se conservan muchas columnas y después fuimos a ver el Coliseo, que es todavía profundamente impresionante.

Al día siguiente, en la Embajada, encontramos a varios chilenos, entre ellos Nicanor Polanco, secretario de la Escuela de Bellas Artes, y Máximo Pacheco, que me convidó a comer a su casa. Visitamos además, muchas iglesias, la Capilla Sixtina, donde están los famosos frescos de Miguel Ángel, y el Museo del Vaticano.

El miércoles 4 regresamos a Milán, donde alojamos, para seguir el jueves viaje a Berna. Nos tocó el día de sol más maravilloso y pudimos ver continuamente maravillados el paisaje de los Alpes italianos y del lago Maggiore y después los Alpes suizos, llenos de pequeñas aldeas encantadoras y de bosques de pinos cubiertos de nieve. En Berna, que es una ciudad bastante bonita, donde no se habla casi sino alemán, estuvimos dos días, dedicados a ver la Pinacoteca de Múnich, que se exhibe ahí durante estos meses, y una interesante exposición sobre la Edad Media. Por fin, el sábado 7 regresamos en tren a París, donde volví a instalarme en el Hotel Studio. Habría querido quedarme más días, pero diferentes razones me aconsejaron volverme a Londres ayer martes.

Pasando ahora a la situación económica, siento decirle que este viaje y algunas fallas de cálculo en que solemos incurrir Ud. y yo, me hacen depender para estos meses -hasta marzo- casi exclusivamente de lo que Ud. pueda mandarme por la gratificación que, según supongo, habré ya recibido en la Universidad y en la Escuela Normal. Polanco me dijo en Roma que ya la estaban pagando. Cuento sólo con eso para mis gastos en Londres. Tal vez por intermedio de Grillo se puede obtener un préstamo en la Caja de EEPP y PP; recuerdo que D. Gmo. Labarca me prometió ayudarme después del 1° de enero. Me dijo también Polanco que vale más la pena remitir francos suizos que dólares, cosa que se puede averiguar con Litvak. De todas maneras, francamente, por ahora, mi situación es muy difícil. No hay motivos, sin embargo, para desesperarse, pues Mrs. Keller, la dueña de casa, es una señora excelente y me puede conceder pequeños créditos, mientras algo se arregla. El desequilibrio financiero ha sido una consecuencia del fracaso de la operación Bulnes.

Nada me dice ahora de su veraneo y del de Fernando. ¿No lo afectará mucho el reemplazo en el Seguro Obrero? Espero carta de él. ¿Recibió el papá la que le escribí para Año Nuevo?

Con un abrazo muy apretado para Fernando, la besa

Lucho

Saludos a la Berta y a la Lucha. ¿Cómo le ha salido el marido?

P.S. El invierno ha sido en toda Europa mucho menos crudo que otros años. Ha sido aun menos frío que en Santiago.

En Florencia le compré un pañuelo de seda muy bonito. Apenas me desahogue un poco, le compraré a Fernando los libros que me encargó.

18 de febrero de 1950

Mi querido Luchito:

He recibido tus cartas, la última fue una en la que me das cuenta que has recibido el dinero que te envié el día que remití esta, fue el más feliz de mi vida porque sentí verdadera alegría de poderle enviar a mi hijo tan querido esto que tanto lo necesitaba, pues estaba de lo más intranquila pensando en que estabas escaso de dinero, algo tan indispensable como es y sobre todo en un país extranjero. Creo que en unos días más te enviaré otra remesa y lo haré como me indicas. Creo que recibirías un cable que te envié anunciándote que este dinero iba pronto, lo hice para que estuvieras tranquilo y supieras que te lo enviaría, éste lo dirigí a Ebury.

Con Fernando nos dimos un lindo descanso en Maipo, lo pasamos muy bien reunidos toda la familia Castillo P. y Lucho con Nanito que iba casi todos los días a visitarnos, el niño Nanito está encantador, de lo más habiloso, cada vez que me veía me preguntaba por el tío Lucho y le preguntaban dónde está el tío y dice el tío Luchito está en Londres, me va a traer un tren. El chico también está muy bonito, y la Nena esperando el tercer hijo o hija que llegará en octubre. Gracias a Dios lo hemos pasado muy bien hemos tenido para todos nuestros gastos, es cierto que todo ha subido mucho, pero como somos tan pocos no gastamos demasiado, y por suerte la gratificación que yo he tenido me ha lucido mucho, ya pronto me pagarán el otro tercio que nos deben para completar el mes de gratificación que era lo que nos daban a los empleados públicos, el tercio tuyo lo recibiré como en marzo junto con los sueldos de febrero, porque como tú sabes la Universidad es así, siempre atrasa los pagos de comienzos de año. Tendremos aumentos de sueldos, esto se sabrá en esta semana cuánto será la cantidad,

se habla de un 35% a los profesores y un 20% a los empleados. Aquí la situación política ha estado muy revuelta, hay un nuevo Ministerio, ya no es Alessandri de Hacienda, sino que un señor Arturo Maschke y de Educación Manuel Rodríguez, me decía Grillo que se acordaba de ti que si hubieras estado aquí te habría nombrado su secretario, y Grillo como es tan bueno le habló de Fernando, que también él podría desemplearse, pero a Fernando no le conviene pues no le quedaría tiempo porque está de 15 de febrero a 15 de marzo reemplazando a un doctor del Pensionado de San Vicente con \$4.000 pesos, esto le servirá mucho para ya hacerse conocer. Ya le tengo sus planchas, una para el departamento y otra para puerta principal, ya pronto le sacaré la patente.

Se rumoreaba que el Ministro Rodríguez decía que todos los becados que había en el extranjero tenían que regresar a Chile para comenzar sus clases de comienzo de año, aunque yo inmediatamente me puse al habla con Grillo para saber de buena fuente esta noticia, pero me dijo que no era éste el caso tuyo, por el contrario que el Gobierno de Chile debería haberte ayudado.

Aquí hubo una situación bastante mala en el mes de enero y comienzos de febrero, los únicos que no estábamos en huelga éramos los empleados públicos, los particulares estaban todos, las Instituciones Bancarias, Cajas y Fábricas, incluso choferes de médicos, por suerte esto fue cuando los dos con Fernando estábamos en Maipo, ahora ya está todo al parecer más tranquilo, hay un Ministerio de Administración.

La Ilse ya también regresó de su veraneo, fue a Coquimbo, íbamos a salir juntas pero yo pensé después que nos convenía no salir a playa sino a Maipo que nos costaba más barato. Yo he invertido como te decía muy bien mi dinero, he adquirido para nuestro departamento varias cositas muy útiles que nos hacían falta, un servicio de té de plaqué con su carrito, al estilo de los muebles, no creas que me he salido del gusto tuyo. Todo lo que he adquirido es segurísimo que lo vas a encontrar de gusto, también le compré a la señora Pilar una cuchillería que trajo de Estados Unidos, pero es para seis personas, si allá fuera esto barato y tú pudieras comprar otra media docena sería excelente, lo mismo que me han dicho que mantelería de Italia, porque son los mejores hilos allá, yo te voy a mandar una lista con los encargos, y junto con esto algún dinero para mis compras, pero esto será poco antes que te vengas. Me han dicho de que en Londres hay unas bufandas de lana para caballero, esto quiere la Elena para Santiago, yo también quiero un género de lana que se llama tweed, para abrigos; después te mandaré la lista.

Yo te estoy tramitando un préstamo en la Caja de Empleados Públicos para enviarte el dinero porque creo que esto te vendrá bien recibido, aquí arreglé todos los papeles y los presenté, todo anda bien gracias a Dios, en todas partes me atienden muy bien, en el Banco

Italiano he podido mantener mi cuenta muy bien, Amenábar es excelente persona, muy amable y atento, siempre te manda saludos.

Roberto Humeres entregó la casa de Negrete, pero según la María, dice no se portó bien porque la casa se la entregó en muy malas condiciones, las paredes garabateadas enteras, el lavatorio quebrado, ninguna llave de las puertas de las piezas y así la infinidad de quejas, esto es cierto porque yo fui después a ver la casa, yo lo encuentro muy malo esto, porque la María apreciaba mucho a Roberto, decía que era muy caballero y ella se acordaba que si tú hubieras estado esto no habría pasado. La María regresó después de haber viajado mes y medio en Perú y Ecuador, ha llegado muy feliz del viaje.

Ni por nada, Luchito, vayas a renovar tu beca, hazlo como me dices en tu carta que regresarás en setiembre, ya tenemos muchos deseos que estés con nosotros, nos hace mucha falta su compañía. Mucho me agradaría que Fernando saliera, yo creo que le conviene, sobre todo antes que le dé por casarse, porque después ya no podría hacerlo. ¿No te parece?

La Ketty te va a escribir para darte cuenta cómo le ha ido, tiene que dar Física ahora en mayo, esto es del bachillerato porque esto le fue mal, la María Ramírez te envía saludos, está con Chaguito con una piernecita quebrada en dos partes, ayer lo enyesaron, está en una Clínica frente al traumatológico. Fernando los ayudó en esto ayer. La Toya está en nuestra casa porque está yendo donde el dentista, estará hasta marzo, te manda muchos saludos. No dejes de escribirle a don Eleodoro Cereceda, don Amador ya se retiró, parece quedará Cantuarias. Todos los amigos y amigas te envían cariñosos saludos. Fernando te va a escribir una larga carta, recibe de él y míos un cariñoso y apretado abrazo, la Toya te envía muchos saludos, lo mismo Elena y Santiago, el que está bastante bien, Lucho Humeres, don Darío y todos los de esta oficina. La Berta, muchos cariños, ya pronto será abuela.

Tu madre que mucho te quiere
Hortensia

Anoche me llamó Grillo y me dijo que Manuel Rodríguez había recibido carta tuya y estaba con esto feliz y contento.

Londres, 9 de marzo de 1950

Querida mamacita:

Recibí sumamente atrasada su carta del 18 de febrero. Ya estaba muy inquieto, pues no tenía noticias de Uds. desde comienzos de febrero y, aunque sabía que habían ido a Maipo, no me explicaba un silencio tan largo. Tuve también el gusto de recibir una simpática tarjeta de la tía Elena y por ella vine a saber que estaban bien.

Ya está llegando la primavera a este país. El frío ha disminuido, los días suelen ser espléndidamente soleados y los cerezos del Japón están con flores. En estos días brotarán todos los árboles, que en Inglaterra son frondosos y enormes. Sin sentir, ya han pasado más de 6 meses desde mi partida y en otros 6 meses, si Dios quiere, estaré otra vez con Uds. Las segundas partes son siempre más cortas. En todo este tiempo no me he movido de Londres sino para hacer cortos paseos a pueblos vecinos. El sábado último, por ejemplo, fui con Salvador Reyes en su auto a Hampton Court, que está muy cerca de Londres, a visitar el castillo y el museo, que son muy hermosos e interesantes. Ya estoy en condiciones de guiar con más o menos pericia a los novicios en este dédalo de Londres. El domingo fuimos con Salvador y el matrimonio Tuyá a Grawsend y a Rochester, en la desembocadura del Paidoris. Visitamos la magnífica catedral y un castillo en ruinas, aprovechando el tibio día de sol. Esta semana ha estado muy llena de espectáculos callejeros, primero con motivo de la apertura del Parlamento y después con la visita del presidente de Francia. Vi la pasada de los Reyes en su estupenda carroza, escoltados por su imponente guardia, y después vi también el paso de M. Auriol y su séquito, acompañado por la familia real. Han iluminado especialmente algunos edificios importantes, arcos y surtidores, de acuerdo que de noche esta fea ciudad de Londres adquiere una belleza que en el día le falta.

Mi vida sigue desarrollándose sin sobresaltos. Asisto todos los días a conciertos, conferencias y exposiciones y combino estas actividades con mi trabajo en la casa. He hecho gran amistad con Salvador Reyes, a quien veo a menudo. Antenoche asistí a un cocktail que ofreció en su casa al Embajador y personal de la Embajada y le ayudé a prepararlo, por lo que recibí especiales felicitaciones. Después fuimos a comer a un simpático club con Juan Gómez Millas -que está por dos semanas en Inglaterra, invitado por el Consejo Británico-, con una dama inglesa y con el comandante Solminihac, adicto aéreo a esta Embajada y muy agradable persona.

Tuve noticias de los cambios políticos que se han producido en Chile y sentí mucho la brevedad del paso de Manuel Rodríguez por el Ministerio de Educación. Como estoy desde hace 6 meses sin noticias, bien poco puedo explicarme lo que ha ocurrido. Me imagino que en el fondo todo ha de seguir igual.

Me alegró saber que es posible el envío de algún dinero, por el resto de la gratificación y por el préstamo. Será bienvenido. No importa que no reúna mucho. Cualquiera cantidad me ayuda a sobrellevar la cara vida de Londres, que me ha obligado, en espera de la remesa del Consejo Británico, a incurrir en algunas deudas, cosa poco grata para mí. Si pudiera recibir lo que Ud. me dice antes de fin de mes, podría aceptar la invitación a pasar dos semanas en París, que me ha hecho Bernard Colin, amigo de la Margot Rivas.

Los encargos que quieran hacerme pueden ir enunciándomelos, para averiguar precios y demás detalles. La felicito por sus adquisiciones que, estoy seguro, deben ser muy bonitas. Tengo ya muchas ganas de estar de nuevo en la casa. Todavía estoy esperando la carta de Fernando.

¿Ha sabido noticias de Alfonso? Yo no recibo nada de él desde diciembre y no sé en qué ha quedado su proyectado viaje. Dígame lo que sepa de él.

Con un abrazo muy apretado para el papá y Fernando, la besa su hijo
Luis

P.S. Le pido que se cuide, que no se afane mucho y que se divierta lo más posible, para encontrarla muy bien a mi vuelta.

Londres, 14 de marzo de 1950

Mi querido Fernando:

Mucha alegría me produjo tu carta, que recibí con gran demora, como todas las últimas. A pesar de que ahora existe un servicio aéreo directo desde Londres a Santiago y vice versa, la correspondencia parece demorarse más. Tus preguntas sobre el estado espiritual de este país y sobre mi propio estado estaban anticipadamente contestadas en mi carta y en

una que hace días remití a Schwartzmann. Algunos días parecen aquí bien sombríos, preñados de amenazas sobrenaturales y humanas, materializadas ahora en la famosa bomba de hidrógeno. Lleno de un verdadero pavor, escribí un día a Jorge Palacios una carta en que le hablaba de esta atmósfera que pesa sobre Europa. El continente entero vive en una situación de profunda intranquilidad. Los trastornos sociales, provocados por este mismo género de vida de las sociedades actuales acuciados por la acción comunista, no alcanzan todavía a Inglaterra, donde la gente es demasiado individualista y escéptica para dejarse arrastrar por el fervor. Pero lo que se ve aquí sobre todo es un mundo sin esperanza -y sin alegría-, el mundo burgués universalmente realizado -pues en este país no hay sino burgueses- y, por cierto, sin salida. Parece inevitable una gran crisis económica, por lo menos al término del Plan Marshall, en 1952. Se puede uno dar acá cuenta con claridad de que las exquisiteces artísticas e intelectuales -lo que se llama superficialmente la «vida espiritual»- unidas a una vida material aceptable, no bastan para vivir una existencia sana. Pues los ingleses han realizado considerablemente el ideal democrático: tienen distinguidas costumbres políticas, todos se visten y comen, tienen magníficas Universidades, música, artes estimuladas por el Estado, una gran literatura y un régimen de justicia social cada vez más perfecta. Pero, con todo eso, me atrevo a decir que cada uno de ellos vive menos vitalmente y en un menor acuerdo dinámico consigo mismo que nosotros, en Chile. Parece faltarles naturaleza, juventud, imaginación volcada en la vida. Aunque existen miles y miles de sociedades y clubes, cada individuo está solo, solo en su trabajo y en su descanso. A veces tengo la impresión de que todos fueran arqueólogos, caballerosos, dignos, controlados, eruditos, pero insatisfechos en el fondo de la falta de aire de su mundo. Sin embargo, he llegado a quererlos y admirarlos mucho. Tienen las virtudes correspondientes a nuestros defectos, y a la inversa. No se entusiasman con facilidad, pero sus entusiasmos son más duraderos que los nuestros. No representan en vano el alma nórdica, que no se llega a conocer sino viviendo a su lado. Entonces se descubre que uno es latino y que es algo más, un americano del Sur, cosa que nos diferencia bastante de los latinos de Europa. Creo que es enormemente importante para nosotros el hecho de que vivimos en países inexplorados, que están haciéndose y que son por sí mismos un continuo desafío al poder creador del hombre. Pero, por contra golpe, es enormemente interesante observar la situación de estos pueblos que no tienen ante sí grandes tareas de construcción, sino solamente de conservación y de defensa, y que han hecho ya el camino que nosotros estamos empezando. Parece que se aburren. Dan deseos de verlos bailar en comunidad, moverse como conjunto y dar a la vida no sólo

hondura, triste profundidad, sino también brillo y alegría. Mas, para eso se necesita una fe colectiva que ellos no tienen. Son demasiado civilizados y críticos. Por eso son tristes, y de esta tristeza, por los desvíos psicológicos que tú vislumbras, nacen los resentimientos y las guerras, pues en el fondo del alma sin tema, anonadada por el aburrimiento, late un deseo de destrucción, la busca de una especie de voluptuosidad suprema en la muerte y en el vacío. Después de haber tocado de cerca este cáncer de la vida europea, nuestros deberes en América se me aparecen como mucho más importantes para el mundo de lo que nunca hubiera supuesto. Somos, en cierta manera, como los niños de esta sociedad contemporánea y debemos preservar nuestra vitalidad, nuestra barbarie y nuestro espíritu de empresa que nos lleva aún a tontas y descabelladas acometidas. Tiemblo ante la idea de que también nuestra vida se llene de reglamentos y de planificaciones, como ésta de Europa. Me parece que la idea socialista debe sufrir cambios radicales si quiere aplicarse saludablemente en Chile sin maniatar y hacer morir de consunción al país, como un traje de hierro ajustado al cuerpo de una criatura. Otro disparate que cometen nuestros ideólogos y políticos es el de mirar a estas naciones europeas para tomarlas como ejemplo e imitarlas. Desde luego, no son dignas de imitación indiscriminada porque, sin partidismo alguno, es evidente que todas están social y psicológicamente muy mal, enfermas, y, en seguida, aunque así no fuera, son tan particulares que sus ensayos valen sólo para ellas y no para los demás pueblos. El laborismo inglés es un fenómeno típicamente inglés y no creo que le pueda servir a nadie más. Apenas si pudieran trasplantarse algunos mecanismos aislados. Esto significa que debemos trabajar originalmente, por nuestra propia cuenta, recogiendo materiales de todas partes, pero organizándolos según nuestros deseos.

No te he mandado el libro que me pides, por razones monetarias. Decididamente el dinero de mi beca no alcanza para vivir sin déficit. De ahí que necesite urgentemente el préstamo que la mamá me dice estar consiguiendo. Vivo de la manera más económica, sin lujos de ninguna especie y, sin embargo, las 30 libras no son nada. Sin inquietarla sin objeto (a la mamá), te ruego que te preocupes de la expedición de este dinero.

Mucho me alegro de que el papá esté tan bien. Abrázalo muy apretadamente de mi parte. Lo mismo a Nano, Nena y niños. Un cariño especial para Nanito. A la Ilse, muchos cariños y a la mamá, muchos besos.

Te abraza tu hermano

Luis

P.S. Me interesan mucho los trabajos que estás haciendo. Creo que al equipo de Matte le puede corresponder el gran mérito de abrir la primera brecha en el descubrimiento de lo que somos psicológicamente. Es evidente que somos distintos a los europeos, pero ¿cuáles son los deseos que nos singularizan?

Me gustaría que de cuando en cuando me mandaras algún recorte de prensa: crítica de Alone, pedazos de Pro Arte, etc. Mandé a Pro Arte unos poemas. ¿Quieres ver si los han publicado y mandármelos?

Vale.

Tengo varios libros recién publicados en materia de Psico Análisis en vista para comprarlos y llevártelos. He advertido en los diarios una particular resistencia del público -especialmente jueces- contra los excesos de los psiquiatras, al parecer no todos honrados, en materia de administración de justicia.

12 de abril de 1950

Mi querido Luchito:

El lunes 10 recibí tu carta que me escribiste desde París, esta la esperaba con mucho interés desde hacía muchos días para saber lo que resolverías sobre lo que te mandaba decir, sujeto a algún trabajo que tú pudieras realizar allá. Lo que tú piensas hacer es algo muy interesante, todas las personas que han leído tu carta lo encuentran muy interesante; inmediatamente me puse al habla por teléfono con Patricio, el que me dijo que él conversaría esto con Leighton y Fernando le fue a dejar tu carta al estudio, también encuentra la idea muy buena. Como yo no espero mucho y soy rápida en las diligencias fui personalmente con tu carta donde Leighton, el que me recibió muy amablemente y leyó la carta, le pareció muy bien y me dijo esto, dígale a Lucho que esté tranquilo que voy a conversar con Iglesias en cuanto nomás pueda, porque la señora de este la operaron ayer, así es que no ha asistido a la Biblioteca y le manda muchos saludos y que el trabajo lo encuentra interesante.

Yo por mi parte Luchito voy a conversarlo con Iglesias hoy, porque voy a ir al Pensionado a ver a la señora, y como tú sabes este señor me aprecia mucho, conseguiré lo que deseamos, hace pocos días nomás estuvimos conversando y mucho me preguntó por ti, andaba con una señora Valdés que te conoce y hablaron maravillas sobre las clases que hacías en Bellas Artes. Esto lo considero casi seguro porque además hay muchos factores buenos, que Patricio influye mucho con el Ministro, y tu madre pues, hijito, que no es de las muy aturdidas.

Aquí estamos todos muy bien ya pasamos un período de resfríos que nos tuvo en cama algunos días. Por suerte viruela no nos ha dado, hay mucha epidemia, pero las brigadas sanitarias son muchas, aunque la vacunación ha sido obligada. Ya comenzó el invierno con una torrencial lluvia y frío. En semana santa fuimos con Fernando a S. Fernando y él a Santa Cruz, lo pasamos muy bien, todos por allá hicieron muy buenos recuerdos tuyos y están muy bien, sobre todo Santiago que no se ha resfriado, admirablemente.

Junto con ésta te mandamos un cheque por 12 libras, que allá te servirán mucho. De esto Fernando aportó mil pesos de su sueldo que recibió con reemplazo que hizo en el Pensionado de San Vicente. Esta fue la manera mejor que encontré de enviar este dinero, pasé al Banco Londres y me dijeron que tenía que hacer tramitación en Comercio Exterior, así es que no convenía. Si te seguimos mandando será en esta forma.

Aquí la situación no es mala, pero muy buena tampoco, la vida está muy cara y los aumentos de sueldos todavía no se llevan a efecto; ahora antes de ir el Presidente a EE.UU. dejó firmado el proyecto que como tú sabes es trámite largo, lo tendremos por junio o julio. Los sueldos que recibimos tuyos este mes nomás han aumentado un poco, por el quinquenio y el reajuste, en el Pedagógico es \$2.800 y en Plásticas \$3.000 en Bellas Artes, recién se ha concluido de pagar Gobelinos de la cuenta que tú dejaste, así es que eso nos servirá siempre, para seguir comprando. Tú no te preocupes de comprar cosas para traer, porque es muy complicado, creo que te lo decía en una anterior, creo recibirías la carta de Gabriela Mistral que te remite a Londres. Si el trabajo tuyo resulta allá, entonces vas a tener para comprarte todo lo que puedas en ropa para ti, que eso no paga derecho.

Te abraza tu madre que tanto te quiere

Hortensia

Mi querido Lucho: Agregó unas pocas líneas a lo que te escribe la mamá. Mucho nos alegramos de que estés muy bien y que hayas dado otra vuelta por Francia. ¡Ojalá pudieras dar otra por todos los países de Europa! Íntima alegría siento de poder contribuir aunque sea

escasamente en este pequeño envío de dinero; espero que pronto pueda ser mejor (estoy postulando a un cargo; si resulta te aviso).

Santiago del Campo pidió una fotogr. tuya para que aparezca en Pro-Arte de esta semana junto con tus versos. Me prometo enviarte por correo ordinario todos los números del semanario.

Mira Luis, si algo te sobra, mándame el «Text Book of Psychiatry», de Henderson y Gyllespy (Oxford), pues, es un libro que lo necesito en verdad con urgencia.

Un colega, el Dr. Onetto, que fue alumno tuyo en el Pedagógico, te agradecería mucho si pudieras enviarle un N° de la revista «Medic» (oct. 1949; 58: 232) pues lo necesita mucho, él te enviará el dinero contra reembolso.

Te abraza

Fernando

Saludos a tus amigos y amigas.

26 de abril de 1950

Mi querido Luchito:

Recibí tu última carta en la que me dices has recibido el dinero que te enviamos, me alegro tanto que de algo te haya servido; es terrible estar escaso de dinero, esto me preocupa mucho, pero como tú dices las cosas se arreglan, espero que Dios lo permita así. Sobre las gestiones hechas sobre la comisión para tomar los datos históricos no han andado del todo bien, porque todo lo han aceptado, incluso firmar decreto para esta comisión, pero Ad-honorem, lo que según me dijo el Ministro por teléfono que me llamó y se ha portado muy atento, que es de agradecerlo mucho, pero no cuenta en fondos la Biblioteca para este cargo, pero según me dio a entender Leighton, siempre esto te convenía mucho y parece que en alguna forma pagarán este cargo, además me dijo que él te había dirigido un cable hablándote de esto, pueda ser que así sea, en otra que me escribas me contarás. Iglesias me dijo que él me ayudaría en todo, porque como tú sabes nos estima bastante, pero sin fondos no pueden hacer nada. La situación del país está pésima, aumentos no tenemos esperanzas, todo este tiempo ha sido de huelgas y se espera una grande si no nos dan aumento a los empleados públicos.

Aquí no hemos estado muy bien, tu papá ha estado mal, grave, porque si no hubiera sido la atención tan rápida se habría despachado, por suerte le tocó aquí en la casa, regresaba de San Alfonso, donde había estado algunos días, y llegó una noche resfriado, pero esto no era gran cosa, sino una infección muy grande en la nariz, por haberse tal vez pellizcado, y junto con esto una gran erisipula en la cara que le abarca toda la cabeza, estaba muy hinchada toda esta región, pero Fernando empezó a tratarlo inmediatamente con penicilina y en cuanto se pudo levantar lo llevamos al Hospital de San Vicente para que le hicieran un prolijo examen en junta de varios médicos, pero felizmente ya la gravedad había pasado, pero siempre ha quedado con tratamiento de penicilina y en cama, ahora está con mucha bronquitis, ayer fue un internista para examinarlo nuevamente, pero no le encuentran gran cosa, esto ya pasará. Bastante susto tuvimos, porque el caso era grave, y yo me acordaba que si algo pasaba habría sido muy doloroso por estar tú tan lejos, nos habríamos encontrado muy solos con Fernando, Nano él no puede llevarse viniendo, pero como te digo ya está mejor a Dios gracia, pasará el invierno con nosotros. Mucho te agradezco el regalo que dices me mandas, los perfumes de Francia son muy ricos, lo mismo el pañuelo debe ser muy lindo. Trataré de atender lo mejor que pueda a la Mariña Santa Cruz y la invitaré a tomar el té como tú dices y se lo serviré en un lindo juego de plaqué y lo llevaré al living en un carrito muy adecuado. Si le escribes a Jorge dile que no se preocupe por la deuda, basta que sea un amigo querido tuyo para que no se le exija, cuando él pueda que lo haga, seguramente por esto no volvió más a la casa. No te imaginas los deseos que tengo que llegue setiembre para que regreses. La Julita aún no recibe la tarjeta.

La Maruja ya tiene el pasaporte para salir a EE.UU. el quince de mayo, dice irán con Hermann a Puerto Rico y creo que ahí piensan reunirse contigo, que así se lo habrás dicho a Hermann, me alegro para que estén los amigos reunidos.

Recibe cariñosos saludos de Fernando, lo mismo de tu papá, Nano y Nena y cariños de los sobrinos.

Te abraza tu madre que mucho te quiere

Hortensia

12 de mayo de 1950

Mi querido Luchito:

Recibí tu carta fecha 4 del presente, y en la que me dices que hace muchos días no tienes noticias de nosotros, yo te escribí una larga carta en donde te daba muchas noticias al mismo tiempo te informaba de la enfermedad de tu papá, en ella te decía que de la erisipula que le dio en la cara estaba mejor, pero después tuvo varias complicaciones graves que en carta anterior a ésta que te envió Fernando te informaba de esta enfermedad, ahora sí que ya está casi bien, pero con régimen de alimentación sumamente estricta, hoy lo verá el Dr. para ver si ya lo da de alta. Ha estado muy bien atendido, Fernando se ha esmerado, lo mismo el Dr. Dorr que lo atiende, también hemos tenido mucho alivio en los análisis, porque por tratarse de padre de médico no cobran nada así es que en esto hemos tenido mucho ahorro. Como tú sabes una enfermedad así es cara, Nano nos ha ayudado también, así es que nos hemos acomodado perfectamente con las entradas.

Ya parece tendremos aumento de sueldo, solo ayer salió aprobado el proyecto, nos pagarán a contar del mes de marzo y como éste va a la Caja recibiremos abril y mayo, nos aumentan el 22,6 por ciento sobre el sueldo, además subimos un grado y a nosotros nos agregan el 14 por ciento de horas extraordinarias que recibíamos a fin de año por ocho meses que era el 21,42, pero desgraciadamente, la vida encarece y el aumento lo gastaremos en el sobre precio de los artículos, pero no importa siendo plata en la mano uno está feliz.

Ayer tuve la gran alegría de recibir aquí en mi oficina la visita de Mariíta Santa Cruz, no te imaginas lo mucho que conversamos, me informa de tu vida y cómo era tu pieza, la que ellos encontraban muy acogedora y bonita, y lo muy bien que habían pasado en tu compañía; hace grandes elogios tuyos, es una niña encantadora, quedó de ir a nuestra casa en la próxima semana, nos pondremos de acuerdo por teléfono, irá con Eugenio, los invitaría a tomar té. Me trajo el pañuelo, el que encontré precioso, es de todo mi gusto, la colonia me la llevará después, porque ésta la trae en los baúles. Me dijo que una amiga de ella se va el 15 de este, a Londres, se llama Paz Echeverría, tiene mucho interés de conocerte, así es que te mandaremos con ella unos recortes de diarios y Pro Arte. Sobre lo que nos dices en tu carta de viajes, los encontramos maravillosos, ojalá que todo te resulte como lo dices, igualmente las conferencias que piensas dar. En Puerto Rico lo pasarás muy bien, pues ahí te encontrarás con Maruja y Hermann, porque así lo han pensado, ya la Maruja partió hace días a EE.UU.

Fíjate que hasta ahora Julita no ha recibido tu tarjeta y tanto que yo se la había anunciado, mándale otra por favor, también mándale una a Mauricio Amenábar que es un joven tan atento, me pregunta con tanto interés por ti. (Banco Italiano). Mi cuenta la mantengo muy bien, en la tuya tienes un haber de 500 pesos, así es que a tu regreso puedes seguir con tu cuenta corriente.

No dejes de regresar en los primeros días de octubre, porque así conviene, no te vayas a entusiasmar a estar más. Se me había olvidado contarte algo jocoso, cuando fui a retirar de la casa Negrete los libros que allá había entre estos paquetes que la María González los tenía arreglados, había una caja llena de retratos de antiguas parejas de novios, caballeros con leva y colero, muchachos con macfarlán y una cantidad de damas de trajes de cola; yo creyendo que eran de Roberto no quise dejarlos botados y me los traje junto con los libros y, gran sorpresa, eran de antepasados de Molina, tu gran amigo, cuando me lo dijeron qué rabia más grande, pero ahí quedaron guardados en la bodega del edificio en que vivimos para que tú dispongas de ellos y los hagas colocar en tu pieza. Esto te va a causar risa, ya te veo leyendo esto.

Toda la familia nuestra está bien, Santiago, Elena y demás familia, la Toya viene seguido, me acompaño muy bien con ella. La Ketty atraviesa por un período de pena, está muy retraída, no sale, yo la embromo y le digo que está apenada por la ausencia. Escríbele.

Todos ellos te envían saludos, lo mismo la Ilse a la que tenemos muy cerca, Fernando te envía saludos cariñosos, lo mismo Nano y Nena y los pequeños que están encantadores.

Te abraza tu madre que tanto te recuerda
Hortensia

Broadway, 13 de mayo de 1950

Mi querido Fernandillo:

Mucha alegría me produjo tu carta tan detallada e interesante. Te agradezco los paquetes de recortes que me has enviado y que no han llegado aún a mi poder. Si te es posible, inclúyeme en una próxima carta de la mamá o tuya los poemas que aparecieron en Pro-Arte y una Crónica

de Londres que debe haber sido publicada últimamente o estar por publicarse. El correo ordinario tarda demasiado.

Gran preocupación me produjo la noticia de la enfermedad del papá. Le escribí hace algunos días. Me alivia saber que está mejor y que va a pasar el invierno con Uds. Entiendo que la nefritis requiere sólo reposo y régimen de alimentación, de manera que hay que luchar por que no haga desarreglos.

Por diversas fuentes he tenido noticias muy desfavorables sobre la situación de Chile. Parece que los gremios han adquirido una importancia preponderante, completamente al margen del control de los partidos. Tal es, en estos tiempos, la situación inevitable de la mala política. Los remedios no son fáciles. Habría que proceder audazmente, y no creo que haya una solución mejor que la dictación de una ley que diera a obreros y empleados participación en las utilidades de todas las empresas, medida que propician para Inglaterra aun los conservadores, y que figura en el ideario de los partidos social-cristianos. De otra manera, es probable que pronto lleguemos al caos y a la dictadura reaccionaria que es su consecuencia.

Desde lejos, me he dedicado mucho a pensar en nuestros problemas, y a ello me ha ayudado últimamente el libro de nuestro amigo Schwartzmann, que me parece cada vez más admirable. Voy a escribir sobre él un largo artículo que enviaré a Pro Arte. Creo que es la primera obra en que son realmente vistas algunas de nuestras características y posibilidades. Estoy convencido de que estas últimas son múltiples en un mundo tan cansado como el presente en Europa y tan desarticulado, y en ciertos aspectos tan anti-humano, como el que existe en EE.UU. Lo importante es que descubramos realmente cuál es nuestro modo de ver y cuáles los deseos fundamentales que nos definen. Estimo interesantísimos los trabajos que han iniciado en la cátedra del Dr. Matte. ¿No sería posible realizar paralelamente un estudio de los tipos psico-somáticos más frecuentes en Chile, en conexión con los tipos más frecuentes de neurosis y sicosis? Lo considero una manera útil de obtener información acerca del régimen particular de nuestros deseos, es decir, de nuestro ideal de vida. ¿No se produce el desequilibrio mental como una consecuencia de nuestra infidelidad a nuestro propio ideal de vida, entendiendo por tal, no simplemente a una idea, sino a algo mucho más profundo, que brota de nuestra conformación, de nuestras necesidades de todo orden y de nuestros deseos? Si hay archivos en el manicomio, creo que sería interesante sugerir como tema de memoria -tal vez colectiva- una historia de las enfermedades mentales en Chile. ¿Cuáles son y cuáles han sido los temas de nuestros locos y en qué difieren de los comúnmente aceptados como standard en Europa o los EE.UU.? Estoy cada vez más convencido de que nuestros males en todo el mundo provienen

de un progresivo endurecimiento de la personalidad humana. Cada cultura, en cuanto forma de la vida y del ser humano, representa un endurecimiento especial, una particular especie de limitación; lo que hace tan particularmente grave la situación de la cultura actual es la modalidad invasora de esta petrificación que ha llegado a comprometer más que antes partes fundamentales de la persona. Mientras exista el hombre, habrá un núcleo interior vivo, es decir, la posibilidad de un renacimiento, que no puede consistir sino en esa purificación interior que hace posibles las relaciones humanas alegres de que habla Shwartzmann. Tengo la intuición de que nuestras partes duras, el peso cemento de nosotros mismos que tenemos que cargar, es en nosotros, los latinoamericanos, diferente de lo que es en los europeos o yanquis. Diferente, por lo tanto, el círculo de nuestra vitalidad, y diferente nuestro mensaje. Mucho de esto se puede ver en los alienados. ¿Qué es lo que está muerto y qué es lo que está vivo en ellos? Creo que en el fondo de muchos chilenos -no sé si en los demás pueblos del continente- hay un escepticismo muy particular, radical, pero afortunadamente incompleto, que los lleva a una desvalorización de la vida y del mundo. Todo les da lo mismo y todo es juego. De ahí el abandono estético, la fealdad casi inhabitable, de nuestras casas, oficinas, colegios, ciudades y aun campos, que hace a todo nuestro mundo humanamente tan desgarrado si lo comparamos con este paisaje europeo tan amorosamente mantenido. En verdad, todo nos da lo mismo y nada es sino juego o tortura cuando el más fundamental de nuestros deseos ha sido contrariado. ¿Cuál es ese deseo en nuestra gente? Para mí la raíz de nuestros deseos fundamentales es siempre religiosa, pero sus manifestaciones no lo son sino indirectamente, con frecuencia. ¿Qué especie de religiosidad es la nuestra y de qué manera? -¿Tiende a otra cosa toda religión?- ¿Podemos librarnos de la aniquilante angustia de la muerte? ¿Cómo concebimos, imaginamos y sentimos a la vida eterna, es decir a la vida ideal? Estoy muy interesado en rastrear este tema en nuestra literatura, comenzando por Lacunza, y creo que a los alienados, cuya imaginación suele ser tan fértil y tan libre, es posible hallar un material muy rico. No sé si coincidiras conmigo en estimar que no puede haber terapéutica psicológica eficaz sino cuando se conoce el orden particular de necesidades, tendencias y deseos del paciente. No hallo ridículo pensar que, desde este punto de vista y si a perjuicio de todas las concordancias y conexiones universales, puede perfectamente haber una escuela chilena o latinoamericana de Psicoanálisis.

Te escribo desde el campo, desde un hermoso hotel a 80 millas de Londres, a donde vine con Juan José en su auto a pasar el week-end. Al fin se ha afirmado la primavera y hasta ha comenzado a hacer un poco de calor. Después de un año de invierno, el sol, las flores y la claridad de la luz me hacen feliz, como a un lagarto. El campo tiene aquí una belleza divina,

pero todos los colores son tenues, más bien fríos. Me hace falta el aroma salvaje de nuestras primaveras con cigarras y refulgente polvo dorado. Al lado de mi ventana en Londres hay pájaros que cantan desde el amanecer. También parecen civilizados y su canto parece estar ordenado místicamente en estrofas. Son maravillosos, pero demasiado humanos.

Aun no se formaliza mi posible viaje de conferencias a Francia, pero sí tengo casi la seguridad de ir a España a dictar en julio un curso de verano en Santander. Recibí también una invitación del Consejo de Cultura Hispánica para participar en un Congreso, cuyo tema fundamental será el problema de la cultura Hispanoamericana, que se efectuará en Madrid a comienzos de octubre. El tema y las condiciones económicas de la invitación son tentadores. El régimen español no me gusta, pero creo que el problema que él propone en la actualidad es enteramente secundario al lado de los verdaderos problemas.

Como estamos bastante cerca de Oxford, iremos a cenar allí esta tarde con Nicanor Parra, con quien acabo de hablar por teléfono. No lo veo desde hace dos meses.

Cuida de que la mamá no se afane demasiado y dile que quiero encontrarla muy sana y muy joven. Carlos Humeres me escribió una carta muy cariñosa y simpática y me dice que la halló muy juvenil hace unos días. Muy apretados abrazos al papá, a Nano, Nena y pequeños. Igualmente a la Ilse. A Héctor le voy a enviar otra remesa de recortes. Un abrazo para la Berta.

Te abraza tu hermano que te recuerda siempre
Luis

P.S. Mis crónicas dolencias económicas, me han impedido despacharte el libro, pero ya irá, tenlo por seguro.

Vale.

29 de mayo de 1950

Mi querido Luchito:

Es en mi poder tu carta de fecha 19 del presente, por la que hemos tenido noticias tuyas, que aquí nos pasa igual que a ti, la semana que no tenemos carta nos preocupa, así es que como tú ves yo soy la única que te escribo más seguido, Fernando no lo hace, porque tiene tantos afanes, y con su amor no le queda mucho tiempo, sobre todo ahora que está atravesar la calle por San Martín. Aquí gracias a Dios muy bien, aún tu papá no se levanta, pero lo hará en esta semana, ya está casi bien y con mucho ánimo, lleva más de cuarenta días de cama, pero se ha repuesto mucho.

Nano y su gente están muy bien, Nanito recibió tu tarjeta, como tú sabes es tan habiloso que estaba encantado y a todos se las mostraba. Por este mismo correo le envió una tarjeta a señora Byler, tal como tú me lo indicas. Amenábar recibió tu tarjeta, muy contento con ella, me pidió tu dirección. Julita muy feliz con la de ella (por fin salió), te la contestó inmediatamente.

Aún no está resuelto el proyecto de aumentos de sueldos; ha habido muchos reclamos de parte de los agricultores, porque les han subido mucho las contribuciones, así es que están en gran discusión en la Cámara, pueda ser que esto se arregle pronto, porque así lo esperamos todos con mucha urgencia, por supuesto que lo que corresponda a ti, te lo enviaremos, esto es en el reajuste que hagan, que creo nos pagarán a contar de abril, porque marzo va a la Caja.

Mariíta Santa Cruz no me ha llamado para anunciarme visita, así quedó de hacerlo, tampoco me ha entregado el perfume que me enviaste, quién sabe si no han llegado las maletas que vienen embarcadas.

Luchito, busca en las mercerías de esas ruedas que tú recordarás me regaló una Héctor, para colocar sobre los quemadores del gas en la cocina, las mejores son las inglesas, si cuestan poco puedes traer varias. El domingo almorzó Héctor y el hermano Rodolfo, en la casa; estuvieron todo el día, mucho te recordamos, este hermano vino a instalarse aquí, tiene una oficina de Dentista en el centro. Fíjate Luchito, que la Magda Arce está trastornada en un sanatorio, es algo muy grande que ha pasado, parece que el causante es el marido, parece algo le ha hecho para que esto le pase, la familia está angustiada según me contó Fernando, parece que piden vaya un médico sicólogo chileno, para que se informe, lo tiene que mandar la familia y según parece quieren mandar a Fernando por uno o dos meses, esto es muy reservado, pero

creo a Fernando no le convendría, porque ahora está comenzando su trabajo. Anoche comió con el Dr. Matte y varios médicos más, en tus cartas no menciones esto porque Fernando se enojaría, pero tú puedes referirte a esto diciendo que Hermann te contó. Mañana te enviaré el libro que pediste y también el Pro Arte último en donde sale un artículo tuyo muy lindo.

Todas las personas amigas te envían muchos saludos. Salió de Senador Falangista Tomic. Te enviaré estos recortes. Patricio es Presidente de la Falange.

Lucho, Fernando, Nano, Nena, Ilse, Ketty, Nena, Nano, Mario, te envían muchos saludos. Lucho Humeres, Grillo, te escribirá, dice ha empezado muchas cartas.

Te abraza tu madre que tanto te quiere
Hortensia

Berta, Lucha e hijo te envían saludos.

Santiago, 18 de junio de 1950

Señor don
Luis Oyarzún P.
Londres

Mi querido hijo:

Acuso recibo de tu carta de fecha 11 de mayo pasado por la cual hemos sabido que estás bien de salud y que estás pasándolo muy bien en esa gran ciudad de Londres. También te diré que tu mamá recibió la carta de fecha 28 de mayo que tú le escribiste desde Dublín, de cuyo contenido estamos impuestos. Por la citada carta hemos sabido que tú ya estas pensando en tu viaje de regreso que será en noviembre, eso sí que piensas hacer escala en Puerto Rico, Jamaica y New York, llegando a Chile en los primeros días de diciembre del pte. año, no tenemos sino aprobar esta resolución tuya, que retarda de una manera considerable el regreso de nuestro Lucho, pues parece que hace un siglo que no te vemos.

Te diré que después de estar 50 días en cama atacado de varias dolencias, hacen ya cinco días que me estoy levantando y he quedado algo flaco, pero tengo buen apetito para comer, así es que espero recuperarme pronto. También te diré que tu madre y mi hijo Fernando me atendieron admirablemente bien y debido a sus cuidados es que hemos logrado cantar victoria, excusado me es decirte que mi gratitud para ambos será eterna. Como el tiempo esta frío y lluvioso he resuelto pasar el invierno en la Capital en nuestro departamento que tiene buena calefacción.

Te contaré que la política está muy revuelta, en el norte triunfó por gran mayoría R. Tomic, falangista, contra Cuevas, radical, en la vacante que dejó Neruda.

El Proyecto Económico del Ministro Vial sobre reajuste de sueldos y salarios para los empleados civiles de la Adm. Pública y Fuerzas Armadas fue rechazado por 3 votos contra 2 en la Comisión de Hacienda del Senado, teniendo que notificarle el financiamiento, quedando el aumento reducido al 30% para todo el mundo por parejo y con una asignación familiar de \$415 por carga, parece que el Senado lo aprobará en esta forma, pero los sindicatos en una asamblea que tuvieron en la semana pasada en el Teatro Coliseo, no aceptan modificación alguna al Proyecto Primitivo, comenzando con una huelga general para mañana martes por un día, pero el Presidente González Videla llamó a su despacho a todos los jefes de Reparticiones Públicas y les ordenó advertir a sus subordinados que el que no asistiera a su trabajo el martes perdería el puesto, por lo cual creo que no habrá paro mañana.

Terminaré la presente, comunicándote que Nano, Nena y chicos están bien de salud, tu mamá y Fernando también buenos, el que no está muy bien es tu papá, pero estoy cuidándome mucho y creo que me mejoraré.

Todos te envían abrazos cariñosos.

Se despide tu papá que desea verte y abrazarte.

Luis

La Berta, Lucha y su chico te envían cariñosos saludos. Si pagan a fines de mes el reajuste de sueldos, se te enviará lo que te corresponda por el citado reajuste.

Santiago, 9 de julio de 1950

Señor
Luis Oyarzún P.
Londres.

Mi querido hijo:

Acuso recibo de tu atenta y cariñosa carta de fecha 15 de junio pasado, la que llegó a mi poder el 21 de junio en la mañana, día de mi santo. Fue para mí una sorpresa muy agradable el recibir el saludo de mi hijo que se encuentra a tan lejana distancia y que haya calculado tan matemáticamente la fecha de envío de la carta con el fraternal saludo.

Por acá estamos más o menos bien de salud y afrontamos una carestía de la vida cada día mayor, con decirte que los diarios han subido a \$3 c/u, así es que hay que comprarlos día por medio. Por fin fue aprobado el Proyecto Económico del Gobierno de reajuste de sueldos a los Empleados de Adm. Pública al Proyecto primitivo se le hicieron algunas modificaciones, habiendo quedado en definitiva un aumento de 22,1% sobre el sueldo actual, más ascenso de un grado en el escalafón, también se aprobó uno por encasillamiento para doce Departamentos de la Adm. Pública, entre ellos está el profesorado y la beneficencia, por consiguiente se benefician tú y Fernando, por este último capítulo. El proyecto está todavía en la Cámara de Diputados, quedando aprobado en la próxima semana, creo que el pago va a ser por parcialidades y se aumentarán desde marzo en adelante.

Aníbal aún no se ha venido de Iquique por temor al frío invierno de la Capital, viven en compañía de la María Elena y su esposo Polanco y niños, su dirección es a Casilla 153 del correo de ese pueblo, por si deseas escribirle.

Lucho, creemos aquí que en vista de lo delicado de la situación internacional por la Guerra de Corea, tú te verás obligado adelantar tu viaje de regreso, pues, parece inevitable una 3ª Guerra Mundial. Ayer estuve en Buin y mucho nos acordamos de ti a la hora del almuerzo, los niños están muy bien y cada día más habilosos.

La política está bastante incierta, pues los radicales no armonizan con los otros partidos y parece que no tardará mucho en caer la actual combinación de Gobierno, no divisando qué combinación podría subir al gobierno.

Con abrazos cariñosos de tu mamá, Fernando, de Nano, Nena y niños, se despide tu papá que desea verte y abrazarte.

Tuyo
Luis

La Berta y su prole corresponden tus recuerdos.
Vale.

11 de agosto de 1950

Mi querido Luchito:

Hoy recibo tu carta fecha 4, en donde me anuncias que ya estás de vuelta en Londres, mucho me alegro, pues yo paso muy tranquila cuando te encuentras ahí.

Creo habrás recibido una anterior de fecha 8 -todas mis cartas las hago despachar aéreas, las mando desde la Oficina, pero mucho me temo que me las manden por correo ordinario, ya no me voy a confiar de nadie, voy a ir personalmente a dejarlas al correo. Esta te la escribo urgente, pues conviene que mandes inmediatamente a la Facultad de Filosofía y Artes Plásticas y Bellas Artes, una solicitud pidiendo prórroga para tu vuelta a clases exponiendo tú los motivos. Hoy me encontré con Gómez Millas en la Universidad y me preguntó por tu regreso, entonces le expliqué que posiblemente no regresarías tan pronto, porque no he querido decir lo que has pensado de hacerlo en diciembre, es mejor que le avises tú a cada Facultad. Donumeis espera -me dijo- aunque sea unas cuatro líneas diciéndole el regreso, todos muy atentos, dicen que haces bien en aprovechar lo más que puedas, pero para constancia es mejor que lo hagas y como atención hacia ellos, ya que se han portado tan atentos conmigo, muchas veces me da vergüenza que tú no les hayas escrito, al Pedagógico no ha llegado ninguna tarjeta.

Valenzuela, muy buena persona, ya es abuelo; conviene lo felicites, yo le hice un regalito para su nieto. Luchito no dejes de hacer esto inmediatamente de escribir mandando aviso de tu regreso, y como dices no hay pasajes es justificado. También hoy conversé con Orellana y me dijo que estaba muy bien que le dijera no regresabas todavía, porque él buscaría un reemplazante

para Estética, el que era un poco difícil, pero que él acomodaría esto. Yo temía mucho que dejarán de pagarme tus sueldos, pero me dijo que no tuviera cuidado, pero para mayor tranquilidad que avisarás tal como yo te digo, yo te iba a poner un cable, pero después por no gastar mucho pensé en escribirte, ojalá llegue bien pronto. Mayores novedades no hay, creo que a fines de mes te enviaré dinero, no será mucho pero algo que sea. En una anterior te mandé la dirección de Jorge (Manuel de Salas 383). Alfonso Bulnes Calvo (Av. Bulnes 377 - Depto. 612-6° Piso). Alfonso se casa ya en estos días, vivirán en Peñaflor en una casa muy linda, pero muy a disgusto de los padres, más no te puedo decir, porque no sé más, en una anterior te decía que habría hablado por teléfono con la Inés, y lamentaba mucho que no se hubiera ido contigo. Covarrubias espera tu trabajo. Me alegro que en fotografía me hayan encontrado bien, podías traérmela en miniatura de porcelana al paso por Italia, en realidad estoy muy bien. (Pero ahora no lo estoy menos). El departamento lo tengo precioso, gozo admirando mis adquisiciones, no creas que he gastado mucho, tú sabes que yo las encuentro baratas, si no fuera que el Dentista me ha dejado arruinada en el trabajo tan carísimo, \$9.000, te das cuenta, y lo peor es que los préstamos están suspendidos, pero como tú dices hay que tener confianza en Dios.

Recibí muchos saludos de todos, Nena-Nano y niños, familia Grass, Lucho H. y todos en general. Berta.

Te abraza tu madre que mucho te quiere
Hortensia

Sra. Rebeca de B. Artes te manda muchos saludos.

Londres, 15 de agosto de 1950

Mi querida mamacita:

Acabo de recibir su carta de fecha 9 del presente, la cual esperaba ya con impaciencia, pues no había tenido noticias de Uds. desde las 2 cartas seguidas del 24 y del 25 de julio. Desde mi última carta, escrita después de mi regreso del Sur Oeste, no he tenido grandes novedades, aparte de lo que ya les anunciaba sobre mi viaje a Edimburgo al Congreso del Pen

Club. Partiré con Salvador Reyes pasado mañana, 17, y estaremos en Escocia hasta el 27. El Congreso coincide con la iniciación del célebre Festival de Música, Ballet y Teatro, que tiene fama de ser el más sobresaliente del mundo. Tendré oportunidad de oír algunos conciertos magníficos y de asistir a alguna de las óperas de la temporada. El Pen Club se hace cargo de todos los gastos, de manera que mi pésima situación económica permanecerá por lo menos estacionaria.

En cuanto a mi residencia en Londres, se puede decir que toca ya a su fin. Mme. Byles -que me pide saludarla con mucho cariño y excusarla porque todavía no ha contestado su tarjeta- ha vendido sus casas y, aunque deberá entregarla el 15 de noviembre, se halla muy afanada vendiendo muebles y preparándose para este cambio que introduce un completo trastorno en su vida. La pobre señora se siente completamente sola y no sabe adónde ir. A consecuencia de las ventas previstas, me pidió desocupar mi pieza del primer piso y trasladarme al departamento del segundo, que ahora habito y del que podré disponer por el mismo precio de la pieza hasta el 1° de septiembre, fecha para la cual espera arrendarlo en la suma habitual, que sería demasiado alta para mí solo. El departamento es espacioso y bonito: tiene un dormitorio con bella vista hacia el jardín, un amplio living-room, baño excelente y buena cocina, desde la cual le escribo esta noche, mientras llueve y sopla el viento sobre los árboles como si fuera invierno. A mi vuelta de Escocia es, pues, probable que esté sólo unos días en esta casa que me he acostumbrado ya a mirar como mía, en estas alturas -bien relativas- de Highgate, desde las cuales suelo contemplar una gran parte del enorme y gris espectáculo de Londres. Como debo ir a España en octubre, para asistir como invitado a un Congreso sobre la cultura hispánica, es posible que adelante mi viaje y que parta en los primeros días de septiembre, para alcanzar a conocer el norte de ese país, que me interesa mucho. Después de tantos viajes, me parece que España es, junto con Italia, el más hermoso país de Europa, y ciertamente el más barato. Estoy, además, aburrido del permanente invierno que este año ha dominado sobre estas Islas. He perdido ya la memoria de un completo y perfecto día de sol, que no conozco desde que estuve en la Costa Azul.

Hace una semana, fui con Salvador a la costa Este. Llegamos hasta la región de los Broads, que son pequeños lagos situados a la orilla del mar. El tiempo gris nos hizo encontrarlo todo considerablemente feo. En este país, los balnearios -aun los más famosos, como Brighton, Bourmemouth y Torquay- son horribles y en esta época del año están desmesuradamente llenos de una multitud que dista mucho de ser bonita o elegante. Abundan

las mujeres más feas de Europa. En este último fin de semana, fui con Juan José a visitar a Lord Dunsanny en su casa de campo en Showhann. Estuvimos allí el sábado. Le llevé el libro que Ud. me mandó con la señorita Comber, amiga de Aníbal, que resultó ser muy simpática. El domingo fui con el mismo Juan José y con Gonzalo Santa Cruz, que estaba de paso en Londres, de regreso a Chile, a Oxford, donde encontramos a Nicanor Parra, el cual no se ha movido de esa ciudad que ejerce sobre él una influencia mágica. Juntos fuimos en seguida a visitar a Blenheim Palace, el palacio del Duque de Marlborough, que está en las cercanías. Entre otras cosas, bonitas y feas, vimos allí la pieza en que nació Mr. Winston Churchill. Como creo haberles contado, gran parte de los castillos y palacios que aún pertenecen a sus dueños, están en este país abiertos al público, previo pago de una cierta suma de dinero que ayuda a mantenerlos. Yo he conocido muchos, algunos hermosos, pero casi siempre inferiores a los parques que los rodean.

Me alegra la noticia que me da de una probable beca para Fernando en Italia. En todo caso, habrá que esperar que la situación internacional se defina un poco más antes de hacer planes. Dígale a Grillo que lo recuerdo mucho y que le agradezco las amabilidades que ha tenido con Uds. y que, si no he escrito sobre Italia, ha sido a causa del poco tiempo que allí estuve. Ayer le escribí a Romano una larga carta.

A mi vuelta espero hallar la largamente esperada remesa del aumento, que me servirá para cancelar mis deudas con Mrs. Byles.

Me alegra saber que todos se hallan bien. Yo también a veces me desvelo en las noches con el doloroso sentimiento de estar lejos de Uds. y no son pocas las ocasiones en que daría cualquier cosa por verlos y tocarlos, por tenerla a Ud. a mi lado, sentir la carraspera del papá a corta distancia, tocar el pelo espeso de Fernando y dormir con esa dulce seguridad y confianza de estar en su casa, en medio de una atmósfera de cariño. Me reconforto pensando que falta ya bien poco para que, con la ayuda de Dios, eso se cumpla.

Con apretados abrazos al papá, Fernando e Ilse y con cariños a Berta, la besa su hijo.

Luis

P.S. Cordiales saludos a Berta. ¿Se casó Alfonso? El pícaro nada me ha escrito.

24 de agosto de 1950

Mi querido Luchito:

Hoy he recibido tu carta fecha 15 de agosto en contestación a una mía de fecha 9, después de ésta te escribí otra de fecha 11 que era sumamente urgente, pues era en la que te pedía mandar una solicitud a la Facultad de Filosofía pidiendo prórroga para tu regreso. Me ha tocado entrevistarme con las distintas personas que dices en tu carta, porque he tenido que excusarte mientras tú escribes para que tu vuelta a ésta sea justificada, por eso te escribí apresuradamente sobre esto.

Luchito, no te impacientes tanto, por no haberte reembolsado ya dinero pero ha sido para poder enviarte algo que te saque de apuros, además los reajustes los han pagado recién, y con poco más del sueldo de este mes. Te reuniré unos 8 mil pesos o más si puedo y te los remitiré el lunes que creo sale avión para Londres.

He estado preocupada por tu situación y por eso te he remitido un cable para que estés tranquilo y yo también, porque si por mí hubiera sido ya quisiera que esto lo tuvieras allá, pero no hay manera de enviarlo más rápido, por eso te remití cable para que tengas tranquilidad, no temas, porque si esto que te remitimos es poco, no me importa vender lo que he adquirido con mi reajuste, lo que me ha embromado fue el arreglo de mis dientes que fue tan caro, pero también lo he hecho con mis entradas y algo que he dejado pendiente para cuando se valoran los préstamos dentales. Pero como no tenemos que tener secretos, si tú necesitas más dímelo, que yo me las arreglaré aquí.

Deseamos mucho ya tu regreso, pero gracias a Dios ya falta poco, estos meses se pasarán rápidamente para estar nuevamente reunidos, ojalá que no te sientes y sigas viajando, después de lo que nos has comunicado. Hermann ya regresa, mañana viernes 25 llega por avión, los niños están felices. Aquí estamos muy bien, tu papá se ha sentido muy bien, ahora no quiere irse a Buin, que haga lo que él quiera donde más le guste que esté, no molesta en nada el pobre, lo único que se aburrirá porque no hace nada.

Alfonso Bulnes se casó hace ya quince días, se fueron a pasar su luna de miel a Limache donde el Dr. Matte en una casa que ahí tiene.

Mucho me alegro que ya te vengas acercando porque creo que el regreso será España, después Puerto Rico y por último Estados Unidos, para ya regresar a Chile.

Te pongo al tanto de la gente que te manda saludos. Dr. Eleodoro Cereceda, Dr. Darío, Lucho H. que recibió tu tarjeta, que la ha encontrado preciosa; la puso en su álbum, y dice

que si recibiste un cuento de Lord Dunsanny, Julia Líbano te envía saludos y todas las personas conocidas. La Berta también lo mismo, la Lucha que ya tenía su chiquillo muy bonito.

Espero Luchito tener pronto carta tuya, recibe mucho cariño de tu papá y Fernando.

Te abraza muy estrechamente tu madre que mucho te quiere

Hortensia

Londres, 14 de septiembre de 1950

Mi querido Fernando:

Ayer recibí la carta de la mamá, seguida de tu epílogo y del codicilo de la Nena. Por lo que a ustedes respecta, siento la satisfacción de saber que están bien, a pesar de que no dejó de inquietarme tu final «¡Vuelve pronto!» tan anhelante. Explícame su significado. En lo que tiene que ver conmigo, la carta, con la noticia de que Jorge Millas está en Santiago, no podía ser peor. Es desesperante. Quedé anonadado. He vivido estas dos últimas semanas esperando unos dólares que él me prometió, con los cuales contaba para mi viaje a España. Ahora resulta que él está en Chile, que seguramente no piensa mandar un centavo y, para colmo de males, que dice que debo dar mis conferencias antes del 15 de noviembre, cuando él bien sabe que no he podido conseguir pasajes anteriores al 4 de ese mes. Conclusión: 1) no puedo ir a España porque no tengo dinero; 2) no puedo quedarme en Londres por la misma razón y, además, porque la vieja Mrs. Byler me echa a cada instante de mil maneras; 3) en vista de las fechas que Jorge ni siquiera se molesta en comunicarme él mismo, no puedo ir tampoco a Puerto Rico, y por último, 4) lo que es más ridículo que todo, tampoco puedo regresar a Chile, porque me comprometí a aceptar (y ya no hay pasajes a Chile hasta diciembre o enero) un pasaje a Nueva York para ir a esa isla maldita. ¡Comprendes la situación? ¿Qué me queda? Parece que el suicidio fuera la única consecuencia lógica. Pero lo que me indigna es que no me haya Jorge escrito ni siquiera una letra, cuando bien sabía que toda mi situación dependía de él. Y ahora ha estado almorzando en la casa, a dos metros de la carta que la mamá no había querido cerrar hasta verlo a él y no tuvo la idea de escribirme cuatro renglones. Se limita a mandarme el recado de que debo estar en Puerto Rico qué sé yo cuántos días antes del 15 de

noviembre y de que debo marcharme hasta allí desde España. ¿Cuándo van a comprender, Dios mío, que en Europa los pasajes baratos se toman con meses, años de anticipación? ¡Desde España! Hasta ahora nadie ha comprendido tampoco que no tengo un centavo. Sin un centavo en Londres. ¿Entiende Jorge lo que es eso? Si me he quedado hasta ahora, ha sido exclusivamente para pasar a Puerto Rico y porque contaba con el dinero de que él me habló como honorarios preventivos de mis conferencias.

¡Ay, Dios mío! Para ensayar una última esperanza, iré hoy a la Agencia Cook a ver si pueden anular todo lo que me han reservado hasta ahora (Southampton-New York, New York-Puerto Rico), y conseguir, dentro de las libras que da el British Council, pasaje en avión a España, de España a EE.UU. y de aquí a San Juan. Lo creo imposible, tanto desde el punto de vista del precio como de la escasez que existe en materia de asientos en los aviones. Como ves, mi estado es más calamitoso que nunca. ¿Qué hacer? Hoy mismo, después de mis averiguaciones en Cook, le escribiré a Jorge Millas que ha sido más que descuidado en todo este asunto.

Por lo demás estoy bien. Escribanme ahora a la Embajada. Todavía vivo en Horsey Lane, pero no sé hasta cuándo. No mucho tiempo. Con abrazos a la mamá y al papá (nada me hablan de él), te abraza tu hermano que mucho te quiere y que se ha transformado en paño de lágrimas.

Luis

Londres, 22 de septiembre de 1950

Mi querido Fernando:

Estoy bastante inquieto, a causa de que no he recibido carta de Uds. desde hace más de dos semanas. Bastante les he dicho que esto es una tortura para mí. Necesito por lo menos una carta semanal. (Perdona la letra; su irregularidad se debe a que acabo de estar lavando en el baño mi impermeable, que estaba demasiado sucio por el humo de Londres). Me acuerdo de que hace muchos años la mamá solía escribirme al internado con una letra temblona por haber estado haciendo dulce de membrillo. Ahora sé lo que son los trabajos domésticos, que comparto en la casa con Fernando Murtinho. Espero que en los meses que pasaré todavía

aquí me ahorren en lo posible el sufrimiento de no tener noticias de Uds. Yo le escribí a la mamá a Buin, a la Caja de Ahorros, dándole cuenta de haber recibido el cheque contra Zurich, que mucho les agradezco. Diariamente me asomo unas tres veces a la escalera a ver si Mrs. Byler me ha dejado alguna de las tan esperadas cartas de Chile. Pero en vano. No es cristiano mantener a una persona tan largamente en esta especie de desamparo.

Mi vida sigue deslizándose con tranquilidad e interés. Nuestra casa funciona regularmente. Hubo un período de aclimatación a los nuevos menesteres y a la mutua compañía entre sus dos habitantes y ahora las principales dificultades han sido superadas. Mi compañero es un muchacho con bastantes cualidades, pero de un carácter muy difícil, a causa de su loca piedad católica y de su exagerada vanidad. Ha sido para mí toda una enseñanza convivir con este raro tipo de joven contemporáneo, a veces neurótico hasta la locura, violento y apasionado, que, sin embargo, no se cansa de hacer el elogio de la dulzura, de la bondad, de San Francisco y de la Virgen de Fátima. Es una de las más curiosas novelas humanas que he conocido y me tienta a escribir una novela. No tiene casi nada en común con los amigos que he tenido hasta hoy y no creo que por mi parte llegue a sentir verdadera amistad por él -cosa que, cuando se la digo, lo desespera, pues aspira a ser minuciosamente amado. Pero lo importante es que podemos vivir en paz.

En la semana pasada tuve que hacerme cargo de la María Rivas -hermana de la Margot e hija de don Manuel Rivas Vicuña- y de su marido, Alfredo Sánchez Lascano, corredor de la Bolsa de Santiago, que vinieron a Londres por tres días y que me fueron recomendados desde París por la Margot. Les mostré lo más posible de la ciudad. Los instalé en un hotel de Piccadilly, los llevé a las tiendas, a un concierto dirigido por Sir Thomas Buchan en el Albert Hall, a la Abadía de Westminster y a la Catedral de San Pablo, a la Torre de Londres, a la National y a la Tate Gallery, al Castillo de Windsor, etc. Me transformé en su ángel tutelar y el acompañarlos me sirvió para tener una nueva visión panorámica de Londres, que resulta más interesante, como ocurre con todas las cosas, cuando rompemos nuestros hábitos, que nos impiden ver ingenuamente la realidad. Los Sánchez regresaron el viernes a París. El sábado fui con Salvador Reyes, de quien me he hecho muy amigo, al barrio de Popular, famoso en muchas novelas de ambiente marítimo por su animación caótica y por su población flotante proveniente de todas partes del mundo. Nos llevamos una gran decepción, pues, aparte de no tener el célebre barrio ningún carácter pintoresco especial, estaba desierto. La vida inglesa es lo menos pintoresco y colorido que hay en el mundo. Valparaíso es un puerto infinitamente más lleno de vida humana y de extravagancia

imaginativa que cualquiera de los grandes puertos británicos. Después de atravesar el túnel que pasa por debajo del Támesis, no encontramos sino silenciosa sordidez de feas casas de ladrillos grises a la orilla del río, que en su movimiento agitaban en una poza una vieja silla desvencijada y pedazos de neumático. En la noche de ese mismo día fui con Salvador y Juan José Fernández a un «Bottle-party» -fiesta en que cada uno lleva una botella-, a casa de Gabriel Coultahurd, un joven poeta inglés que habla castellano. Ahí estaban también la Malucha Solari, el Dr. Benjamín Viel, Pedro de la Barra, el Dr. Calvo y otros sujetos de varias nacionalidades más o menos lejanas. Fue una orgía más bien fúnebre, pero muy curiosa, sin imaginación ni alegría y con muy pocas vituallas.

El domingo fui con Juan José a St. Albacuer, que está a 20 millas de Londres, a visitar una famosa catedral, una de las más grandes y viejas de Inglaterra, pues fue comenzada en el siglo XI. La ciudad misma, que es muy pintoresca, es antiquísima; data del tiempo de los romanos que la llamaban Verulanium. Todavía se conservan algunas ruinas de aquella época: una columna y los cimientos del anfiteatro, aparte de algunos restos de murallas. Después de visitar la enorme catedral que, desgraciadamente, ha sido muy restaurada en los últimos tiempos, después de las destrucciones de la Reforma, pero que aún mantiene secciones donde se advierte la imponencia de su primitivo estilo normando, fuimos a través del campo hacia las ruinas romanas. A pesar de que era un día muy gris, uno de esos días sin colores tan característicos de estas islas, ya se advertía la proximidad de la primavera. Como si yo mismo fuera un árbol a punto de brotar, me he dedicado a espiar la llegada de la primavera, que ya está comenzando. Ayer en Waterlow Park, un pequeño parque cercano a nuestra casa, vimos unos cerezos del Japón con botones rosados y unos sauces llenos de yemas que se abrirán en estos días. La temperatura ha sido muy suave durante todo este tiempo, pero ha llovido en abundancia.

Mañana 23 es la General Election, que ha apasionado, si no a la gente, que se ve igual que siempre, por lo menos a los diarios. Las predicciones son difícilísimas. Yo he seguido muy de cerca el desarrollo oratorio de esta contienda y me ha costado bastante decidirme por uno de los dos lados, a pesar de mi simpatía anterior por los laboristas. Después de escuchar antenoche a Sir Stafford Crippó en un barrio de Londres -Hammersmith-, me he inclinado apreciablemente hacia el labour Party. Fue para mí muy interesante asistir a ese meeting y comprobar personalmente la severidad de las costumbres políticas inglesas. Fuera de Mr. Churchill -que no deja de aparecer un poco ridículo y bastante majadero-, nadie habla con pasión. Prefieren usar el lenguaje de los hechos. Sir Stafford habló más de una hora con una admirable claridad

intelectual, con mucha serenidad y sinceridad y contestó sin inmutarse algunas de las interrogaciones y preguntas que le dirigieron sujetos más o menos bullangueros del auditorio. Churchill, con maña y no muy buena fe, ha transformado en uno de los temas de la elección la idea de una nueva tentativa para llegar a un entendimiento con Rusia sobre el control de las armas atómicas. La propuesta ha producido efecto, a causa del estado de temor en que se vive acá, después de las revelaciones acerca de la bomba de hidrógeno. Aquí se siente mucho más que en Chile el carácter catastrófico de la historia actual. Hay una histeria europea que suele ser impresionante. Pero a Churchill lo engaña la vanidad. Él cree que su sola presencia con el Gobierno significará automáticamente la solución de los problemas más graves de la vida inglesa, incluso del problema atómico. Los conservadores carecen de un programa perfectamente definido como el de los laboristas. Pero estos, por su parte, me parecen en general poco inspiradores, anticuados en muchas ideas y demasiado amigos de una planificación inflexible. Lo cierto es que la política inglesa -notable por su objetividad y por su caballerosidad- no ha podido crear un verdadero movimiento comunitario y fuerte. Al individualismo oponen la planificación, el reglamento o la ley, pero no la idea de comunidad. Todos viven solos como islas y los mismos socialistas son individualistas más o menos misantrópicos en sus costumbres. Lo que me deja insatisfecho en la vida inglesa es algo propio de todos los grupos, credos y personas: es la falta de vitalidad y de entusiasmo creador, el tono exageradamente introspectivo de la existencia. Me parecen incompletos y menos capaces de la grandeza a que la personalidad humana tiende en otros pueblos. Son, como su paisaje, seres sin color. Creo que no podría vivir indefinidamente en este país.

Bueno, Fernandito, espero que me escribas una larga carta. Cuéntame aún cosas insignificantes, que todo lo de allá me interesa. Dame detalles sobre la mamá y el papá, sobre todos y todo. Al papá le voy a escribir en estos días. Creo que hoy cumplen 30 años de matrimonio. Me he acordado varias veces de este aniversario, que había que considerar feliz.

Besa de mi parte a la mamá. Abrazos al papá, Nano, Nena y niños. Un abrazo para la Ilse. A la Maruja le escribí una tarjeta (dirección de Hans). Abrazos a la Berta. Tú recibe el cariño de tu hermano.

Luis

P.S. Mándame las direcciones de Oscar Marín y Munizaga.

Incluyo una fotografía que me tomó Parra en Oxford. El otro es un gringo cuyo nombre no sé.

Covarrubias me contestó prometiendo arreglar a la brevedad posible la situación de Schartzmann. Un abrazo para él.

P.S. Si se produjera por cualquier motivo un «supplies» económico, acuérdesse de mí. Pueden mandar cheque por libras esterlinas. Mi situación no es clara.

Sobre el Atlántico, 12 de octubre de 1950

Mi querida mamacita:

He escrito desde el «Constellation» en que vuelo a Nueva York. Salí de Madrid poco después de las dos de la tarde y llegué a Lisboa a las 3 y media. Allí almorzamos y volvimos a emprender el vuelo una hora más tarde. Ya se ha producido la confusión de las horas, pues avanzamos a 300 millas por hora en el mismo sentido que el sol. Miré por última vez un paisaje de Europa: las casas doradas, verde y rosa de Lisboa entre las cuales sobresalía bajo una ligera bruma la cúpula de la Basílica da Estrela, las colinas rojizas verdeadas de pino, los acantilados de la costa del Portugal que terminaron por no ser más que una especie de arbol. Después, he entrevisto solamente el océano, oculto por la bruma dorada salpicada de nubecillas violetas que parecen esculpidas. Creo que nos falta muy poco para llegar a las Azores, donde aterrizaremos para permanecer unas horas. Sentí tristeza, pero no demasiada, al dejar Europa, en donde he alcanzado a estar 13 meses que son, supongo, muy importantes en mi vida. A pesar de tanto vagabundeo, me asusta la idea de llegar dentro de unas horas a Nueva York. Me imagino que allí las multitudes deben resultar un tanto sofocantes. Veremos.

Ya estamos mucho más cerca. Espero que dentro de un mes estaremos juntos de nuevo. La separación no ha dejado de ser cruel, pero era muy necesaria. Las nubes se han espesado mucho. Son ahora grises y apretadas. Hace un momento, interrumpí esta carta para devorar unos pequeños sandwiches, un queque y un vaso de naranjada que me sirvió la atenta asistente americana del avión. Ya oscurece. El sol nos gana la carrera. El avión es enorme, pero no de los más grandes. Deben venir unos 40 pasajeros, americanos, cubanos, portugueses. No he hecho amistad con nadie y el asiento de al lado está vacío, lo que resulta mucho mejor para la

comodidad de la noche. Después de las Azores hay que dormir. Aterrizaremos también en Terranova y Boston. Otro mundo.

Escribí a la Laurita Humeres, pidiéndole que me reservara una habitación en un hotel de Nueva York. La llamaré al llegar. Entiendo que partiré a San Juan alrededor del 20. Con Jorge y Manén, por primera vez en mucho tiempo me sentiré en mi casa, lo que me hacía ya falta. (Ahora el cielo superior es casi negro, pero sobre nosotros hay cielo azul y arreboles). Esta mañana vinieron a despedirme a la estación aérea Salvador y Alfredo Lefebvre, que está todavía en Madrid. Sentí tristeza al dejarlos.

Sigue oscureciéndose el cielo y el avión da unos brincos. Pero su marcha es tan regular, que puedo escribir sin dificultades. Leía -en esta ociosidad del avión- un artículo del «Times» sobre una exposición de geranios escarlata -pelargonium- que acaba de efectuarse en Kew Gardens, en Londres, y sentía cierta nostalgia de esa fea y seductora ciudad. En nuestros primeros días en Madrid, intercambiaba con Salvador Reyes impresiones admirativas. ¡Qué luz! ¡Qué color! ¡Qué animación! Pero, al final, los españoles nos parecían demasiado ruidosos y echábamos de menos a los buenos ingleses y a la discreta, descolorida intimidad de Londres.

Nueva York, 14 de octubre de 1950

El resto del viaje transcurrió con toda felicidad. Aterrizamos en las islas Azores y, después de otras 8 horas de vuelo sobre el mar, pasada la medianoche americana, en un aeropuerto de Terranova. Yo dormí pasablemente y vine a despertar poco antes de la llegada a Boston y de mi primer encuentro con los rascacielos y con la tierra cubierta de bosques y lagos de la Nueva Inglaterra. A las 8 de la mañana llegamos a Nueva York, que casi no se veía a causa de la bruma matinal. Después de muchas peripecias en busca de hotel, pues la ciudad está ahora repleta a causa de un campeonato de baseball, quedé instalado en el Belleclair, un hotel de Broadway, cerca de Central Park. Tuve la buena suerte de conocer en el avión a un matemático español, sin el cual me habría visto en aprietos, pues no tenía un centavo americano (el cheque que Ud. me envió lo cobré después de llegar). Llamé después por teléfono a la Laurita Humeres, y luego visité el Frick Museum, que es magnífico. Ya de noche, vagué por la famosa Broadway,

Time Square y la Quinta Avenida. Debo confesar que, aparte de su enormidad, que me produce una cierta angustia, Nueva York me ha impresionado como una ciudad fea, a veces siniestra, poblada de gente cosmopolita ordinaria y de feo aspecto. Si no fuera por los rascacielos iluminados que son impresionantes, sobre todo de noche, Nueva York me parece que sería una de las ciudades más horribles del mundo. En comparación con Europa, se nota aquí mucha barbarie. Se vive entre enormes avisos luminosos de aguas minerales, radios y fábricas de automóviles. Esta fealdad me recuerda la de Londres, pero no encuentro aquí el encanto de esa ciudad ni la gentileza tan visible de los ingleses. Ayer, un chofer de taxi a quien por ignorancia, le di una propina menor que la que él quería, me lanzó brutalmente las monedas por la cara. Dicen que eso aquí es usual. Por las impresiones que he recogido, creo que no viviría con agrado en esta metrópoli. Me gustó Trinity Square, donde hay una negra iglesia gótica-sintética-rodeada de enormes rascacielos menos horrorosos que la generalidad. Me gustó también la punta de Manhattan, desde donde se domina el panorama del río, con la estatua de la libertad y con los innumerables buques que entran y salen. Acodado en un fierro, al costado de un viejo edificio parecido a las construcciones de baños de Playa Ancha, vi esta mañana la salida del «Queen Mary», rumbo a Europa. Ya lo miré con alguna nostalgia. Además, me disgusta terriblemente la pronunciación americana del inglés y me cuesta entender y hacerme entender, porque en Inglaterra adquirí la pronunciación inglesa, que aquí parece resultar antipática al hombre de la calle.

Espero partir a Puerto Rico el martes o miércoles, apenas Jorge me envíe el pasaje. Entiendo que debo abandonar el país el 13 de noviembre, fecha en la cual partiría rumbo a Santiago. Me libré por un pelo de que me cancelaran la visa del pasaporte, cosa que han hecho en todo el mundo desde hace dos días, según sabrían Uds. por los diarios. Si hubiera retrasado mi viaje en un día, no habría podido entrar al país sin una nueva visa que me habría exigido una larga espera. Desde aquí la situación del mundo se ve aun peor que desde Europa, por el gran progreso de la peor brutalidad política americana. A estas alturas, resulta imposible elegir entre los americanos y los rusos, que son igualmente execrables.

Esta tarde iré a ver el célebre Planetarium en Central Park y si tengo tiempo iré al museo de Arte Moderno.

Abrace cariñosamente al papá y a Fernando. Reciba Ud. muchos besos de su hijo que tiene muchas ganas de verla y de verlos

Luis

Saludos a la Berta.

P.S. El Planetarium es estupendo y Riverside Drive y Central Park son de noche impresionantes. La gente sigue pareciéndome poco amable.

14 de octubre de 1950

Mi querido Luchito:

Recibí tu carta fecha 4 del presente que me enviaste de España, no te imaginas lo contentos que estamos que ya te estés acercando, el resto del tiempo que falta se pasará rápidamente y ya podemos decir que muy pronto estarás nuevamente con nosotros. En la mente muchas son las cosas que se me ocurren para recibirte; quisiera que todo lo encontraras bello, pero esto será difícil, pues has visto tantas maravillas que seguramente aquí lo irás a encontrar todo feo, pero lo acomodaremos a tu gusto. Aquí hemos estado muy preocupados y al mismo tiempo pasamos mucho susto porque la Nena tuvo su guagua, estuvo mal, y lo que era más sensible, era que el niño, por una gran torpeza del médico, más que nada por rivalidades que escuchan en Hospitales de pueblo chico, el niño casi queda parálítico para toda su vida, pero gracias a Dios y a Hermann que nos recomendó un especialista para recién nacido, el niño pudo recuperarse y creo su mejoría seguirá adelante, pero si no hubiera sido por esto, el pobrecito habría muerto o quedaría defectuoso. Lo tuvimos que bautizar rápidamente, se le puso el nombre Gerardo Alejandro; esto lo eligió la Nena porque dijo que como tú eras el padrino quería que llevara uno de tus nombres, el chico es lindo, muy blanco y rubio, yo creo que se repondrá bien. No te imaginas los trajines que han sido, con esto se ha tenido que llevar oxígeno de aquí, han llevado ya tres balones, pero por suerte para esto el padre de la Nena ha puesto el auto lindo que tiene a disposición y por otro lado tu papá que también ha tenido que viajar llevando y trayendo encargos. La Nena está muy bien. Me alegro tanto que estés ahí acompañado por Manen que es tan dije y por Jorge que es tan buenísima persona, yo me siento muy tranquila, porque sé que ahí has llegado como a tu casa, les darás muchos saludos. Si a Jorge se le ofrece algo relacionado con su papá que tengo el mayor agrado en ayudarlo, que me indique nomás, que en diligencias de departamento yo le puedo dar informes.

Me tienes que avisar con tiempo cómo vas a hacer el viaje de regreso, si en vapor o avión, por los trámites de Aduana que hay que hacer, esto está sumamente complicado, porque hay que pagar derechos muy subidos, entonces yo con tiempo tendría la persona buscada, tanto en Valparaíso o en Cerrillos para que no revisen lo que traigas. La Rebeca viene llegando de Brasil y trajo unos cortes de géneros para ella, en total cinco y le han cobrado \$3.200 de derechos así es que yo te lo advierto para que con tiempo nos pongamos de acuerdo. Me tienes que traer un naípe chileno, porque se lo regalaré a la Sra. Franulic, madre de Lenka, que es muy amiga y ve las cartas, es maravillosa, lo que a ti te ocurre todo me lo dice, pero me tiene feliz y contenta porque en todo irá muy bien, la rueda de la fortuna te acompaña en todo momento, las dificultades se subsanan. Si puedes me gustaría traerlas tubos de radio Telefunken que aquí no hay y convendría tener por lo que pueda suceder. Recibe cariñosos saludos de todas las personas de la familia y amigos y de tu madre un cariñoso y apretado abrazo

Hortensia

24 de octubre de 1950

Mi querido Luchito:

He recibido tus cartas, una enviada de New York, y la otra de Río Piedras. No te imaginas lo muy contenta que estoy, porque ya te encuentras ahí en compañía de Jorge y Manén, se me figura que te has de sentir como si ya estuvieras con nosotros, sobre todo que Jorge te ha conversado y contado cómo estamos (lo de joven y buenamoza es bondad únicamente de Jorge). Ya estamos únicamente pensando en tu regreso, ojalá que sea cuando dices, mucho me temo que allá te entusiasmes y te quedes mas tiempo, sobre todo pasando tan bien y con tanta comodidad. Ya estoy en limpiezas y acomodados del departamento, quiero que lo encuentres lo mejor que se pueda, para que no extrañes mucho a las comodidades europeas. Mucho me alegra que hayas comprado frigidaire, yo creo que aquí es fácil venderlo, aquí lo veremos, me entusiasma las adquisiciones que has hecho para traerme, siempre tú has tenido tanto gusto que me imagino cositas lindas, pero aunque no traigas nada el mayor entusiasmo es tenerte ya entre nosotros. Ayer hablé con Roberto y Anita, me dijo Roberto

que había recibido tu carta desde Puerto Rico y Anita muy feliz de que hayas estado con su hermana, ella está preparando su viaje, parte a EE.UU. el 15, precisamente cuando tú regresas. Yo lo quiero saber, cómo regresas, si en avión o por mar, en tu próximo dilo.

Creo que habrás recibido una que te envié fecha 15 dirigida a Puerto Rico. Universidad Río Piedras con nombre para Jorge. Tus libros y revistas los hemos recibido, creo que serán todos, porque no tenemos el detalle, tuve que ir personalmente al correo y diligenciar el acarreo, que como eran muchos arreglé con el mismo cartero que él los llevara tomando un auto, los tengo ordenados sin desempaquetar para que tú los revises.

Ya Nena y Gerardo Alejandro están mejor, sobre todo el niño se ha recuperado mucho, la Nena tiene que estar en reposo un tiempo, todo esto de enfermedad te lo contaba en mi anterior. Aquí en casa todos bien gracias a Dios. Hoy operaron en la Clínica Alemana a Ernita, de la garganta, todavía estoy pasada a cloroformo, porque las acompañé en la mañana, ha quedado bien.

El tiempo recién se está componiendo, el invierno se había alargado mucho, vas a regresar en la mejor época. Maruja, Hermann, Ilse y demás amigos te mandan muchos saludos, se los harás extensivos a Manén y Jorge, como de nuestra parte para cada uno de ellos muchos saludos nuestros y que les agradezco mucho sus atenciones para contigo, y me siento feliz que estés con ellos.

Fernando y tu papá te envían muchos saludos y de mi parte un abrazo muy cariñoso de tu madre que desea cuanto antes tenerte acá

Hortensia

24 de noviembre de 1950

Mi querido Luchito:

Por fin hoy hemos recibido carta tuya, todos estos días después de enviarte el cable con datos referentes a tu pasaje como tú me lo preguntabas y también para felicitarte en el día de tu cumpleaños. Todos los días esperaba carta tuya, y como no llegara, te esperábamos de un momento a otro, todos los días creíamos que podías llegar sin aviso, por fin hoy como te digo ya hemos quedado tranquilos esperando que se pase luego esta semana para tenerte nuevamente aquí.

El teléfono ha sonado a cada rato preguntando diferentes personas en tu llegada, Eugenio Dittborn me llamó y me dijo había recibido carta tuya enviándole el pésame a Mariíta y me encargó les avisara tu llegada.

No te imaginas Luchito lo mucho que deseamos tenerte aquí, parece hace tantos años no nos vemos así es que todos esperamos ansiosos tu llegada. La casa ya se ha iluminado muchas veces y la he tenido llena de flores creyendo que podías llegar de repente, ahora que ya sé más o menos cuándo estoy feliz.

Novedades no han habido fuera de la enfermedad de la Nena que todavía tiene que estar en reposo por haber quedado mal después de su guagua, el niño felizmente sigue mejor y recuperándose, es muy bonito.

Sobre lo que me dices de tu pasaje que me mandarás para que yo lo tome aquí, en cuanto este dinero llegue inmediatamente en Casa Litvak hacen la tramitación y avisan por cable ellos directamente a San Juan y tendrás el pasaje muy rápidamente, lo que se demora en llegar el cable.

Mucho nos ha llamado Schwartzmann preguntando por ti y si recibirías esa carta mía en la que Fernando te escribía mandándote un recado de él para Jorge, que es el siguiente por si no lo saben. Él quiere que Jorge lo lleve a Puerto Rico, porque aquí no puede vivir con lo que gana y según cree allá le iría mejor haciendo clases, esto es lo que yo creo.

Recién aquí el tiempo se está componiendo, ha durado el invierno hasta ahora, lo malo va a ser que cuando tú regreses el calor va a estar terrible, pero no importa porque el departamento es muy fresquito y siempre en las tardes corre viento.

Saludarás muy cariñosamente a Manén y Jorge y que traten de regresar pronto, que no se queden tan lejos. Tu papá, Fernando y resto de familia muchos saludos incluyendo a los de Buin y Maipo, Alfonso y Jorge se preparan para esperarte en Cerrillos. Lucho Humeres me dice que te salude cariñosamente, porque estoy escribiendo en la oficina, igualmente don Darío.

Te abraza tu madre que tanto te quiere y desea verte pronto.

Hortensia

Chicago, 13 de mayo de 1957

Mi querida mamacita:

Acabo de llegar de Madison, donde pasé el fin de semana con Hermann y familia, muy agradablemente. Están muy bien instalados, en una casa con vista sobre un lago, en los alrededores de la ciudad, en un lugar verdaderamente precioso, una especie de parque de olmos y de encinas que se extiende en torno al lago. Hermann compró un auto barato de modelo antiguo para este país, y en él nos movilizamos, recorriendo los parajes cercanos. Pasé en familia con ellos y disfruté de los días de descanso, en medio del continuo movimiento de estos meses.

Llegué a Chicago el jueves 9 de mayo y pasé el sábado 11 a Madison. Mañana en la tarde vuelo a San Francisco y el 23 estaré de regreso a Washington, después de visitar el Gran Cañón del Colorado y el Valle de Tennessee. Mis dos meses se acaban el 26, día en que partiré, si mis planes no se alteran, a Ciudad de México, donde estaré más o menos una semana, y después otra vez a Quito, a casa de Covarrubias. Como no he tenido noticias de Venezuela, parece que suprimiré esa parte del viaje. A veces me siento un poquito cansado de tanto trajín y de tanto enredo de hoteles y maletas. No soy muy partidario de viajar con tanta prisa. Aunque las cosas aquí son relativamente fáciles, no dejan de complicarme a veces con tanto partir y llegar. Estos últimos días han sido de lluvia, con un cielo muy triste, lo cual influye para que en este momento me sienta cansado y con ganas de volver. Chicago es una ciudad enorme, aplastante, sin el encanto de Nueva York. No dan ganas de conocerla mucho, a pesar de que tiene museos magníficos.

Durante la semana pasada, estuve 3 días en Oberlin, Ohio, visitando un colegio famoso de los EE.UU. Me alojé en la posada del mismo colegio, sumamente moderna y cómoda y pasé unos días muy agradables, casi en el campo. Fueron unos días de reposo y perfecta primavera.

Su última carta del 3 de mayo la recibí al llegar a Chicago. Mucho sentí el accidente de Fernandito y me alegro de que quedara bien. Ya le tengo visto un tren más o menos barato, pero bonito. Dígale que me acuerdo mucho de él. A Fernando no le he escrito especialmente porque supongo que él mismo le descifra mis cartas, que van dirigidas a Ud. y a ellos.

Desde Oberlin hablé por teléfono con Juan Gómez, que estaba en Boston. Experimentó una gran sorpresa y fue muy cariñoso. La plata que me dan como invitado me ha alcanzado al justo. No he hecho sino compras mínimas, indispensables. Con lo que me mandó Luis Eduardo

de Bellas Artes, le compré a Ud. un traje sastre negro, que espero que le quede bien y le guste. Me lo vendió a precio rebajado la Carmen, esposa de Edmundo Eastman, que se lo había puesto sólo una vez. Recibí también el dinero que me remitió Pedraza pero lo reservo para el resto del viaje.

Nada me dice de si tiene empleada. Espero que sí, porque sería peligroso que estuviera sola. No creo que me sea posible llevarle el taxímetro a la Celia. Aparte de que me sería difícil atravesar con él las aduanas de varios países, ya no tendría tiempo de comprarlo.

Entiendo que había quedado saldada la deuda de Cachagua. De todos modos, yo aún le debo a Juan Sutil la comisión de venta y un saldo del arriendo de la casita el año pasado, que quedé de pagarle después de terminar el otro pago. Le agradecería que a fines de mes hablara con él en su oficina de Gallardo y Nieto.

Si me escribe antes del 21, hágalo a Washington. Después, a la Embajada de Chile en Ciudad de México.

Con abrazos a Fernando, Eliana y niños y a Nano y familia, la besa su hijo
Luis

Washington, 24 de mayo de 1957

Querida mamacita:

Recibí hoy su última carta de 20 de mayo y todas las anteriores, incluso los recortes de diarios y periódicos. El servicio de correos es aquí excelente y en el American Council for Education se encargan de despachar a todas partes la correspondencia que llega para los invitados. Me llena de regocijo la idea de encontrarme con Fernando en México. Desgraciadamente, no me da Ud. mayores detalles. ¿Viene solo? Y ¿a qué? Lo que debe hacer es comunicarme inmediatamente su dirección a la Embajada de Chile en México, apenas llegue. Yo dejaré ahí también la mía. No sé cuántos días esté en México, tal vez unos 10 también. Después pienso pasar uno o dos días a Guatemala, para conocer algo de este país, para volar enseguida a Quito a encontrarme con Covarrubias, que me dejó comprometido a visitarlo de nuevo. Calculo que estaré en Santiago alrededor del 15 de junio. Deseos de llegar no me faltan, pero es mejor aprovechar al máximo este viaje, ya que no es tan fácil salir de Chile.

Anoche llegué a Washington desde Knoxville, en el Estado de Tennessee, en el sur. Me he encontrado ya con terribles calores, peores que los del pleno verano en Santiago. No dan ganas de quedarse. Todo suda y cruje. Mañana iré a Nueva York por el día, para ver la gran exposición de Picasso que acaba de inaugurarse en el Museo de Arte Moderno. Estaré aquí el domingo, y el lunes por la mañana me voy a la Ciudad de México, con la poquita plata que me queda. Pero México es más barato que los Estados Unidos y tengo allí muchísimos amigos. Si me escasean los dólares, ahortaré la estancia.

Pasé unos días muy agradables en California, en San Francisco, que es una ciudad bellísima, y en Palo Alto, donde está la Universidad de Stanford. Estuve aquí alojado en la casa de una señora que vivió varios años en Cuba y que estudia actualmente en la Universidad. Me llenaron de atenciones. El clima de California es mucho más agradable que el de esta región y se parece mucho a Chile. Los árboles y plantas son los mismos. Me parecía estar en Viña o Concón. Estuve después en el Gran Cañón del Colorado, sitio fantástico, bordeado de abismos y con montañas altísimas. En esos días me tocó volar entre tempestades sobre la mitad de los Estados Unidos. Leí en el New York Times que Ibáñez leyó su mensaje el 21 de mayo con temporal deshecho y ahora la señora de Juan Marín me ha dicho que hubo un maremoto en Valparaíso. Echan la culpa a los ensayos atómicos.

Mucho me sorprenden, y me dejan en la luna, las noticias sobre Feliú. Algo parecido oyó aquí Juan Marín. Hable con la señora Elsa y mándeme más detalles. En cuanto a la posible candidatura de Roa, me llena también de sorpresa. Debe haber sido una broma. Por lo demás, Ud. sabe que a mí personalmente me conviene no ser reelegido, porque con eso tendría mucho mas tiempo para lo que más me interesa. Pero sería una ingratitud, porque me he desvivido por la Facultad y he conseguido mucho. Así son las cosas.

En cuanto a Luis Eduardo, de quien Ud. siempre se queja en sus cartas y de quien no tengo noticias hace tiempo, debe estar pasando por un período difícil, no sólo por la sinusitis, sino también por su mismo carácter y por el abandono familiar en que vive, más vale ayudarlo que deprimirlo porque cualquier día le puede ocurrir una desgracia. Es demasiado loco y está muy desamparado. Me gustaría que Ud. lo convidara de vez en cuando porque le hace falta que lo traten con cariño.

El calor aquí es algo realmente terrible. Es húmedo y absorbente. Me cuesta escribir.

Veo que nuestra nueva mucama tiene hábitos de mucho refinamiento. Creo que será mejor que le compre el traje de baño a la pasada por Panamá, en donde los artículos americanos son más baratos que aquí porque no pagan impuestos. Lo mismo el famoso tren de Fernandito, que se ha transformado en su obsesión. Un cierto margen de dinerillos lo he invertido en cosas menores, como camisas, calcetines, etc. Todo se hace nada y temo llegar a México con los bolsillos vacíos.

Mi próxima carta será desde México. Escríbame ahí a la Embajada de Chile.

Abrazos muy cariñosos a todos y para Ud. el cariño de su hijo

Luis

Cantón, 24 de abril de 1960

Querida mamacita:

No deja de alarmarme el no haber recibido hasta ahora sino una carta suya, del 24 de marzo. Es cierto que yo le he escrito sólo tarjetas, variás desde diferentes puntos, pero eso se debió a que, según dicen, las cartas demoran mucho desde China, más o menos dos semanas, y me ha tocado viajar casi continuamente por el interior lejos de Pekín, de donde salí, para no

volver, hace ya 2 semanas. Como mañana salgo del país, por Hong Kong, que pertenece a Inglaterra, le remitiré desde ahí esta carta, que llegará más rápido, atravesando directamente el Pacífico. No sé todavía muy bien cuál va a ser mi itinerario desde Hong Kong adelante. Lo sabré mañana, pero la ruta probable es Nueva Delhi-Estambul-Atenas-Roma, lugares desde los cuales le enviaré noticias.

La salud ha estado buena, a pesar de la comida extraña, y muchas veces pesada. Aquí no se bebe sino cerveza y vinos dulces, que a mí no me gustan, de manera que la sobriedad resulta en este punto saludablemente impuesta por el régimen. El viaje ha sido interesantísimo, como para escribir un pequeño libro, que tengo en parte escrito, pues se ve a un gran país en pleno ascenso, transformando radicalmente sus formas de vida. La gente es encantadora, amabilísima, hospitalaria. Los niños sobre todo son adorables. Pero a uno esta vida y esta sociedad le resultan terriblemente monótonas. China es un país de estudio, pero no de turismo, a pesar de sus hermosos sitios antiguos. Las ciudades son horribles y la gente vive aún con mucha pobreza. La vestimenta es prácticamente un uniforme de mezclilla azul. Ha desaparecido por completo el lujo. Todo el mundo trabaja con muy pocos descansos. La moral es rigurosa en todos los aspectos. Admirable, pero aburrido en alto grado, después de un cierto tiempo. Pero los chinos no se aburren nunca de nada. Son infatigables.

En Pekín hay sitios maravillosos, como los palacios imperiales, ahora transformados en museos. No creo haber visto algo más grandioso y lleno de armonía que el Templo del Cielo. El Palacio de Verano, con su lago, sus templos y sus colinas cubiertas de jardines, es inolvidable. Me ha tocado ver aquí el florecimiento de la primavera, menos espléndida que la nuestra, pero más rica de adornos florales en que los chinos son maestros. He visto los hermosísimos jardines de Hangchow, al sur de Shangai, a la orilla del lago del Oeste. En todas partes florecían las flores de la pluma, en el lago del Este, en Wusih, en Nankín. Pero la misma belleza china es demasiado uniforme y al cabo de un tiempo resulta inexpresiva.

Llevados por su decisión social, todos los chinos hablan lo mismo, repiten las mismas cosas, que uno termina por escuchar sin ponerles atención. Creo que uno de los mayores peligros que se ciernen sobre los países socialistas es el aburrimiento. Pero los chinos tardarán en llegar a ese límite, porque todavía les queda mucho que andar antes de conseguir un nivel de vida más o menos humano.

Por supuesto, fuera de las antigüedades, no hay aquí mucho que comprar. Los collares de perlas cultivadas son bastante caros, pues vienen del Japón, país con el cual China no mantiene relaciones. Abundan, en cambio, los marfiles, lacas, jades, porcelanas y pinturas

tradicionales, a precios que para nosotros resultan muy bajos. He comprado muchísimas pinturas -que son fácilmente transportables, pues basta con enrollarlas-, algunas porcelanas y otras pequeñas cosas. Me ha sido imposible cumplir el encargo de Ernesto Würth, pues, después de muchas averiguaciones en todas partes, sólo aquí en Cantón, en el extremo sur de China, he venido a ver su Diosa de la Abundancia en blanc de Chine. He hallado sólo una, y no la compré, porque está sentada en una flor de loto, y Ernesto me dijo que ésas no le interesaban. La razón de que sólo aquí se hallen está en que se fabrican en talleres artesanales de Swangsi, en el Sur. En compensación puedo cederle alguna de las pinturas que llevo.

Mañana agregaré una segunda parte a esta carta, indicándole mi derrotero futuro. Me preocupa saber si llegó ya la criatura de Eliana y Fernando. En un mes, no he tenido la menor noticia de Chile.

Santiago, 10 de octubre de 1960

Mi querido Luchito:

En este momento recibo carta tuya, de New Delhi de 3 de marzo. Ya debes de haber pasado por Atenas, ahí tienes que haber encontrado el cable que te remití para que lo recibieras antes de que lleguen las cartas, yo te escribí dos, una con el cheque y otra que te dirigí al día siguiente en donde te comunicaba que Rivano te enviaba a esa dirección lo que tú pedías. A Atenas te envió don Lucrecio a B.O.A.C. tu encargo. Es la dirección del Consulado, ahí lo averigüé mucho después que comunicaciones que me decían unos que había y otros que no, llamé a Salvador R. y él me averiguó bien y me dijo que existía un pequeño Consulado, ya con esto quedé tranquila. Debes de haber recibido todo esto porque no he recibido el cable que me dices. Rivano le envió a la Embajada de Chile en Roma.

Aquí no hay novedad, todos muy bien, mi salud muy buena, donde Fernando un poco resfriados. Muy contentos con tu vuelta.

Mucho siento las molestias que has tenido, esos facsímiles al cuello son delicados y molestos, te habrán colocado penicilina.

Es cierto que las noticias de nosotros han sido malas pero se debe a que no tenía ninguna seguridad donde defenderlas, creo que ya estarás tranquilo, yo sacando mis cuentas pienso en que las cartas dirigidas a Atenas te vayan a llegar atrasadas, porque se demoran tanto.

Dice Mario Ciudad que le escribas diciéndole si aceptas ir a hacer clases a Punta Arenas, me ha llamado dos veces, contéstale, en este momento está Pedro Miras, te manda muchos saludos.

Recibe muchos saludos de todos los nuestros, te escribo a la carrera para que salga luego.

Te abraza tu madre que mucho te quiere

Hortensia

Hong Kong, 29 de octubre de 1966

Querida mamá:

Hace 2 días terminó el viaje por China y ahora aprovecho el regreso de nuestro compañero Ernesto Carmona, que parte mañana, para escribirle estas líneas desde Hong Kong. Como le comuniqué en varias tarjetas y misivas, todo resultó bien y muy interesante. La atención, como la otra vez, fue espléndida, hasta la misma frontera, a donde nos vinieron a dejar nuestros guías. La salud nos ha acompañado, salvo ligeros resfríos. Se sufre, sí, la falta de noticias. Espero tener carta en Tokyo. Rodolfo no tuvo dificultades para entrar a China con nosotros y realizó todo el viaje como invitado, sin tener que pagar más que una suma razonable al final. Ha sido un excelente camarada, que me ha ayudado a ver y comentar tanta cosa extraordinaria. Creo que los chinos también quedaron contentos con nuestra buena voluntad para cumplir con todos sus agotadores programas.

Ahora permaneceremos unos días en esta zona, antes de seguir el viernes 5 de noviembre a Japón. Visitaremos aquí Macao y otros parajes interesantes. Nos arreglamos para gastar poco, en hoteles baratos -como la YMCA de Hong Kong- y quedamos rendidos cada noche de caminar sin rumbo y sin término.

Le envío con Ernesto una cajita de té chino. El collar de Mariíta lo compraré en Japón, donde son tan buenos y baratos como aquí. Me sentiría feliz si no fuera por la incertidumbre

de su salud, de Eliana y Fernando, y por un poco de nostalgia. Ya me había acostumbrado a que viajáramos juntos.

La China que he visitado esta vez es muy distinta de la otra. Ahora, la situación internacional ha cambiado y los chinos se sienten -y están- en pie de guerra. Todo gira alrededor de sus nuevos problemas. He escrito muchas notas, que sacaré en limpio en Japón, para un nuevo Diario de Oriente, que enviaré a Zig Zag, con una copia a Ud., para que aparezca pronto, porque todo lo que se refiere a China es nuevo y urgente.

Espero con ansias recibir sus noticias, en primer lugar las tuyas, relacionadas con su salud y trabajo. En seguida, las otras, sobre familia y amigos, y las posibilidades de recibir alguna remesa de fondos, que me harán falta si quiero conocer más el Japón. He descartado la vuelta por Europa, que es difícil. ¿Qué hay del departamento?

No puedo alargarme ahora mucho, porque es tarde y Carmona parte mañana.

Espero que haya descansado de mí. Mi humor es excelente.

Con cariños a todos (a c/u de los niños de Fernando escribí una tarjeta), la besa
Luis

Tokyo, 7 de noviembre de 1966

Querida mamá:

Hoy recibí sus cartas del 22 y del 26 de octubre, junto con una de Fernandito y otra de Oscar. Gran alegría tengo al saber que están bien y que le ha llegado una nietecita. Ya celebraremos el acontecimiento. Estos son países llenos de niños encantadores que me hacen recordar a los encantadores sobrinos. Rodolfo y yo -como le decía en la carta que le mandé con Ernesto Carmona- nos fuimos de Hong Kong a una isla cercana, donde conocimos notables monasterios budistas chinos -exiliados- y después estuvimos 2 días en Macao, la pequeña isla portuguesa, también poblada por chinos que practican sus viejas costumbres. Nos hemos adaptado a una vida de poco gasto, como viajeros pobres que somos. El viernes 4 de noviembre volamos de Hong Kong a Tokyo, donde estamos ahora, en un hotel modesto, pero agradable, visitando sitios interesantísimos. El Japón

es un país moderno, próspero, perfectamente organizado a la occidental, pero que mantiene muchas de sus viejas costumbres, entre ellas los maravillosos Kimonos que usan las mujeres. Esperamos conocer aquí lo más posible dentro de nuestros medios. Mañana partiremos a otras ciudades -todas más o menos cerca de Tokyo-, pero Ud. puede seguir escribiéndome aquí, a la Embajada.

Apruebo totalmente sus operaciones económicas. Me parece muy buena la compra de las dos casitas de Tere. Puede Ud. disponer de todo lo necesario para habilitar su taller y la biblioteca -esta última puede quedar para más tarde, cuando yo vuelva-. Quisiera, sí, que me enviara un estado de situación, porque estoy un poco a oscuras. Mis planes serían estar este mes de noviembre en Japón -que recién empiezo a conocer- y detenerme en México unos 15 días en el viaje de regreso. Eso requeriría el envío de unos U.S. \$ 1.000. Ud. puede conseguir en el Banco Central, a base de algún documento universitario* que acredite que estoy en comisión de servicio, U.S. 100 (dólares) por cada mes de viaje (octubre, noviembre y diciembre) al precio oficial. (Justiniano la puede orientar en esta materia) El resto habría que obtenerlo en el mercado negro (con la ayuda de Oscar) y remitir el total a Tokyo, ojalá con cargo a algún Banco norteamericano importante, como First National City Bank o el Manhattan Chase Bank, o alguno japonés, para evitar complicaciones. Puede hacer lo que quiera con la plata sobrante, defendiéndola de la inflación. No sé qué será lo mejor pero Marita Valenzuela puede aconsejarla. *Urge hacer todo esto pronto*, incluso las remesas, con dinero. -Deme detalles-. ¿Cómo andan los sueldos y las cuentas? Si quiere, puede abrir una cuenta para Ud. -Explíqueme todo esto-.

El costo de la vida es aquí como en Europa -Francia o Italia-, más bien caro. Compraré aquí el collar de Marita, porque aquí está la sede de las perlas cultivadas y se pueden comprar en las mismas fábricas. Pasé a hacer la averiguación de Tatiana en Hong Kong y me dijeron que su porcelana se despachó en paquete postal el 15 de junio. Las cosas menores las compraré también en Japón.

Hasta ahora hemos estado en un continuo verano, como para andar continuamente en camisa, aun en Tokyo. Recién empieza a sentirse el otoño.

Quiero detenerme unos días en un lugar tranquilo, para sacar en limpio mis apuntes de China y mandarlos a Zig Zag. ¿Podría Ud. telefonar a Luis Sánchez Latorre, a las Últimas Noticias, y preguntarle si deberé mandar estos originales a D. Alberto Osorio Gutiérrez? Dígamelo en carta.

* Este lo pueden dar Pedraza o Pedro Miras.

Celebro inmediatamente la mejoría de Tere. Ojalá que sea durable. Voy a escribirle. En cambio, Hugo Marín me da noticias alarmantes de Roberto. Eso me afflige mucho. Sueño con él y desearía acompañarlo. Todas las noches mis sueños me transportan a Chile y sufro recordando que no siempre he sido considerado con Ud., familias y amigos. Los viajes sirven como examen de conciencia. Escribiré a Nano y Fernando, a Eliana, a Nena, a Toya. A todos los siento muy cerca. Envié una tarjeta al tío Antonio, a Santa Cruz, desde China. Averigüe si la recibió.

Lamento mucho lo que me cuenta de Anita Ugalde. Algo sabía de ese proceso, pero no de sus caracteres. De todas maneras le escribiré. Este viaje se lo debo a ella.

Las experiencias de todo este tiempo son impagables. El mundo se ve distinto desde China. Todo cambia, hasta los horarios. Nos levantamos antes de las 7 y a las 10 de la noche estamos durmiendo. Rodolfo ha sido un excelente compañero. Siempre es afectuoso y está de buen humor, a pesar de mis esporádicas rabietas.

(A Carlos Pedraza le escribí desde China; en estos días lo haré de nuevo.)

Con las remesas, cumpliré todos sus encargos.

Rodolfo le envía cariños. Con un beso especial para Paz, y con recuerdos a Fdo., Nano, Eliana y todos, la besa su hijo que la tiene siempre cerca.

Luis.

P.S. La primera remesa -unos 500 dólares- mándela lo antes posible para estar tranquilo-. Al final del viaje, podría comprar aquí algunas cosas para negocio, de las que aquí abundan, baratísimas.

"Siendo primavera, partiste en un día tenebroso..."

Valdivia, 26 de noviembre de 1975

A Luis Oyarzún Peña

Recuerdos de tu madre. En este día 26 de noviembre al cumplirse 3 años de tu partida N.S. te llevó a su lado. Este es mi consuelo, porque de donde estás recibo tu cariño y ayuda que nunca me ha faltado. No lloro ya, porque sé que estás muy bien seguramente y lo más cierto es que pronto nos encontraremos.

Siendo primavera, partiste en un día tenebroso, con lluvia viento y nieve, la naturaleza protestaba por la partida. Las flores y los árboles también se pusieron mustias, ese día se iba el protector de ellas a las que tú cultivabas con tanto amor y cariño.

H. P. de O.

Fotografías



Luis Oyarzún a bordo del buque Angamos, camino a Punta Arenas



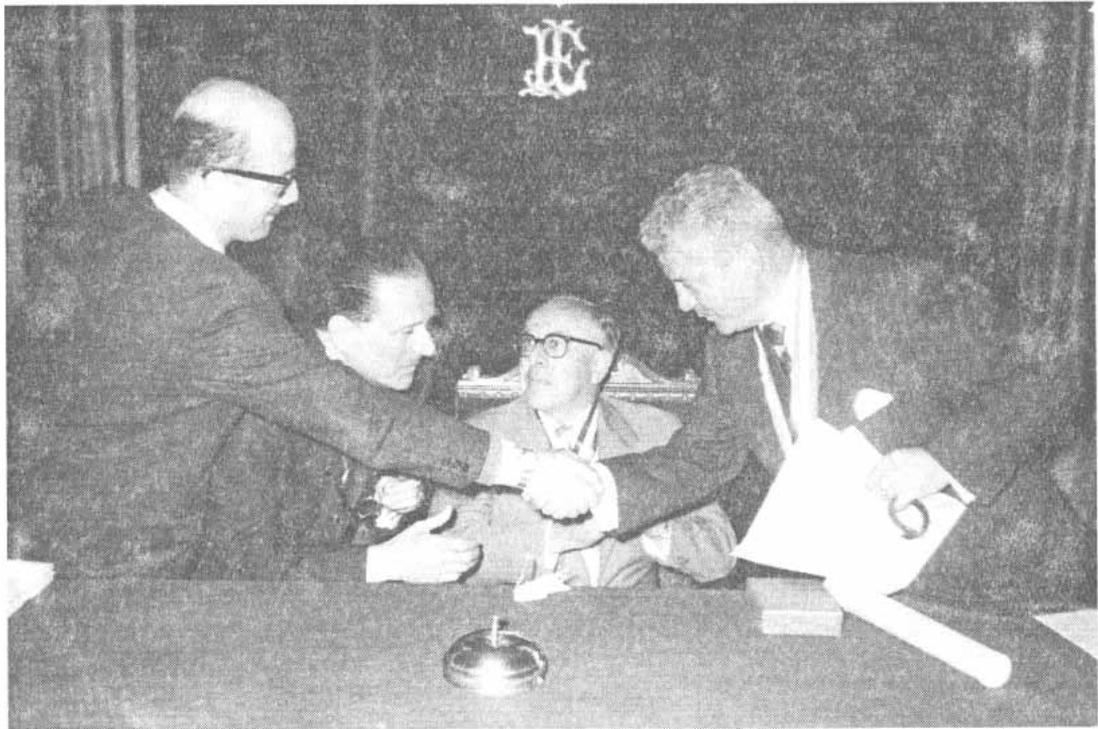
Luis Oyarzún



Luis Oyarzún



Con sus compañeros del Internado Nacional Barros Arana
Segunda fila: segundo Nicanor Parra, último Luis Oyarzún.
Abajo derecha: Jorge Millas



Luis Oyarzún en la Universidad de San Marcos de Lima



Luis Oyarzún con Inés del Río (la "Momo") y Roberto Humeres



Con Nicanor Parra en el Fuerte de Niebla en Valdivia



De izquierda a derecha: Roberto Humeres, Jorge Palacios y Luis Oyarzún.



De izquierda a derecha: Jorge Millas,
Hermann Niemeyer, Luis Oyarzún y Nicanor Parra



De izquierda a derecha: Nicanor Parra, Jorge Millas y Luis Oyarzún



Luis Advis y Luis Oyarzún



Salvador Reyes y Luis Oyarzún

Cartas Facsimilares

ANTONIO OYARZÚN L.

CASILLA 144
SANTIAGO DE CHILE

Señor don

Arturo de Acuraca-Jorica Melua
Santa Cruz. -

Mi querido amigo:

Espero que disculpas mi latencia,
que está en parte justificada por el escaso espacio de tiempo que dura mi ausencia. -

De qué me movieron, me invitaste a moverme y el tiempo transcurrió sin moverse: eso es, ^{en} síntesis, lo que podría decirte.

¿No es cierto que todo lo demás de que podría hablarte sería insubstancial?

Además, hoy, Domingo 17 de Marzo del año de mil novecientos y treinta cinco, después de V. S. S., no he anunciado con gana de escribir. -

Mas, si mis palabras no te son desagradables, pues decirte que muy pronto te escribiré largo. -

¡¡¡ Arreridenci !!! (fi es que se escribe así)

Doña Juana

Domingo, 17 de Marzo de 1935.

+

Santiago-13-junio-27.

Señor don

Arturo de Andrade-Guicoa Molina

Santa Cruz.

Mi querido Arturo:

No se trata de cumplir una penosa obligación sino un agradable deber — el de escribirte —. Es por esto que tomo la pluma en este San Antonio de 1927 y me pongo a eschalar frases que, allá en esa tierra que es la mía, sirvan para comunicar mi espíritu con el tuyo. — El San Antonio de este año ha sido en esta casa la de mi buen señor tío — solitario y humilde como nunca. Podría la reina el duelo al lado adentro de la puerta ya con la pena no se disipa (y ojalá que nunca desaparezca del todo). — El tío Antonio anela en Melipilla, donde está un dily y Mariadue, lo cual trasladada su onomástica a otra mansión donde seguramente no habrá de celebrarse.

Hoy he pasado el día en casa del tío Manuel. Aunque él haya pasado a morar en la casa de Dios, sigo — y seguiré siempre — llamando por su nombre y implorar a la que fue su morada. El día ha transcurrido placida y gentilmente entre mis adoradas primas. Ellas guardan el luto verdadero y entrañable, cual es el del corazón. El dolor ha comunicado a su espíritu un noble matiz melancólico que las hace accesibles a cualquier comprensión del alma y la vida ajinas. Juntos hemos sido

al bementerio. - Como me pasa cada vez que voy a verlas, de allá
te vuelte con el espíritu saturado de recuerdos.; buántas cosas,
arturo, que a cada paso evocan su figura! Una fotografía:
su vista está perdida en el ramaje de los sauces que contemplan
al estero. - Hay en su rostro una paz de niño bueno porque sus
ojos — sus pequenitos ojos; cuán bondadosos, cuán inteli-
gentes e infantiles! — están contemplando el paisaje que-
rido de la niñita. - Parece sacuehar a los ojos la voz campesina de
la criada que cuenta unos cuentos de brujas y ahora está
llamando al corral unos gansos andariegos; más allá se pier-
de el ingenio mezclado de un ternero; bien lejos, unos tringales
revolotean sobre el mostagal donde la "música" ha batido
dijo tui-tui y se perdió volando. - De seguro que la madre
está cosiendo en el corredor; a su lado está el padre con la
mirada perdida en los cereillos que ya principian a revoltar.
En ese momento, hay un muchachito hermoso en los ojos del
tío Manuel. Dan ganas de abrazarlo y besarlo en sus ojos bon-
dadosos, con toda la tibieza de unas lágrimas cordiales en el
pecho.

Al lado del estero legendario donde salía una niña con un
peine de oro, el tío Manuel está soñando frente la nostal-
gia de su vida de niño. Era una vida hogareña, con noches si-
lenciosas junto al fuego y al calor del mate que la abuela

sobre; tra una vida amolada por el ensueño de los higos secos
 y la dulce chancaca; de tarde en tarde, salir a cazar con el tío
 Bonachón que de cuando en cuando lo terrorífico. - cuando en-
 sina a leer y los chicos no saben la lección, promete cosas atroces
 que nunca cumple, pero que hacen temblar de todos modos.
 ¡ Ah, la caga! ; Qué alegría cuando el tío joven y apuesto des-
 tra una cota o un pequeño! No hay para qué pensar en ir
 a la escuela; los niños de 3 o 4 años no saben ni pensar en las.
 La escuela está lejos, en Santa Cruz, en la ciudad lejana,
 a donde no se llega sino después de varias horas de andar a
 caballo; los niños chi costan sí de hecho para esconderse
 en los polizones de la abuela y nada más. Después, cuando
 crezcan, será otra cosa. Pero; para qué pensar en las toda-
 vía? El tío Manuel se ha vuelto niño mirando los sauces del
 estero.

Prometido te una pronta carta más amena, te abraza tu
 amigo que te quiere muy de veras

Dojarsch

P.S. El tío Antonio - que acaba de llegar - te envía
 cariñosos saludos.

Lima, 18 de III de 1957.

Quiero Perlas:

Son las 9 y media de la noche, y después de la agitación del día, para que pueda al fin gozar de una cabana perfecta para escribir. Fumo un cigarrillo tuyo y se me que Alfonso se trajo, para hacerle yo a mi vez, ante de la comida que opuse esta noche el Embajador en el jardín de la casa, que hasta a pesar Manto del tiempo de grandes hojas que absorbe la humedad del aire. Hace un calor húmedo, no es si exótico o exótico de los nevados. Estoy lleno de reacciones nuevas y de otras, muy antiguas, o muy recientes, que se me revelan y me ayudan un poco. Lima es una ciudad rica, opulenta, dispuesta, con algo de Río y algo de la seguridad del Linea Blanca. Tratando a modo de de dormir en la pieza que comparto con Alfonso, sobaba a 2 o 3 centímetros de profundidad, - había mucho calor y tenía sed -, y de pronto estaba en su fiseta o llegaba a una ciudad de minas y papagayos que era como un paralelo antipodal, y cruel. Dormí poco y mal, vi las campanas de las 4 de la mañana, y un mundo después me despertó la Amora, pero no la de los ojos de dolor, sino una hora de setenta noches, que tiene un registro prodigioso de risas y penas. Es una hora amarillenta, de lecheros, y al amanecer siempre a límites el latido de un punto peruano o siamés. Después de esto, hasta que la apagaron esas innumerables campanas, de ciudad antigua y nueva, una campana como las del conito de "El Elqui".

Empiezo a llegar los invitados. Intenmo la costa.

19 de III.

Para la fiesta en el jardín. A las 3 partes los últimos invitados. Tuo aburrido e importante como los anteriores. Me me equivoqué, buena noche, la gente conversativa de las Embajadas. Son las 10 de la mañana, hay un cielo helado, hay un calor húmedo. En un rato más iremos a bañarnos a Miraflores, a donde se llega atravesando maravillosos senderos de palmeras. Esta mañana escuché otra vez las campanas, hoy más solenes y oscuras, celebrando a San José.

20 de II.

La mucha humedad y el calor se oponen aquí a la sequedad. Tal vez por eso los indios buscaban las cumbres de los montes, muy encima de las sierras bajas en que viven los Tsimbas. Allí pudimos disponer toda la tarde del magnífico Almirante de la Embajada y de su despacho, un viejo vigia muy simpático llamado Pizarro. Volamos por los caminos a visitar los Templos del Sol y de la Luna en Pachacamac, al sur de Lima, y llegamos después, casi de noche, a Pucallpa, una especie de Huará y Potosí al mismo tiempo a donde había un gran volcán. Desde lo alto de las Tumbas del Templo del Sol se veían las sierras y las planicies desiertas - "Sierra Agua, sierras sin agua" - y apenas interrumpida por mancha de uvas y algodónales, y hacia el mar, las rocas pótreas y blancas en donde explotan el gas. En la costa hay unas rocas con forma humana, desde que allí se precipitó al mar una princesa virgen y madre que había de su amante que la había hecho comulgar su pecado, a quien veía un mendigo, cuando la ciudad se eleva. El Templo del Sol era inmenso, una gran ciudad de edificios profundos de roca. En cambio, el Templo de la Luna era un pequeño monasterio en donde vivían las virgenes consagradas. Detrás de la construcción, que parecían hecha por ariachas, había unas palmeras, había un pozo de aguas frías que servía a las sacerdotisas para su riego. La arena que abraza toda la ciudad - a no más de 30 kms. de Lima - se prolonga hasta las sierras más altas.

Ayer, Alfredo cumplió 30 años, pero sus padres estaban decididos de ir a la fiesta y de celebrar su cumpleaños. Nos fuimos a comer al "El", un restaurant muy bueno en lo alto de la ciudad. Después de comer - una sola cada uno - y comiendo con ellos al horno y una entrecôte con vino francés - botella y media entre los dos - Alfredo se sentó solo y descompartido, mostrando compasión, una advertencia que vino y no por de discusión, todo lo cual tuvo, pero le vino bien. Lo dejó en su casa y después volvió a vagar por las calles medio desiertas. Estaba cuando el capitán de los Bolsheros en que había quedado de encontrarse con Manuel Huicho que está establecido en Lima, de modo que vivió por las calles con la intención de una fiesta.

Paseo a ñ ahoro a visitar el Museo Arqueológico. Almorzamos en un restaurant chino. Como me
destruyeron a tu honor. ¡ cuánto me gustaría estar por aquí contigo! De a pasar a Enrique Lina del
fondo de un bar, estro con la cronista cubana panama o hablarle de punto con Roberto de la herencia
de una i q hora.

Saludales a todos. No olviden escribir. Címples bien a Paduca y si posible con un beso de
mi parte como tu amigo

Luis.

— Señor don
Arturo de Auzorea-Jorjica Molina
Santa Cruz. —

Mi querido amigo:

¡pero que disculparás mi silencio,
que está en parte justificado por el escaso espacio de tiempo
que me resta mi ausencia. —

Llegué sin novedades, me iba con novedades y el tiempo
transcurría sin novedades: eso es, quizás, lo que podría
decirte.

¿no es cierto que todo lo demás de que podría hablarte
era insustancial?

Aunque, hoy, Domingo 17 de Marzo del año de mil
novecientos y treinta cinco, después de U. S. A., no te
anunciaré con gana de escribir. —

mas, si mis palabras no te son desagradables, pues decirte
que muy pronto te escribiré largo. —

¡¡¡ Arrivederci!!! (si es que se escribe así)

¡¡¡
Dijustinet

Domingo, 17 de Marzo de 1935.
+



Indice

Prólogo	5
Agradecimientos	15
Introducción	17
Epistolario con Arturo Andraca (1934-1957)	19
Epistolario Familiar (1945-1966)	87
Fotografías	177
Cartas Facsimilares	191



TRABAJAN EN LOM

Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Cristina Varas, Luis Alberto Mansilla, Paulo Slachevsky
Relaciones Públicas Milton Aguilar **Asesoría Editorial** Faride Zerán, Naín Nómez **Producción** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, Eugenio Cerda **Diseño y Diagramación Computacional** Ángela Aguilera, Ricardo Pérez, Lorena Vera, Jessica Ibaceta, Claudio Mateos, Carolina Araya, Francisco Leal, Christian Martínez, Paloma Castillo **Corrección de pruebas** Jorge Slachevsky R., Juan Álvarez **Impresión Digital** Alejandra Bustos, Carlos Aguilera, Fabiola Hurtado, Ángel Astete **Fotomecánica** Josefina Aguilera, Ingrid Rivas **Impresión Offset** Héctor García, Francisco Villaseca, Rodrigo Véliz, Luis Palominos **Corte** Jorge Gutiérrez, Eugenio Espíndola **Encuadernación** Sergio Fuentes, Marcelo Toledo, Marcelo Merino, Gabriel Muñoz, Miguel Orellana **En la Difusión y Distribución** Nevenka Tapia, Diego Chonchol, Pedro Morales, Elba Blamey, Sergio Parra, Mirtha Ávila, Carlos Campos, Nora Carreño, Georgina Canifré, Jorge Benítez, Soledad Martínez, Lucas Lecaros, Victoria Valdevenito, Sandra Molina, Nelson Montoya **Área de Administración** Marco Sepúlveda, Marcos Álvarez, Juan Carlos Rojo **Coordinación General** Paulo Slachevsky Ch.
Se han quedado en nosotros Adriana Vargas y Anne Duattis.

LOM
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
SOL

© Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos

© LOM Ediciones
enero 2000

ISBN:956-262-261-3

Este libro fue impreso en 1.000 ejemplares.

Imagen de Portada:

Composición, Diseño y diagramación:

LOM Ediciones. Concha y Toro 23

Fono 6885273 Fax: 6966388

Impreso en los talleres de LOM

Maturana 9, Santiago

Fono:6722236 Fax: 6730915

Impreso en Santiago de Chile.

duyarsun

